

inevitablemente, también en el futuro. Pero incluso así, la crisis se está poniendo mucho peor.
Esperar una solución feliz a los problemas económicos del mundo del Estado capitalista sería una gran ilusión

LA CRISIS ESTRUCTURAL DEL CAPITAL

István **MÉSZÁROS**



inevitablemente, también en el dominio de la política, la crisis se está poniendo mucho peor.
Esperar una solución feliz a esos problemas a través de los poderes de la clase del Estado capitalista sería una gran ilusión

LA CRISIS ESTRUCTURAL DEL CAPITAL

István **MÉSZÁROS**

La crisis estructural del **capital**

István Mészáros

Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información;
Av. Universidad, esq. El Chorro, Torre Ministerial, pisos 9 y 10.
Caracas-Venezuela
www.minci.gob.ve / publicaciones@minci.gob.ve

DIRECTORIO

Ministra del Poder Popular para la Comunicación y la Información

Blanca Eekhout

Viceministro de Estrategia Comunicacional

Gabriel Gil

Director General de Difusión y Publicidad

Carlos Núñez

Director de Publicaciones

Gabriel González

Coordinación y diseño

Ingrid Rodríguez

Portada

Kael Abello

Edición

Carmen Bohórquez

Traducción

Eduardo Gasca

Piero Arria (Capítulo 5 y Contraportada)

Milton Morales (Introducción)

Agosto, 2009. Impreso en la República Bolivariana de Venezuela.
Depósito Legal: If87120093303165
ISBN: 978-980-227-087-3



A DONATELLA

*Y a los compañeros del Movimiento Sin Tierra de Brasil (MST).
cuyas luchas de emancipación ella admiró y apoyó.*



The background features a complex collage of elements. On the right side, there is a large, semi-transparent profile of a human face constructed from fine, parallel lines. In the lower-left quadrant, a jagged lightning bolt points downwards towards a silhouette of a person falling from a grid-like structure. The overall aesthetic is abstract and layered, with various textures and patterns in shades of gray and white.

Introducción

Ricardo Antunes

I

La sustancia de la crisis ¹

Mucho se ha escrito sobre la crisis. Crisis de los *subprime*, crisis especulativa, crisis bancaria, crisis financiera, crisis global, réplica de las crisis de 1929, etc. Florece una fenomenología de la crisis, donde lo que ayer se dijo se vuelve hoy obsoleto. Los grandes periódicos, empezando por *The Economist*, hablan de “crisis de confianza” y la máxima se expande. La crisis se resume a un acto volitivo. ¡*Fiducia!* dirían los latinos. He ahí la clave analítica.

Los gobiernos de los países en crisis, Estados Unidos, Europa y en otras partes del mundo, parecen redescubrir el *estatismo todo privatizado* como el recetario para eliminar la crisis de “desconfianza”. El remedio neokeynesiano, sepultado en las últimas cuatro décadas, considerado uno de los principales males de las crisis anteriores, resurge

1. Este libro nació de una correspondencia que István Mészáros y yo intercambiamos en enero del 2009, cuando le envié un artículo que recién publicaba sobre la crisis actual. Buscaba indicar, entonces, de manera brevísima, la fuerza, la densidad y la originalidad de su análisis crítico, frente al completo desconocimiento de los más distintos segmentos del capital –intelectuales, gestores, gobiernos– tras décadas de una apologética deprimente que predicaba la *eternización del capital* sin percibir que se encontraba a la víspera de su *derretimiento y licuación*. De ahí nació la idea de publicar, bajo la forma de un pequeño libro, un conjunto de sus artículos y entrevistas, desde sus primeros escritos hasta los más recientes, que de algún modo rescataran su análisis e indicaran una línea de continuidad decisiva para la comprensión de los elementos determinativos más esenciales de la crisis que dejó huérfanos y asombrados a los ideólogos del sistema, y a tantos otros que se habían conformado con la máxima del fin de la historia, que Mészáros llamó irónicamente como “fukuyamización pseudo-hegeliana”.

como salvación para el *verdadero camino de la servidumbre*, o sea, la sujeción de la humanidad a los designios de la lógica destructiva del capitalismo y en particular de su polo hegemónico financiero.

Pero, más allá de esa fenomenología de la crisis, podríamos recordar a varios autores críticos, dentro de la izquierda, que intentaron ir más allá de las apariencias y develar los fundamentos estructurales y sistémicos del derretimiento y licuación del sistema del capital.

Robert Kurz, por ejemplo, ha venido alertando desde principios de 1990, que la crisis que llevó a la bancarrota a los países del llamado “socialismo real” (con la URSS al frente), no sin antes haber devastado el “Tercer Mundo”, era expresión de una crisis del *modo de producción de mercancías* que después migraría en dirección al corazón del sistema capitalista.

François Chesnais apuntó las complejas conexiones existentes entre producción, financierización (“la forma más fetichizada de la acumulación”) y mundialización del capital, enfatizando que la esfera financiera se nutre de la riqueza generada por la inversión y de la explotación de la fuerza de trabajo dotada de múltiples cualificaciones y amplitud global. Y es parte de esa riqueza, canalizada hacia la esfera financiera, la que infla el flácido capital ficticio.

Pero fue István Mészáros quien, desde el final de los años 60, viene sistemáticamente develando la *crisis* que entonces comenzaba a asolar al sistema global del capital: alertaba que las rebeliones de 1968, así como la caída de la tasa de ganancia y el inicio de la monumental reestructuración productiva del capital, que se manifestaba en 1973, ya eran ambas expresiones del cambio substantivo que se diseñaba, tanto en el sistema capitalista, como en el propio sistema global del capital.²

2. Es decisivo resaltar que, para Mészáros, *capital* y *capitalismo* son fenómenos distintos. El sistema de capital, según el autor, antecede al *capitalismo* y tiene vigencia también en las sociedades post-capitalistas. El capitalismo es una de las formas posibles de realización del capital, una de sus *variantes históricas*, presente en la fase caracterizada por la generalización de la *subsunción real* del trabajo al capital, que Marx denominaba como capitalismo pleno. Así como existía *capital* antes de la generalización del capitalismo (de lo que son ejemplos el capital mercantil, el capital usu-

Indicaba que el sistema de capital (y en particular el capitalismo), tras experimentar la era de los ciclos, se adentraba en una nueva fase, inédita, de *crisis estructural, marcada por un continuum depresivo* que haría que aquella fase cíclica anterior se volviera historia. Aunque pudiera haber alternancia en su epicentro, la crisis se muestra longeva y duradera, sistémica y estructural.

Y más aún, demostraba la falencia de los dos más osados sistemas estatales de control y regulación del capital experimentados en el siglo XX. El primero, de corte keynesiano, que estuvo en vigor especialmente en las sociedades capitalistas marcadas por el *welfare state*. El segundo, de “tipo soviético” (vigente, según Mészáros, en la URSS y en las demás “sociedades post-capitalistas”) que, aunque fuera resultado de una revolución social que buscó destruir el capital, fue por él absorbido. En ambos casos, el ente político regulador fue desregulado al final de un largo periodo por el propio sistema de metabolismo social del capital³. Proceso similar parece ocurrir en China de nuestros días, laboratorio excepcional para la reflexión crítica.

rario, etc.), las formas recientes de metabolismo socio-metabólico permiten constatar la continuidad del capital incluso después del capitalismo, a través de la constitución de aquello que Mészáros denomina como “sistema de capital post-capitalista”, de lo que fueron ejemplos la URSS y demás países de Europa del Este. Estos países *post-capitalistas* no consiguieron romper con el sistema de metabolismo social del capital y la identificación conceptual entre capital y capitalismo hizo que, según el autor, *todas* las experiencias revolucionarias vividas en este siglo se mostraran incapaces para superar *el sistema de metabolismo social del capital* (el complejo caracterizado por la división jerárquica del trabajo, que subordina sus funciones vitales al capital). Ver, sobre la experiencia soviética, especialmente el capítulo XVII, ítems 2/3/4 de *Más Allá del Capital*. Sobre las más importantes diferencias entre el capitalismo y el sistema soviético, ver especialmente la síntesis en las páginas 630/1.

3. *El sistema de metabolismo social* del capital tiene su núcleo central formado por el trípode *capital, trabajo asalariado y Estado*, tres dimensiones fundamentales y directamente interrelacionadas, lo que imposibilita la superación del capital sin la eliminación del *conjunto* de los tres elementos que comprenden este sistema. No es suficiente, por tanto, según Mészáros, eliminar *uno* o igual *dos* de los polos del *sistema de metabolismo social del capital*, sino que es imperioso eliminar sus tres pilares. Y esta tesis tiene una fuerza explicativa que contrasta con la totalidad de lo que se escribió hasta el presente, sobre el fin de la URSS y de los países del erróneamente llamado “bloque socialista”.

II

El libro que el lector tiene en sus manos es la condensación de un conjunto de artículos y entrevistas que presentan las principales tesis y formulaciones presentes en la analítica de István Mészáros, escritos a lo largo de más de tres décadas y que son ahora publicados en un único volumen, condensando algunas de sus formulaciones más fuertes, en un momento decisivo de este siglo XXI, donde *todo lo que parecía sólido se desvanece, encontrándose el capitalismo en fuerte proceso de licuación*.

La sumatoria de recursos, que se contabilizan en billones de dólares, que fenecieron en los últimos meses, es por sí sólo contundente. La crisis del sistema financiero global, la retracción de la producción industrial, agrícola y de servicios, también son demasiado evidentes. Desde 1929, el capitalismo no presenciaba un proceso crítico tan profundo, aflorando incluso en el propio discurso de los detentores del capital, sus gestores y principales gendarmes políticos. István Mészáros ha sido, en las últimas décadas, uno de sus críticos más densos, profundos, calificados y radicales, y este pequeño libro es una muestra de esa contundencia y fuerza, que se encuentra presente en el enorme y poderoso conjunto de su obra.

Si pudiéramos, en pocas páginas, condensar algunas de las principales tesis que configuran la actual *crisis estructural del capital*, comenzaríamos diciendo que Mészáros hace una crítica devastadora a los engranajes que caracterizan su sistema *socio-metabólico*.

Su aguda investigación, indagando profundamente a lo largo de todo el siglo XX, lo lleva a constatar que el sistema de capital, por *no tener límites para su expansión*, termina por convertirse en una procesualidad incontrolable y profundamente *destruktiva*. Conformada por lo que denomina, en la línea de Marx, como *mediaciones de segundo orden* –cuando todo pasa a ser controlado por la lógica de la valorización del capital, sin que se tome en cuenta los imperativos humano-

societarios vitales– la producción y el consumo superfluos terminan generando la corrosión del trabajo, con la consecuente precarización del trabajo y el desempleo estructural, además de impulsar una destrucción de la naturaleza a escala global jamás vista anteriormente.

Expansionista en la búsqueda creciente y desmedida de plusvalor, *destruktivo* en su procesualidad pautada por lo descartable y la superfluidad, el sistema de capital se vuelve, en el límite, *incontrolable*. Todo esto, aquí resumido de manera breve, hace que, después de un largo período dominado por los ciclos, el sistema de capital venga asumiendo, siempre según la formulación de István Mészáros, la forma de una *crisis endémica, acumulativa, crónica y permanente*; lo que replantea, como imperativo global de nuestros días, dado el espectro de destrucción global, la búsqueda de una alternativa societaria apuntando a la construcción de un nuevo *modo de producción* y de un nuevo *modo de vida* cabal y frontalmente contrario a la lógica destructiva del capital hoy dominante.

Al contrario, por tanto, de los ciclos de expansión que conforman el capitalismo a lo largo de su historia, alternando períodos de expansión y crisis, nos encontramos, desde fines de los años de 1960 e inicios de 1970, sumergidos en lo que István Mészáros denomina como *depressed continuum* que exhibe las características de una *crisis estructural*.

Su análisis ya anticipaba que, al interior de los países capitalistas centrales, los mecanismos de “administración de las crisis” serían cada vez más recurrentes –y también cada vez más insuficientes– una vez que la disyunción radical *entre producción para las necesidades sociales y auto-reproducción del capital cambiaba la tónica del capitalismo contemporáneo de nuestros días, generando consecuencias devastadoras para la humanidad*

Dada la nueva *forma de ser* de la crisis, ingresamos entonces en una nueva fase, sin intervalos cíclicos entre expansión y recesión, pero presenciando la *eclosión de precipitaciones cada vez más frecuentes y continuas*. Tratándose, por tanto, de una crisis en la propia realización del valor, la lógica destructiva que se acentúa en

nuestros días permitió a Mészáros desarrollar otra tesis, central en su análisis, de que el sistema de capital no puede más desarrollarse sin recurrir a *la tasa de utilización decreciente del valor de uso de las mercancías* como mecanismo que le es intrínseco. Esto porque el capital no considera el *valor de uso* (que remite a la esfera de las necesidades) y el *valor de cambio* (esfera de la valorización del valor) como separados, sino al contrario, subordinando radicalmente el primero al segundo.

Lo que significa, agrega el autor, que una mercancía puede variar de un extremo a otro, es decir, desde tener su valor de uso realizado inmediatamente o, en el otro extremo, jamás ser utilizada, sin dejar de tener, para el capital, su utilidad esencial. Y, en la medida en que la *tendencia decreciente del valor de uso* reduce drásticamente el tiempo de vida útil de las mercancías –condición *sine qua non* del funcionamiento del proceso de valorización en su ciclo reproductivo– ella se convierte en uno de los principales mecanismos a través del cual el capital viene realizando su proceso de acumulación por la vía de la destrucción del tiempo de vida útil de las mercancías y de la subordinación de su valor de uso a los imperativos del valor de cambio.

Al profundizar la disyunción entre la producción orientada genuinamente hacia la atención de las necesidades humanas y aquellas dominantes orientadas hacia la auto-reproducción del capital, se intensifican las consecuencias destructivas, de las cuales, las dos anteriormente referidas ponen en riesgo el presente y el futuro de la humanidad: la precarización estructural del trabajo y la destrucción de la naturaleza. La conclusión de Mészáros es fuerte: aunque el 90% del material y de los recursos de trabajo necesarios para la producción y distribución de una dada mercancía comercializada –un producto cosmético, por ejemplo– fuese directamente para el basurero y sólo 10% efectivamente destinado al preparado del producto, buscando los beneficios reales o imaginarios del consumidor, las prácticas obviamente devastadoras aquí envueltas serían plenamente justificadas, siempre que estuvieran sintonizadas con los criterios de ‘eficiencia’, ‘racionalidad’ y ‘economía’ capitalistas, en virtud de la rentabilidad comprobada de la mercancía en cuestión. Y agrega: ¿qué será de la humanidad cuando menos del

5% de la población mundial (EEUU) consume el 25% del total de los recursos energéticos disponibles? Y, ¿si el 95% restante viniera a adoptar el mismo patrón de consumo? La tragedia china actual, con su destrucción ambiental, es emblemática.

Esto acentúa otra contradicción vital en la que el mundo se sumergió en este inicio de siglo: si las tasas de desempleo continúan ampliándose, aumentan explosivamente los niveles de degradación y barbarie social oriunda del desempleo. Si, al contrario, el mundo productivo retomara los niveles de crecimiento anteriores, aumentando la producción y su modo de vida fundado en la superfluidad y en el desperdicio, tendríamos una intensificación aún mayor de la destrucción de la naturaleza, ampliando la lógica destructiva hoy dominante.

Sin embargo, el cuadro de *crisis estructural y sistémica* tiene otro componente vital, dado por la corrosión del trabajo. Después de la intensificación del cuadro crítico en EEUU y demás países capitalistas centrales, estamos presenciando profundas repercusiones en el mundo del trabajo a escala global. En medio del huracán de la crisis que ahora alcanza el corazón del sistema capitalista, vemos la erosión del trabajo relativamente contratado y reglamentado, heredero de la era taylorista y fordista, que fue dominante en el siglo XX –resultado de una secular lucha obrera por los derechos sociales– que está siendo substituido por las diversas formas de “empresedorismo”, “cooperativismo”, “trabajo voluntario”, “trabajo atípico”; formas que oscilan entre la superexplotación del trabajo y la propia autoexplotación del trabajo, siempre caminando en dirección a una precarización estructural de la fuerza de trabajo a escala global. Esto, sin hablar de la explosión del desempleo que alcanza enormes contingentes de trabajadores, sean hombres y mujeres, fijos o precarizados, formales o informales, nativos o inmigrantes; siendo estos últimos los primeros en ser fuertemente penalizados.⁴

4. Recientemente, en febrero del 2009, en una manifestación de trabajadores británicos se mostraba un cartel con la siguiente frase: “*Put Brithsh Workers First*”- *Empleen primero a los trabajadores británicos*. Esta manifestación protestaba contra la contratación de trabajadores inmigrantes italianos y portugueses con salarios

La OIT, en un reciente informe, con datos que son bastante moderados, proyectó 50 millones de desempleados a lo largo del 2009. Bastaría que una de las grandes automotrices de los EEUU cerrase sus puertas y tendríamos millones de nuevos desempleados. En Europa, los periódicos, diariamente, listan millares de nuevos trabajadores sin empleo.

El mismo informe de la OIT agrega que cerca de 1,5 mil millones de trabajadores fueron (y ciertamente son) afectados por la fuerte erosión salarial y la ampliación del desempleo en ese mismo período (Informe mundial sobre salarios, febrero de 2009). Pero se sabe que la contabilización mundial del empleo no capta en profundidad el desempleo oculto, frecuentemente enmascarado en las estadísticas oficiales. Y, como advirtió Mészáros innumerables veces, si incluimos los datos reales del desempleo en China e India, estos números se multiplicarían en muchas veces.

Es importante destacar que, en China, 26 millones de ex trabajadores rurales que estaban trabajando en las industrias de las ciudades perdieron sus empleos en los últimos meses del 2008 y los primeros meses del 2009, y no encuentran trabajo disponible en el campo, desencadenando una nueva ola de revueltas obreras en dicho país. En América Latina, la OIT agrega que, debido a la crisis, “hasta 2,4 millones de personas podrán entrar en las filas del desempleo regional en el 2009”, sumándose a los casi 16 millones hoy desempleados (*Panorama Laboral para América Latina y el Caribe*, enero del 2009).

En EEUU, Inglaterra y Japón los índices de desempleo en los inicios del 2009 son los mayores de las últimas décadas. Es por eso que los empresarios presionan, en todas partes del mundo, para aumentar la flexibilidad en la legislación laboral, con la falacia de que así preservan los empleos. Esa flexibilización ha sido intensa en EEUU, Inglaterra, España y Argentina, para dar algunos ejemplos, y el desempleo sólo ha venido aumentando.

inferiores a los británicos. Si la lucha por la igualdad salarial es justa y antigua, la exclusión de trabajadores inmigrantes tiene un evidente sentido xenófobo. En Europa, Japón, EEUU y en otras partes del mundo, se esparcen manifestaciones semejantes.

De manera que, diferenciándose totalmente de los análisis que circunscriben la crisis al universo de los bancos, a la “crisis del sistema financiero”, a la “crisis de créditos”, para István Mészáros la “inmensa expansión especulativa del aventurerismo financiero –sobre todo en las últimas tres o cuatro décadas– es naturalmente inseparable de la *profundización de la crisis de las ramas productivas y de la industria*, así como de las resultantes perturbaciones que surgen con la absoluta letárgica acumulación de capital (en verdad, acumulación fracasada) en el campo productivo de la actividad económica. Ahora, inevitablemente, también en el dominio de la producción industrial la crisis se está poniendo mucho peor. Naturalmente, la consecuencia necesaria de una crisis que permanece profundizándose en las ramas productivas de la ‘economía real’ (...) es el crecimiento del desempleo por todas partes en una escala que asusta, asociada a la miseria humana. Esperar una solución feliz a esos problemas a partir de las operaciones de rescate del Estado capitalista sería una gran ilusión”.

Y agrega: “(...) las recientes tentativas de contener los síntomas de la crisis que se intensifican por la nacionalización –camuflada de forma cínica– de grandezas astronómicas de la bancarrota capitalista, por medio de recursos del Estado aún a ser inventados, sólo cumplen el papel de subrayar las determinaciones causales antagónicas profundamente enraizadas de la destructividad del sistema capitalista. Pues lo que está fundamentalmente en curso hoy no es apenas una crisis financiera maciza, sino el potencial de autodestrucción de la humanidad en el actual momento del desarrollo histórico, tanto militarmente como por medio de la destrucción en curso de la naturaleza”.

Si el neokeynesianismo *de estado todo privatizado* es la respuesta encontrada por el capital para su crisis estructural, las respuestas de las fuerzas sociales del trabajo deben ser radicales. Contra la falacia de la “alternativa” neokeynesiana, que siempre encuentra acogida en varios sectores de la “izquierda” que actúan en el universo del Orden –“alternativas” condenadas al fracaso, como demostró Mészáros analizando el siglo XX, pues se inscriben en *la línea de menor*

resistencia del capital— el desafío ya estaba indicado en su artículo “Política Radical y Transición hacia el Socialismo” (escrito en 1982 y publicado en Brasil por la primera vez en 1983, y que se incluye en este libro). Allí estaba presente tanto la distinción crucial entre la *crisis* de tipo *estructural y sistémica* y las *crisis cíclicas coyunturales* del pasado, así como la necesidad de una *política radical*, al contrario de las alternativas (neo) keynesianas, a las cuales el capital recurre en sus momentos de crisis.

Vale recordar aquí la reciente *Nota de los Editores* de *Monthly Review*, referida a la decisiva contribución de István Mészáros: “¿Cómo la izquierda irá a reaccionar frente a la crisis económica y a las tentativas de socializar las pérdidas sobre la población como un todo? Al depararnos con una depresión y crisis financiera, ¿debemos aceptar que las cargas recaigan sobre nuestros hombros, a través de la implantación de estrategias ligeramente más benignas para salvar el sistema?”

Y agrega la *Nota*: “En septiembre [de 2008] algunos sectores progresistas en Estados Unidos argumentaron que era necesario apoyar el plan de “Socorro a los Ricos” de Paulson, para que no hubiera una depresión. Tres meses más tarde tenemos billones en fondos gubernamentales entregados a las personas más ricas del planeta y a la depresión. El punto crucial, a nuestro modo de ver, fue captado por István Mészáros en su *Más allá del Capital*, donde explica que ‘la política radical sólo puede acelerar su propia renuncia (...) consintiendo en definir su propio objeto en términos de blancos económicos determinados, los cuales, de hecho, son necesariamente dictados por la estructura socioeconómica establecida en crisis” (*Monthly Review*, “Notes from the Editors”, vol. 60, No. 10, marzo de 2009, p. 64).

Una vez que las manifestaciones inmediatas de la crisis son económicas, dice ya Mészáros en el artículo premonitorio de 1982, “de la inflación al desempleo y de la bancarrota de empresas industriales y comerciales locales a la guerra comercial en general y al colapso potencial del sistema financiero internacional, la presión que emana

de la referida base social inevitablemente tiende a definir la tarea inmediata en términos de encontrar respuestas económicas urgentes a nivel de las manifestaciones de la crisis, mientras son dejadas intactas sus causas sociales.” Y añadía: “(...) ‘apretar los cinturones’ y ‘aceptar los sacrificios necesarios’ para ‘crear empleos reales’, ‘inyectar nuevos fondos de inversión’, ‘aumentar la productividad y la competitividad’, etc., impone premisas sociales del orden establecido (en nombre de imperativos puramente económicos) sobre la iniciativa política socialista (...), dentro del marco de las viejas premisas sociales y determinaciones estructurales, terminando, de ese modo, (...) por ayudar a la revitalización del capital.”

Es por eso que para Mészáros, cualquier intento de superar este sistema de metabolismo social que siga la *línea de menor resistencia del capital*, que se restrinja a la esfera *institucional y parlamentaria* está condenado a la derrota. En contrapartida, solamente una política radical y extraparlamentaria que reoriente radicalmente la estructura económica, podrá ser capaz de destruir el sistema de dominio social del capital y su lógica destructiva.

Crear un *modo de producción y de vida* profundamente distinto del actual es, por tanto, un desafío vital lanzado por Mészáros. La construcción de un modo de vida dotado de sentido replantea, en este inicio del siglo XXI, la imperiosa necesidad de construcción de un *nuevo sistema de metabolismo social*, de un nuevo *modo de producción* basado en la *actividad auto-determinada*, en la acción de los *individuos libremente asociados* (Marx) y en valores *más allá del capital*. La actividad basada en el *tiempo disponible* para producir valores de uso socialmente útiles y necesarios, contraria a la producción basada en el *tiempo excedente* para la producción exclusiva de valores de cambio para la reproducción del capital se vuelve vital.

Durante la vigencia del capitalismo (y también del capital), *el valor de uso de los bienes socialmente necesarios se subordinó a su valor de cambio*, que pasó a comandar la lógica del sistema de producción. Las funciones productivas y reproductivas básicas fueron radicalmente separadas entre aquellos que *producen* (los trabajadores) y

aquellos que *controlan* (los capitalistas y sus gestores). Habiendo sido el primer *modo de producción* en crear una lógica que no toma en cuenta prioritariamente las reales necesidades societarias, el capital instauró, según la aguda indicación de Mészáros, un sistema orientado a su auto-valorización, independiente de las reales necesidades auto-reproductivas de la humanidad.

En contrapartida, una nueva forma de sociedad solamente será dotada de sentido y efectivamente emancipada cuando sus funciones vitales, controladoras de su sistema de metabolismo social *sean efectivamente ejercidas de manera autónoma por los productores libremente asociados y no por un cuerpo exterior extraño y controlador de estas funciones vitales*.

El develamiento más profundo de los significados de la *crisis actual, su sentido global, estructural y sistémico*, su carácter agudamente destructivo, son la principal contribución de este poderoso (pequeño) libro de István Mészáros. Y debe ser leído por todos aquellos hombres y mujeres que, en las luchas sociales, en sus combates cotidianos, afrontan, de algún modo, el sistema de metabolismo social hoy dominante y esencialmente destructivo para la humanidad y la naturaleza. Su lectura ayudará a reflexionar, imaginar y pensar otra forma de sociabilidad auténticamente socialista, capaz de rescatar el sentido social de la producción y reproducción de la vida humana y, de esta manera, auxiliar en la creación de las condiciones críticas imprescindibles para el florecimiento de una nueva sociabilidad auténtica y emancipada, lo que sería un gran avance en este siglo XXI que acaba de comenzar. Es éste el espíritu de la incansable obra de István Mészáros en su ardorosa y apasionada defensa de la humanidad.

I

La crisis en desarrollo y la pertinencia de Marx⁵

5. Conferencia escrita para un encuentro realizado en Conway Hall, Londres, el 21 de octubre de 2008. En el Prefacio a la edición venezolana de esta conferencia, el Ministro del Poder Popular para la Educación, Héctor Navarro escribió: “István Mészáros, probablemente el filósofo político contemporáneo de mayor relevancia, nos presenta en esta conferencia que creemos fundamental, su interpretación de lo que hoy se muestra como una crisis en desarrollo. Constituye un aporte muy consistente para el entendimiento del mundo actual, que hoy debemos profundizar para forjar las transformaciones que conduzcan a los necesarios equilibrios que harán sustentable la vida sobre el planeta en el futuro más o menos cercano. Por ello, desde el Ministerio del Poder Popular para la Educación, nos complacemos en reproducir este material de estudio y reflexión que estamos seguros estimulará en los lectores al menos la preocupación fundamental: ¿es el sistema del Capital el futuro, o para sobrevivir como especie tendremos necesariamente que reemplazarlo?”

Puede que algunos de ustedes hayan estado presentes en nuestro encuentro de mayo de este año en este mismo edificio, cuando yo recordaba lo que le dije a Lucien Goldman en París, pocos meses antes del histórico mayo de 1968 francés. En contraposición con la perspectiva entonces prevaleciente del “capitalismo organizado”, que se suponía había dejado atrás exitosamente la etapa del “capitalismo en crisis” –una opinión notoriamente aseverada por Marcuse y compartida también por mi querido amigo Lucien Goldman– yo insistía en que, comparada con la crisis a la que realmente nos encaminábamos, “la Gran Crisis Económica Mundial de 1929-1933” parecería “la reunión para tomar el té en la casa parroquial”.

En estas últimas semanas ustedes han estado saboreando una muestra de lo que yo tenía en mente. Pero apenas una *muestra*, porque la crisis estructural del sistema del capital en su totalidad, que venimos experimentando en nuestros tiempos en una escala epocal, está destinada a empeorar mucho más. A su debido tiempo se hará considerablemente más profunda, en el sentido de que invadirá no sólo el mundo de la finanza global más o menos parasitaria, sino cada uno de los campos de nuestra vida social, económica y cultural.

La pregunta obvia que debemos formular ahora atañe a la naturaleza de la crisis en desenvolvimiento global y las condiciones que se requieren para su factible solución.

1. Confianza y falta de confianza

SI tratan de recordar lo que en estas últimas dos semanas han escuchado repetir incesantemente en torno a la crisis en curso, hay una palabra que destaca y eclipsa todo el resto de los pretendidos

diagnósticos y sus correspondientes remedios. La palabra es *confianza*. Si nos diesen diez libras por cada vez que esa palabra mágica ha sido ofrecida al consumo público en las últimas dos semanas a todo lo ancho del mundo, por no mencionar su continua reafirmación desde entonces, todos seríamos millonarios. Nuestro único problema resultaría entonces qué hacer con nuestros millones adquiridos de repente. Porque ninguno de nuestros bancos, ni siquiera nuestros *bancos recién nacionalizados* –nacionalizados por una cantidad no menor de los dos tercios de sus activos fijos– podría proporcionar la legendaria “confianza” requerida para realizar depósitos o inversiones seguras.

Hasta nuestro Primer Ministro, Gordon Brown, nos regaló al respecto, esta última semana, la memorable frase: “*La confianza es la cosa más preciada*”. Conozco esa canción –como probablemente la conocemos todos– que nos dice que “El amor es la cosa más preciada”. ¡¿Pero que *la confianza en la banca capitalista* sea la cosa más preciada?! ¡Esa sugerencia es bien *perversa*!

Sin embargo, la propugnación de ese remedio mágico parece ser universal ahora. Se le repite con tal convicción como si la “confianza” pudiera simplemente llover del cielo o crecer en gran abundancia en los árboles financieros bien estercolados capitalistamente.

Hace tres días (el 18 de octubre) el programa dominical estelar de entrevistas matutinas de la BBC –el programa de Andrew Marr– nos mostró a un anciano caballero muy distinguido, Sir Brian Pitman, que fue presentado como el antiguo director de la institución bancaria Lloyd’s. No se dijo cuándo dirigió esa organización, pero su forma de hablar lo puso bien en claro muy pronto. Porque se transparentó en sus respuestas, muy respetuosamente recibidas, que podría haber sido el director del banco Lloyd mucho antes de la Crisis Económica Mundial de 1929-33. Como corresponde, para darle ánimo al público introdujo una gran innovación conceptual en el discurso sobre la confianza, diciendo que todos nuestros problemas se debían a cierto *exceso* de confianza. E inmediatamente demostró también el significado de “exceso de confianza”, diciendo,

más de una vez en una entrevista tan corta, que hoy día no existía ningún problema serio, porque el mercado siempre se encargaba de todo, aunque a veces se venía abajo inesperadamente. Pero más adelante volvería a subir. Así lo haría también esta vez, e infaliblemente se levantaría una vez tras otra en el futuro. No había que exagerar la presente crisis, dijo, porque es mucho menos grave hoy día que la que sufrimos allá por 1974. Porque en 1974 tuvimos en Inglaterra [si no en todas partes] semanas de tres días de trabajo, y hoy no las tenemos, ¿no es así? ¿Y qué puede uno argumentar ante ese hecho irrefutable?

2. Una tríada pseudo hegeliana

Así, ahora tenemos la palabra mágica explicativa de todos nuestros problemas, que no se nos presenta como una huérfana infeliz, solitaria, sino como parte de algo que se parece a una tríada pseudohegeliana fukuyamizada: *confianza –pérdida de confianza –exceso de confianza*. El único constituyente que falta ahora en ese discurso mágico explicatorio es el *fundamento real* de nuestro peligroso sistema de banca y seguros que opera sobre la base de *tretas de confianza* en beneficio propio, condenadas a ser descubiertas tarde o temprano (como ya lo han sido de vez en cuando).

En cualquier caso, toda esta habladuría acerca de las virtudes absolutas de la confianza en la administración económica capitalista se parece mucho a la explicación que nos da la mitología hindú acerca de la base de soporte del universo. Porque en esa antigua visión del mundo se dice que el universo es transportado, con plena seguridad, sobre *el lomo de cuatro elefantes*. ¿Y los elefantes obviamente poderosos?, bien podrían preguntarse ustedes. Nadie consideraría que eso constituya una dificultad. Porque los elefantes, más confiablemente aún, se apoyan sobre el lomo de la *tortuga cósmica*. ¿Pero y qué de la tortuga cósmica misma? No vayan a intentar esa pregunta, porque podrían ser arrojados a los tigres de Bengala, antes de que se extingan.

Por suerte, quizás (?), *The Economist* es un poquito más realista en su evaluación de la situación.

En el contexto de nuestro doloroso tema, la crisis económica que hoy se reconoce empeora cada vez más. Al respecto, voy a proporcionarles citas exactas, incluidas algunas cifras probatorias de los fracasos capitalistas que ya no se pueden seguir ocultando, tomadas principalmente de periódicos burgueses bien establecidos y con abierta conciencia de clase, como *The Economist* y *The Sunday Times*. Los citaré meticulosamente palabra por palabra, no sólo porque son prominentes en su campo sino también para prevenir cualquier acusación de “prejuicio y distorsión izquierdista”.

Marx solía decir que en las páginas de *The Economist* la clase dominante está “hablando para ella misma”. Las cosas han cambiado un tanto desde aquellos días. Porque hoy hasta en el campo especializado de la “experticia económica” la clase dominante necesita de un órgano de propaganda con circulación de masas, con el propósito de la mistificación general. En vida de Marx la clase dominante tenía suficiente “confianza”, y también una gran dosis de “exceso de confianza” incondicional como para necesitar eso. Pero, bajo las circunstancias presentes, menos arrogante, el semanario londinense con vasta distribución de masas, *The Economist* –el farisaico portavoz del “Encuentro de Davos” anual, dominado por los Estados Unidos– acoge el buen consejo de reconocer que la crisis que hoy encaramos tiene que ver con las dificultades para “*Salvar al sistema*”, según el titular a toda página de su edición del 11 de octubre de 2008.

Podemos garantizar, por supuesto, que lo que está sobre el tapete en nuestros días resulta ser nada menos que “salvar al sistema” (o no), aunque la consideración que hace *The Economist* de ese problema sea por demás extraña y contradictoria. Porque con su acostumbrada manera de presentar su posición altamente parcializada como una “visión equilibrada” objetiva, empleando la fórmula de “por un lado tal cosa y por este otro tal otra”, *The Economist* siempre logra llegar a la conclusión deseada a favor del orden establecido. Así, también en esta ocasión, *The Economist* afirma en su artículo editorial del 11 de

octubre que “Esta semana vimos el primer destello de respuesta global amplia a la *brecha de la confianza*”. Ahora bien, afortunadamente, se espera que la “brecha” de la confianza, aunque reprochable en sí misma, sea remediada gracias a una “respuesta global amplia” un tanto misteriosa.

Al mismo tiempo, ya colocado en el lado más realista, el semanario londinense reconoce también en ese mismo editorial que “El daño a la economía real se va haciendo palpable. En los Estados Unidos se está encogiendo el crédito a los consumidores, y alrededor de 150.000 norteamericanos perdieron sus empleos en septiembre, la cifra más alta desde 2003. Algunas industrias están heridas de gravedad: las ventas de vehículos andan en su nivel más bajo en 16 años, pues los posibles compradores no pueden obtener crédito. La General Motors ha cerrado temporalmente algunas de sus fábricas en Europa. A todo lo ancho del mundo los indicadores previsoires, como los estudios de los directores de compras, son horriblemente sombríos”. Sin embargo, no dicen que “la brecha de la confianza” pueda haber tenido algo que ver con esos hechos.

Por supuesto, la apología del sistema tiene que prevalecer en todo artículo, aunque se le pueda presentar con el término incuestionable de *sabiduría pragmática*. En ese sentido, “salvar al sistema” equivale para *The Economist* a la identificación totalmente incondicional del periódico con, y la propugnación indesafiante de, la operación de rescate económico ilimitada – que de ninguna manera será cumplida con los “recursos del mercado”, por lo general glorificados del modo más dogmático– a favor del convulsionado sistema capitalista. Así, incluso las consignas propagandísticas más preciadas y mejor intentadas (acerca de un *libre mercado* no sólo hoy inexistente sino que jamás existió en la realidad) pueden ahora ser echadas por la borda en favor de la noble causa de “salvar al sistema”. Como corresponde, *The Economist* nos dice que

La economía mundial está visiblemente en mal estado, pero se podría poner mucho peor. Es hora de poner a un lado los dogmas y la política y concentrarse en las respuestas prag-

*máticas. Eso significa mayor intervención gubernamental y cooperación a corto plazo de las que normalmente les agradarían a los contribuyentes, a los políticos o ciertamente a las publicaciones del libre mercado.*⁶

Ya el presidente Bush nos había endilgado anteriormente sermones parecidos. Hace dos semanas le dijo a su público televidente que él es *normal e instintivamente* creyente y apasionado partidario del *libre mercado*, pero bajo las circunstancias excepcionales del presente tiene que *pensar* de manera diferente. Debe empezar a *pensar* bajo esas dificultades, punto final. No pueden decir que no se les advirtió.

Las sumas involucradas en la solución “pragmática” recomendada, que propugna echar a un lado las “inclinaciones normales” de “los contribuyentes y las publicaciones del libre mercado” (es decir, la solución actualmente propugnada significa, en verdad, tarde o temprano el necesario sometimiento de las grandes masas del pueblo al aumento de las cargas tributarias) son literalmente *astronómicas*. Para citar de nuevo a *The Economist*, “en poco más de tres semanas el gobierno norteamericano, contándolo todo, expandió sus obligaciones brutas en más de un trillón de dólares –casi el doble de lo que ha costado hasta ahora la guerra de Irak”.⁷ “Los bancos norteamericanos y europeos despacharán unos 10 trillones de dólares”.⁸ “Pero la historia nos enseña que las grandes crisis bancarias se resuelven en última instancia sirviéndoles dinero público por porciones”.⁹

Decenas de trillones de dólares de dinero público “inyectados”, y justificados en nombre de la pretendida “importante lección de la historia”, y por supuesto al servicio de la incuestionable y noble causa de la salvación del sistema, ciertamente resultan ser toda una *porción*. Ningún vendedor de helados de High Street podría soñar siquiera con porciones así, tamaño tsunami, ni siquiera en la peor

6. Todas estas citas fueron tomadas del mismo editorial de *The Economist*, 11 de octubre de 2008, p. 13.

7. *The Economist*, 11 de octubre de 2008, sección especial, p. 3.

8. *Ibid.*

9. *Ibid.*, p.4.

de sus pesadillas. Y si le añadimos a esa magnitud el hecho citado en la misma página del periódico de Londres, de que nada más en el transcurso del año pasado “El índice del precio de los alimentos saltó en casi el 55 %”,¹⁰ y “El envión de los precios de los alimentos a finales de 2007 y comienzos de 2008 ocasionó disturbios por falta de comida en alrededor de 30 países”,¹¹ en ese caso la porción en cuestión se torna más reveladora aún acerca de la naturaleza del sistema que ahora se encuentra en una crisis cada vez más profunda.

¿Pueden ustedes pensar en una *mayor denuncia* de un sistema de producción económica y reproducción social pretendidamente insuperable que la de que éste –*en el punto más alto de su poder productivo*– está *produciendo una crisis de alimentos mundial* y el sufrimiento de incontables millones, inseparable de ella a todo lo ancho del mundo? Esa es la naturaleza del sistema que ahora se espera salvemos a toda costa, incluido el astronómico costo que ya estamos “repartiendo”.

¿Cómo puede uno hacerse una idea tangible de todos esos trillones despilfarrados? Puesto que estamos hablando de magnitudes *astronómicas*, le hice esa pregunta a un amigo cercano que es profesor de astrofísica en la Universidad de Londres. Su respuesta fue que yo debería notar que nada más un *trillón* es aproximadamente *cien veces la edad de nuestro universo*. Ahora bien, en la escala de la misma magnitud la cifra oficial generalmente subestimada de la deuda norteamericana en nuestros días asciende, por sí sola, a más de *10 trillones*. Es decir, *mil veces la edad de nuestro universo*.

Pero permítanme citar un breve pasaje de una publicación japonesa, que dice así:

¿Cuánto dinero especulativo se anda moviendo por el mundo? Según un análisis de Mitsubishi UFJ Securities, el tamaño de la “economía real” global, en la que se producen y comercian bienes y servicios, está estimado en 48.1 trillones de dólares. Por otra parte, el tamaño de la “economía financiera” global,

10. *Ibid.*

11. *Ibid.*, p. 6.

el monto total de los títulos, los valores y los depósitos llega a 151.8 trillones de dólares. La economía financiera se ha devorado hasta más de tres veces el tamaño de la economía real, y crecido de modo especialmente rápido durante las últimas dos décadas. La brecha es nada menos que de 100 trillones de dólares. Un analista participante en esa estimación dijo que apenas alrededor de la mitad del monto, 50 trillones de dólares, resultan necesarios para la economía real. Cincuenta trillones de dólares valen mucho más de 5.000 trillones de yens, una cifra demasiado grande como para que yo la comprenda realmente.¹²

Resulta en verdad muy difícil comprender, por no decir justificar, como lo hacen nuestros políticos y banqueros defensores a ultranza del capital, las sumas astronómicas de especulación parasitaria acumuladas en una magnitud correspondiente a 500.000 veces la edad de nuestro universo. Si quieren tener otra medida de la magnitud involucrada, imagínense nada más a un desafortunado contador de la época de Roma, a quien se le pidiese tan sólo escribir con tiza en su pizarrón la cifra 5.000 trillones de yens en números romanos. Caería en la desesperación absoluta. Simplemente no podría hacerlo. Y aunque tuviese a su disposición números arábigos, que no podría tenerlos, aun así necesitaría nada menos que 17 ceros tras el número 5 para escribir la cantidad en cuestión. El problema es, sin embargo, que nuestros políticos y banqueros, bien apertrechados de dinero, parecen pensar solamente en los ceros, y no en sus vínculos sustantivos, cuando presentan esos problemas al consumo público. Y es imposible que esa manera de abordarlos funcione indefinidamente. Porque se necesita mucho más que ceros para salir del agujero del endeudamiento global a que nos condenó el sistema que ahora ellos quieren salvar a toda costa.

De hecho, la popularidad de reciente data de Gordon Brown tiene mucho que ver con ceros en más de una manera. Su asombrosa nueva popularidad – que, pensándolo bien, hasta podría resultar

12. Shii Kazuo en *Japan Press Weekly*, número especial, octubre de 2008, p. 20.

sumamente efímera– la ilustró la semana pasada el encabezado de primera página: “*De Cero a Héroe*”. El artículo en cuestión sugería que nuestro Primer Ministro realmente logró “salvar el sistema”. Fue así como se ganó las grandes ovaciones.

3. La nacionalización de la bancarrota capitalista

La razón por la que se aclamó a Brown de ese modo, como a un héroe, fue porque inventó una nueva variedad de *nacionalización de la bancarrota capitalista*, que podía ser adoptada tranquilamente, con “conciencia de libre mercado”, también por otros países. Eso hizo que hasta George W. Bush se sintiese menos culpable por haber actuado en contra de su proclamado “instinto apasionado”, cuando nacionalizó una enorme “porción” de la quiebra capitalista norteamericana de la que un solo ítem –las obligaciones de las grandes compañías hipotecarias Fannie Mae y Freddie Mac– ascendía a 5.4 trillones de dólares (es decir, la cantidad requerida para conducir por 11 años la guerra de Irak).

La “novedad pragmática” –en contraposición a “los dogmas y la política”, en palabras de *The Economist*– de la reciente nacionalización de la bancarrota capitalista por parte del “nuevo laborismo” es que a los contribuyentes no les toca *absolutamente nada* (en otras palabras, cero-cero-cero todas las veces que se quiera escribir, hasta diecisiete veces) de las inmensas sumas de dinero invertidas en haberes capitalistas fracasados, incluidos nuestros bancos británicos nacionalizados en sus dos tercios. Ese tipo de nacionalización de la bancarrota capitalista resulta un tanto diferente de las versiones anteriores, instituidas después de la Segunda Guerra Mundial, cuando la “Cláusula 4” del Partido Laborista –que propugnaba el control público de los medios de producción– todavía formaba parte de su Constitución. Porque en 1945 los sectores nacionalizados de la economía capitalista en bancarrota fueron transferidos al control estatal, hasta tanto pudiesen ser engordados de nuevo, gracias a la tributación general, con el propósito de “privatizarlos” apropiadamente en el debido momento. Incluso la nacionalización en 1971 de

la compañía Rolls Royce en quiebra, por parte del Primer Ministro conservador Edward Heath, siguió el mismo patrón, admitido abiertamente, de la nacionalización bajo control del Estado. En nuestros días, sin embargo, la belleza de la solución de Gordon Brown está en que *elimina la vergüenza* al multiplicar por muchas veces los billones despilfarrados que se invierten en la bancarrota capitalista. Sin duda que eso merece a cabalidad su promoción “De Cero a Héroe”, así como el elevadísimo título de “Salvador del Mundo” que le confrieron algunos otros periódicos, a cuenta de esa gran modestia suya de darse por satisfecho con un cero absoluto a cambio de *nuestros* –y no *sus*– billones generosamente otorgados. ¿Pero puede ese tipo de remedio gubernamental ser considerado una solución permanente para nuestros problemas, incluso a corto plazo, por no mencionar su requerida sustentabilidad a largo plazo? Habría que ser tonto para creerlo.

En verdad, las recientes medidas adoptadas por nuestras autoridades políticas y financieras sólo han atendido a un aspecto de la crisis actual: la *liquidez* de los bancos y de las compañías hipotecarias y de seguros. Y eso, incluso, en grado muy limitado. En realidad, las enormes “porciones servidas” no representan otra cosa que el pago del depósito únicamente, por así decirlo. Se requerirá mucho más también en el futuro en ese respecto, como lo siguen subrayando incluso las perturbaciones en desarrollo de las bolsas de valores del mundo.

Sin embargo, mucho más allá del problema de la *liquidez*, otra dimensión de la crisis nada más financiera, atañe a la casi catastrófica *insolvencia de los bancos y de las compañías de seguros*. El hecho queda en claro una vez que las *obligaciones* asumidas especulativa e irresponsablemente, mas no por ello menos existentes, han sido tomadas realmente en cuenta. Para darles nada más un ejemplo, dos de nuestros grandes bancos en Gran Bretaña tienen obligaciones por un monto de 2.4 trillones de dólares cada uno, adquiridas sobre la suposición aventurada de que no habrían de ser cumplidas nunca. ¿Puede el Estado capitalista salir de fiador por una obligación de semejante tamaño? ¿Dónde le sería posible al Estado obtener pres-

tado dinero en tal magnitud para la operación de rescate requerida con ese propósito? ¿Y cuáles serían las obligadas consecuencias inflacionarias de “repartir las porciones” de la operación de rescate, verdaderamente gigantesca, simplemente imprimiendo la moneda requerida, en ausencia de otras soluciones?

Más aún, el peligroso estado del sector financiero no agota, de ninguna manera, los problemas. Porque, todavía más inmanejablemente, también los *sectores productivos* de la industria capitalista están en serios problemas, independientemente de lo altamente desarrollados y favorecidos que puedan verse por su posición competitivamente ventajosa en el orden jerárquico global del capital transnacional. Debido a nuestras limitaciones de tiempo, debo restringirme de nuevo a un solo ejemplo, pero muy significativo. Conciérne a la industria automotriz de los Estados Unidos, grandemente humillada en los años recientes, a pesar de todos los subsidios recibidos del Estado capitalista más poderoso en el pasado, los que se cuentan por muchos billones de dólares norteamericanos.

Permítanme citar un artículo publicado en *The Sunday Times*, en 1994, acerca de la Ford Corporation y sus fantasías globalizadoras. Nuestros distinguidos periodistas de finanzas pintaban de esta manera el cuadro color rosa de aquellos días:

Las multinacionales están intentando la globalización total (...) “Definitivamente, ése es el bebé querido de Trotman”, dijo una fuente estadounidense. “Él tiene una visión del futuro que dice que para ser un triunfador global, la Ford tiene que ser una corporación realmente global”. Según le dijo Trotman a *The Sunday Times* en octubre de 1993, “A medida que nos acercamos al próximo siglo y que la competencia automotriz se vuelve más global, la presión para encontrar *economías de escala* se irá haciendo cada vez mayor. Si, en lugar de hacer dos motores de 500.000 unidades cada uno, puede uno hacer un millón de unidades, entonces los costos serán mucho más bajos. Al final habrá un grupito de jugadores globales, y el resto, o ya no estará allí o estará averiguándose por ahí”. Trotman y sus colegas concluyeron que la

globalización total es la vía para batir a competidores como los japoneses, y, en Europa, a la General Motors, la archirrival de la Ford, que mantiene una ventaja en los costos sobre la Ford. La Ford también cree que necesita la globalización para capitalizar los mercados que están surgiendo rápidamente en el Lejano Oriente y en América Latina.¹³

Así, la “única” cosa que Alex Trotman –el presidente de origen inglés de la Ford Corporation para el momento– olvidó considerar, a pesar de sus impecables habilidades aritméticas para conocer la diferencia entre 500.000 y 1.000.000, fue ésta: lo que pasa cuando *no se puede vender* el millón (y muchas veces más) de motores de automóviles, a pesar de la ventaja en los costos previstos en la compañía y disfrutada estratégicamente. En el caso de la Ford Corporation, incluso la enorme *tasa de explotación diferencial* que la compañía pudo imponer en todo el mundo como gigantesca compañía transnacional –es decir, pagándoles, por ejemplo, por exactamente el mismo trabajo 25 veces menos a los trabajadores de la “Ford Philippines Corporation”, que a su mano de obra en los Estados Unidos de Norteamérica– incluso esa cuestionable ventaja, no se podía considerar suficiente para asegurar una salida de tal fundamental contradicción.

Ante eso nos encontramos hoy día; y no sólo en el caso de la Ford Corporation tan venida a menos, sino también de la General Motors, a pesar de su ventaja en los costos, tan profundamente envidiada alguna vez hasta por la Ford Corporation de los Estados Unidos.

Hablando acerca de un trato de reciente institución, que proporciona importantes subsidios por parte del Estado norteamericano a las compañías automotrices gigantes del país, *The Economist* describe así, en uno de sus últimos números, la infeliz situación actual de la industria automotriz norteamericana:

13. “Ford prepares for global revolution”, por Andrew Lorenz y Jeff Randall, *The Sunday Times*, 27 de marzo de 1994, Sección 3, p. 1. Citado de István Mészáros, *Beyond Capital*, Londres, 1995, p. 165. En español, *Más allá del Capital*, p. 189.

el trato [en cuestión] significa que las compañías fabricantes de automóviles –bajo la bendición de la garantía del gobierno– obtendrían empréstitos con una tasa de interés de alrededor del 5%, y no del 15% que afrontarían en el mercado abierto en las condiciones presentes.¹⁴

Sin embargo, no hay monto de subsidio de ningún tipo que se pueda considerar lo bastante satisfactorio, porque las “Tres Grandes” compañías –la General Motors, la Ford y la Chrysler– están al borde de la quiebra, a pesar del hecho de que el bebé soñado de Trotman se ha convertido ya en un completo adolescente. Así, *The Economist* tiene que admitir que

Una vez que subsidios como éste empiezan a correr, se hace difícil detenerlos. Un reciente estudio del Cato Institute, un *think-tank* de derecha, halló que el gobierno federal gastó cerca de 92 billones de dólares subsidiando empresas nada más en 2006. A los agricultores les llegaron solamente 21 de esos millones; gran parte del resto fue a parar a firmas como Boeing, IBM y General Electric, en forma de ayuda para créditos de exportación y varios subsidios de investigación.

Las Tres Grandes ya se están quejando de que les tomará demasiado tiempo disponer del dinero [del Estado], y quieren que el proceso se acelere. También quieren 25 billones más, posiblemente anexados a la segunda versión de la ley de rescate. La lógica de sacar de apuros a Wall Street es que las finanzas lo apuntalan todo. Detroit no puede empezar a hacer ese reclamo todavía, pero, dados sus éxitos en el *lobbying*, ¿pasará mucho tiempo antes de que las aerolíneas aquejadas y los comerciantes minoristas en peligro de quiebra se pongan en la cola? ¹⁵

La inmensa expansión especulativa del aventurerismo financiero, especialmente en las tres o cuatro últimas décadas es, por supuesto,

14. “A bail-out that passed. In the slipstream of Wall Street’s woes, the Big Three land a huge subsidy.” *The Economist*, October 4th, 2008, p. 82.

15. *Ibid.*, p. 83.

inseparable de la *crisis en profundización de las ramas productivas de la industria* y los problemas consiguientes que surgen de la gran lentitud de la acumulación de capital (y ciertamente del fracaso de la acumulación) en ese campo productivo de la actividad económica. Ahora, inevitablemente, la crisis empeora crecientemente también en el campo de la producción industrial.

Naturalmente, la obligada consecuencia de la crisis cada vez más profunda en las ramas productivas de la “economía real”, como están empezando a llamarla ahora para contraponer la economía productiva al aventurerismo financiero especulativo, es el crecimiento del desempleo en una escala aterradora en todas partes, y la miseria humana asociada a éste. Esperar que las operaciones de rescate del Estado capitalista les den una solución feliz a esos problemas sería una fantasía muy grande.

Ése es el contexto en el que nuestros políticos deberían realmente comenzar a prestarle atención a la llamada “lección importante de la historia”, en lugar de “servir grandes porciones de dinero público” pretendiendo que esa es “la lección de la historia”. Porque como resultado del desarrollo histórico bajo el dominio del capital en su crisis estructural, hemos llegado hoy al punto en que debemos someternos al impacto destructivo de una *simbiosis* cada vez peor, entre el marco legislativo estatal de nuestra sociedad y la dimensión, tanto productiva material como financiera, del orden reproductivo social establecido.

Naturalmente, esa relación simbiótica puede ser, y con frecuencia también resulta ser así, administrada con prácticas totalmente corruptas por las personificaciones privilegiadas del capital, tanto en los negocios como en la política. Porque, sin importar lo corruptas que pudieran ser esas prácticas, ellas están en plena sintonía con los *contravalores institucionalizados* del orden establecido. Y—dentro del marco de la simbiosis prevaleciente entre el campo económico y las prácticas políticas dominantes— las mismas son absolutamente permisibles desde el punto de vista legal, gracias al papel facilitador sumamente dudoso, y a menudo claramente antidemocrático, de

la *impenetrable jungla legislativa* que el Estado proporciona al respecto en el terreno financiero.

La *fraudulencia*, en una gran variedad de sus formas practicables, constituye la *normalidad del capital*. Sus manifestaciones extremadamente destructivas no quedan en modo alguno restringidas al funcionamiento del complejo militar-industrial. Ahora el papel directo del Estado capitalista en el mundo parasitario de las finanzas no sólo resulta de importancia fundamental, en vista de su magnitud absolutamente invasora, como hemos venido a descubrir con impactante claridad durante estas últimas semanas, sino además de importancia también potencialmente catastrófica.

El hecho vergonzoso en todo este asunto es que las compañías hipotecarias gigantes de los Estados Unidos, como Fannie Mae y Freddie Mac, fueron apoyadas de manera corrupta y provistas con generosidad de garantías altamente rentables pero totalmente inmerecidas, en primer lugar por parte de la *jungla legislativa* del Estado norteamericano, así como a través de los servicios personales de la corrupción política impune. Ciertamente, la jungla legislativa cada vez más densa del Estado capitalista resulta ser la legitimadora “democrática” de la *fraudulencia institucionalizada* en nuestras sociedades. Los editores y periodistas de *The Economist* están, de hecho, bien enterados de las prácticas corruptas gracias a las cuales, en el caso de las gigantes compañías hipotecarias norteamericanas, éstas reciben de su Estado un tratamiento descaradamente preferencial [cito aquí a *The Economist*]:

se le permitió a Fannie y Freddie operar con *montos de capital mínimos*. Los dos grupos tenían a finales de 2007 un capital básico (como lo definió su regulador) de 83.2 billones de dólares; eso respaldaba una deuda de 5.2 *trillones de dólares* y sus garantías, *un coeficiente de endeudamiento de 65 a 1*. [!!!] Según CreditSights, un grupo de investigación, Fannie y Freddie fueron contrapartes en transacciones derivadas *por un valor de 2.3 trillones de dólares*, relacionadas con sus *actividades de hedging*. No hay manera de que a un

banco privado se le permita tener un balance general tan altamente apalancado,¹⁶ ni calificaría para una clasificación de riesgo AAA. (...) Utilizaban su *financiamiento barato* para comprar *activos de más alto rendimiento*.¹⁷

[Aún más] Con tanto en juego, no es de extrañar que las compañías hayan construido una maquinaria de *lobbying* formidable. *Se le dio empleo a ex políticos*. Los críticos podían esperar el látigo por respuesta. Las compañías no temían morder las manos que las alimentaban.¹⁸

No temer “morder las manos que las alimentaban” se refiere, claro está, al cuerpo legislativo estatal norteamericano. ¿Pero, por qué deberían estar temerosos, si esas compañías gigantes constituyen una *simbiosis total* con el estado capitalista? Se trata de una relación que se hace valer corruptamente en términos del personal involucrado, mediante el acto de *contratar políticos* que les sirvan preferencialmente, con un pasmoso “coeficiente de endeudamiento de 65 a 1” y la asociada *clasificación de riesgo AAA*, de acuerdo incluso con la confesión de mal grado de *The Economist*.

La gravedad de la situación presente queda subrayada de modo característico por la circunstancia reportada en estas palabras de *The Economist*: “los que negocian en el mercado de los *credit-default swaps* recientemente han hecho sus *apuestas por lo inconcebible: que Norteamérica podría dejar de cumplir con su deuda*”.¹⁹ Naturalmente, esos negociantes reaccionan ante los hechos del carácter y la gravedad que experimentamos hoy, de la única forma en que pueden: sacándoles provecho.

16. Lehman Brothers, uno de los principales bancos privados, tenía un coeficiente de endeudamiento de 30 a 1. ¡Eso es bastante malo!

17. “Fannie Mae and Freddie Mac: End of illusions”, *The Economist*, 19-25 de julio de 2008, p. 84.

18. “A brief family history: Toxic Fudge”, *The Economist*, 19-25 de julio de 2008, p. 84.

19. “Fannie Mae and Freddie Mac: End of illusions”. *The Economist*, 19-25 de julio de 2008, p. 85.

4. El incumplimiento de los Estados Unidos no tiene nada de inconcebible

El gran problema para el sistema del capital global es, no obstante, que el *incumplimiento de los Estados Unidos no tiene nada de inconcebible*. Por el contrario, es –y lo ha sido durante muy largo tiempo– una certeza que se avecina. Por eso escribí hace muchos años (en 1995, para ser preciso) que:

En un mundo de extremada *inseguridad* financiera no hay cosa que le convenga más a la práctica de apostar sumas astronómicas y criminalmente riesgosas en las bolsas de valores del mundo –presagiando un sismo de magnitud 9 ó 10 en la “escala de Richter” financiera– que llamar “*Securities Management*” a las empresas que participan en esa apuesta, (...) En este punto del tiempo no es posible ver todavía cuándo y de qué formas –de las cuales puede darse más de una variedad más o menos brutal– los Estados Unidos incumplirán su deuda astronómica. A este respecto, sólo caben dos certezas. La primera es que la inevitabilidad del incumplimiento norteamericano nos afectará profundamente a todos en este planeta. Y la segunda, que la preponderante posición de potencia hegemónica de los Estados Unidos se seguirá haciendo valer en toda forma, para hacer que el resto del mundo siga pagando la deuda norteamericana mientras esté en capacidad de hacerlo.²⁰

Por supuesto, la condición agravante hoy día es que el resto del mundo –incluso con la tan históricamente irónica contribución masiva de China al balance general del Tesoro de los Estados Unidos– está cada vez en menor capacidad de rellenar el “agujero negro”, producido en escala siempre creciente por el insaciable apetito norteamericano por el financiamiento de las deudas, como lo demuestran las repercusiones globales de la reciente crisis hipotecaria

20. “La presente crisis”, citado en la Parte IV de *Beyond Capital* (publicado en Londres, 1995), pp. 962-3. En español, *Más allá del Capital*, Vadell Hermanos Editores, Caracas, 2001, pp. 111-2.

y bancaria en ese país. Tal circunstancia nos acerca mucho más al obligado incumplimiento de los Estados Unidos, en alguna de sus “variedades más o menos brutales”.

La verdad de este punto inquietante es que no hay salida de estas contradicciones definitivamente suicidas, inseparables del *imperativo de la expansión sin fin del capital, sin que importen las consecuencias* –a la que se le confunde arbitraria y mistificadoramente con el *crecimiento como tal*– sin cambiar radicalmente nuestro modo de reproducción metabólica social, adoptando las tan necesitadas prácticas responsables y racionales de la única economía viable,²¹ orientada por la necesidad humana, en lugar del lucro alienante, deshumanizador y degradante.

Es aquí donde el abrumador impedimento de las interdeterminaciones al servicio de sí mismas del capital tiene que ser enfrentado, sin importar cuán difícil pueda resultar bajo las condiciones prevalentes. Porque la adopción absolutamente necesaria y el desarrollo futuro apropiado de la única economía viable es inconcebible sin la transformación radical del propio orden socioeconómico y político establecido.

Gordon Brown manifestó recientemente su desaprobación del “capitalismo desenfrenado”, a nombre de una “regulación” que dejó totalmente sin especificar. Ustedes podrán recordar que Gorbachov también quería un tipo de capitalismo regulado, bajo el nombre de “socialismo de mercado”, y también deben saber lo que le sucedió a él y a su grotesca ensoñación. Por otra parte, hace mucho tiempo que la expresión para el mismo pecado de “capitalismo desenfrenado” del Primer Ministro conservador inglés, Edward Heath, era “*el rostro inaceptable del capitalismo*”. Pero el “capitalismo desenfrenado”, a pesar de su “rostro inaceptable”, continuó siendo durante todas estas décadas no solamente “aceptable” sino que –en el transcurso de su desarrollo posterior– se volvió mucho peor. Porque la base de origen

21. Ver al respecto: “Crecimiento cualitativo en la utilización: la única economía viable”, Sección 9.5 de mi libro, *El desafío y la carga del tiempo histórico*, Vadell Hermanos Editores / CLACSO, Caracas, 2008, pp 271-91.

de nuestros problemas cada vez más serios no es el “rostro inaceptable del capitalismo no reglamentado”, sino su *esencia destructiva*. Es esa esencia atropelladora la que *tiene que resistir y anular* todos los esfuerzos que apunten a restringir aunque sea mínimamente al sistema del capital, como en verdad lo logró hacer realmente también al metamorfosarse al “viejo laborismo” socialdemócrata en el “nuevo laborismo” neoliberal. En consecuencia, la fantasía renovada periódicamente de *reglamentar el capitalismo* de manera estructuralmente significativa sólo puede equivaler a tratar de echarle el lazo al viento.

Pero la última cosa que necesitamos hoy día es seguirle echando el lazo al viento, cuando tenemos que encarar la gravedad de la *crisis estructural* del capital, lo cual exige la institución de un *cambio sistémico* radical. Resulta sumamente revelador acerca del carácter incorregible del sistema del capital el que incluso en una época como ésta, cuando la inmensa magnitud de la crisis en desenvolvimiento ya no puede seguir siendo negada ni siquiera por los más devotos apologistas *ex officio* del sistema –una crisis descrita hace pocos días, nada menos que por una figura como el director encargado del Banco de Inglaterra, como la mayor de las crisis económicas de toda la historia de la humanidad– no sea posible contemplar nada, por no mencionar hacer algo, que pueda cambiar los defectos fundamentales de un orden reproductivo social cada vez más destructivo, por parte de quienes controlan las palancas económicas y políticas de nuestra sociedad.

En contraste con la reciente ilustración de su propio encargado, el Director del Banco de Inglaterra, Mervyn King, no tenía ninguna clase de reservas acerca de la solidez del tan apreciado sistema del capital, ni tenía la más leve anticipación de una crisis por llegar, cuando puso por los cielos con sus elogios al libro apologético del capital de Martin Wolf, con su título autocomplaciente y perentoriamente asertivo: *Por qué la globalización funciona*. King llamó a ese libro “una crítica intelectual devastadora de quienes se oponen a la globalización”, y una “*visión civilizada, sabia y optimista de nuestro*

futuro económico y político”.²² Ahora, sin embargo, todo el mundo se ve obligado a tener al menos alguna preocupación por la naturaleza real y las obligadas consecuencias destructivas de la globalización *capitalista*, dogmáticamente aclamada.

Naturalmente, mi propia actitud para con el libro de Wolf era muy diferente de la de Mervyn King y otros que comparten los mismos intereses creados. En el momento de su publicación, en 2004, comenté que

el autor, que es el principal comentarista económico del *Financial Times* de Londres, olvida hacer la pregunta realmente importante: ¿para quién funciona? (si es que lo hace). Ciertamente funciona, por los momentos, y no tan bien que digamos, para quienes toman las decisiones del capital transnacional, pero no para la inmensa mayoría de la humanidad, que debe sufrir las consecuencias. Y ninguna cantidad de la “*integración jurisdiccional*” propugnada por el autor –para decirlo sin rodeos, el estricto control directo de los deplorados “demasiados Estados” por parte de un pequeño grupo de potencias imperialistas, en especial la más grande de ellas– va a remediar la situación. En realidad, la globalización capitalista no funciona ni puede funcionar. Porque no puede superar las contradicciones y los antagonismos inconciliables, manifiestos a través de la crisis estructural global del sistema. La globalización capitalista en sí misma constituye la manifestación contradictoria de esa crisis, y trata de trastocar la relación *causa/efecto* en un vano intento por remediar algunos efectos negativos mediante otros *efectos proyectados ilusamente* porque es incapaz estructuralmente de abordar sus *causas*.²³

22. Nota de respaldo de Mervyn King, en la contraportada del libro de Martin Wolf, *Why Globalization Works*, Yale University Press, 2004.

23. En “Education – Beyond Capital”, conferencia de apertura dictada en el *Fórum Mundial de Educação*, Porto Alegre, 28 de julio de 2004. Reeditado en español en *La educación más allá del capital*, Siglo Veintiuno Editores / CLACSO COEDICIONES, Buenos Aires, 2008. Ver también el capítulo: “Why Capitalist Globalization Cannot Work?” en mi libro, *The Challenge and Burden of Historical Time*, Monthly Review Press, New York, 2008, pp. 380-398; edición en español: *El desafío y la carga del tiempo histórico*, Vadell Hermanos Editores / CLACSO COEDICIONES, Caracas, 2008, pp. 371-389.

En ese sentido, los intentos recientes de contrarrestar los síntomas de la crisis, que se intensifican mediante la nacionalización cínicamente camuflada de las magnitudes astronómicas de la bancarrota capitalista, gracias a recursos del Estado aún por inventar, no hacen más que realzar las determinaciones causales antagónicas hondamente arraigadas de la destructividad del sistema del capital. Porque lo que está fundamentalmente en juego hoy no es simplemente una crisis financiera masiva, sino la potencial autodestrucción de la humanidad en esta coyuntura del desarrollo histórico, tanto militarmente como mediante la destrucción en marcha de la naturaleza.

A pesar de la manipulación concertada de las tasas de interés y las recientes Cumbres inoperantes de los países capitalistas dominantes, nada perdurable se ha logrado “sirviendo gigantescas porciones de dinero” en el agujero sin fondo del mercado financiero global “desplomado”. La “*respuesta global amplia a la brecha de confianza*” ilusamente proyectada por *The Economist* y sus amos, pertenece al mundo de la (no tan pura) fantasía. Porque uno de los más grandes fracasos históricos del capital, como modo de control metabólico social establecido durante largo tiempo, es el prolongado dominio de los *Estados Nación* más agresivos, y la imposibilidad de instituir el *Estado del sistema del capital como tal* sobre la base de los antagonismos estructuralmente afianzados de ese sistema.

Imaginar que, dentro del marco de esas determinaciones causales antagónicas, se pudiese hallar una solución permanente armoniosa para la crisis estructural cada vez más profunda de un orden de producción e intercambio absolutamente inicuo –hoy involucrado en la producción de incluso una crisis alimentaria global, como culminación de todas sus otras contradicciones flagrantes, incluida la destrucción cada vez mayor de la naturaleza– sin intentar siquiera remediar sus atroces iniquidades, constituye el peor tipo de ideas fantásticas, bordeando la total irracionalidad. Porque, en contradicción consigo misma, quiere conservar el orden existente a pesar de sus iniquidades y antagonismos obligadamente explosivos. Y la llamada “*integración jurisdiccional de los demasiados Estados*” bajo unos pocos autodesignados, o uno solo, como lo propugnan algunos

connotados apologistas del capital, solamente puede sugerir la permanencia –igualmente contradictoria en sí misma– de la dominación imperialista global potencialmente suicida.

Es por eso que Marx tiene hoy mayor pertinencia que nunca. Porque sólo un *cambio sistémico* radical puede ofrecer una esperanza y una solución históricamente sustentables para el futuro.

II

La crisis actual²⁴

24. Escrito en agosto de 1987, publicado en la revista brasileña *Ensaio*, N° 17-18, número especial, 1989, pp.159-71.

1. Admisiones sorprendentes

Como punto de partida, veamos tres declaraciones recientes, bastante sorprendentes, hechas por algunas figuras públicas inglesas bien conocidas. La primera afirmaba que:

estamos al borde de una crisis económica –una crisis con consecuencias económicas y políticas que apenas comenzamos a percibir. [Estamos ante] la declinación continua y a raíz de ella, la decadencia social y política, y quizá hasta la lucha por la supervivencia de la democracia misma.²⁵

La segunda hacía la advertencia de que la inmensa cantidad de dinero que los Estados Unidos gastan anualmente en defensa “creaba grandes problemas”, y añadía que:

Es gastado mayormente dentro de un mercado, que es quizás el mercado más protegido de la alianza –por las regulaciones de la transferencia de tecnología, por las leyes proteccionistas norteamericanas, por los controles extraterritoriales... coordinado a través del Pentágono y protegido por el Congreso. Se le canaliza hacia las compañías de mayor tamaño y más ricas de la tierra. No se le puede hacer resistencia y si no se le controla ... irá comprando un sector tras otro de las tecnologías más avanzadas del mundo. .. La manera como ha sido manejada la reconstrucción de la Westland PLC ha abierto profundas interrogantes acerca de los logros en la defensa y el futuro de Inglaterra como país tecnológicamente avanzado.²⁶

25. *Computer Weekly*, 19 de diciembre de 1985.

26. Declaración de renuncia de Michael Heseltine, 9 de enero de 1986.

La tercera declaración no era menos dramática. Con referencia a la llamada “Iniciativa de la Defensa Estratégica (IDE)”, protestaba en contra de las implicaciones negativas de la IDE para la industria inglesa, declarando que:

Nos están tentando con migajas. Europa debería tener cuidado de que la participación en el programa de investigación de Guerra de las Galaxias norteamericano no vaya a constituirse en un caballo de Troya.²⁷

Lo que resulta sorprendente en todo esto no es que se hayan hecho tales declaraciones, sino las afinidades sociales y políticas de la gente que las hizo. Porque la primera advertencia provenía de Sir Edwin Nixon, Presidente de IBM en el Reino Unido. Ni tampoco la segunda admonición fue pronunciada por ningún “fogoso revolucionario”, o siquiera por alguien comprometido con la causa de la “izquierda blanda”. Por el contrario, la hizo nada menos que el antiguo Secretario de Estado para la Defensa en Inglaterra, Michael Heseltine, del Partido Conservador, en un intento por explicar por qué tuvo que dimitir y crear un gran escándalo político por causa de la pretendida neutralidad (y el apoyo real) del gobierno hacia las corporaciones transnacionales norteamericanas en contra del Consorcio Europeo. Y, finalmente, la tercera declaración provenía de Paddy Ashdown, miembro liberal del Parlamento por Yeovil: el mismo hombre que defendió a viva voz la exitosa adquisición por parte de los norteamericanos de la compañía de helicópteros Westland, contra la cual protestó Heseltine.

El asunto radica en que el capitalismo está experimentando hoy día una profunda crisis que ya no podría continuar siendo negada ni siquiera por sus propios voceros y beneficiarios. Y tampoco cabría imaginar que el capital norteamericano se vea menos afectado por ella que Inglaterra y Europa. El Vicepresidente de Investigaciones de IBM afirmó recientemente, con un fuerte toque irónico, que el tan profetizado “*despegue tecnológico*” –en cuyo nombre los contratos de

27. *Computer Weekly*, 13 de junio de 1985.

defensa prohibitivamente costosos y corruptamente sobrepregados habían sido defendidos con gran entusiasmo por muchos y aprobados por Parlamentos y gobiernos en el pasado – había resultado no ser más que un mero “desagüe”.²⁸

Ciertamente, la situación general es en realidad mucho más grave de lo que podría sugerir por sí misma la no materialización de los prometidos beneficios tecnológicos colaterales del derroche militar. Hace casi dos décadas argumentaba yo que el necesario resultado de las intervenciones del Estado –independientemente de lo generosos que pudiesen ser sus fondos– al servicio de la expansión del capital estaba destinado a ser:

no sólo el crecimiento canceroso de las ramas no productivas de la industria dentro del marco total de la producción del capital sino –lo que es de igual importancia– también la grave distorsión de toda la estructura de la *contabilidad de costos capitalista* bajo el impacto de los contratos llevados a cabo con la justificación ideológica de que son “vitales para el interés nacional”. Y como el capitalismo actual constituye un *sistema* estrechamente *intervinculado*, los devastadores resultados de esa distorsión estructural pasan al primer plano en numerosos campos y ramas de la industria, no tan sólo en la directamente involucrada en la ejecución de los contratos de defensa. Los hechos bien conocidos de que los costos estimados por lo general experimentan “escaladas” desenfrenadas, y que los comités designados por el gobierno para vigilarlos no dan resultado (es decir, un resultado que no sea el encubrimiento de las operaciones pasadas, aunado a la generosa justificación de los gastos futuros), hallan su explicación en las necesidades inmanentes de esa estructura cambiada de la producción y contabilidad capitalista, con implicaciones sumamente graves para el futuro.²⁹

28. Citado en Mary Kaldor, “Towards a High-Tech Europe?”, *New Socialist*, N° 35, febrero de 1986, p.10.

29. Mészáros, *The Necessity of Social Control*, p. 50.

Reportes recientes han confirmado ampliamente que en lugar de la tan promocionada bonanza comercial generada tecnológicamente, lo que ha resultado de la distorsión con orientación hacia lo militar de la contabilidad de costos capitalista tanto en Europa como en los Estados Unidos, es un significativo empeoramiento de la competitividad. Porque “a medida en que la tecnología militar se ha ido volviendo cada vez más compleja, costosa, ingeniosa y secreta, se ha ido apartando de posibles aplicaciones civiles”.³⁰

En conformidad, entre las principales desventajas que recalca un reporte reciente sobre la Investigación y Desarrollo de la Tecnología de la Información (emitido por el Despacho de Evaluación Tecnológica del Congreso de los Estados Unidos) encontramos: “clasificaciones de secretos de seguridad que tienden a desacelerar el avance tecnológico; especificaciones técnicas rígidas para adquisiciones militares que tienen limitada utilidad para aplicaciones comerciales, y el ‘consumo’ para propósitos militares de recursos científicos y técnicos limitados y valiosos, que pueden inhibir los desarrollos comerciales”.³¹

30. Mary Kaldor, *Ibid.* La autora da algunos ejemplos reveladores en su artículo: “Resulta interesante observar las industrias eléctricas, porque ese sector tiene mercados militares y comerciales. Es posible, por ejemplo, comparar la cuota de I&D [Investigación y Desarrollo] (predominantemente relacionadas con la defensa, excepto en Alemania) en las industrias eléctricas en su conjunto, y la competitividad en maquinaria de oficina y computadoras, componentes electrónicos y maquinaria eléctrica. Aparte de la maquinaria de oficina y las computadoras, donde el mercado militar de grandes dimensiones convierte en competitivo a los Estados Unidos, la relación inversa entre I&D en defensa y competitividad es muy marcada. Otro ejemplo interesante es el de los productos químicos. El único sector de alta tecnología en el que el Reino Unido es muy competitivo, como lo define la OCDE, es el de drogas y medicinas. Ésta es un área donde la I&D militar –y su influencia– resulta insignificante. La preocupación por la declinante competitividad en la fabricación ha promovido una serie de informes oficiales tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos. En Inglaterra, dos informes –uno de la Comisión Designada para la Ciencia y la Tecnología de la Cámara de los Lores, el otro de Sir Ieuan Maddocks, por la comisión del Consejo de Desarrollo Económico Nacional– argumentaban que el alto nivel de I&D en la defensa constituye una razón de peso para la incapacidad de Inglaterra de explotar la ciencia y la tecnología de una manera lo suficientemente efectiva como para incrementar la competitividad de la fabricación inglesa”. *Ibid.*, p. 11.

31. *Ibid.*

En otras palabras, la intervención directa del Estado en el proceso de reproducción capitalista en definitiva yerra el tiro en varias direcciones y constriñe el curso del desarrollo económico civil en mucho más que en sus normas políticas/administrativas de carácter reservado. Produce, además, grandes problemas en términos económicos tangibles al generar especificaciones técnicas absurdas (por ejemplo, la poceta a prueba de explosiones nucleares que sobrevive a la incineración de su usuario) y las correspondientes prácticas productivas/técnicas comercialmente inútiles. Al mismo tiempo, se nos confronta también con la extremada *tecnologización de la ciencia* que le pone una camisa de fuerza a sus potencialidades creadoras, incluso en términos de consumo económico estrictamente capitalistas, al ponerla al servicio de propósitos militares enteramente desperdiciadores.

2. La afirmación de la hegemonía de los Estados Unidos

Las consecuencias negativas de ese empeoramiento de la competitividad son ineludibles. Resultan ya notorias en la intensificación de las contradicciones presentes en las relaciones comerciales internacionales y en las medidas adoptadas por el más poderoso de los países capitalistas para reafirmar de un modo abiertamente agresivo, la dominación por largo tiempo indeseada de los Estados Unidos dentro de la alianza occidental. Para mostrarlo, basta poner algunos ejemplos de especial importancia:

2.1. “Extraterritorialidad”

Este tema salió a la luz en los debates en el Parlamento inglés durante el verano de 1985. Como afectaba a varios sectores del capital británico, podía ser abordado desde todos los matices del espectro de la opinión parlamentaria.

El representante liberal Paddy Ashdown sostuvo que “los intentos de los Estados Unidos por controlar la exportación de sistemas

de alta tecnología podrían destruir la industria de la computación inglesa”. Sostuvo también que la Ordenanza de Control de Exportación de Artículos de los Estados Unidos introduciría “una serie de restricciones a la exportación potencialmente fatales, impuestas a instancias del Pentágono y sin adecuada consulta con ninguna de las industrias afectadas en el Reino Unido”. Ashdown afirmó, además, que los Estados Unidos estaban orientando la ley en cuestión hacia su beneficio comercial y para ponerle un freno a la competencia de las compañías inglesas, alegando que como resultado ya se habían perdido 500.000 empleos en Europa.

En respuesta a las protestas de Ashdown, el Procurador General inglés, Sir Michael Havers, conservador, describió los intentos de control de los Estados Unidos como una “injustificada intromisión en la jurisdicción inglesa y *contraria a la legislación internacional*”.³² Irónicamente, sin embargo, para comienzos de 1987 el gobierno inglés había capitulado sobre este punto de una manera humillante, aceptando la “injustificada intromisión en la jurisdicción inglesa” que antes condenaba retóricamente. Además, le confirió a los inspectores de comercio de los Estados Unidos el derecho a examinar los libros de las compañías fabricantes inglesas que utilizaban componentes de alta tecnología norteamericanos, a pesar de las protestas de las firmas inglesas que temían que la información así obtenida de los registros de su compañía pudiera perjudicarlas.

El director de planificación estratégica de la Plessey, John Saunders, comentó que los libros de la compañía contenían información que podía serles útil a los competidores estadounidenses. Al mismo tiempo, el representante laborista Michael Meacher sostuvo que el gobierno había sacrificado los intereses del Reino Unido, “en su total fracaso en proteger a las compañías inglesas que se veían convertidas en presa del dominio y la interferencia desleal norteamericana”. Sugirió también que el asunto de la soberanía debería ser un tema clave en la elección general de 1987.³³

32. *Computer Weekly*, 18 de julio de 1985.

33. Véase el artículo editorial en *Computer Weekly*, titulado “La culpa es de Reagan, no del comercio norteamericano”. Las ilusiones congénitas de la posición liberal

2.2. La ventaja industrial del secreto militar

En este particular resaltan dos aspectos. El primero tiene que ver con la imposición, bajo la organización del COCOM –donde impera el “halcón” del Pentágono Richard Pearl– de severas restricciones a países de Europa Occidental, con claras ventajas para las firmas estadounidenses.

El segundo salió a la luz más recientemente, en conexión con la llamada Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE). Muchos científicos y expertos en computación ingleses protestaron contra la iniciativa en su totalidad y la manera cómo la manejaba el gobierno. Richard Ennals, del Imperial College, anterior director de investigaciones del proyecto Alvey (bautizado en honor al autor de un informe patrocinado por el gobierno), fue el primer científico inglés en ventilar el asunto: “La IDE está absorbiendo tecnología inglesa para la explotación industrial estadounidense”.³⁴ Así, no resultó muy sorprendente que su libro –en el que desarrollaba sus críticas in extenso– fuese descartado antes de su publicación por sus propios editores. (No es difícil adivinar la procedencia de la presión para suprimirlo).

Más aún, la actitud hacia el IDE fue materia de seria preocupación en algunos círculos gubernamentales europeos. Se ha reportado que:

La Comisión Europea le está advirtiendo a los gobiernos del Mercado Común que la participación europea en los programas de Guerra de las Galaxias norteamericanos podría resultar dañina para la salud de los programas de investigación paneuropeos, como el Esprit, y los programas locales, como el Alvey. La Comisión le ha enviado una carta confidencial a los 10 gobiernos miembros con antelación a la cumbre del Mercado Común en Milán pautada para más tarde este mes, con la advertencia de que la participación en

resultan bien ilustradas por el título mismo de este editorial. Como si las acciones de la administración norteamericana pudiesen ser separadas de, y contrapuestas a los intereses del comercio norteamericano.

34. *Ibid.*, 16 de enero de 1986.

la investigación de Guerra de las Galaxias desviaría esfuerzos de investigación europeos. Aparte de amenazar al Alvey y al Esprit, disminuiría gravemente la investigación europea en general y luego acrecentaría las restricciones que los Estados Unidos ya le están imponiendo unilateralmente al comercio de la alta tecnología europea.³⁵

Independientemente de lo que a la larga puedan hacer o no los gobiernos europeos particulares en torno a esas preocupaciones, es imposible ignorar la gravedad de las contradicciones subyacentes.

2.3. *Las presiones por el intercambio directo aplicadas por los poderes legislativo y ejecutivo de los Estados Unidos*

Algunos otros ejemplos incluyen las *tarifas agrícolas de guerra* con las que amenazó la Administración Reagan –sobre las cuales capitularon al final los Gobiernos de la Comunidad Económica Europea– y el *proyecto europeo Air Bus*, sobre el cual hasta ahora se han negado a capitular. El conflicto con el Japón también se intensificó, como lo recalcó en ese entonces el voto unánime del Senado norteamericano, exigiendo fuertes medidas proteccionistas contra el Japón, seguidas puntualmente por la aplicación de algunas tarifas punitivas.

Pero mucho más allá de esas confrontaciones particulares (que resultan ser bastante significativas por sí mismas) está la perspectiva de abandonar de un todo el marco del GATT como regulador institucional de los acuerdos tarifarios entre los Estados Unidos y Europa. Podemos notar ahora en los Estados Unidos una creciente presión para cambiar esos reguladores *multilaterales* del intercambio comercial por acuerdos comerciales estrictamente *bilaterales*, por cuyo intermedio la parte norteamericana, incomparablemente más poderosa, podría dictar condiciones a los competidores europeos mucho más pequeños y débiles tomados por separado. Porque las

35. *Ibid.*, 13 de junio de 1985.

relaciones comerciales bilaterales –por naturaleza propia– favorecen siempre a la parte considerablemente más fuerte involucrada en esos contratos, aumentando su ventaja relativa en más de una forma.

Si van a prevalecer o no en un futuro no demasiado remoto las crecientes presiones para socavar o abandonar el GATT –al igual que movimientos similares dirigidos hacia otros mecanismos de regulación– queda el punto como una interrogante abierta. Lo que sí resulta, sin embargo, altamente significativo es que se esté contemplando seriamente la necesidad de una drástica reestructuración de las relaciones comerciales norteamericanas con el resto del mundo sobre una base *bilateral*.

2.4. *El verdadero problema de la deuda*

Hay mucha discusión en torno al endeudamiento de los países de Latinoamérica, así como sobre las peligrosas implicaciones de ese endeudamiento para el sistema financiero mundial en su conjunto. Aunque no se quiere negar la importancia de este punto, hay que destacar que resulta por demás asombrosa la poca atención que se le presta a la necesidad de ponerlo en su debida perspectiva. Porque la deuda latinoamericana *en su totalidad*, que llega a poco menos de 350 millardos de dólares para el momento de escribir este artículo (y que ha venido siendo acumulada colectivamente por los países involucrados a lo largo de un período de varias décadas) palidece hasta la insignificancia total si se la coloca ante el endeudamiento –interno y externo– de los Estados Unidos, que debe ser contabilizado en *miles de millardos*, es decir en magnitudes que simplemente desafían la imaginación.

Característicamente, no obstante, este asunto es mantenido la mayor parte del tiempo fuera de la vista, gracias a la conspiración del silencio de las partes interesadas. Como si una deuda así de astronómica se pudiese anotar “en la parte de adentro de la chimenea, para que el hollín se encargue de ella”, como reza un dicho húngaro (acerca de las deudas de poca monta en las que incurren los amigos

personales y que se pueden “dar por perdidas” sin problema). Pero imaginar que esa práctica de anotar en la chimenea como manejo de la deuda, cuando ella implica miles de millardos de dólares, puede seguir adelante indefinidamente, va mucho más allá de los límites de toda credulidad.

Abiertamente, los socios en tales prácticas –los países europeos no en menor grado que el Japón– están atrapados en un sistema de fuerte dependencia de los mercados estadounidenses y en la concomitante “liquidez” generada por la deuda. Así, se encuentran en una situación muy precaria cuando toca diseñar medidas efectivas para poner bajo control el problema real de la deuda. Ciertamente se ven succionados cada vez más profundamente en el remolino de las determinaciones contradictorias con las que “voluntariamente” incrementan su propia dependencia de la deuda norteamericana en escalada, con todos los peligros que envuelve para ellos mismos, mientras ayudan a promoverla y financiarla.

Sin embargo, el hecho de que exista ese círculo vicioso no implica que el sistema capitalista global pueda escapar de las peligrosas implicaciones de ver los miles de millardos norteamericanos aumentando en el lado equivocado de la hoja de balance. De hecho, los límites de hasta cuándo se podrían mantener esas prácticas no resultan demasiado difíciles de identificar.

De seguro, los países capitalistas occidentales –en parte debido a las contradicciones internas de sus propias economías y en parte a causa de su fuerte dependencia de los mercados mercantiles y financieros norteamericanos– continuarán participando con sus activos financieros en respaldo de la relativa estabilidad de la economía estadounidense, y con ella la del sistema global. Porque la dominación aventurerista del *capital financiero* en general, es más la *manifestación* de las crisis económicas hondamente arraigadas que su *causa*, aunque a su vez contribuye grandemente a su subsiguiente agravamiento. Así, la tendencia a destruir ciertas industrias y a transferir muchos de los activos financieros así generados a los Estados Unidos no es en modo alguno accidental. (Aunque,

por supuesto, resulta definitivamente grotesco que Inglaterra, por ejemplo, que encabeza al mundo capitalista en ese proceso de “desindustrialización”, sea también uno de los principales países *acreedores* en la actualidad). Ni debería sorprender tampoco que una vez que los activos de un país quedan al descubierto de esa manera, la presión para protegerlos –transfiriendo nuevos fondos, sosteniendo al dólar mediante la intervención manipuladora de los bancos centrales, etc.– contra el peligro de una desastrosa reacción en cadena financiera y del derrumbe definitivo, se torne casi irresistible.

Sin embargo, tan sólo los idiotas y los apologistas a ciegas pueden negar que la práctica en curso del manejo de la deuda de los Estados Unidos está edificada sobre piso muy movedizo. Se hará totalmente insostenible cuando el resto del mundo (incluido el “Tercer Mundo” al que todavía se le extraen con éxito de una u otra manera enormes transferencias cada año) ya no siga estando en posición de *producir* los recursos que requiere la economía norteamericana para mantener su existencia como el todavía hoy a menudo idealizado “motor” de la economía mundial capitalista.

2.5. El antagonismo político que emerge de la penetración económica de los Estados Unidos

En medio de un reciente escándalo político, que siguió a la revelación de las negociaciones del gobierno con firmas gigantes estadounidenses, el líder del Partido Laborista inglés habló de un “*nuevo acto de colonización* en la economía inglesa”,³⁶ recibiendo la plena aprobación de la prensa liberal. Un editorial de *The Guardian* protestó:

Primero fue la United Technologies, negociando para tener una participación en la Westland [y lo logró, gracias a la manipulación gubernamental y a una sospechosa venta de acciones, bajo el manto del secreto]. Luego la General Motors

36. Debates parlamentarios, 4 de febrero de 1986.

con la Lotus; después una amenaza de quitarle el contrato para el radar aéreo a la GEC [que también, más tarde, se convirtió en hecho cumplido] y dejarlo caer en manos de la Boeing. Ahora la Ford pudiera comprar la BL, lo único que queda de industria automotriz de propiedad inglesa. Uno o dos de esos negocios pudiese haber sido excusable. Pero tantos, y tan seguidos, dan la impresión de que la señora Thatcher tiene tan poca fe en los fabricantes ingleses que quiere convertir el país en una *ensambladora tercermundista de productos multinacionales*.³⁷

Irónicamente, no fue la dirección del Partido Laborista sino el mismo artículo editorial de *The Guardian* el que señaló las graves implicaciones de esos *take-overs* económicos para la posición de la fuerza laboral. Así, le recordaba a sus lectores la amenaza directa del creciente desempleo como asunto de política industrial transnacional –cínicamente expuesta por la directiva de una de las principales compañías norteamericanas– añadiéndole a su preocupación crítica, una advertencia acerca de las consecuencias de la penetración norteamericana en la economía inglesa para la balanza de pagos y para el futuro de la industria inglesa en general:

El señor Bob Lutz, presidente de la Ford Europea, le dijo recientemente al *Financial Times*: “Si nos encontramos con que no tenemos mayores facilidades de ensamblaje, sin importar el país involucrado, y que por una u otra razón –a lo mejor una acción de un *gobierno torpe* (que da *vacaciones más largas*, o una *semana laborable más corta*), o *intransigencia sindical*– [las fábricas] no pueden ser competitivas, *no nos temblará el pulso para decidir cerrarlas*”.

La Ford Inglesa ... resulta también una carga sustancial en la balanza de pagos, que llegó a 1.3 millones de libras en 1983, mientras tomaba ventaja (muy adecuadamente en su propio interés particular) de las importaciones más baratas.

37. “Selling off, and shrugging yet again”, *The Guardian*, 5 de febrero de 1986.

El gobierno declara no tener una estrategia industrial. De hecho, sí la tiene, por supuesto: privatizar todo cuanto se mueva y venderle todo lo que se pueda a los compradores extranjeros. No hace falta ser un *Little Englander* para darse cuenta de que se trata de una abdicación de la responsabilidad, que podría convertirse en una profecía que se cumple, ante la *decadencia terminal de la industria* en este país.³⁸

Pero, por supuesto, la ironía más cruel surge de la peculiar circunstancia de que todo esto está ocurriendo contra el telón de fondo del endeudamiento masivo norteamericano.

El senador McGovern señaló para la época de su campaña presidencial, que los Estados Unidos estaban llevando a cabo la guerra de Vietnam con tarjeta de crédito. Desde ese entonces, el capital norteamericano ha venido progresando en procura de premios mucho más elevados en términos financieros. Su profunda penetración no solamente en el “Tercer Mundo” sino también en los centros claves del “capitalismo avanzado” occidental, gracias a la implacable prosecución de su *imperialismo de tarjeta de crédito*, apunta hacia una gran contradicción que no van a poder mantener oculta ni siquiera los “gobiernos amistosos” más serviles (como el Conservador de la señora Thatcher actualmente al mando en Inglaterra); como lo atestigua el creciente número de protestas provenientes de los círculos capitalistas afectados desfavorablemente.

La dimensión más importante, y potencialmente más lesiva de esa penetración económica, es que está siendo llevada a cabo –con la total complicidad de los sectores más poderosos del capital en los países occidentales implicados– sobre la base de un endeudamiento ya astronómico, y en inexorable crecimiento, de los Estados Unidos, que presagia un *incumplimiento final* de magnitud por demás inimaginable.

38. *Ibid*

Pero incluso con respecto a la modalidad de las operaciones financieras implicadas, resulta bastante revelador que los grandes *take-overs* estadounidenses de compañías extranjeras a menudo sean financiados con créditos generados internamente en los propios países afectados, destruyendo recursos muy necesitados de inversiones alternativas, para financiar el imperialismo de tarjeta de crédito norteamericano.

Más aún, frecuentemente se da también una conexión directa con los intereses del complejo militar/industrial y con los lucrativos contratos militares –que a menudo constituyen la motivación oculta tras las negociaciones de *take-over*– que resultan ser vitales para mantener la rentabilidad de las corporaciones capitalistas dominantes.

Un ejemplo característico salió a la luz en los debates acerca de la negociación secreta entre el gobierno inglés y la General Motors –frustrada como resultado del escándalo político que siguió a su revelación– que involucraba a la división de camiones de la British Leylands y a la Land-Rover. En el debate parlamentario en torno a este *affaire*,

El representante Alan Williams, un vocero industrial laborista, dijo que las implicaciones para la defensa de un *take-over* norteamericano de la Land-Rover no habían sido consideradas. Una subsidiaria de la Land-Rover, de nombre Self-Change Gear, suministraba componentes del tanque de guerra de fabricación inglesa y estaba en pugna por un contrato de 200 millones de libras por el tanque de guerra norteamericano. Su principal competidor era la General Motors, a la que el gobierno estaba pensando vendérsela en ese momento.³⁹

El punto aquí era que de haber llegado a materializarse la negociación secreta –es decir, si simplemente el gobierno inglés se la presentaba al Parlamento y al público en el momento oportuno, de la manera acostumbrada, como un hecho cumplido para el cual “no

39. Como fue reportado en *The Guardian*, 5 de febrero de 1968.

hay alternativa”– la General Motors no sólo hubiese adquirido, por *absolutamente nada*, la división de camiones de la British Leyland y también su división Land-Rover, sino que al mismo tiempo se habría embolsillado además una ganancia muy sustanciosa, aparte de sus adquisiciones gratuitas, como “beneficio colateral”.

Tales prácticas, sin embargo, sólo pueden generar conflictos incluso en sectores antes insospechados, intensificando la presión para medidas proteccionistas. Una presión que hasta no hace mucho –para la época de la fase expansionista posbélica del desarrollo capitalista y su consenso concomitante– si es que acaso existía, podía ser ignorada sin peligro en vista de su limitado alcance y su carácter meramente subterráneo. Presagiadoramente, sin embargo, bajo la coyuntura presente la presión proteccionista tiende a hacer erupción en todas las áreas importantes de las relaciones capitalistas económicas e interestatales globales, agravando así las varias contradicciones del sistema sobre las que ejerce influencia directa o indirecta.

3. La falsa ilusión del “declive de los Estados Unidos como potencia hegemónica”

Sería tentador exagerar la gravedad y la inmediatez de la crisis actual, y saltar al tipo de conclusión que hace cinco años nos ofrecía un libro coescrito por cuatro intelectuales de izquierda altamente respetados, que anunciaban prematuramente “el declive de los Estados Unidos como potencia hegemónica”.⁴⁰

Esa visión contradecía directamente la caracterización que hizo Baran de las relaciones de poder internacionales radicalmente alteradas de la posguerra en el mundo capitalista, que hablaba de la “intacta rivalidad entre los países capitalistas y la creciente incapacidad de las viejas naciones imperialistas para defender lo suyo frente a la búsqueda norteamericana de una expansión de su influencia y su poder”,⁴¹ e insistía en que “la afirmación de la supremacía norteamericana

40. Véase el volumen colectivo por Samir Amin, Giovanni Arrighi, André Gunder Frank e Immanuel Wallerstein, *Dynamics of Global Crisis*, Macmillan, Londres, 1982.

41. Paul Baran, *The Political Economy of Growth*, Monthly Review Press, New York, 1957, p.vii.

en el mundo ‘libre’ implicaba la reducción de Inglaterra y Francia (para no hablar de Bélgica, Holanda y Portugal) a la condición de socios menores del imperialismo norteamericano”.⁴²

En realidad, ha sido el diagnóstico hecho por Baran hace más de tres décadas el que ha pasado la prueba del tiempo en comparación con los otros, incluido el mucho más reciente que citamos antes. De hecho, no hay todavía ninguna señal seria del “declive de los Estados Unidos como potencia hegemónica” ilusamente prevista, no obstante la aparición de numerosos síntomas de crisis en el sistema global. Porque las contradicciones que podemos identificar atañen a la *totalidad* del sistema del capital global interrelacionado, en el cual el capital norteamericano ocupa, mantiene y ciertamente continúa fortaleciendo su posición dominante en todo respecto; paradójicamente, incluso, mediante sus prácticas –a primera vista bastante vulnerables, pero hasta el momento exitosamente impuestas sin demasiada oposición– de imperialismo con tarjeta de crédito.

Quienes hablan de, y le conceden tanta significación a la supuesta declinación de los Estados Unidos como potencia hegemónica parecen olvidar que esas posibilidades –es decir, las muchas maneras de imponerle el astronómico endeudamiento de los Estados Unidos al resto del mundo, haciendo caso omiso de sus inevitables implicaciones negativas para las demás sociedades, por igual capitalistamente avanzadas– están a disposición únicamente de un solo país, en virtud de su poder hegemónico históricamente indisputado (y, salvo algún cataclismo socioeconómico, indisputable) dentro del mundo capitalista.

La existencia de un conjunto de reglas de “buena administración del hogar”, reservadas para un solo miembro del club del “capitalismo avanzado”, y de otro conjunto, muy diferente, impuesto a todos los demás, incluido el Japón y Alemania del Oeste, ¿acaso no constituye

42. *Ibid.* Baran cita en la misma página también otro pasaje de las palabras amargamente realistas del *Economist* de Londres [17 de noviembre de 1957]: “Debemos entender que ya no somos los iguales de los norteamericanos, y no podemos serlo. Tenemos el derecho de declarar nuestros intereses nacionales mínimos y esperar que los norteamericanos los respeten. Pero una vez hecho esto, debemos buscar su guía”.

evidencia de la continuada supremacía hegemónica de los Estados Unidos? Además, hasta en el terreno de la *ideología* pudimos observar en el período de la posguerra, y particularmente en esta última década, un notorio *fortalecimiento* de la hegemonía norteamericana y no su *debilitamiento*, como lo postulaba la tesis del “fin de la hegemonía de los Estados Unidos”. Y el hecho de que su dominación ideológica esté –hasta un grado nada despreciable– sostenida materialmente por la “*fuga de cerebros*”, financiada con tarjeta de crédito, en la que los “*intelectuales del jet-set socialista*” europeos participan de manera permanente o a tiempo parcial (no menos que sus colegas investigadores científicos en el campo de la tecnología), y que como *feed-back* de esa participación, ayuden activamente a la difusión en este lado del Atlántico, y no sólo en los círculos académicos sino también entre las direcciones de los partidos de la clase trabajadora y los sindicatos occidentales, del discurso liberal/burgués norteamericano dominante acerca del llamado “socialismo factible”, no hace más que recalcar la desilusionadora verdad de que la supremacía económica puede producir las formas de mistificación más inesperadas.

4. La versión oficial de una “sana expansión económica”

A pesar de todo, sería muy difícil negar que en el sistema como totalidad está sucediendo algo significativamente nuevo. No se puede explicar su naturaleza, como a menudo se ha intentado, simplemente en términos de una crisis *cíclica* tradicional, puesto que la *extensión* y la *duración* de la crisis a la que nos hemos visto sometidos en las últimas décadas ya han sobrepasado en mucho los límites históricamente conocidos de las crisis cíclicas. Ni tampoco es realmente plausible atribuirle los síntomas identificables de crisis a la llamada “*gran ola*”; una idea que, como hipótesis explicatoria un tanto misteriosa, ha sido inyectada ingenua o apologeticamente en los debates más recientes.

A medida que los síntomas de la crisis se multiplican y se agrava su severidad, parece cada vez mucho más creíble que el sistema en su conjunto se está aproximando a ciertos *límites estructurales* del

capital, aunque resultaría exageradamente optimista sugerir que el modo de producción capitalista ya ha llegado al punto de donde no hay vuelta atrás, que conduce a su derrumbe. Sin embargo, debemos encarar la perspectiva de complicaciones muy graves cuando el incumplimiento de la deuda de los Estados Unidos repercute sobre la economía global con toda su fuerza, en un futuro no demasiado remoto. Después de todo, no debemos olvidar que el gobierno de los Estados Unidos ya incumplió –bajo la presidencia de Richard Nixon– su solemne compromiso respecto a la convertibilidad en oro del dólar, sin la más mínima consideración por los intereses de los directamente afectados por su decisión, y ciertamente, sin ninguna clase de preocupación por las graves implicaciones de su acción unilateral para el futuro del sistema monetario internacional. Recientemente arribamos a un escalón considerablemente más cercano al incumplimiento de la deuda de los Estados Unidos con el déficit comercial récord de abril-junio de 1987, que llegó a los 39.53 millardos de dólares, de los cuales 15.71 millardos representaban nada más el mes de junio: otro récord más de todos los tiempos. Porque incluso el monto de abril-junio (que constituye una suma anual de casi 160 millardos) excede en mucho la deuda acumulada *total* de Argentina y Brasil juntas; por no hablar del déficit comercial anual de 188.52 millardos al que nos encaminamos sobre la base de la cifra de 1987. Al mismo tiempo, como si quisiera recalcar la total irrealidad de las medidas remediales adoptadas:

El señor Robert Heller, Administrador de la Reserva Federal, dijo ayer que la economía de los Estados Unidos se estaba volviendo más balanceada, e hizo notar que “lo que estamos viendo es una sana continuación de la expansión económica en curso”.⁴³

Si un balance anual de 188.52 millardos de dólares de déficit comercial, aunado a astronómicos déficits presupuestarios, puede ser considerado “la sana continuación de la expansión económica en curso”, da escalofríos pensar cómo será la condición *enferma* de la economía cuando lleguemos a ella.

⁴³. “U.S. trade deficit hits quarterly record”, *Financial Times*. 27 de agosto de 1987.<<

Postdata 1995: El significado de los “lunes negros” (y de los miércoles)

Pocas semanas después de haber terminado este artículo –para ser preciso, el lunes 21 de octubre de 1987– se nos brindó el espectáculo de una gran voltereta en las bolsas de valores del mundo. Eso debió formar parte también de la “sana continuación de la expansión económica”, puesto que ocurrió tan de seguidas a la tranquilizadora declaración del Administrador de la Reserva Federal de los Estados Unidos. La secuela de ese evento resultó también muy interesante, y para el mundo de los grandes negocios sin duda igual de tranquilizadora. Porque los gobiernos de los países capitalistamente avanzados instituyeron algunas regulaciones obligatorias y los correspondientes mecanismos de computación, con miras a decretar un alto temporal de toda actividad del mercado de valores en caso de “excesivas transacciones especulativas”, a fin de impedir la repetición del “*Lunes Negro*”, como pasó a ser conocido el 21 de octubre de 1987.

Extrañamente, sin embargo, todo eso tuvo muy poco efecto en los eventos que condujeron al “*Miércoles Negro*” en 1993, y el (aparente) “abandono obligado” del Mecanismo de Cambio por parte del gobierno inglés. Porque el Banco de Inglaterra siempre tuvo los recursos para tragarse docenas de Administradores de Fondos, como George Soros, en el desayuno; en esa ocasión, sin embargo, en vez de ello se decidió recompensar a su empresa con un millardo de dólares en divisas, a cambio de la conveniente excusa de que Inglaterra “era sacada a la fuerza” del sistema de regulación monetaria europeo, y por lo tanto no podía evitar romper con sus obligaciones del tratado. Naturalmente, el resultado de ese movimiento fue una devaluación en casi un 30% de la libra esterlina, y con ella la adquisición de una importante ventaja competitiva en contra de los socios europeos de ese país –precisamente lo que se quería impedir con la invención del Mecanismo de Cambio– y de una “recuperación encabezada por la exportación” que desde entonces se ha visto frenada por el gobierno inglés. Porque la ventaja competitiva de una moneda grandemente devaluada ayuda mucho –si bien en modo alguno para siempre– en

el terreno de las exportaciones, aunque se niegue a generar la “plena recuperación” y la “sana expansión” de la economía en su conjunto, frecuentemente anunciada.

Tres años antes del *Lunes Negro*, el cuento triste pero con final feliz para el mundo financiero del “*Domingo Negro*” había conquistado los titulares de prensa. En ese momento, se le pidió al Banco de Inglaterra que entrara en acción para salvar una institución importante: la Johnson Matthey Bankers (JMB), tratante de oro, se desplomó y tuvo que ser rescatada por un bote salvavidas organizado por el Banco. Esa crisis estalló un domingo, y después de sostener un consejo de guerra con los notables de la City, el Banco tomó la JMB en carácter de *propiedad pública*.⁴⁴

Infelizmente para otra fuerza financiera importante, la “Barings Securities” –una de las instituciones bancarias más viejas de Inglaterra, fundada en 1772, y alguna vez descrita como la sexta gran potencia de Europa, detrás de Inglaterra, Francia, Austria, Rusia y Prusia– se vino desastrosamente al suelo en febrero de 1995, durante un “*Sábado Negro*”, seguido de otro *Domingo Negro*.

La crisis dejó atónitos a los notables de la City. Sir Michael Richardson, uno de los banqueros más respetados de la Square Mile [de la City londinense], dijo anoche: “Esta es la noticia más desoladora, y una de las cosas más graves que he escuchado en mi vida”.⁴⁵

La Barings, ¡qué pena!, no pudo ser rescatada. Porque la manera acostumbrada de ocuparse de los fracasos a gran escala –tomar las empresas involucradas en “propiedad pública” (tan menospreciada por los paladines de la “privatización” y la idolatría del mercado), y de ese modo “nacionalizar” la quiebra capitalista privada cada vez que le convenga al sistema– no puede funcionar bien siempre, y menos en ausencia de un bolsillo público sin fondo. Hubo algo más que un mero toque de ironía en la caída de la Barings, ya que antes de que se sellase su destino en la bolsa de valores de Singapur “había quedado

44. Andrew Lorenz y Frank Kane, “Barings seeks rescue buyer”, *The Sunday Times*, 26 de febrero de 1995.

45. *Ibid.*

debilitada por fuertes pérdidas en sus negocios en Suramérica, que siguieron al derrumbe del peso mexicano”.⁴⁶ Así, lo que se suponía era uno de los grandes avances del capitalismo actual –la “globalización modernizadora” – se había descompuesto no solamente en México, con las consecuencias más penosas para su pueblo, sino que había contribuido al mismo tiempo con la ignominiosa liquidación de una de las instituciones más venerables y linajudas de la City.

El “*Martes Negro*”, como contraste, ocurrió en el lugar más inesperado, si bien estuvo en plena sintonía con la lógica del capital. El dramático día en cuestión fue descrito en todas partes como *Martes Negro* cuando, después de tan sólo unos pocos años de disfrute de las bendiciones de la “mercadificación” y la “convertibilidad” monetaria, la economía rusa experimentó un fuerte sacudón –el 11 de octubre de 1994– gracias a una caída catastrófica del rublo (ya absurdamente sobrevaluado) frente al dólar. Es decir, hasta el momento, no sólo estamos siendo testigos de la erupción del mismo tipo de crisis, con incomodante frecuencia, incluso en las zonas mejor resguardadas del mundo, sino que además se nos están agotando los días para pintar de negro toda la semana, como le place al sistema.

Al día siguiente del *Lunes Negro* un grupo de poderosos banqueros y destacados economistas discutieron la crisis en la BBC televisión. Uno de ellos argumentaba que la causa radical del desastre era la deuda norteamericana y el no haber podido hacer nada respecto a ella. Pero el más cínico de los banqueros de la City puso el dedo en la llaga, cuando replicó que la única cosa más desastrosa que no hacer nada respecto a la deuda norteamericana era hacer algo respecto a ella.

Nada más justo y adecuado que un sistema económico colmado de contradicciones encuentre sus principios orientadores en el mundo patas arriba de la sabiduría económica apologética. En un mundo de extremada *inseguridad* financiera no hay cosa que le convenga más a la práctica de apostar sumas astronómicas y criminalmente riesgosas en las bolsas de valores del mundo –presagiando un sismo de magnitud 9 ó 10 en la “Escala de Richter” financiera– que llamar “*Securities*

46. *Ibid.*

Management” a las empresas que participan en esa apuesta; un hecho que la defunción de la “Baring Securities” pone de relieve. En la misma vena en que nos venden la apuesta temeraria como “seguridad”, uno de los descubrimientos más recientes de la “ciencia económica” recibe el nombre de “*coeficiente de confianza*”, que se supone mide y retrata en un “gráfico científico” –sobre la base de la más fantasiosa de las charlatanerías y la más ilusa de las ideas– la salud y las perspectivas futuras de la economía capitalista. Una réplica aún más reciente y de igual valor explicativo es el tan comentado “*factor sentirse bien*”, que se supone demuestra mediante su no-llegada que todo anda bien en la economía, cuando para todo el que esté en su sano juicio las cosas andan visible y dolorosamente mal. Algunas categorías económicas de alto vuelo y respetablemente solventes se adaptan a cabalidad a la intención apologética. Así, nos confunden con las nociones de “*crecimiento negativo*” –queriendo decir *recesión*– y “*crecimiento negativo sostenido*”, equivalente a *depresión*. De acuerdo con esos conceptos, aunque estemos en terribles problemas no hay nada de qué preocuparse. Mientras tanto, el índice Nikkei japonés, que cayó de su pico de 40.000 a las proximidades del peligroso nivel de 14.000 en el presente –no en un solo “Día Negro”, sino a lo largo de cinco años de “crecimiento negativo sostenido”– está a punto de precipitar una crisis financiera global. Porque por debajo de 14.000, “muchas de las acciones en poder de los bancos y aseguradoras del Japón valdrán menos de lo que las instituciones pagaron por ellas”.⁴⁷ Y es aquí donde se supone va a ayudar otra “categoría económica” más, que lleva por nombre “*capital de acciones negativo*”, que traducido al lenguaje humano es estar en la cercana vecindad de la bancarrota. Muchos millones de propietarios de hipotecas en el mundo entero comparten el privilegio del “capital de acciones negativo” con los bancos y otras instituciones económicas japonesas; pero existen muy pocas probabilidades de que obtengan alguna tranquilidad de tal elevado status financiero. Porque ya cientos de miles de ellos han perdido sus hogares, y muchos más están siendo *recuperados* –para lo cual no parece haber ninguna categoría endulzadora en la “ciencia

47. “Where a slump might start”, *The Economist*, 17 de junio de 1995.

económica” contemporánea– y se niegan a “sentirse bien” con ello. En cuanto al propio Japón, el monto astronómico del “capital de acciones negativo” que poseen sus instituciones financieras tiene consecuencias potencialmente desastrosas a causa de la necesidad de retirar inmensos fondos de capital externos, principalmente de los Estados Unidos. Las repercusiones de un movimiento como ese podrían afectar a la totalidad del mercado financiero global.

La hegemonía norteamericana analizada en este artículo se vio clamorosamente recalada también con el desplome del sistema soviético y, si bien dejó de ser absolutamente indiscutida, continúa siendo un factor determinante de gran peso para el desarrollo económico mundial en el futuro previsible. En este punto en el tiempo no es posible ver todavía exactamente cuándo y de qué formas –de las cuales puede darse más de una variedad más o menos brutal– los Estados Unidos incumplirán su deuda astronómica. A este respecto sólo caben dos certezas. La primera es que la inevitabilidad del incumplimiento norteamericano nos afectará profundamente a todos en este planeta. Y la segunda, que la preponderante posición de potencia hegemónica de los Estados Unidos se seguirá haciendo valer en toda forma, para hacer que el resto del mundo continúe pagando la deuda norteamericana mientras esté en capacidad de hacerlo.

Dos breves pasajes servirán para ilustrar la continuada afirmación de la hegemonía norteamericana. El primero tiene que ver con los Países Recién Industrializados (PRI).

Al no tener que enfrentar una crisis de endeudamiento, los PRI han sido capaces de evitar los programas de Ajuste Estructural [que los Estados Unidos le imponen inexorablemente a los “países en desarrollo” endeudados]. Sin embargo, no han sido capaces de evitar la presión de la reducción de precios oficial. *La oscura victoria*⁴⁸ muestra cómo el gobierno de los Estados Unidos ha empleado repetidas veces la amenaza de la guerra comercial para forzar a los estados de los PRI

48. Walter Bello, Shea Cunningham y Bill Rau, *Dark Victory: The United States, Structural Adjustment, and Global Poverty*, Institute for Food and Development Policy, Oakland, 1994.

a reducir su actividad económica y a abrir sus economías a las importaciones e inversiones estadounidenses. El nuevo acuerdo GATT constituye una parte importante de la ofensiva norteamericana. Aunque promocionado como un acuerdo de libre comercio generalizado, está concebido primordialmente para restringir la dirección de la actividad económica por parte del Estado.⁴⁹

La segunda cita nos recuerda la constante presión que los Estados Unidos le aplicaba incluso a uno de los gigantes del capitalismo avanzado, Alemania, al igual que al Japón. Como nos enteramos por un artículo de *The Financial Times*:

las exigencias de Washington de menores déficits fiscales deben resultarles intensamente irritantes a los alemanes. Los hacedores de política norteamericanos, después de todo, le han exigido a Alemania efectuar alzas fiscales casi cada año desde la formación del G7. Más irritante aún, el propio Estados Unidos ha seguido la política fiscal más consistentemente dispendiosa de las tres economías más importantes. Si las tasas de interés global van a bajar –como en verdad deben hacerlo– los Estados Unidos deberían poner el orden en su propia casa fiscal.⁵⁰

Sin embargo, para todo hay un límite, hasta para la dispendiosidad de los Estados Unidos. En este respecto, el límite es que la deuda pública promedio de las economías de la OCDE ha crecido en apenas dos décadas –entre 1974 y 1994– del 35% al 71%. Dada la misma tendencia de desarrollo, no pasarán muchas décadas antes de que resulte inevitable “hacer algo” realmente respecto a esos problemas inmanejables, haciendo caso omiso de las opiniones de los banqueros de la City y demás intereses creados.

49. Martin Hart-Lansberg, “Dark Victory: Capitalism Unchecked”, *Monthly Review*, Marzo de 1995, p.55.

50. “The G7 at an impasse”, *Financial Times*, 28 de abril 1992.

III

La necesidad del control social⁵¹

51. Primera conferencia del Isaac Deutscher Memorial, dictada en la Escuela de Ciencia Económica y Política de Londres. Publicada como volumen por separado, bajo el mismo título, por The Merlin Press, Londres, 1971. Traducción al portugués: *A necessidade do controle sociale*, Cadernos Ensaio, Sao Paulo, 1987.

En las páginas finales, hondamente conmovedoras, de una de sus últimas obras, Isaac Deutscher escribió:

La base tecnológica de la sociedad moderna, su estructura y sus conflictos son de carácter internacional o incluso universal; tienden a soluciones internacionales o universales. Y están los peligros sin precedentes que amenazan nuestra existencia biológica. Estos, sobre todo, presionan por la unificación de la humanidad, lo que no se puede lograr sin un principio de organización social integrador. ... El atascamiento ideológico actual y el status quo social difícilmente pueden servir de base para la solución de los problemas de nuestra época, ni mucho menos para la supervivencia de la humanidad. Claro está, sería el desastre definitivo si las superpotencias nucleares llegaran a tratar al status quo social como juguete suyo, y si alguna de ellas tratase de alterarlo por la fuerza de las armas. En ese sentido, la coexistencia pacífica del Este y el Oeste constituye una necesidad capital. Pero el status quo social no puede ser perpetuado. Hablando acerca del estancamiento de las luchas de clases en el pasado, Karl Marx advertía que por lo general terminaban “en la ruina mutua de las clases contendoras”. Un estancamiento que se prolongue indefinidamente y esté garantizado por un equilibrio perfecto de los disuasivos nucleares, seguramente conducirá a su ruina mutua y definitiva. La humanidad necesita de la unidad para su cabal supervivencia; ¿dónde podría hallarla si no es en el socialismo?⁵²

52. Isaac Deutscher, *The Unfinished Revolution*, Oxford University Press, pp.110-114.

Deutscher concluyó su libro enfatizando apasionadamente: *de nostra re agitur*: todo esto es de nuestra incumbencia. Así que me parece apropiado que abordemos en esta ocasión algunos de los problemas vitales que se encontraban en el centro de su interés hacia el final de su vida.

Y más aún porque el “status quo” en cuestión es históricamente único en su género: un status quo que involucra *a la totalidad de* la humanidad. Como todos sabemos por la historia, ningún status quo ha perdurado indefinidamente, ni siquiera el más parcial y localizado de ellos. La permanencia de un status quo *global*, con las inmensas fuerzas dinámicas, necesariamente en expansión, involucradas en él, constituye una incongruencia, un absurdo que resultaría visible hasta para los teóricos de las probabilidades más miopes. En un mundo compuesto por una multiplicidad de sistemas sociales en conflicto y en mutua interacción –en contraste con el mundo de fantasía de los avances y retrocesos en el tablero de ajedrez– el precario status quo global está *condenado* a romperse con toda seguridad. La cuestión no es “sí o no”, sino “¿por cuáles medios?” ¿Será roto por medios militares devastadores, o existirán los canales sociales adecuados para la manifestación de las presiones sociales en auge, que hoy se hacen evidentes hasta en los lugares más recónditos de nuestro entorno social global? La respuesta dependerá de nuestro éxito o fracaso en crear las estrategias, movimientos e instrumentos necesarios capaces de asegurar una transición efectiva hacia una sociedad socialista en la que “la humanidad pueda hallar la unidad que necesita para su cabal supervivencia”.

1. Los condicionales contrafácticos de la ideología apologética

Lo que estamos experimentando hoy día no es nada más una polarización creciente –inherente a la crisis estructural global del capitalismo de nuestros días– sino, para multiplicar los peligros de explosión, también el colapsamiento de toda una serie de válvulas de seguridad que jugaban un papel vital en la perpetuación de la sociedad mercantil.

El cambio que socavó el poder del consenso político, de la escasa institucionalización e integración de la protesta social, de la expedita exportación de la violencia interna mediante su traslado al plano de los choques internacionales mistificadores, etc., ha sido bastante dramático. Porque no hace mucho se solía predicar confiadamente y creer ampliamente en el crecimiento y la multiplicación sin trabas del poder del capital, y en la irresistible extensión de su dominio sobre todos los aspectos de la vida humana. Se daba por garantizado el funcionamiento sin problemas y sin perturbaciones de las estructuras de poder capitalistas, y se declaraba que constituía un rasgo permanente de la vida humana misma; y aquellos que se atrevían a dudar de la sabiduría de tales declaraciones de fe se veían prontamente despachados como “ideólogos incurables”, si no algo peor, por los sempiternos guardianes de la hegemonía cultural burguesa.

Pero qué se hicieron los días en que uno de los principales teóricos y asesores del presidente Kennedy podía hablar de Marx y de los movimientos sociales asociados con su nombre, en términos como estos:

[Marx] aplicó sus herramientas a lo que podía percibir como caso histórico *único*: el caso del despegue y el camino a la madurez de Inglaterra. ... como el intelectual de parroquia de Europa Occidental que él era, las perspectivas de Asia y África le quedaban mucho más allá de su entendimiento, ocupado casi por completo en el contexto de la política inglesa; en lugar de los términos de sus propios problemas de *modernización* ... Marx le creó ... una *guía monstruosa* a la *política pública*. [El comunismo] es una especie de enfermedad que le puede dar a una sociedad en transición, si no logra organizar de manera efectiva aquellos elementos que en su interior estén preparados para vérselas con la tarea de la modernización [al contrario del enfoque marxista, donde la tarea es crear], en alianza con los políticos no comunistas y los pueblos de las áreas de desarrollo incipiente [es decir, los territorios del neoco-

lonialismo]; una *asociación* que *verá* porque entren en un crecimiento sostenido sobre una base política y social que mantenga abiertas las posibilidades de un progresivo desarrollo democrático.⁵³

Estas líneas fueron escritas hará escasamente una década, pero hoy día suenan a razonamiento prehistórico, aunque – o a lo mejor porque– el autor es profesor de Historia Económica en el Instituto de Tecnología de Massachusetts.

En esta corta década se nos concedió una oportunidad trágicamente amplia de ver en la práctica, en Vietnam y Camboya, así como en otros países, el real significado del programa de “asociación”, cuya intención era la de “‘ver’ porque los políticos de las áreas de desarrollo incipiente entren” en los desastrosos resultados de la tal asociación,⁵⁴ bajo la guía intelectual de los “Trusts del Cerebro” que incluían a unos cuantos Walt Rostow: hombres que tenían la cínica insolencia de llamar a la obra *de Marx* “una guía monstruosa de la política pública”. Inflados por la “arrogancia del poderío militar”, “demostraron”, por medio de tautologías mezcladas con “deducciones” retrospectivas, que la etapa norteamericana del desarrollo económico es inmune a todas las crisis⁵⁵ y argumentaban, con la

53. W.W. Rostow, *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Cambridge University Press, 1960, pp.157-164.

54. La gente olvida a menudo que el presidente Kennedy fue directamente responsable de la participación en escalada de los Estados Unidos en Vietnam, inaugurando toda una serie de políticas desastrosas concebidas sobre la base de “teorías” como la citada.

55. He aquí un ejemplo gráfico de apología tautológica, basada en una reconstrucción retrospectiva del pasado a la luz de un presente idealizado del capitalismo norteamericano: El relativo estancamiento que se dio en Europa Occidental en el período entre las dos guerras no fue debido a una tasa de ganancia decreciente a largo plazo, sino al fracaso de Europa Occidental en crear un escenario en el que sus sociedades nacionales ingresasen prontamente en el área del alto consumo de masas, generando nuevos sectores de avanzada. Y ese fracaso, a su vez, fue debido principalmente a un fracaso en crear pleno empleo, inicialmente en el escenario de los términos del comercio posterior a los años 20. De modo similar, la prolongada recesión de los Estados Unidos en los años 30 no fue debida a las tasas de ganancia decrecientes a largo plazo, sino a un fracaso en crear un escenario renovado inicial de pleno empleo, a través de políticas gubernamentales, que les hubiesen permitido a los nuevos sectores de avanzada de la vivienda suburbana, de la distribución de automóviles, de los bienes y servicios de consumo duraderos echar adelante a partir de 1929. (Rostow,

ayuda de condicionales contrafácticos, que la ruptura de la cadena del imperialismo no fue más que un percance desafortunado que, estrictamente hablando, no debió haber ocurrido nunca. Porque, *si no hubiese ocurrido la Primera Guerra Mundial –o si hubiese ocurrido una década más tarde– Rusia habría hecho, casi con certeza, una exitosa transición hacia la modernización y se habría vuelto invulnerable al Comunismo.*⁵⁶

Estaríamos tentados a regocijarnos ante la vista de tal nivel de poder intelectual en nuestros adversarios, si no fuese aterrador contemplar el descarado poder que ejercen en virtud de su sometimiento voluntario a las instituciones alienadas que piden “teorías” de ese tipo, para así seguir, sin que los perturbe ni siquiera la posibilidad de una duda ocasional, su trayectoria de colisión a ciegas. Las vacías construcciones que satisfacen esa demanda de racionalización están edificadas sobre los pilares de premisas totalmente falsas –y a menudo contradictorias– como, por ejemplo: “el socialismo es una enfermedad misteriosa –aunque fácilmente evitable– que te dará si no sigues la prescripción científica de la modernización norteamericana”; “las evidencias de lo contrario son nada más que el resultado de percances misteriosos –aunque fácilmente evitables–; tales evidencias (por ejemplo, la Revolución Rusa de 1917) carecen de un verdadero fundamento causal y de una mayor significación histórica”; “las actuales manifestaciones de malestar social son nada más que el

op.cit., p.155). Así, los “fracasos” (las crisis y recesiones) son explicados por el “fracaso” en darse cuenta de las condiciones que “hubiesen permitido” evitar esos infortunados “fracasos”, al producir el patrón actual de “alto consumo” capitalista que es, claro está, el non plus ultra de todo. No se nos dice cómo fue que se dieron esos fracasos infortunados que explican los fracasos. Puesto que, sin embargo, el punto central de todo el ejercicio es la propagación del *Manifiesto No Comunista* “objetivo” y “no provinciano” de Rostow, como la salvación definitiva del capitalismo mundial dominado por los Estados Unidos, podemos deducir por implicación que los “fracasos” en cuestión se habrían debido a la ausencia de esa sapiencia retrospectiva-tautológica y económica-política. Desafortunadamente, deberá seguir siendo un misterio para nosotros mediante cuáles “fracasos” explicaría él el creciente desempleo y los asociados síntomas de serias perturbaciones estructurales en los Estados Unidos, así como en otras partes del mundo capitalista del “elevado consumo de masas”, la “vivienda suburbana”, etc., puesto que no hay a la vista “nuevos sectores de avanzada” cuya creación “hubiese permitido” evitar los fracasos del presente.

56. Rostow, *op.cit.*, p.163.

resultado combinado de las aspiraciones soviéticas y la ausencia de participación norteamericana en las sociedades involucradas, por consiguiente, la tarea es propinarles jaque mate a aquéllas aportando generosamente a estas últimas”.

Las “teorías” que descansan sobre tales fundamentos no pueden ser, por supuesto, sino la más burda justificación ideológica del agresivo expansionismo e intervencionismo norteamericano. Por eso es que las cínicas ideologías de la racionalización tienen que ser tergiversadas como “ciencia política y social objetiva”, y la posición de quienes ven por entre la farisaica proposición de “ver por los políticos de las áreas de desarrollo incipiente” –a través de la “Gran Participación Norteamericana” de intervenciones militares masivas– debe ser denunciada como propia de “ideólogos del siglo XIX”.

El momento de la verdad llega, sin embargo, cuando ocurren los percances de la explosión social; más misteriosamente aún que en las “áreas de desarrollo incipiente”, en la mismísima tierra de la “máxima modernización” y del “elevado consumo de masas” más exagerado, a saber, en los propios Estados Unidos. Así, no sólo queda vuelto añicos el modelo de crecimiento y modernización imperturbable, sino que, irónicamente, inclusive la consigna del “crecimiento sostenido sobre una base política y social que mantiene abiertas las posibilidades del progresivo desarrollo democrático” recula ideológicamente en un momento en que van en aumento los gritos de protesta contra la violación de las necesidades básicas y contra la sistemática privación de los derechos de las masas. No hace falta decir que no estamos hablando de un futuro remoto, hipotético, sino de nuestros propios días. Lo que sí es necesario destacar, sin embargo, es que el dramático colapso de las racionalizaciones seudocientíficas del poder sin tapujos, señala el fin de una era: no “el fin de la ideología” sino el fin del *monopolio* casi completo de la cultura y la política por parte de la ideología antimarxista, que hasta muy recientemente se autoanunciaba como la eliminación final de toda ideología.

2. Capitalismo y destrucción ecológica

Hará una década, los Walt Rostow de este mundo todavía estaban prediciendo la adopción *universal* del modelo americano del “elevado consumo de masas” en el ínterin de un solo siglo. No se iban a molestar en hacer los cálculos, elementales pero obviamente necesarios, que les hubiesen mostrado que en caso de que ese modelo llegase a universalizarse –por no mencionar la absurdidad económica, social y política de esa idea– los recursos económicos de nuestro planeta habrían sido agotados, por el equivalente de varias veces, mucho antes del final de este siglo. Después de todo, en aquellos días los políticos más encumbrados y sus Trusts del Cerebro no iban montados en el carro triunfal del ecologismo, sino en las esterilizadas cápsulas espaciales de la moda astronómica y militar. En esos días nada les parecía demasiado grande, demasiado lejos ni demasiado difícil a los que creían –o nos querían hacer creer– en la realización de la omnipotencia tecnológica y en una Odisea del Espacio a la vuelta de la esquina.

En esta corta década han cambiado muchas cosas. La arrogancia del poder militar sufrió algunas derrotas no solamente en Vietnam, sino también en Cuba y otras partes del “hemisferio norteamericano”. Las relaciones de poder internacional han sufrido algunos cambios significativos, con el inmenso desarrollo de China y Japón en primer lugar, exponiendo al ridículo los cálculos prolijamente afinados de los expertos en avances que ahora tenían que inventar no sólo un juego de ajedrez de múltiples jugadores enteramente nuevo, sino además el tipo de criaturas que lo quieran jugar, a falta de participantes de la vida real. La “sociedad de la abundancia” resultó ser la sociedad de la *escasez* asfixiante, y la tecnología pretendidamente omnipotente no pudo ni siquiera controlar la invasión de ratas en las deprimentes barriadas de los ghettos negros. Tampoco le fue mejor a la religión de la Odisea del Espacio, a pesar de las sumas astronómicas invertidas en ella: en estos días hasta el propio doctor Werner von Braun tuvo que enganchar la versión más reciente de su irresistible “pasión por las estrellas” al prosaico carro de la contaminación (hasta el momento, parece, sin mucho éxito).

“El Dios que fracasó” en la imagen de la omnipotencia tecnológica es ahora refaccionado y puesto de nuevo en exhibición bajo el paradigma de la “preocupación ecológica” universal. Hace diez años a la ecología se la podía ignorar o desechar impunemente como algo del todo irrelevante. Hoy se le debe falsear grotescamente y exagerar parcializadamente de manera que se pueda distraer con éxito la atención de la gente –suficientemente impresionada por el tono cataclísmico de los sermones ecológicos– de los candentes problemas sociales y políticos. Los africanos, asiáticos y latinoamericanos (en especial los latinoamericanos) no deberían multiplicarse a placer –ni siquiera a placer de Dios, si son católicos romanos– porque la falta de control puede resultar en “intolerables tensiones ecológicas”. O sea, en palabras sencillas, que ella podría poner en peligro la relación social de fuerzas dominante en el régimen del capital. De modo similar, la gente debería olvidar todo lo que tiene que ver con el astronómico gasto en armamentos y aceptar recortes cuantiosos en su estándar de vida, a fin de sufragar los costos de la “rehabilitación ambiental”; o sea, en pocas palabras, los costos de mantener bien aceitado el sistema establecido de producción de desperdicio en expansión. Por no mencionar la bonificación adicional de hacer que la gente costee con creces, bajo el pretexto de la “supervivencia humana”, la supervivencia de un sistema socioeconómico que tiene que vérselas ahora con deficiencias que surgen de la creciente competencia internacional y de un viraje cada vez mayor a favor de los factores parasitarios dentro de su propia estructura de producción.

Que el capitalismo trate a la ecología de ese modo –es decir, a su modo– no debería sorprendernos en lo más mínimo: si no lo hiciera sería casi un milagro. Pero la explotación de ese elemento para beneficio del “estado industrial moderno” –para emplear una frase bonita del profesor Galbraith– no significa que nos podemos dar el lujo de ignorarlo. Porque el problema en sí es bien real, sea cual sea el uso que se haga de él hoy en día.

En verdad, ha sido real durante bastante tiempo, aunque claro está, por razones propias de la necesidad del crecimiento capita-

lista, pocos se han dado cuenta de ello. Sin embargo, Marx –y esto le sonará increíble tan sólo a quienes lo han enterrado repetidas veces como un “ideólogo de cuño decimonónico irreparablemente irrelevante”– había abordado el tema dentro de las dimensiones de su verdadera significación socioeconómica, hace más de ciento veinticinco años.

Criticando la retórica abstracta e idealista con la que Feuerbach valoraba la relación entre el hombre y la naturaleza, Marx escribió

Feuerbach ... se refugia siempre en la naturaleza exterior, y sobre todo en la naturaleza que todavía no ha sido sometida por el hombre. Pero cada nueva invención, cada nuevo adelanto que hace la industria, le arranca otro trozo de sus dominios, así que el terreno de donde provienen los ejemplos que ilustran esas proposiciones de Feuerbach se va encogiendo cada vez más. La “esencia” del pez es su “existencia”, el agua –para no ir más allá de esta sola proposición. La “esencia” del pez de agua dulce es el agua de un río. Pero éste deja de ser la “esencia” del pez y ya no sigue siendo un medio de existencia satisfactorio, tan pronto como el río es puesto al servicio de la industria, tan pronto es contaminado por colorantes y otros productos de desecho, y lo navegan los barcos de vapor, o tan pronto como su agua es desviada hacia canales donde el simple drenaje puede privar a los peces de su medio de existencia⁵⁷

Es así como Marx enfocaba el tema a comienzos de los años cuarenta del siglo XIX. No es necesario decirlo, rechazaba categóricamente la sugerencia de que esos desarrollos fueran inevitablemente inherentes a la “condición humana” y que, en consecuencia, el problema es cómo *amoldarnos* a ellos en la vida diaria. Se daba plena cuenta, ya para entonces, de que una reestructuración radical del *modo* prevaleciente de intercambio y control humano constituye el prerrequisito necesario para un control efectivo sobre las fuerzas de

57. Marx, *The German Ideology*, pp.55-6.

la naturaleza que son puestas en movimiento de una manera ciega y en definitiva autodestructiva, precisamente por el modo alienado y cosificado de intercambio y control prevaleciente. Poco sorprende, entonces, que para los actuales ecologistas del sistema de control establecido, su profético diagnóstico no constituya más que un “anacronismo de parroquia”.

Decir que “a fin de cuentas los costos de la limpieza de nuestro ambiente deben ser sufragados por la comunidad” constituye una obvia perogrullada y una evasión típica, aunque los políticos que sermonean acerca de ello parecen creer que han descubierto la piedra filosofal. *Por supuesto* que es la comunidad de productores la que paga los costos de todo. Pero el hecho de que *deba* siempre pagar los costos no significa en lo más mínimo que *pueda* hacerlo siempre. En verdad, dado el modo de control social alienado prevaleciente, podemos estar seguros de que *no podrá costearlos*.

Más aún, sugerir que los ya prohibitivos costos deberían ser sufragados “apartando conscientemente una cierta proporción de los recursos provenientes del excedente del “crecimiento”” –en una época de crecimiento nulo aunado a un desempleo creciente y una inflación en ascenso– resulta peor aún que la retórica vacía de Feuerbach. Por no mencionar los problemas adicionales, obligadamente inherentes al progresivo crecimiento capitalista.

Y sumarle a eso que “esta vez el crecimiento será un crecimiento controlado”, no viene para nada al caso. Porque el asunto no es *si* producimos o *no* bajo *algún* control, sino bajo qué *tipo* de control, ya que nuestro estado de cosas actual ha sido producido bajo el “control férreo” del capital, ese que nuestros políticos preveen seguirá siendo la fuerza reguladora fundamental de nuestra vida también en el futuro.

Y, para finalizar, decir que “la ciencia y la tecnología *pueden* a la larga resolver nuestros problemas” es mucho peor que creer en brujerías; porque se ignora tendenciosamente la devastadora inserción social de la ciencia y la tecnología del presente. En este respecto, también, el asunto no es *si* empleamos o *no* la ciencia y la tecnología

para resolver nuestros problemas –porque obviamente sí debemos– sino si *logramos* o no *cambiar* radicalmente su *dirección*, que en la actualidad está estrechamente determinada y circunscrita por las necesidades siempre renovadas de la maximización de la ganancia.

Estas son las razones principales por las que no podemos evitar ser totalmente escépticos acerca de la institucionalización actual de estas inquietudes. El parto de los montes resultó ser un ratón: las superinstituciones de control ecológico terminan siendo bastante más modestas en sus logros que en su retórica de autojustificación, a saber, los Ministerios para la Protección del Bienestar de la Clase Media.⁵⁸

3. La crisis de la dominación

Entre tanto, en éste y en varios otros planos, los problemas se acumulan y las contradicciones se van volviendo cada vez más explosivas. La tendencia objetiva inherente a la naturaleza del capital –su crecimiento hacia un sistema global, aunado a su concentración y a una articulación cada vez más tecnológica y científica– socava y convierte en un anacronismo la subordinación social/estructural del trabajo al capital.⁵⁹ Ciertamente, podemos ver ya que las formas tradicionales de la inserción jerárquica/estructural de la división funcional del trabajo tienden a desintegrarse bajo el impacto de la concentración cada vez mayor del capital y la socialización del trabajo.

Aquí no puedo sino señalar unos cuantos indicadores de ese cambio notorio:

1. La creciente vulnerabilidad de la organización industrial contemporánea, comparada con la fábrica del siglo XIX. (Las llamadas “huelgas espontáneas”, las no autorizadas

58. *Ibid.*, p.56.

59. He analizado varios problemas relacionados en “Conciencia de clase contingente y conciencia de clase necesaria”; mi contribución a *Aspects of History and Class Consciousness*, Ensayos por Tom Bottomore, David Daiches, Lucien Goldmann, Arnold Hauser, E.J. Hobsbawm, István Mészáros, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1971; reimpresso en István Mészáros, *Philosophy, Ideology and Social Science*, Harvester Press, Brighton, 1986, pp.77-104.

por el sindicato, resultan inconcebibles sin los procesos económicos y tecnológicos subyacentes que inducen y facultan a un “puñado” de obreros a parar incluso a toda una rama de la industria, con inmensas repercusiones potenciales).

2. La vinculación de las varias ramas de la industria en un sistema sumamente tirante de partes apretadamente interdependientes, con un imperativo siempre en aumento de resguardar la *continuidad de la producción* en el sistema como totalidad. (Mientras más se ve el sistema sometido a tensión en lo que atañe a su ciclo de reproducción, mayor se hace el imperativo de la continuidad y cada perturbación conduce a una mayor tirantez, al igual que a amenazadores nubarrones de hasta una ruptura temporal de la continuidad). Cada vez hay menos “ramas periféricas”, ya que las repercusiones de las complicaciones industriales se ven prontamente transferidas, en forma de reacción en cadena, de una parte cualquiera del sistema a la totalidad de sus partes. En consecuencia, ya no puede haber más “industrias libres de problemas”. La época de la empresa paternalista ha sido sustituida irremisiblemente por el régimen de los “oligopolios” y los “superconglomerados”.
3. La creciente cantidad de tiempo socialmente “sobrante” (o “tiempo disponible”),⁶⁰ habitualmente llamado “ocio”, hace cada vez más absurdo, al igual que prácticamente imposible, mantener a un gran sector de la población viviendo en una ignorancia apática, divorciada de sus propios problemas intelectuales. Bajo el impacto de una cantidad de factores socioeconómicos de peso, la vieja mística del elitismo intelectual ya desapareció para siempre. También, paralelo a un desempleo intelectual –tanto potencial como verdadero– en aumento, así como a un empeoramiento de la escisión entre aquello para lo cual uno fue educado y lo que realmente

60. Véase Marx, *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*, Berlín, 1953, pp.593-4.

consigue en las oportunidades de empleo, se vuelve cada vez más difícil mantener la subordinación tradicionalmente incondicional de la vasta mayoría de los intelectuales a la autoridad del capital.

4. El obrero consumidor ocupa una posición de creciente importancia para el mantenimiento sin perturbaciones del curso de la producción capitalista. No obstante, ha sido excluido tan completamente como siempre del control sobre la producción y la distribución –como si nada hubiese pasado en la esfera de la economía durante el último par de siglos. Ésta es una contradicción que introduce nuevas complicaciones en el sistema productivo vigente, que se basa en una división del trabajo estratificada socialmente.
5. El efectivo establecimiento del capitalismo como un sistema mundial interrelacionado contribuye en gran medida a la erosión y desintegración de las estructuras parciales de estratificación y control social y político, conformadas históricamente y localmente variables, sin ser capaz de producir un sistema de control unificado en una escala mundial. (Mientras el poder del capital prevalezca, el “gobierno mundial” estará condenado a seguir siendo una quimera futuroológica). La “crisis de la economía, o crisis del Estado en todas sus esferas” (Gramsci), se ha convertido en un fenómeno auténticamente internacional.

En un último análisis todos estos puntos tienen que ver con la cuestión del *control social*.

En el transcurso del desarrollo humano, la función del control social ha sido enajenada del cuerpo social y transferida al capital que, por consiguiente, adquirió el poder de agrupar a las personas en un esquema jerárquico estructural/funcional, de acuerdo con el criterio de una mayor o menor participación en el necesario control sobre la producción y la distribución.

Irónicamente, empero, la tendencia objetiva inherente al desarrollo del capital en todas las esferas –de la fragmentación mecánica del proceso del trabajo a la creación de sistemas automatizados; de la acumulación local del capital a la concentración en forma de un sistema mundial siempre en expansión que se satura a sí mismo; de una división del trabajo parcial y local a una internacional y abarcadora; del consumo limitado al consumo de masas artificialmente estimulado y manipulado, al servicio de un ciclo de reproducción de la sociedad mercantil en aceleración constante; y del “tiempo libre” restringido a unos pocos privilegiados a la producción en masa de dinamita social, en forma de “ocio”, en escala universal– trae consigo un resultado diametralmente opuesto al interés del capital. Porque en este proceso de expansión y concentración, el poder de control conferido al capital está siendo *de facto* retransferido al cuerpo social como totalidad, si bien de un modo necesariamente irracional, gracias a la inherente irracionalidad del capital mismo.

El que ese control que necesariamente se escurre de las manos sea descrito, desde el punto de vista del capital, como “tener a la nación como rehén” no altera en lo más mínimo el hecho en sí. Porque ni siquiera un ejército de los llamados “agitadores”, y mucho menos un mero “puñado” de ellos, podía “tener como rehén” al capitalismo del siglo XIX.

Asistimos aquí al surgimiento de una contradicción fundamental: la que se da entre una efectiva pérdida del control y la forma de control establecida, el capital, que, por naturaleza propia, no puede ser otra cosa *sino* control, ya que está constituido mediante una objetivación alienada de la función de control como un cuerpo cosificado, separado de, y opuesto al cuerpo social mismo. No es de extrañar, entonces, que en estos últimos años la idea del *control de los trabajadores* haya venido ganando importancia en muchas partes del mundo.

El status quo social, vigente hasta no hace mucho, se está desintegrando rápida y dramáticamente ante nuestros propios ojos... si tan sólo quisiéramos abrirlos. La distancia entre la Cabaña del Tío Tom y los asediados cuarteles generales de la militancia negra es *astronó-*

mica. Y lo son también las distancias entre la deprimente apatía de la clase trabajadora del período de la posguerra y la creciente militancia actual, admitida incluso oficialmente en escala global; entre la “participación” con la buena venia presidencial y los combates callejeros en París; entre el movimiento sindical italiano terriblemente dividido y con una estrecha orientación salarial y la unidad necesaria para la organización de una huelga general política; o, en ese respecto, entre el monolítico e indisputado dominio del estalinismo y la telúrica erupción del descontento popular masivo en Polonia, en Hungría, en Checoslovaquia y, recientemente, de nuevo en Polonia. Y aún así, no se tomó nada semejante a años-luz, ni siquiera minutos-luz, viajar semejantes distancias astronómicas.

No hace mucho la ideología “científica” de la “ingeniería social” gradualista –como lo opuesto al “holismo religioso” del cambio revolucionario y el socialismo– gozaba de una posición casi por completo monopólica, no solamente en las instituciones educativas y culturales, sino también en las antecámaras del poder político. Pero, válgame Dios, ¿qué es lo que estamos viendo hoy día? El anuncio dramático de la necesidad de una “gran *revolución*” nada menos que por parte del propio presidente Nixon, en su reciente Mensaje a la Nación; seguido de la advertencia del Sha de Persia de que él va a encabezar la “rebelión de los que no tienen nada contra los que sí tienen”.

Y también el señor Wilson, a quien se le extravió del vocabulario la palabra “socialismo” en el preciso momento en que entró en 10 Downing Street [la residencia del Primer Ministro en Londres] por la puerta del frente –y resultó que ya no la pudo volver a encontrar, aunque todo su equipo de expertos y asesores, así como sus colegas de gabinete, la estuvieron buscando durante casi seis años con los potentes anteojos de la “modernización pragmática”, cuya prescripción de fórmula les salió completamente gratis– pero de manera misteriosa volvió a encontrar la palabra cuando salió de la residencia del Primer Ministro por la puerta de atrás. De hecho, en uno de sus discursos públicos hasta soltó un chiste sobre “el Pentágono que caza comunistas hasta en el fondo del mar”, aunque olvidándose al

mismo tiempo, en un leve ataque de amnesia, que no hacía mucho tiempo él mismo anduvo pescando comunistas en el fondo del mar. [El autor hace un juego de palabras intraducible con “mar” y la “Seamen”, N.T.]

El presidente Nixon: nuevo *revolucionario*; el Sha de Persia: *líder de la revolución mundial* de los desposeídos; el señor Wilson: indomable *cruzado contra las cruzadas anticomunistas del Pentágono*. Me pregunto, qué nos viene ahora. [No tuve que estarme preguntando por mucho tiempo: apenas unos días después de que se dictó esta conferencia, el señor Heath –otro “modernizador pragmático”, de fama muy Rolls Royce– se apresuró a añadir, en el más auténtico espíritu de consenso, su nombre a nuestra ilustre lista, presentándose como un vigoroso *paladín de la nacionalización*].

Sin embargo, hasta metamorfosis de esta clase son indicadoras de poderosas presiones cuya naturaleza no se puede captar simplemente a través de la personificación mistificadora de las cosas, como queda expresado en conceptos vacíos del tipo: “cubrir la falta de credibilidad”, “adquirir una nueva imagen”, etc. La hipótesis de que los políticos rompen sus promesas porque son “deshonestos” y porque “no tienen integridad” no hace sino rehuir el problema, en el mejor de los casos. Y la sugerencia de que cambian sus eslóganes y sus consignas porque “necesitan cambiar su imagen” es la más vacía de todo el abanico de tautologías producidas por el *boom* de la “Ciencia Política” conductista y funcionalista de la posguerra. Los conceptos de este tipo no son más que racionalizaciones pretensiosamente infladas de la práctica de la autopromoción, gracias a las cuales los medios publicitarios le venden sus servicios a los políticos crédulos. Como el propio señor Wilson lo puede atestiguar: la verdad simple y estrictamente cuantificable es que el “vacío de credibilidad” entre esa clase de pronóstico electoral “científico” y el doloroso resultado final equivale exactamente a la distancia entre la puerta del frente y la puerta de atrás de 10 Downing Street.

Si el tono de la política tradicional está cambiando en estos tiempos, es porque las contradicciones objetivas de la situación

actual ya no pueden seguir siendo reprimidas, ni mediante el mero poder y la fuerza bruta, ni tampoco mediante la opresión gradual que aplica el consenso político. Y sin embargo, estamos ante una crisis sin precedentes del control social a escala mundial, y no ante su solución. Resultaría sumamente irresponsable dejarnos encantar hasta un estado de euforia y contemplar una “revolución mundial a la vuelta de la esquina”.

El poder del capital, en sus variadas formas de manifestación, si bien todavía está lejos de estar agotado, ya no tiene el suficiente alcance. El capital –dado que opera sobre la base de la miope racionalidad del estrecho interés personal, de la *bellum omnium contra omnes*: la guerra de todos contra todos– constituye un modelo de control que resulta incapaz por principio de aportar la comprehensiva racionalidad de un control social adecuado. Y es precisamente la necesidad de este último la que demuestra su dramática urgencia con el transcurrir de los días.

La conciencia de los límites del capital ha estado ausente de todas las formas de racionalización de sus necesidades cosificadas, y no nada más de las versiones más recientes de la ideología capitalista. Paradójicamente, sin embargo, el capital se ve ahora forzado a darse cuenta de algunos de esos límites, si bien, claro está, de una forma necesariamente alienada. Porque ahora *hay* que estimar, por lo menos, los límites *absolutos* de la existencia humana –tanto en el plano militar como en el ecológico– independientemente de lo distorsionadores y mitificadores que *puedan* ser los instrumentos de medición de una contabilidad socioeconómica capitalista. De cara a los peligros de un aniquilamiento nuclear, por una parte, y de una destrucción irreversible del medio ambiente humano, por la otra, se torna imperativo diseñar alternativas y remedios prácticos, cuyo fracaso lo vuelven inevitable los propios límites del capital que han chocado ahora con los límites de la existencia humana misma.

No hace falta decirlo, los límites del capital traen consigo un enfoque que trata de sacarle partido incluso a esos asuntos humanos

vitales, a fin de obtener ganancias. Las teorías (y las prácticas a ellas asociadas) lunáticas –pero desde el lado capitalista “racionales”, por supuesto– de la “escalada” en la industria bélica como la garantía definitiva contra la guerra, han dominado el “pensamiento estratégico” desde hace bastante tiempo. Y recientemente pudimos observar una proliferación de empresas parásitas –de todo tipo de dimensiones– que tratan en conjunto de sacarle provecho a nuestra creciente conciencia de los peligros ecológicos. (Por no mencionar las operaciones ideológico-políticas asociadas con los mismos asuntos).⁶¹

De todos modos, tales manipulaciones no solucionan los problemas que están sobre el tapete, sólo contribuyen a agravarlos aún más. El capitalismo y la racionalidad de la planificación social comprehensiva son radicalmente incompatibles. Hoy, sin embargo, somos testigos del surgimiento de una contradicción fundamental, con las implicaciones más graves posibles para el futuro del capitalismo: por primera vez en la historia humana el dominio y la expansión libres de trabas de las estructuras y mecanismos de control social capitalistas, inherentemente irracionales, están siendo seriamente interferidos por presiones que surgen de los imperativos primarios de la mera supervivencia. Y puesto que los problemas mismos son tan inevitables como aguda es la contradicción entre la necesidad de un control social adecuado y los estrechos límites de la contabilidad capitalista, el necesario fracaso

61. Es así como “La Voz de América” introduce su programa de entrevistas con intelectuales acerca de “El Hombre y su Supervivencia”: El orden de importancia de las grandes tareas ha cambiado. Hoy ya no ocupan el primer lugar ni el fragor de los *intereses nacionales* ni la lucha por el *poder político*; ni ciertamente tampoco la eliminación de la *injusticia social*. El asunto que descuella por el momento es si la humanidad logrará o no asegurar las condiciones de su supervivencia en un mundo que ella ha transformado. ... No es de extrañar que el Presidente de los Estados Unidos le haya dedicado dos terceras partes de su último “Mensaje a la Nación” a la cuestión de cómo recuperar al medio ambiente de la contaminación. ¿Qué pasa, sin embargo, si el hombre, en vez de pensar en su propia supervivencia, *desperdicia sus propias energías en pelear por la relativa verdad de las varias ideologías y sistemas sociopolíticos*? ¿Cuáles son los primeros pasos que debería dar la humanidad para *reformarse y reformar al mundo*? Cualquier otro comentario resulta por demás innecesario, gracias a la transparencia de estas líneas.

de los programas de manipulación miope –en una situación que exige esfuerzos de largo alcance y conscientemente coordinados a gran escala– actúa como un *catalizador* del desarrollo de las alternativas socialistas.

Y todo esto está lejos de constituir la suma total de las complicaciones en aumento. La producción en masa de tiempo disponible antes mencionada, se ve ahora aunada no sólo al conocimiento en expansión, sino también a una creciente conciencia de las contradicciones inherentes a los fracasos comprobados en la práctica, así como al desarrollo de los nuevos modos y medios de comunicación potencialmente *capaces* de poner bajo la luz las enormes evidencias de una futura erupción de esas contradicciones.⁶²

Al mismo tiempo, algunas de las instituciones más fundamentales de la sociedad se ven afectadas por una crisis nunca antes imaginada.

El poder de la religión en Occidente se ha evaporado casi por completo desde hace largo tiempo, pero este hecho ha sido disfrazado gracias a la persistencia de sus ritos y, sobre todo, por el efectivo funcionamiento de las religiones sustitutivas, desde el abstracto culto a la “frugalidad” en el pasado más remoto hasta la religión de la “soberanía del consumidor”, la “omnipotencia tecnológica”, y cosas por el estilo, en décadas recientes.

La crisis estructural de la educación ha venido quedando en evidencia desde hace una cantidad nada despreciable de años. Y se va profundizando día a día, aunque esa intensificación no asuma necesariamente la forma de confrontaciones espectaculares.

Y la más importante de todas: la virtual *desintegración* de la familia –la célula de la sociedad de clases– del presente representa un desafío para el que no puede haber respuestas formales/institucionales concebibles, sea en forma de “reforma de la ley de la tolerancia” o

62. Una capacidad hasta el momento muy efectivamente paralizada por los guardianes del orden dominante. Para un penetrante análisis de las dinámicas potencialidades de los “mass media”, véase Hans Magnus Enzensberger: “Constituents of a Theory of the Media”, *New Left Review*, N° 64 (Nov-Dic. de 1970), pp.13-36.

en alguna forma más implacablemente represiva. La crisis de esta institución asume muchas formas de manifestación, desde los hippies al consumo de drogas ampliamente difundido; del “Movimiento de Liberación Femenina” al establecimiento de enclaves utópicos de vida comunitaria; y del promocionado “conflicto generacional” a las manifestaciones sumamente disciplinadas y militantes de ese conflicto en forma de acción organizada. Quienes se han reído de ellas en el pasado harían mejor si las pensasen de nuevo. Porque sea cual sea su peso relativo en el cuadro total de nuestros días, todas, sin excepción, son de capital importancia.

Igualmente significativa es la manera cómo la obstinada persistencia del pensamiento iluso (*wishful thinking*) identifica erróneamente las varias formas de crisis. No solamente ignora hasta último momento las manifestaciones de conflicto; es que también las tergiversa al minuto de haber ocurrido. Cuando ya no las puede barrer bajo la alfombra, las aborda como meros *efectos* divorciados de sus *causas*. (Deberíamos recordar las absurdas hipótesis de las “misteriosas enfermedades” y de los “eventos desprovistos de cualquier fundamento” ya mencionadas).

Característicamente, en un reciente libro de economía hallamos al pie de una página donde se pide “reducir las inversiones industriales en forma de una replanificación a gran escala de nuestras ciudades, y restaurar y realzar la belleza de nuestras aldeas, pueblos y lugares de esparcimiento”, la siguiente historia:

La reciente falla de energía eléctrica en Nueva York, obviamente deplorable en términos de eficiencia, rompió la monotonía de millones de neoyorkinos. La gente disfrutó del impacto de verse de vuelta apelando a sus recursos innatos y al repentino depender los unos de los otros. Por unas horas la gente fue liberada de la rutina y congregada por la oscuridad. Vecinos que ni se conocían se hablaron, y se alegraron de ayudarse mutuamente. Hubo lugar para la amabilidad. La falla fue reparada. El genio de la electricidad retornó a cada hogar. Y así como la oscuridad los arrojó

a trompicones en brazos de los demás, *la luz potente los volvió a dispersar*. Pero se oyó decir a alguien: “Esto debería pasar por lo menos una vez al mes”.⁶³

Lo único que uno no termina de entender es ¿por qué no “por lo menos una vez a la *semana*”? Con toda seguridad, el inmenso ahorro en toda esa electricidad sin utilizar cubriría de sobras los costos de una “replanificación a gran escala de nuestras ciudades, y a realzar la belleza de nuestras aldeas, pueblos y lugares de esparcimiento”. Por no mencionar los máximos beneficios inherentes a la práctica de la “Hermandad de los Pasillos de Rascacielos a Oscuras”, regularmente sobre una base semanal. Porque aparentemente no es el modo de sus relaciones sociales lo que hace “dispersar a la gente”, sino la eficiencia tecnológica y la monotonía de la “luz potente”. Entonces, el remedio obvio es darles menos “luz potente” y todos los problemas indeseados desaparecerán para siempre. Que la producción de “luz potente” sea una necesidad social, y no pueda ser reemplazada por la débil luz de las velas, ni siquiera por el tiempo que duran los rituales periódicos, constituye una consideración que evidentemente no merece la atención de nuestros paladines de la ensoñación romántica.

Dicho de otra manera, este enfoque del pensamiento iluso se caracteriza por una cancelación sumaria de las expectativas que el sistema no puede satisfacer. Los representantes de este enfoque insisten, con infalible tautología, en que tales expectativas no son la manifestación de contradicciones sociales y económicas, sino tan sólo los *efectos* de “expectativas crecientes”. Así, no solamente se rehuye de manera sistemática el desafío de encarar los *fundamentos causales* de las expectativas frustradas sino al mismo tiempo se “justifica”, es decir se racionaliza, muy convenientemente, la rehuida misma.

El hecho es, sin embargo, que aquí nos las estamos viendo con una contradicción interna de un sistema de producción y control: un sistema que no puede evitar que crezcan las expectativas, incluso

63. E.J. Mishan, *The Cost of Economic Growth*, Penguin Books, 1969, p.225.

hasta el punto de colapsar tratando de satisfacerlas. Y es precisamente en esos puntos de colapsamiento que se propugnan remedios y sustitutivos quijotescos con tanta pasión “humanitaria”. Hasta el momento, o antes, de estos puntos de crisis y colapsamiento, se supone que nadie que esté en sus cabales cuestionará la suma sabiduría de la “eficiencia de costos”, el “espíritu empresarial”, la “eficiencia tecnológica”, las “razones económicas” y demás. Pero no ha terminado el sistema de fallar en producir los bienes que momentos antes anunciaba de modo tan ruidoso —señalando confiadamente, antes de la irrupción de las perturbaciones estructurales, su propia capacidad para llenar las expectativas en aumento como demostración patente de su superioridad sobre todos los modos posibles de producción y control social alternativos— cuando ya los apologistas dejan de inmediato de predicar la religión de la “eficiencia de costos” y las “razones económicas” para sermonear acerca de la necesidad de “desprendimiento” e “idealismo”, sin que los inquiete ni su repentino cambio de rumbo ni la irrealdad retórica de sus “soluciones” ilusorias.

Así, allende el horizonte de la “obsolescencia artificial” nos vemos enfrentados de repente por “teorías” que propugnan la planificación de cortes de energía eléctrica artificiales, la producción de escasez artificial, a la vez material y como antídoto contra el exceso de “tiempo disponible”, que implica el peligro del desarrollo de una conciencia social; de una solidaridad espacial y una suspensión manipulada artificialmente, etc. Ciertamente, en una época de desempleo peligrosamente en aumento, aún quedan entre nosotros “teóricos” antediluvianos que quieren contrarrestar las complicaciones que surgen de la total carencia de objetivos en una existencia saturada de mercancías, propugnando seriamente la producción de desempleo y privación artificiales; coronado todo esto con nostálgicos discursos sobre religiones perdidas y sobre la necesidad de una religión artificial enteramente nueva. Lo único que no logran es revelar cómo van también a idear un ser artificial que sea sistemáticamente incapaz de notar la grotesca artificialidad de todas esas artificialidades.

Hubo una vez en que al desarrollo del capitalismo le convenía dejar escapar de la botella al genio de la implacable conversión de todas las cosas en mercancías mercadificables, aunque este acto necesariamente acarrearase el socavamiento y la desintegración final de las instituciones religiosas, políticas y educacionales que eran vitales para el mecanismo de control de la sociedad de clases. Hoy, sin embargo, el status quo quedaría mejor servido con una restauración de todas las instituciones de control que fueron socavadas y desintegradas. De acuerdo con nuestros románticos críticos todo estaría bien si tan sólo se pudiese convencer al genio de volverse a meter en la botella. El problema es, sin embargo, que no tiene ninguna intención de hacerlo. Así es que a nuestros románticos no les queda mayor cosa que lamentarse de la maldad del genio y de la insensatez de los seres humanos que lo dejaron escapar.

4. De la “tolerancia represiva” a la defensa liberal de la represión

Cuando el sistema no logra controlar las manifestaciones de disidencia, y al mismo tiempo no es capaz de enténderselas con sus causas originarias, en estos períodos de la historia aparecen en escena no solamente figuras y remedios fantasiosos, sino también los “realistas” del rechazo represivo de toda crítica.

En la Alemania Oriental de 1957, como secuela del 20º Congreso, Conrad Rheinhold, un joven y talentoso escritor que dirigía un cabaret político, tuvo que huir del país. Luego de haber tenido ya alguna experiencia de la vida en Alemania del Oeste, en una entrevista publicada en *Der Spiegel*,⁶⁴ se le pidió que describiera la diferencia principal entre su anterior situación y la nueva. Esta fue su respuesta: “Im Osten soll das Kabarett die Gesellschaft ändern, darf aber nichts sagen; im Westen kann es alles sagen, darf aber nichts ändern”. (“En el Este se supone que el cabaret político va a cambiar la sociedad, pero no se permite hablar de nada; en el Oeste

64. 6 de noviembre de 1957.

se permite hablar de cuanto le venga en gana, pero no se permite cambiar absolutamente nada”).

Este ejemplo ilustra bastante bien el dilema del control social. Porque la otra cara de la moneda de la “tolerancia *represiva*” es la “*represión* de la tolerancia”. Entre ambas marcan los límites de los sistemas sociales que son incapaces de satisfacer la necesidad de un cambio social en un período histórico determinado.

Cuando murió Marx en 1883, su muerte fue reportada por *The Times* con algún retraso.⁶⁵ Y no es de extrañar, porque al *Times* de Londres hubo que reportarle desde *París* que Marx había muerto en *Londres*. Y esto, también, ilustra muy bien nuestro dilema. Porque es fácil ser liberal cuando hasta un Marx puede ser ignorado por completo –su voz no podía ser escuchada en la ciudad donde vivía, gracias al vacío político e ideológico que lo rodeaba. Pero, ¿qué sucede cuando el vacío político es desplazado por la creciente presión de las contradicciones sociales en constante aumento? ¿No irán, en este caso, las frustraciones generadas por el obligado fracaso de atender tan sólo a las manifestaciones superficiales de los problemas socioeconómicos, en lugar de abordar sus causas ... no irá ese fracaso a refugiarse detrás de una exhibición de fuerza, incluso si eso significa

65. El sábado 17 de marzo de 1883, el *Times* de Londres publicó la siguiente noticia: *Nuestro corresponsal en París nos informa de la muerte del doctor Karl Marx, ocurrida el miércoles pasado, en Londres*. Nació en Colonia, en el año de 1818. A los 25 tuvo que abandonar su país natal y refugiarse en Francia, debido a las opiniones radicales expresadas en un periódico del cual era editor. En Francia se dedicó al estudio de la filosofía y la política, y se volvió tan molesto para el gobierno prusiano con sus escritos, que fue expulsado de Francia y vivió durante un tiempo en Bélgica. En 1847 asistió al Congreso de los Trabajadores en Londres, y fue uno de los autores del “Manifiesto del Partido Comunista”. Luego de la revolución de 1848 regresó a París, y después a su ciudad natal de Colonia, de la que fue nuevamente expulsado por sus escritos revolucionarios, y tras escapar de la prisión en Francia se estableció en Londres. A partir de ese momento fue uno de los líderes del Partido Socialista en Europa, y en 1866 se convirtió en su jefe reconocido. Escribió panfletos sobre temas diversos, pero su obra más importante fue “El capital”, un ataque contra todo el sistema capitalista. Había estado sufriendo desde hacía algún tiempo de mala salud. Lo más notable de esta pieza no es solamente que proviene de París, sino también la manera como la solidaridad de clase del capital internacional se revela en ella mediante el reporte de las reacciones concertadas en los gobiernos (el gobierno prusiano está incomodado –por lo tanto– el gobierno francés actúa) ante la “molestosidad” del hombre que osó escribir “un ataque contra todo el sistema capitalista”.

la violación de los mismísimos valores liberales en cuyo nombre se está cometiendo ahora tal violación? El reciente caso de otro joven refugiado de la RDA –esta vez no un escritor de cabaret político, sino alguien honradamente preocupado por la degradación de la política al nivel de cabaret barato: Rudi Dutschke– sugiere una respuesta por demás inquietante para nuestra pregunta.

No es cuestión de “aberración personal” o “cabezadurismo político”, como algunos comentaristas lo vieron. Desafortunadamente es mucho peor que eso: se trata de un nefasto intento de poner a los órganos de control político en sintonía con las necesidades de la articulación actual de la economía capitalista, aun en el caso de que tales ajustes requieran de una transición “liberal” de la “tolerancia represiva” a la “intolerancia represiva”. Quienes continúan alimentando ilusiones en esta materia deberían leer su diario pretendidamente “imparcial” con un poco más de atención, para que puedan captar el sentido finamente hilado de pasajes como éste:

Mientras más se presione a la universidad liberal, menos *se permitirá* ella ser amplia, más *rigurosamente* tendrá que fijar el límite, y más probable será la *exclusión de los puntos de vista intolerantes*. La paradoja de la *sociedad tolerante* es que no puede ser defendida únicamente por medios *tolerantes*, al igual que la *sociedad pacífica* no puede ser defendida únicamente por medios pacíficos.⁶⁶

Como podemos ver, los vacíos mitos de la “sociedad tolerante” y de la “sociedad pacífica” son utilizados para describir la sociedad de una “bellum omnium contra omnes”, pasando por alto las maneras dolorosamente obvias en que la “sociedad pacífica” del capitalismo norteamericano demostró su verdadero carácter con el bombardeo intensivo, el asesinato en masa y las masacres en Vietnam, y con la matanza a tiros hasta de sus propios jóvenes de la “universidad liberal” –en la Kent State y en cualquier otra parte– cuando se atreven a montar una protesta contra las indecibles crueldades de esa sociedad “tolerante” y “pacífica”.

66. Editorial, *The Times*, 17 de octubre de 1970.

Más aún, en esos pasajes de sapiencia editorial podemos notar también, si estamos dispuestos a hacerlo, no sólo el reconocimiento no intencional del hecho de que esa sociedad “liberal” y “tolerante”, “tolerará” hasta el punto en que ella pueda *permitirse* hacerlo –es decir, hasta el punto más allá del cual la protesta comienza a volverse efectiva y se convierte en genuino desafío social para la perpetuación de la sociedad de tolerancia represiva– sino también la sofisticada hipocresía mediante la cual la defensa de una *intolerancia abierta* (“rígurosa”) e *institucionalizada* (“exclusión”) logra representarse a sí misma como una defensa liberal de la sociedad contra los “puntos de vista intolerantes”.

Asimismo, la defensa de la intolerancia institucionalizada es ampliada hasta la prescripción de “soluciones” a los pleitos sindicales. Otro artículo editorial en el *Times* –significativamente titulado *La línea de batalla en el 10%*⁶⁷ –luego de conceder que “Nadie sabe con seguridad cuál es el mecanismo que causa una inflación galopante”, y después de murmurar algo acerca de la fatalidad de “algún tipo de régimen autoritario” que acaece en países con inflación elevada, prosigue con la propugnación de medidas *flagrantemente autoritarias*:

¿Qué se puede hacer para revertir la presente tendencia inflacionaria? La primera e inmediata respuesta es que el país debería reconocer que lo justo es *mantenerse firmes*. Todo aquel que en las circunstancias actuales pida por encima del 10% está participando en un proceso de autodestrucción. Todo el que haga huelga porque no acepta el 15% merece que se le *combata* con toda la influencia de la sociedad y *toda la fuerza del gobierno*.⁶⁸ ... *Lo primero y lo más simple que*

67. 20 de octubre de 1970.

68. Los comentarios de Marx acerca de las instrucciones de la censura prusiana arrojan una interesante luz sobre este modo “liberal” de argumentación: “No se tolerará nada que se oponga a la religión cristiana en general, o a una doctrina en particular, de una manera frívola y hostil”. Cuán certeramente puesto: *frívola, hostil*. El adjetivo “frívolo” remite al *sentido de la propiedad del ciudadano* y queda expuesto a la vista pública; pero el adjetivo “hostil” es susurrado *al oído del censor* y se convierte en la *interpretación legal* de la frivolidad. En nuestra cita los términos correspondientes son: “la influencia de la sociedad” (para el sentido de la propiedad del ciudadano) y “toda la fuerza del gobierno” (para el oído del funcionario público autoritario).

hay que hacer es empezar a derrotar las huelgas [!!!] Las autoridades locales deberían recibir *apoyo total* [¿incluido el militar?] en su rechazo a hacer ninguna nueva oferta, *aun si la huelga llega a durar meses*.

Podemos ver, entonces, que la *aparente* preocupación por la amenaza (ficticia) de “algún tipo de régimen autoritario” –del que simplemente se declara que está vinculado inevitablemente a las grandes inflaciones– no es más que una pantalla para la preocupación *real* por la protección de los intereses del capital, sin que importe lo graves que pudiesen ser las implicaciones políticas de “mantenerse firmes” contra las huelgas que “duren meses”. Por lo tanto, formular las máximas prioridades en términos de “derrotar las huelgas” es, y no deja de serlo, *autoritario*, aunque la política basada en tales medidas sea defendida en columnas editoriales capaces de asumir posiciones liberales en asuntos periféricos.

Luego de propugnar la intolerancia institucionalizada en forma de “derrotar las huelgas con toda la fuerza del gobierno”, el próximo paso lógico, claro está, no puede ser sino la legitimación de tales prácticas mediante *leyes antisindicales*. Y la trayectoria del consenso político es particularmente elocuente en este respecto.⁶⁹ Porque la denuncia que hace la señora Castle del proyecto de ley antisindical *conservadora* (*tory*) no sólo es desganada y tardía; padece además del olvido de su hermana gemela –la aciaga ley Laborista– cuya maternidad no puede desconocer. Y cuando la señora Castle escribe

69. Como lo enfatizan los editores del *Trade Union Register*: “Las similitudes entre los documentos [es decir, el conservador *Trato justo en acción* y el laborista, *En lugar del conflicto*] son considerables y, con toda seguridad, más sustanciales que todas sus diferencias. Este consenso refleja la tendencia general en los círculos políticos ortodoxos a suponer que los trabajadores (no *necesariamente* los sindicatos) tienen demasiada libertad y poder para el ejercicio de la acción huelgaria y otras formas de presión colectiva industrial, y que es legítimo para el Estado legislar con vistas a restringir y limitar esas libertades y poderes. En vista del enorme incremento reciente de la autoridad y la influencia del Estado mismo, y del número de grandes compañías industriales y comerciales privadas irresponsables, en contra de las cuales tan sólo las fuerzas independientes del trabajo organizado se alzan como garantía de las libertades cívicas y políticas fundamentales, la visión de consenso prevaleciente en los partidos políticos de centro y de derecha exige la oposición más vigorosa y cabal por parte del movimiento laboral. (*Trade Union Register 1970*, Merlin Press, Londres 1970, p.276).

La Carta de los Malos Patronos,⁷⁰ simplemente pone de relieve las empecinadas ilusiones de los políticos “pragmáticos” que, a pesar de su experiencia pasada, todavía se imaginan que volverán a ser elegidos a fin de que escriban en los textos constitucionales una “Carta de los Buenos Patronos”.

Desde el punto de vista socialista, los patronos no son ni “buenos” ni “malos”. *Patronos* nada más. Y eso es suficientemente malo: de hecho no podría ser peor. Por ello resulta vital traspasar los paralizadores límites del consenso político, que se niega a reconocer esa verdad elemental y hace que el pueblo en su conjunto pague por las desastrosas consecuencias de sus crecientes fracasos.

5. “La guerra, si los métodos normales de expansión fallan”

Bajo el impacto devastador de una tasa de ganancia en contracción que debe ser contrarrestada vía monopolio, el margen de la acción política tradicional se ha visto reducido a llevar servilmente a la práctica los dictados provenientes de las exigencias más urgentes e inmediatas de la expansión del capital, si bien tales operaciones son invariablemente camufladas como “interés nacional” por ambos bandos del consenso “nacional”.²⁰ Y así como la toma directa de decisiones políticas está subordinada a los dictados del capital monopolista –que, sin contemplaciones, excluye a la vasta mayoría de los representantes electos de la definición de todo cuanto es importante– se revela a veces de la manera más inesperada, a través de casos tan embarazosos como las renunciaciones, que acaparan los titulares de prensa, de aquellos que eran presuntamente claves en la toma de decisiones: algunos miembros de los muy exclusivos “gabinetes íntimos” (restringidos a unos pocos ministros), que protestan porque su opinión no fue escuchada a la hora de decidir los asuntos cruciales de sus propios Departamentos, y mucho menos de la política nacional en su conjunto.

70. Barbara Castle, “The Bad Bosses”, *New Statesman*, 16 de octubre de 1970.

Más revelador aún resulta el meteórico ascenso de los representantes autodesignados de la gran empresa y las altas finanzas, a la cumbre de la toma de decisiones políticas. Porque –dado el papel vital que se le asigna al Estado en el sostenimiento, con todos los medios a su disposición, del sistema de producción capitalista, en un momento en que la concentración del capital ya es enorme, pero continúa expandiéndose– hay tanto en juego, que las formas tradicionales del control indirecto (económico) de la elaboración de políticas deben ser abandonadas a favor de un control *directo* de los “puestos de mando” de la política por parte de los voceros del capital monopolista. En contraste con tales manifestaciones de los desarrollos económicos y políticos reales que todos nosotros hemos visto en el pasado reciente, y seguimos viendo hoy, el mito de la realización de los ideales socialistas conquistando “pragmáticamente” el control de los “puestos de mando de una economía mixta”, debe sonar en verdad particularmente vacío.

Así, la política –que nada es a menos que sea la aplicación de medidas estratégicas capaces de afectar profundamente el desarrollo social en su conjunto– se ve convertida en mero instrumento de una manipulación imprevista, carente por completo de algún plan y proyecto amplio que le sean propios. Está condenada a seguir un patrón de movimientos retrasados y de reacción cortoplacista ante los desconcertantes eventos críticos a medida que estos van haciendo erupción, inevitablemente y con frecuencia creciente, sobre la base socioeconómica de una producción de mercancías que se satura a sí misma, y de una acumulación de capital que se invalida a sí misma.

La crisis que afrontamos no es, entonces, simplemente política, sino la crisis estructural general de las instituciones capitalistas del control social en su conjunto. Aquí, el punto principal es que las instituciones del capitalismo son inherentemente violentas y agresivas: están constituidas sobre la premisa fundamental de “la guerra, si los métodos ‘normales’ de expansión fallan”. (Además, la *destrucción* periódica –por cualquier método, incluidos los más violentos– de capital sobreproducido, constituye una necesidad

inherente del funcionamiento “normal” de este sistema: la condición vital de su *recuperación* de la crisis y la depresión). La ciega “ley natural” del mecanismo del mercado trae consigo que los graves problemas sociales necesariamente asociados con la producción y concentración de capital no sean nunca *resueltos*, sino solamente *pospuestos*, y en realidad –puesto que la posposición no puede operar indefinidamente– transferidos al plano *militar*. Así, el “sentido” de las instituciones jerárquicamente estructuradas del capitalismo es proclive en su referencia última al violento “resolver por las malas” los asuntos en la arena internacional, en la medida en que las unidades socioeconómicas –siguiendo la lógica interna de su desarrollo– se van volviendo cada vez mayores, y sus problemas y contradicciones cada vez más intensas y graves. Crecimiento y expansión son necesidades inmanentes al sistema de producción capitalista, y cuando alcanzan los límites locales ya no queda otra salida que el reajuste violento de la relación de fuerzas prevaleciente.

El sistema capitalista de nuestros tiempos, sin embargo, ha sido descabezado al despojársele de su ratificación final: una guerra total contra sus adversarios reales o potenciales. Ya no es posible exportar la violencia interna en la escala masiva requerida. (Los intentos por hacerlo en escala limitada –por ejemplo la guerra de Vietnam– no sólo no son sustitutivos del viejo mecanismo, sino incluso aceleran las inevitables explosiones interiores, al agravar las contradicciones internas del sistema). Tampoco es posible seguir construyendo indefinidamente las mistificaciones ideológicas que representaban el reto *interno* del socialismo; ahora la única solución posible para la presente crisis del control social es la confrontación *externa*: una “subversión” dirigida desde afuera por un enemigo “monolítico”. Por primera vez en la historia, el capitalismo se ve confrontado con sus propios problemas, que ya no se pueden seguir “posponiendo” por mucho más tiempo y que, ciertamente, no se pueden transferir al plano militar a fin de ser “exportados” en forma de una guerra total.

Bloquearle el camino a una tercera guerra mundial como posible solución a la grave crisis estructural de la sociedad tiene una inmensa

significación en lo que atañe al desarrollo futuro del capitalismo. Es posible captar las enormes implicaciones de ese bloqueo recordando que las “Grandes Guerras” del pasado:

- 1) “despojaban” automáticamente de incentivos al sistema capitalista (produciendo un viraje de los “motivos económicos” al “desprendimiento” y al “idealismo”, tan amados por algunos recientes voceros y apologistas del sistema en apuros), ajustando al mismo tiempo, en consecuencia, el mecanismo de la “interiorización” mediante la cual se cumple exitosamente la continuada legitimación del orden establecido;
- 2) le imponían de repente un nivel de vida radicalmente más bajo a las masas populares, que lo aceptaban de buen grado, dadas las circunstancias del estado de emergencia;
- 3) simultáneamente ensanchaban radicalmente los márgenes de ganancia anteriormente deprimidos;
- 4) introducían un elemento vital de racionalización y coordinación en el sistema en su conjunto (una racionalización, es decir, que gracias a las circunstancias extraordinarias, no se tenía que estar confinado a los estrechos límites de toda racionalización surgida directamente de las exclusivas necesidades de la producción y expansión del capital); y por último, pero no menos importante:
- 5) le daban un inmenso impulso tecnológico a la economía en su conjunto, en un amplio frente.

La exigencia militar en la actualidad, a pesar de su magnitud, simplemente resulta incomparable con este conjunto de factores económicos e ideológicos, cuya eliminación podría quedarle demasiado grande al sistema del capitalismo mundial. Sobre todo, porque la exigencia militar del presente –que le es impuesta a la sociedad bajo condiciones de “tiempos de paz” y no de “emergencia nacional”– no puede evitar la intensificación de las contradicciones de la producción del capital. Este hecho se ve poderosamente realizado por los espec-

taculares fracasos de compañías que dependen fuertemente para su supervivencia de contratos militares descomunales (la Lockheed y la Rolls Royce, por ejemplo).

El asunto es, no obstante, mucho más fundamental de lo que podrían indicar adecuadamente los fracasos más espectaculares. Porque atañe a la estructura de la producción capitalista de la actualidad en su conjunto y no simplemente a una de sus ramas. Ni tampoco sería razonable esperar que el Estado resuelva los problemas, sin que importe la cantidad de dinero que se arroje por la ventana en el transcurso de sus reveladoras operaciones de rescate.

En verdad, fue la tendencia a las crecientes intervenciones del Estado en los asuntos económicos al servicio de la expansión del capital, lo que en primer lugar condujo al presente estado de cosas. El resultado de tales intervenciones no fue sólo el crecimiento canceroso de ramas de la industria improductivas dentro del marco total de la producción del capital sino –igualmente importante– también la grave distorsión de la estructura total de la *contabilidad de costos capitalista* bajo el impacto de los contratos cumplidos con la justificación ideológica de que eran “vitales para el interés nacional”. Y puesto que el capitalismo actual constituye un *sistema* estrechamente *interrelacionado*, los devastadores resultados de esa distorsión estructural pasaron a primer plano en numerosos campos y ramas de la industria, y no solamente en aquellos *directamente* involucrados en los contratos militares. Los hechos bien conocidos de que las estimaciones de costos originales como regla general realizan “escaladas” salvajes y que los comités nombrados por los gobiernos a fin de “fiscalizarlos” no logran producir resultados (es decir, resultados distintos al encubrimiento de las operaciones pasadas, aunado a generosas justificaciones de gastos futuros), encuentran su explicación en las necesidades inmanentes de esta alterada estructura de la producción y la contabilidad capitalistas, con las más graves implicaciones para el futuro.

Así, el poder de la intervención del Estado en la economía –que aún hasta no hace mucho era creencia generalizada que constituía la

droga milagrosa que sanaba todos los males y problemas concebibles de la “sociedad industrial moderna”– está restringido estrictamente a acelerar la maduración de esas contradicciones. Mientras mayores sean las dosis administradas al paciente convaleciente, mayor será su dependencia de la droga maravillosa, es decir, mayores los síntomas antes descritos como distorsión estructural de la totalidad del sistema de contabilidad de costos capitalista: síntomas que presagian amenazadoramente la parálisis y el colapso definitivo de los mecanismos de producción y expansión del capital. Y el hecho de que lo que se supone sea el remedio resulte ser una causa que contribuye a que haya nuevas crisis, demuestra claramente que no nos estamos ocupando aquí de alguna “disfunción pasajera”, sino de una contradicción dinámica fundamental de la totalidad de la estructura de la producción del capital y su fase histórica de declinación y desintegración definitiva.

6. La aparición del desempleo crónico

Igualmente importante es el patrón de desempleo de reciente aparición. En las décadas recientes el desempleo estaba limitado en gran medida, en los países capitalistas altamente desarrollados, a los “bolsones de subdesarrollo”, y los millones de personas afectadas por él solían ser optimistamente dadas por perdidas, en el estilo solemne de la autocomplacencia capitalista, como los “costos inevitables de la modernización”, sin demasiada preocupación –si acaso– por las repercusiones socioeconómicas de la tendencia misma.

Mientras el desplazamiento predominante era de empleos *no calificados* por empleos *calificados*, implicando grandes sumas de desembolsos de capital en el desarrollo industrial, el asunto podía ser ignorado con relativa confianza, en medio de la euforia de la “expansión”. Bajo tales circunstancias, la miseria humana necesariamente asociada con todo tipo de desempleo –incluido el que se produce en interés de la “modernización”– podía ser justificada capitalísticamente en nombre de un brillante futuro mercantil para todos. En esos días, los infortunados millones de seres indolentes

“desamparados” podían ser fácilmente relegados a la periferia de la sociedad. Aislados como fenómeno social del resto de la “Gran Sociedad” de la abundancia, se suponía que culparían de su infortunio a su “inutilidad” (falta de calificación, carencia de “empuje”, etc.), resignados a consumir las sobras del banquete capitalista que les eran servidas magnánimamente en forma de “beneficios” de desempleo y cupones de alimentos no vendibles. (No deberíamos olvidar que en esos días algunos de los economistas más prominentes estaban propugnando seriamente programas que institucionalizarían –en nombre del “progreso tecnológico” y la “eficiencia de costos”– la condena permanente de una gran proporción de la fuerza laboral a la existencia brutalmente deshumanizante del paro forzoso y la total dependencia de la “caridad social”).

Lo que era ignorado de manera sistemática, sin embargo, era el hecho de que la tendencia de la “modernización” capitalista y el desplazamiento de gran cantidad de trabajo no calificado, a favor de una cantidad mucho menor de trabajo calificado implicaba en definitiva la *puesta en retroceso* de la tendencia misma: a saber, el derrumbamiento de la “modernización”, aunado al desempleo masivo. Este hecho de suma gravedad *tenía* simplemente que ser ignorado, ya que reconocerlo resultaba completamente incompatible con la continuada aceptación de las perspectivas capitalistas del control social. Porque la contradicción dinámica subyacente que conduce a la drástica puesta en retroceso de la tendencia no es de ninguna manera inherente a la *tecnología* aplicada, sino a la subordinación ciega del *trabajo* y la *tecnología* a los límites devastadoramente estrechos del capitalismo como el árbitro supremo del desarrollo y el control sociales.

Reconocer, no obstante, la inserción socialmente determinada de la tecnología habría representado admitir las limitaciones socioeconómicas de las aplicaciones capitalistas de la tecnología. Por eso los apologistas de las relaciones de producción capitalistas tenían que teorizar acerca del “crecimiento” y el “desarrollo” y la “modernización” *en sí*, en lugar de valorar los desilusionadores *límites* del crecimiento y desarrollo *capitalista*. Y por eso tenían que hablar acerca de la sociedad “opulenta”, “industrial moderna” –o nada menos que

“postindustrial” (!)– “de consumo” *en sí*, en lugar de la opulencia artificial y contradictoria de una *sociedad mercantil productora de desperdicio*, que depende para su “ciclo industrial moderno” no sólo de la manipulación más cínica de la “demanda del consumidor”, sino también de la más insensible explotación de los “desposeídos”.

Aunque no hay razón por la cual la tendencia a la modernización y el desplazamiento del trabajo no calificado no vaya *en principio* a proseguir de manera indefinida, en lo tocante a la *tecnología misma*, ciertamente sí hay una buena razón por la que esa tendencia deba ir en marcha atrás bajo las relaciones de producción capitalistas: a saber, los criterios de rentabilidad catastróficamente restrictivos y la expansión del *valor de cambio* a la que está necesariamente subordinada esa “modernización”. Así, el patrón de desempleo de reciente aparición como tendencia socioeconómica resulta ser, otra vez, indicador de la profundización de la crisis estructural del capitalismo actual.

En concordancia con esa tendencia, el problema ya no es nada más la difícil situación de los trabajadores no calificados, sino también la gran cantidad de trabajadores *altamente calificados* que están hoy a la caza, sumados al anterior grupo de desempleados, de los trabajos disponibles, deprimentemente escasos. También, la tendencia a “racionalizar” la amputación ya no está restringida a las “ramas periféricas de la industria que envejece”, sino que abarca algunos de los sectores *más desarrollados* y modernizados de la producción –desde la industria naval y la aviación hasta la electrónica, y desde la ingeniería mecánica hasta la tecnología espacial.

Así, ya no nos preocupan los subproductos “normales” y aceptados de buena gana del “desarrollo” y el crecimiento, sino el que se les esté poniendo un alto; ni en verdad tampoco los problemas periféricos de los “bolsones de subdesarrollo”, sino una contradicción fundamental del modo de producción capitalista en su conjunto que convierte en paralizadoras cargas de subdesarrollo crónico, inclusive a los logros más recientes del “desarrollo”, la “racionalización” y la “modernización”. Y lo más importante, la agencia humana que paga las

consecuencias ya no es la multitud socialmente impotente, indolente y fragmentada del pueblo “desamparado”, sino *todas* las categorías del trabajo calificado y no calificado, es decir, objetivamente la *fuerza laboral total* de la sociedad.

No hace falta decirlo, estamos hablando de una *tendencia* fundamental del desarrollo social, y no de algún determinismo mecánico que anuncia el colapso inmediato del capitalismo mundial. Pero aunque la fuente de las contramedidas manipuladoras está lejos de agotarse, ninguna de tales medidas es capaz a la larga de extinguir la tendencia misma. Cualquiera que sea el promedio de los éxitos de las medidas que surgen de, o son compatibles con los requerimientos y las limitaciones básicas del modo de producción capitalista, el hecho crucial ha sido, y lo sigue siendo, que bajo las circunstancias y las condiciones actuales de la producción de capital, la totalidad de la fuerza laboral se está viendo envuelta en una confrontación cada vez mayor con el capital monopolista –lo que acarrea consecuencias de largo alcance para el desarrollo de la conciencia social.

7. La intensificación de la tasa de explotación

Podemos ver aquí, de nuevo, la vital importancia de cerrarle el camino a las posibles soluciones a la crisis estructural del capitalismo mediante el desplazamiento violento de sus problemas en forma de una nueva guerra mundial. Bajo las cambiadas circunstancias, algunos de los instrumentos de mistificación más potentes –mediante los cuales el capital se las ingeniaba en el pasado para ejercer su paralizante control ideológico sobre el trabajo– se debilitaron progresivamente y tienden a colapsar de un todo. Porque ahora las inmensas tensiones generadas dentro del sistema del capital no pueden ser exportadas en una escala adecuadamente masiva a expensas de otros países, y por consiguiente, el antagonismo social básico entre el capital y el trabajo que subyace en las raíces de tales tensiones no puede ser contenido indefinidamente: *las contradicciones deben ser resueltas por la fuerza en el lugar donde en verdad se generaron.*

Cuando el capital llega al punto de saturación en su propio escenario y, al mismo tiempo, no puede encontrar canales para una mayor expansión mediante el vehículo del imperialismo y el neocolonialismo, no le queda otra alternativa que hacer que su propia fuerza de trabajo autóctona sufra las graves consecuencias de la tasa de ganancia en deterioro. En consecuencia, las clases trabajadoras de algunas de las sociedades “posindustriales” más desarrolladas están paladeando una muestra de la real perversidad del capital “liberal”.

La interacción de una cantidad de factores de peso –desde el dramático desarrollo de las fuerzas de la producción a la erección de grandes obstáculos a la expansión universal sin trabas del capital monopolista– han expuesto y debilitado el mecanismo de la tradicional “doble contabilidad” que en el pasado le permitía al capital adaptarse en casa a las reglas del “liberalismo”, mientras afuera practicaba y perpetuaba las formas más brutales del autoritarismo. Así, la naturaleza real de las relaciones de producción capitalistas: la implacable dominación del trabajo por el capital, se va haciendo cada vez más evidente como un fenómeno *global*.

En verdad, no podía ser de otra forma. Porque en la medida en que los problemas del trabajo sean valorados en términos meramente *parciales* (es decir, como asuntos *locales* de grupos de trabajadores fragmentarios, estratificados y divididos) continuarán siendo un misterio para la teoría, y únicamente causa de frustración crónica para la práctica social con mentalidad política.

Resulta casi imposible entender el desarrollo y la autorreproducción del modo de producción capitalista sin la noción de capital social *total*, que puede explicar por sí sola muchos misterios de la sociedad mercantil –desde la “tasa de ganancia promedio” a las leyes que gobiernan la expansión y la concentración del capital. Del mismo modo, resulta casi imposible entender los múltiples y espinosos problemas del trabajo, tanto en su variación nacional como en su estratificación social, sin tener en mente todo el tiempo el necesario marco de una apropiada valoración: a saber, el antagonismo inconciliable entre el capital social *total* y la *totalidad* del trabajo.

Este antagonismo fundamental, no hace falta decirlo, se ve modificado inevitablemente según:

- a) las circunstancias socioeconómicas locales;
- b) las respectivas posiciones de los países particulares en el marco global de la producción de capital; y
- c) la relativa madurez de los desarrollos sociohistóricos globales.

De acuerdo con ello, en diferentes períodos de tiempo el sistema como totalidad revela las operaciones de un complejo conjunto de diferencias objetivas de interés en *ambos* lados del antagonismo social. La realidad objetiva de las diferentes *tasas de explotación* –tanto dentro de un país dado como en el sistema mundial del capital monopolista– resulta ser tan incuestionable como las diferencias objetivas en las *tasas de ganancia* en cualquier época en particular; y la ignorancia de tales diferencias no puede resultar sino en retórica rimbombante, en lugar de en estrategias revolucionarias. A pesar de todo, la realidad de las diferentes tasas de explotación y ganancia no altera en lo más mínimo la ley fundamental misma: es decir, la creciente *igualación* de las tasas diferenciales de explotación como la *tendencia global* del desarrollo del capital mundial.

De seguro, esta ley de la igualación constituye una tendencia a largo plazo en lo que respecta al sistema del capital. Sin embargo, aparecen también las manifestaciones del sistema como totalidad, inevitablemente ya en el corto plazo, como “perturbaciones” de una economía particular que resulta ser afectada de modo negativo por las repercusiones de los cambios que ocurren necesariamente dentro del marco global del capital social total.

La dialéctica de esos cambios y modificaciones es extremadamente compleja y en este momento no le podemos dedicar una mayor atención. Baste por ahora destacar que no hay que confundir “capital social total” con “capital nacional total”. Cuando este último se ve afectado por un debilitamiento relativo de su posición dentro del

sistema global, inevitablemente tratará de compensar sus pérdidas aumentando la tasa específica de la explotación que ejerce en contra de la fuerza laboral bajo su control directo –o si no su posición competitiva se verá más debilitada aún dentro del marco global del “capital social total”. Bajo el sistema de control social capitalista no puede haber otra salida de tales “perturbaciones y disfunciones a largo plazo” que no sea la intensificación de las tareas específicas de explotación, que solamente puede conducir, en términos tanto locales como globales, a una explosiva intensificación a largo plazo del antagonismo social fundamental.

Quienes han estado hablando de la “integración” de la clase trabajadora –describiendo al “capitalismo organizado” como un sistema que logró de manera radical manejar exitosamente sus contradicciones sociales– han identificado irremediamente mal el éxito manipulador de las tasas diferenciales de explotación (que prevalecieron en la fase histórica relativamente “libre de perturbaciones” de la reconstrucción y expansión posbélica) como un *remedio estructural* básico.

De hecho, no se trataba de nada de eso. La frecuencia cada vez mayor con la que aparecen las “perturbaciones y disfunciones temporales” en todas las esferas de nuestra existencia social, y el total fracaso de las medidas e instrumentos de manipulación diseñadas para vérselas con ellas, constituyen clara evidencia de que la crisis estructural del modo capitalista de control social ha asumido proporciones globalizadoras.

8. Los “correctivos” del capital y el control socialista

El fracaso manifiesto de las instituciones establecidas y sus guardianes en el manejo de nuestros problemas no puede más que intensificar los explosivos peligros de un atascamiento. Y esto nos pone de vuelta a nuestro punto de partida: el imperativo de un control social adecuado que “la humanidad necesita para su mera supervivencia”.

Reconocer esa necesidad no equivale a hacer una invitación a que nos contentemos con producir programas “practicables” de reajuste socioeconómico, en el espíritu de amoldarnos al mejorativismo liberal. Quienes por lo general establecen el criterio de la “practicabilidad” como la “medida de la seriedad” de la crítica social, ocultan hipócritamente el hecho de que su medida real es el modo de producción capitalista, en términos del cual se ha de evaluar la practicabilidad de todos los programas en acción.

¿Practicables *en relación a qué?*, esa es la pregunta. Porque si los criterios de la producción de capital constituyen la base “neutral” de toda evaluación, entonces, por supuesto, ningún programa socialista puede resistir la prueba de ese enfoque “libre de valores”, no “ideológico” y “objetivo”. Por eso el propio Marx, que insiste en que los hombres deben cambiar “de arriba a abajo las condiciones de su existencia industrial y política, y en consecuencia *la totalidad de su manera de ser*”,²¹ debe ser considerado como un “ideólogo irremediablemente impráctico”. ¿Porque, cómo concebir que los hombres puedan cambiar de arriba a abajo las condiciones de su existencia si la premisa necesaria para todo cambio admisible sigue siendo la conformidad con las condiciones del capital?

Y no obstante, cuando está en juego la existencia misma de la humanidad, como ciertamente resulta ser en esta coyuntura de crisis sin precedentes en la historia humana, el único programa que es realmente practicable –en contraste total con la contraproducente practicabilidad de las medidas manipuladoras que tan sólo agravan la crisis– es el programa marxista de reestructuración radical, “de arriba a abajo”, de la totalidad de las instituciones sociales, de las condiciones industriales, políticas e ideológicas de la existencia en el presente, de la “totalidad de la manera de ser” de los hombres reprimidos por las condiciones alienadas y cosificadas de la sociedad mercantil. Si no se da la realización de tal “impracticabilidad”, no puede haber ninguna salida de la crisis cada vez más profunda de la existencia humana.

La exigencia de programas “practicables” es la manifestación de un deseo de integrarse a los elementos “constructivos” de la crítica social, un deseo apareado con la determinación de diseñar represalias inexorablemente efectivas en contra de aquellos elementos que se resistan a la integración, y sean por lo tanto definidos como “destructivos”. Pero incluso si no fuese así, los programas e instrumentos de la acción sociopolítica auténticamente adecuados solamente los puede elaborar la propia práctica social crítica y autocrítica, en el transcurso de su desarrollo real.

Por consiguiente, las instituciones de control social socialistas no se pueden autodefinir *en detalle* con anterioridad a su articulación en la práctica. En este punto de la transición histórica las preguntas relevantes conciernen al carácter y la dirección general, determinadas, en primer lugar, por el modo y las instituciones de control prevalecientes, de las que ellas tienen que constituir una alternativa radical. Por consiguiente, las características centrales del nuevo modo de control social pueden ser identificadas concretamente –en la medida en que esto sea necesario para la elaboración e implementación de estrategias socialistas flexibles– gracias a la comprensión de las funciones básicas y de las contradicciones inherentes al sistema de control social que se está desintegrando.²²

Aquí podemos limitarnos a mencionar solamente los puntos más importantes –entre ellos la relación entre la política y la economía en primer término. Como es bien sabido, los críticos burgueses de Marx jamás dejaron de acusarlo de “determinismo económico”. Nada, sin embargo, podía estar más alejado de la verdad. Porque el programa marxista está formulado precisamente como la emancipación de la acción humana de las inexorables determinaciones económicas.

Cuando Marx demostró que la fuerza bruta del determinismo económico, puesta en actividad por las deshumanizadoras necesidades de la producción de capital, rige sobre todos los aspectos de la vida humana, demostrando al mismo tiempo el carácter inherentemente *histórico* –es decir, necesariamente *transitorio*– del modo de producción prevaleciente, tocó un punto sensible de la ideología

burguesa: la vaciedad de su creencia metafísica en la “ley natural” de la permanencia de las relaciones de producción establecidas. Y al revelar las contradicciones inherentes a ese modo de producción, demostró el obligado *desmoronamiento* de su determinismo económico objetivo. Tal desmoronamiento, sin embargo, había de consumarse con la ampliación del poder del capital hasta sus límites extremos, sometiendo absolutamente todo –incluido el poder supuestamente autónomo de la toma de decisiones políticas– a su propio mecanismo de estricto control.

Irónicamente, sin embargo, cuando ello se cumple (como resultado de un apetito cada vez mayor de “correctivos” diseñados para resguardar la expansión libre de trabas del poder del capital), el capital monopolista se ve forzado a asumir el control directo sobre áreas que estructuralmente es incapaz de controlar. Así, pasado cierto punto, mientras más controla (directamente) menos controla (efectivamente), debilitando y eventualmente destruyendo incluso los mecanismos de los “correctivos”. La completa y por ahora patente subordinación de la política a los dictados más inmediatos del determinismo económico de la producción de capital constituye un aspecto vital de esta problemática. Por eso el camino hacia el establecimiento de las nuevas instituciones del control social debe conducir hacia una radical *emancipación de la política del poder del capital*.

Otra contradicción básica del sistema de control capitalista es que no puede separar “avance” de *destrucción*, ni “progreso” de *desperdicio*, sin que le importen lo catastróficos que puedan ser los resultados. Mientras más libera los poderes de la productividad, más debe desatar las fuerzas de la destrucción; y mientras más amplía el volumen de la producción, más debe sepultarlo todo bajo montañas de asfixiante desperdicio. El concepto de *economía* es radicalmente incompatible con la “economía” de la producción de capital que, obligadamente, le pone sal a la herida al agotar primero con voraz desperdicio los *limitados recursos* de nuestro planeta, y agravar luego el resultado al *contaminar* y *envenenar* el medio ambiente humano con su desperdicio y lujo producidos en masa.

Irónicamente, sin embargo, una vez más, el sistema se desploma cuando alcanza el punto de su máximo poder; porque su ampliación al máximo genera inevitablemente la necesidad vital de coerción y *control consciente* con los que la producción de capital resulta estructuralmente incompatible. Así, el establecimiento del nuevo modo de control social es inseparable de la realización de los principios de una *economía socialista* centrada en una *economía de la actividad productiva con sentido*; el punto fundamental de una realización humana plena en una sociedad emancipada de las instituciones de control alienadas y cosificadas.

Y el último punto por recalcar es la determinación necesariamente global del sistema de control social alternativo, en confrontación con el sistema global del capital como modo de control. En el mundo tal y como ha sido –y sigue siendo– transformado por el inmenso poder del capital, las instituciones sociales constituyen un sistema estrechamente interrelacionado. Así, no hay esperanza de éxitos *parciales aislados*, tan sólo de éxitos *globales*, por muy paradójico que pueda sonar. En consecuencia, el criterio crucial para la valoración de las mediciones parciales es si son o no capaces de funcionar como “puntos de Arquímedes”: es decir, como *palancas estratégicas* para una reestructuración radical del sistema global de control social. Por eso Marx hablaba de la necesidad vital de cambiar, “de arriba a abajo”, las condiciones de la existencia *en su conjunto*, sin lo cual todos los esfuerzos dirigidos a una emancipación socialista de la humanidad están condenados al fracaso. Un programa así, no hace falta decirlo, abarca las “microestructuras” (como la familia) y a la vez las instituciones más englobadoras (las “macroestructuras”) de la vida política y económica. Ciertamente, como lo sugirió Marx, lo único que puede producir un sistema de control social adecuado es una transformación radical de “nuestra manera de ser en su conjunto”.

Establecerlo tomará tiempo, sin duda, y requerirá de la más activa participación de la entera comunidad de productores, activando las energías creadoras reprimidas de los varios grupos sociales en dirección a asuntos de importancia incomparable-

mente mayor que la decisión acerca del color de los postes del alumbrado local, a la que se reduce hoy día su “poder de toma de decisiones”.

Establecer ese control social requeriría, igualmente, el cultivo consciente –no en los individuos aislados sino en la entera comunidad de productores, independientemente de su condición– de una intransigente conciencia crítica, aunada a un intenso compromiso con los valores de una humanidad socialista, que guió la obra de Isaac Deutscher a una cabal realización.

Así, nuestra conmemoración no es un recordatorio ritual del pasado, sino un persistente desafío a encarar las exigencias inherentes a nuestra propia cuota de una tarea compartida.

Es en ese espíritu que quiero dedicarle mi conferencia a la memoria de Isaac Deutscher. vada tomando del fondo público), no hace sino realzar la rendición de ambos partidos a los dictados de la estructura de la producción capitalista prevaeciente. Tales dictados prescriben la transferencia de las ramas improductivas de la industria al sector “público” (es decir, controlado por la burocracia estatal) de manera que puedan ser convertidas en nuevos subsidios al servicio del capital monopolista. Afortunadamente, este acto particular de “nacionalización” ha sido efectuado por un gobierno conservador –lo que lo hace menos mistificador. Porque si lo hubiese implementado un gobierno laborista habría sido saludado ruidosamente como un gran acto de “socialismo pragmático”.

IV

Política radical y transición al socialismo: Reflexiones en el centenario de Marx⁷¹

71. Publicado por primera vez en la revista brasileña *Escrita Ensaio*, Año V, N° 11-12, 1983.

Marx escribió *El capital* con la finalidad de ayudar a romper el dominio del capital cuando se dieran condiciones favorables, es decir cuando el “capital social total” –en su inexorable tendencia a dominarlo todo en escala global– ya no pueda seguir desplazando sus contradicciones y se vea empujado hasta límites que no le sea posible traspasar, presagiando así lo que él llamaba el “reino de la forma histórica nueva”.

Hoy, a cien años de la muerte de Marx, estamos mucho más cerca de las condiciones de colapsamiento global del capital, y de la posibilidad real de esa transformación fundamental, con la cual su obra tenía la intención de identificarse con rigor científico y pasión socialista. Naturalmente, resultaría bastante ingenuo sugerir que de ahora en adelante ya no habrá más canales para una mayor expansión del capital y para el desplazamiento de muchos de sus problemas, con la participación a fondo del Estado. Igualmente, sin embargo, nadie debería dudar de que estamos en medio de una crisis jamás experimentada antes a ninguna escala comparable.

En concordancia, no sólo se están volviendo más altos los riesgos y más abiertas las confrontaciones, sino que también las posibilidades de un desenlace positivo están ubicadas en una nueva perspectiva histórica. Porque precisamente, a causa de que los riesgos se están volviendo más altos y potencialmente más explosivos, el reservorio de los compromisos, que antes le servía también a las fuerzas del “consenso político” al que nadie desafiaba, también está mermando, y con ello bloquea ciertas vías y abre algunas otras mientras exige la adopción de nuevas estrategias.

Contra este trasfondo de crisis estructural del capital y de las nuevas potencialidades históricas que le acompañan, se hace necesario reexaminar los requerimientos y las condiciones objetivas de ir MÁS ALLÁ DEL CAPITAL, en el espíritu del proyecto socialista original. Porque la transición hacia el socialismo en escala global que Marx concibió ha adquirido hoy una realidad histórica nueva y más urgente, en vista de la intensidad y severidad de la crisis en evolución.

En este artículo solamente puedo abordar unos pocos problemas que le estrechamente vinculados. *Primero*, la cuestión de qué es realmente lo que se intenta yendo “más allá del capital”: un concepto que designa la necesaria perspectiva objetiva y orientadora de las estrategias socialistas viables. Porque la *meta* escogida condiciona necesariamente las etapas que conducen a su realización y, por lo tanto, equivocarse en la identificación de la meta correcta de la transformación socialista acarrea graves consecuencias para el movimiento socialista, como es bien sabido gracias a la historia pasada.

El *segundo* problema por analizar concierne a la necesidad de una ofensiva socialista bajo las condiciones de su nueva realidad histórica. Esto amplía también la necesidad de afrontar el gran reto de estar obligados a aventurarnos en esa *ofensiva* dentro del marco de las instituciones de la clase trabajadora, que resultaban estar constituidas *a la defensiva*, bajo condiciones históricas muy diferentes, en el pasado.

Ir más allá del capital e idear una ofensiva socialista constituyen puntos paradigmáticos de una transición hacia el socialismo. Lo cual nos lleva al *tercer* problema del que debo hablar brevemente: la necesidad de una teoría de la transición, cuando el punto ha hecho aparición objetivamente en la agenda histórica.

Y *finalmente* –al contrario de varias estrategias de la izquierda que ante la presente crisis tienden a responder propugnando una limitada “reestructuración de la economía”– quiero considerar el papel que la *política radical* está llamada a desempeñar en la reestructuración fundamental de la sociedad como totalidad, sin la que cualquier transición hacia el socialismo es inconcebible.

1. El significado de *Más allá del capital*

Como punto de partida es necesario centrarse en el significado de *Más allá del Capital*. Éste resulta ser un problema de máxima importancia, tanto en la teoría como en la práctica, con varios aspectos claramente distinguibles:

(1) Marx escribió *El capital* con la finalidad de romper el dominio del capital. Y llamó a su obra más importante “EL CAPITAL”, no “el capitalismo”; ciertamente por una muy buena razón, como lo veremos en un momento. Igualmente, definió el tema del primer volumen como “Der Produktionsprozess des Kapitals”, es decir, “The Production-process of Capital”, “El proceso de la producción del capital”, y no como el proceso de “Capitalist Production” (de la “producción capitalista”) –la forma como ha sido erróneamente traducido al inglés, bajo la supervisión de Engels– que constituye una materia radicalmente distinta.

(2) “El capital” es una categoría *histórica* dinámica y la fuerza social con la que se corresponde aparece –en forma de capital “monetario”, “mercantil”, etc.– muchos siglos antes de que surja y se consolide la conformación social del *capitalismo*. En verdad, a Marx le preocupa en alto grado captar las especificidades históricas de las varias formas del capital y sus transiciones de una a otra, hasta que eventualmente el *capital industrial* se convierte en la fuerza dominante del metabolismo social/económico y define objetivamente la fase clásica de la formación capitalista.

(3) Lo mismo es válido para la “producción de mercancías”, que no debería ser confundida con la producción de mercancías *capitalista*. Aquélla precede a ésta, igualmente en varios siglos, y por consiguiente pide una definición precisa de las especificidades históricas del modo capitalista de la producción de mercancías. Porque, como insiste Marx, “la producción de mercancías se convierte *en cierto punto* necesariamente en producción de mercancías *capitalista*” (Marx, “Notas al margen acerca de Wagner”, p.228 de *Values Studies by Marx*, 1976, Londres: Park Publications).

(4) La importancia de (2) y (3) no es meramente teórica, sino a la vez directamente *práctica*. Porque la dimensión histórica del capital y la producción de mercancías no está restringida al *pasado*, iluminando la transición dinámica de las formaciones precapitalistas al capitalismo, sino que hace valer sus necesarias implicaciones prácticas también en el presente y en el futuro, prefigurando las constricciones objetivas y las inevitables determinantes estructurales de la fase *poscapitalista* del desarrollo. Así como el propio capitalismo no es entendible sin esa dimensión histórica de sus características estructurales fundamentales que se remontan a un pasado más o menos distante, de la misma manera los problemas reales de una transformación socialista no pueden ser captados sin el total reconocimiento de que el capital y la producción de mercancías no sólo *preceden* sino además *sobreviven* necesariamente al capitalismo; y no lo hacen simplemente como cosa de un “atraso asiático” (que resulta ser una complicación adicional, bajo determinadas circunstancias socioeconómicas y políticas), sino como cosa de determinaciones estructurales muy profundas.

(5) Todo esto tiene implicaciones de largo alcance para las estrategias socialistas: para sus objetivos necesarios y factibles dentro del escenario de las determinaciones estructurales e históricas prevalecientes. Dados esos parámetros, el proyecto socialista, paradójicamente, no puede evitar definirse a sí mismo, en primer lugar, como una *disyuntiva radical* entre su objetivo histórico *fundamental* y su objetivo factible en lo *inmediato*. El primero apunta al establecimiento de una sociedad socialista que representa una “forma histórica nueva” en lo cualitativo (Marx), ya que logra ir *más allá del capitalismo* mismo, y reemplaza así efectivamente al mundo del *capital en sí*; en tanto que el segundo está obligado a definir su objetivo como el ataque y la victoria sobre las fuerzas del *capitalismo* únicamente, al tiempo que en un sentido de importancia vital permanece dentro de los parámetros del capital en sí. Por el contrario, sin una *reestructuración radical* del marco del control general del capital, insertado no simplemente en los mecanismos establecidos sino en el *metabolismo social* heredado en

general –lo cual solamente es factible como un proceso histórico complejo, con todas sus contradicciones y recaídas o interrupciones potenciales– no es concebible que se lleve al proyecto socialista a su cabal realización.

Confundir (no importa cuán urgente y candente sea la razón política/histórica) el objetivo estratégico fundamental del socialismo –ir *más allá del capital*– con el objetivo necesariamente limitado y factible en lo inmediato de *negar el capitalismo*, y entonces pretender en nombre de esto último haber realizado lo primero, produce desorientación, pérdida de toda medición objetiva y en definitiva, un “caminar en círculos”, en el mejor de los casos, en ausencia de una medición y dirección viables.

El objetivo estratégico de toda transformación socialista es y será la superación radical del capital en sí, en su complejidad global y con la totalidad de sus configuraciones históricas tanto efectivas como potenciales, y no meramente ésta o aquella forma particular del capitalismo más o menos desarrollada (o subdesarrollada). Siempre y cuando las propias condiciones dadas favorezcan esa intervención histórica, es posible concebir la negación y la sustitución del *capitalismo* en un escenario social particular. Al mismo tiempo, sin embargo, la muy debatida estrategia del “socialismo en un solo país” resulta factible nada más como un proyecto *poscapitalista* –es decir, todavía no *inherentemente socialista*– limitado. En otras palabras, resulta factible solamente como un *paso* en dirección a una transformación sociohistórica global, cuyo objetivo no puede ser otro que ir *más allá del capital* como totalidad.

Además, el hecho inevitable es que la fase *poscapitalista* en su conjunto se mantiene –si bien en grado potencialmente decreciente– dentro de los límites y los parámetros estructurales *objetivos* de las determinaciones últimas del capital que, al contrario de las prácticas estalinistas, no deberían ser concebidas ilusamente como si se tratasen de meras manipulaciones conspirativas *subjetivas* del “enemigo”. En consecuencia, el proceso mismo de la reestructuración radical –la crucial condición del éxito del proyecto socialista– solamente

puede marchar adelante si la estrategia apunta a la supresión radical del capital *en sí*, reduciendo de manera consciente y persistente el poder del capital en la regulación del metabolismo social mismo, en vez de saludar como la realización del socialismo a algunos logros poscapitalistas limitados. Esto se puede cumplir estableciendo mecanismos neutralizables y adaptables que favorezcan la compleja transformación requerida, en lugar de hacer “disparos a ciegas” mediante la adopción de medidas más o menos fortuitas, sobre la base de la falsa identificación del objetivo estratégico fundamental del socialismo con algunos objetivos factibles en lo inmediato, pero necesariamente restringidos.

Para expresarlo con mayor vigor, dado el carácter inherente al proceso involucrado, si bien varias formas del intento poscapitalista resultan sin duda factibles, independientemente de lo limitado del escenario, precisamente por esa misma razón –es decir, por la necesaria limitación de ese escenario– también *se mantienen bajo amenaza permanente*. Y se mantienen bajo esa amenaza hasta tanto no se resuelva el punto fundamental de ir *más allá del capital*. En otras palabras, tal o cual forma particular del capitalismo puede ser ciertamente “abolida” en un escenario histórico limitado, pero esa “abolición” no puede proporcionar ninguna garantía contra su *potencial revitalización* o “*restauración*”, dependiendo de la configuración total de las circunstancias sociales e históricas definidas por el papel más o menos importante del capital en el metabolismo social general, en una *escala global*.

2. Las condiciones históricas de la ofensiva socialista

La necesidad y la realidad histórica de la ofensiva socialista no significan la propugnación de alguna perspectiva fácil, ingenuamente optimista y de urgencia agitacional. Lejos de ello. Porque, en primer lugar, la realidad *histórica* de un proceso de transformación –que se origina en las múltiples y desiguales /encontradas determinaciones de una *tendencia* histórica objetiva– remite a la *fase histórica* en su

conjunto, con todas sus complicaciones y potenciales recaídas, y no a algún suceso repentino que produce un desarrollo lineal libre de problemas. Vale la pena recordar aquí las palabras de Lenin:

Se pudo haber declarado –y con toda justicia– hace muchas décadas que el capitalismo estaba “históricamente obsoleto”, pero ello no elimina de ninguna manera la necesidad de una lucha muy prolongada y muy persistente sobre la base del capitalismo. El parlamentarismo está “históricamente obsoleto” desde el punto de vista de la *historia mundial*, es decir, la *era* del parlamentarismo burgués ha pasado, y ha *comenzado* la *era* de la dictadura proletaria. Pero la historia mundial se cuenta en décadas. (Lenin, *Collected Works*, Vol.31, p.56. El subrayado es de Lenin).

En ese sentido, “realidad histórica” significa precisamente lo que dice: el surgimiento y la gradual realización de una tendencia en toda su complejidad histórica, abarcando una era o una época histórica completa y delimitando sus parámetros estratégicos –para mejor o para peor, según el caso, bajo las circunstancias cambiantes– y afirmando *en última instancia* la tendencia fundamental de la época en cuestión, no obstante todas las fluctuaciones, las irregularidades e incluso las recaídas.

Más aún, hay que recalcar siempre que en medio de la crisis *estructural* del capital, cada vez más profunda, solamente podemos hablar de la realidad *histórica* de la ofensiva socialista en el sentido de que se requieren varios cambios institucionales de envergadura para llevar a su realización la tendencia histórica en cuestión. Ello, a causa del hecho fuertemente restrictivo de que los instrumentos e instituciones de la lucha socialista existentes han sido constituidos en una coyuntura histórica cualitativamente diferente y se definen a sí mismos:

- (a) en oposición al *capitalismo* (no al *capital* en sí), y
- (b) de una manera fundamentalmente *defensiva*, de con-

formidad con su potencial y funciones originales esencialmente negativas.

Así, la realidad histórica de la ofensiva socialista bajo la nueva fase histórica de la crisis estructural del capital, se hace valer como:

(1) la creciente dificultad y la definitiva imposibilidad de obtener *ganancias defensivas* –sobre el modelo del pasado– gracias a las *instituciones defensivas* existentes (y, de acuerdo con ello, el fin del consenso político experimentado con anterioridad, que trae consigo una *postura* notoriamente *más agresiva* de las fuerzas dominantes del capital de cara al trabajo), y

(2) la presión objetiva para reestructurar radicalmente las instituciones de la lucha socialista existentes a fin de poder hacerle frente al nuevo desafío histórico sobre una base organizacional que compruebe ser apropiada para la creciente necesidad de una ofensiva estratégica.

Lo que está en el tapete es, entonces, la constitución de un marco organizacional capaz no solamente de negar el orden dominante sino, simultáneamente, también de ejercer las vitales funciones de control positivas, en la nueva forma de *acción independiente* y de *autogestión*, si es que las fuerzas socialistas quieren romper el círculo vicioso del control social del capital y su propia dependencia negativa/defensiva de éste.

La novedad histórica de la nueva situación se pone de manifiesto en la redefinición cualitativa de las condiciones de éxito de, incluso, los objetivos socioeconómicos más limitados. Porque en el pasado no sólo era *posible* obtener del capital *ganancias parciales* de importancia mediante las instituciones defensivas existentes –tanto así que, de hecho, las clases trabajadoras de los países capitalistas dominantes en la actualidad sí tienen incomparablemente más que perder que sus cadenas– sino que además tales ganancias eran ciertamente un constituyente necesario y positivo de la *dinámica interna* de la propia *autoexpansión del capital* (lo que significaba, por supuesto, que el capital nunca tenía que pagar ni un céntimo de esas ganancias).

En contraste total, bajo las nuevas condiciones históricas de la crisis estructural del capital, hasta la mera conservación del nivel de vida alcanzado, por no mencionar la adquisición de ganancias adicionales significativas, exige un cambio fundamental en la estrategia, de acuerdo con la actividad histórica de la ofensiva socialista.

El creciente *ataque legislativo* del capital contra el movimiento laboral recalca la necesidad de un cambio de esa naturaleza en la orientación estratégica de su adversario.

3. La necesidad de una teoría de la transición

Para la época en la que Marx desarrollaba su concepción original, había que poner el acento en la demostración de las contradicciones internas del capital, y nada más indicar el perfil esquemático de lo que él llamaba “la forma histórica nueva”. La cuestión de cómo pasar del mundo negado del capital al reino de la forma histórica nueva apenas “sugerida”, no podía desempeñar ningún papel en el proyecto teórico de Marx. En verdad, él se mofaba de quienes se ocupaban de tales “especulaciones acerca del futuro”.

Tampoco revestía importancia el problema de la transición para el Lenin de antes de la Revolución de Octubre, ya que estaba ocupado en elaborar una estrategia para “romper el eslabón más débil de la cadena”, con la esperanza de iniciar una reacción en serie que hubiese resultado en una problemática muy diferente de la que se presentó en la realidad a lo largo de las dolorosas constricciones históricas de una revolución soviética aislada.

Así, la necesidad de una teoría de la transición apareció con candente urgencia “como llovida del cielo” en la secuela de la revolución de Octubre y, de seguidas, se vio mezclada con las determinaciones y preocupaciones específicas de la sociedad soviética. La controversia en torno al “socialismo en un solo país” ya constituía en sí misma un punto desconcertantemente complejo; desconcertante en verdad, puesto que se esperaba que un país subdesarrollado y devastado iba a dar, incluso estando aislado y cercado, por sí solo el gran salto

adelante para la humanidad entera. Pero aún faltaba por venir lo peor. Porque con el triunfo del estalinismo, en el movimiento de la clase trabajadora internacional ese punto se tornó todavía más desconcertante, ya que se proclamó la “vía soviética al socialismo” como el modelo obligado de toda transformación socialista concebible. El mismo fue adoptado acríticamente como modelo por los partidos del Comintern, incluidos los principales partidos comunistas de Occidente, cuyas circunstancias objetivas carecían de la relativa justificación histórica del “atraso asiático” y el cerco para la propugnanación de una tesis como esa.

Como resultado, la teorización sobre la transición perdió irremediablemente la ruta al apenas comenzar, y terminó en el callejón sin salida del voluntarismo estalinista, por una parte, y en el de sus varias negaciones abstractas, por la otra. Hubo, por supuesto, unos pocos intentos individuales dirigidos a hallar una salida –los logros heroicos, tanto en lo humano como en lo teórico, de Antonio Gramsci representan su incomparable punto más alto– pero fueron condenados a permanecer trágicamente aislados bajo sus circunstancias.

Tampoco pudo la intención de “desestalinización” abiertamente anunciada producir un cambio fundamental en este respecto. Si bien reabrió indudablemente las posibilidades de autoexamen crítico (especialmente en el movimiento comunista de Occidente), la asfixia de la crítica en el Este luego de un breve período de “deshielo” –ciego a las revueltas y explosiones en Alemania, Polonia, Hungría, Checoslovaquia y de nuevo en Polonia– recalcó la gravedad de la crisis. Se hizo cada vez más obvio que lo que estaba realmente en juego no era un mero factor ideológico –concebido en categorías ilusas/subjetivas que aludían a ello, aunque sin explicar jamás ni tan siquiera la posibilidad de que existiese el “culto a la personalidad”, ni mucho menos aportar una garantía de su efectiva eliminación– sino el persistente poder de inercia de las enormes estructuras y fuerzas objetivas que no podían ser desalojadas de manera efectiva, excepto en el marco global estratégico del desarrollo y la transformación estructural socialistas.

El que la experiencia histórica de la Europa del Este no pudiese proporcionar suficiente terreno para el desarrollo de una teoría de la transición crítica y autocrítica, no se debió simplemente a tabúes y presiones ideológicas/políticas –aunque, por supuesto, éstas sí jugaron un papel– sino primordialmente a las limitaciones sociohistóricas de la experiencia misma.

La necesidad urgente de una teoría de la transición apareció en la agenda histórica con la revolución de Octubre, pero se hizo valer de una forma inevitablemente *parcial*. Tenía que ser así, en primer término, a causa del peso de las constricciones y contradicciones locales bajo las cuales la revolución había de ser llevada a cabo como una “operación de sostenimiento” (como la había llamado Lenin), si se quería que sobreviviera. Pero, más aún, la parcialidad en cuestión era consecuencia de las determinaciones históricas esencialmente *defensivas* a las que las fuerzas socialistas que combatían en ese período, estaban sometidas en sus desiguales confrontaciones con el capital. Esa determinación defensiva representaba una limitación histórica abrumadoramente negativa, que Stalin convirtió apologeticamente en virtud y modelo positivos, frustrando y paralizando de ese modo incluso al limitado potencial dinámico del movimiento socialista internacional por varias décadas.

Hoy día la situación es cualitativamente diferente y no se puede seguir concibiendo la “transición” en un sentido *limitado*, puesto que surge en relación con la creciente crisis estructural del capital como fenómeno global

Resulta siempre difícil trazar con precisión las grandes líneas de demarcación histórica y el inicio de una nueva fase histórica, porque las raíces de las nuevas tendencias fundamentales se remontan a las profundidades de las determinaciones pasadas, y porque transcurre largo tiempo antes de que ellas se desarrollen en todas sus dimensiones y se hagan valer a cabalidad a todos los niveles de la vida social. Incluso sacudidas históricas gigantescas, como las de 1789 y 1917 –a partir de las cuales consideramos hoy el origen de muchos cambios históricos subsiguientes– son comprensibles solamente en términos

de sus raíces en el pasado y su larga y dramática continuación, que tuvo que vencer resistencias formidablemente fuertes a fin de lograr su significación como acontecimientos históricos decisivos.

Pero inclusive, si no podemos ubicar el inicio de la nueva fase histórica de la necesaria ofensiva socialista en torno a algún dato o acontecimiento preciso, podemos sin embargo identificar tres confrontaciones sociales de envergadura, que marcaron dramáticamente la erupción de la crisis estructural del capital hacia finales de la década del 60:

(1) la guerra de Vietnam y el colapso de la forma más abiertamente agresiva del intervencionismo norteamericano;

(2) mayo de 1968 en Francia (y en todas partes, más o menos al mismo tiempo, en situaciones sociales similares), que demostró estrepitosamente en un baluarte del capitalismo “avanzado” la enfermedad de la sociedad, la fragilidad y la vaciedad de sus logros tan ruidosamente promocionados, y la ostensible alienación de un vasto número de personas del “sistema”, denunciado con palabras de amargo menosprecio; y

(3) la represión de los intentos de reforma en Checoslovaquia y en Polonia, que señalaban las crecientes contradicciones de las sociedades del “socialismo real” como *parte integral de la crisis estructural general*.

Significativamente, todo cuanto ocurrió a partir de entonces cae dentro de las tres mismas categorías, que abarcan:

(1) las relaciones de explotación de los países “metropolitanos”, o capitalistamente avanzados, con los países subdesarrollados, en sus determinaciones recíprocas;

(2) los problemas y contradicciones de los países capitalistas occidentales, tomados por separado o igualmente en mutua conexión;

(3) los varios países o sociedades poscapitalistas de “socialismo real” en su relación (y a veces hasta en su confrontación militar) mutua.

Los desarrollos que se han dado en las últimas dos décadas

recalcaban con respecto a las tres dimensiones, la acción de algunas fuerzas y tendencias poderosas que, en su interrelación, definen la crisis estructural cada vez más profunda del capital. Permítaseme simplemente hacer una lista de algunos acontecimientos e hitos de esos desarrollos, que se manifiestan en las tres áreas que nos ocupan.

Respecto al primer conjunto de relaciones:

- el fin del régimen colonial de Mozambique y Angola;
- la derrota del racismo blanco y la transferencia del poder a la U.N.A.Z. en Zimbabwe;
- el desplome del régimen clientelar de los Estados Unidos dirigido por los coroneles en Grecia y la subsiguiente victoria de las fuerzas del PASOK de Andreas Papandreou;
- la desintegración del régimen vitalicio de Somoza, respaldado por los Estados Unidos en Nicaragua, y la impactante victoria del Frente Sandinista;
- las luchas armadas de liberación en El Salvador y en todas partes de Centroamérica, y el fin del hasta entonces fácil control de la región por el imperialismo norteamericano;
- la quiebra total –no sólo en sentido figurado, también en el literal– de las “estrategias de desarrollo”, de inspiración y dominación “metropolitana”, a todo lo ancho del “Tercer Mundo”, y el surgimiento de grandes contradicciones estructurales en las principales potencias industriales en Latinoamérica: Argentina, Brasil e incluso la rica en petróleo, México;
- la dramática y total desintegración del régimen del Sha en Irán, y con ella una grave derrota de las estrategias norteamericanas establecidas durante largo tiempo en la región, que hicieron aparecer *estrategias sustitutivas desesperadamente peligrosas* –que, a partir de entonces, debieron implementarse de manera *directa* o mediante *representación*.

En cuanto al segundo:

- la crisis del endeudamiento de los Estados Unidos, y el creciente resentimiento de muchos países ante la dominación económica norteamericana;
- los conflictos con el industrialmente exitoso Japón, y los crecientes signos de una guerra comercial potencialmente devastadora;
- el surgimiento de grandes contradicciones con la Comunidad Económica Europea, a veces hasta el punto de amenaza de ruptura;
- el fracaso del keynesianismo de la posguerra y el reemplazo por estrategias “monetaristas” igualmente inviables, dirigidas a revitalizar al capital en crisis;
- el “desempleo estructural”, masivo y todavía en aumento, y la correspondiente erupción de perturbaciones sociales de gran magnitud sobre las ruinas del “estado benefactor”, que sigue al colapsamiento de la estrategia de la posguerra que confiadamente anunciaba la realización del “pleno empleo en una sociedad libre”;
- el fracaso de la estrategia posbélica del “neocolonialismo” –con su ideología de “modernización” y su “transferencia de tecnología” en interés propio– y del control que se escapa de las manos de los países capitalistas a todo lo ancho del “Tercer Mundo” (ilustrado por la proliferación de incumplimientos de la deuda, por ejemplo), con consecuencias potencialmente de largo alcance;

Y, finalmente, en lo que atañe a las grandes contradicciones que afloraron en las relaciones internas y externas de las llamadas sociedades de “socialismo real”:

- el colapsamiento de la revolución cultural china y el acercamiento entre China y Occidente, que en ocasiones trae consigo devastadoras consecuencias para las aspiraciones socialistas;

- la indescriptible tragedia del pueblo de Camboya;
- la confrontación armada entre China y Vietnam, y entre Vietnam y Camboya;
- la ocupación soviética de Afganistán y el consiguiente conflicto armado;
- las renovadas crisis en Checoslovaquia;
- el creciente endeudamiento de varios países de Europa del Este con los banqueros occidentales, hasta el punto de una bancarrota rebautizada políticamente/capitalistamente como “reformulación de la deuda”;
- la crisis económica masiva en Polonia y la consiguiente represión militar del movimiento de arraigo popular “Solidaridad”.

Si se toma en consideración tal telón de fondo de contradicciones ubicuas y en peligrosa multiplicación, que representan una auténtica crisis estructural, resulta imposible plantear que el problema de la transición tiene una importancia apenas parcial y, por lo tanto, sólo tiene que ver con las circunstancias específicas de una coyuntura específicamente limitada. Ya no se puede concebir más el objetivo de las estrategias poscapitalistas como una especie de “operación de sostenimiento”, cuyo significado sea esencialmente defensivo, con la esperanza puesta en una mejoría significativa de las condiciones históricas generales y en la relación de fuerzas que más adelante podría favorecer las oportunidades de una transformación socialista genuina.

La “fuerza da la circunstancia” que constriñe y determina trágicamente el carácter de un esfuerzo transicional como una “operación de sostenimiento” es una cosa; la necesidad de una transformación social radical en una escala global, otra bien distinta. En ese sentido, la necesidad hoy día de una teoría de la transición que sea comprensiva aparece en la agenda histórica en la perspectiva de la ofensiva socialista, sobre la base de su realidad histórica general, en respuesta a la creciente crisis del capital que amenaza a la supervivencia misma de la humanidad.

4. La “reestructuración de la economía” y sus condiciones políticas

4.1 La dinámica de los desarrollos de la posguerra

Existe hoy una creciente preocupación en torno a la necesidad de “reestructurar la economía”, y ello es comprensible. Porque si bien los años de la posguerra, por bastante más de dos décadas, presenciaron la expansión y revitalización sin precedentes del capital –al poner en su órbita por primera vez en la historia a la totalidad de las fuerzas productivas globales y al reestructurar exitosamente la economía a fin de satisfacer las insaciables exigencias del “complejo militar/industrial”– ahora la dinámica entera se ha detenido y el sistema ya no puede seguir “repartiendo los bienes” de los que depende su desarrollo sin alteraciones.

De cualquier modo, el objetivo de “reestructurar la economía” luce problemático en más de una forma, independientemente de lo justificable que pueda ser la preocupación que marcha tras él. Porque en vista del hecho de que el estado de cosas actual es el resultado directo de la dramática reestructuración de los canales productivos del capital del período posbélico, de ninguna manera resulta obvio que el desvío de recursos de algunas áreas hacia otras produciría, hoy día, los resultados económicos esperados, por no mencionar las abrumadoras complicaciones políticas implicadas en tal empresa.

Considerado bajo sus aspectos principales, todo esfuerzo por “reestructurar la economía” está condenado a tropezar con una gran resistencia, puesto que la palanca con la que opera sigue estando dentro de los confines de las determinaciones objetivas del capital y de los mecanismos de control que lo favorecen a él y a nada más. Para puntualizar tres dimensiones principales, no resulta demasiado difícil percibir las irreconciliables contradicciones inherentes:

(1) al problema de la productividad misma (es decir, la productividad definitivamente autodestructora del capital, que consideraremos de seguidas);

(2) a las exigencias cada vez mayores del complejo militar/industrial en confrontación con el resto de la economía; y

(3) al surgimiento de las partes industrializadas del “Tercer Mundo” –bajo la irrefrenable dinámica de la autoexpansión del capital– como competidoras directas del capital occidental.

Démosles un breve vistazo una por una.

(1) El período del desarrollo de la posguerra se vio inyectado, por sobre todas las cosas, por la facultad del capital para activar inmensos recursos humanos y materiales, anteriormente reprimidos o latentes, para sus propósitos de autoexpansión. Significativamente, expandió e intensificó la actividad económica productiva incrementando tanto el tamaño absoluto de la fuerza laboral como su productividad relativa en toda la extensión del mundo. Mientras tal proceso de autoexpansión productiva pudiese marchar adelante sin trabas, no podría haber problema que el capitalismo no fuese capaz, en principio, de superar.

Las cosas hubieron de cambiar dramáticamente, sin embargo, cuando la propia productividad en incremento comenzó a entrar en conflicto con la necesidad de aumentar (o al menos mantener estacionaria) a la fuerza laboral. Bajo esas condiciones de “desempleo estructural”, el necesario modo de funcionamiento y la *raison d'être* misma es puesta en cuestionamiento como cosa del imperativo histórico objetivo, si bien los actores involucrados no lo conciben de inmediato como tal.

Tampoco es factible concebir una solución para este problema estructural simplemente “creando más empleos” a través de la “reestructuración de la economía”. Porque lo que está en el tapete no es realmente la *eficiencia* del capital que podría verse mejorada por una reubicación más o menos drástica de los recursos económicos, sino, por el contrario, la naturaleza misma de su *productividad*: una productividad que necesariamente se define a sí misma mediante el imperativo de su expansión inexorable y alienada como *productividad destructiva*, ya que demuele sin contemplaciones todo cuanto se le atraviesa en el camino.

Más aún –debido a la naturaleza inherentemente contradictoria del capital– en períodos de recesión la cantidad de capital cuantiosamente *sobreproducido* (y al mismo tiempo burdamente *subutilizado*) se hace valer como extrema *escasez de capital*, constriñendo así todo avance productivo ulterior y añadiéndoles una *dimensión financiera aventurerista* (al igual que su contraparte quijotesca, en forma de monetarismo) a todos los demás problemas. Resulta, por consiguiente, imposible ver cómo podrían hallarse los inmensos recursos que se requieren para la pensada “reestructuración económica”, dentro de los confines de las determinaciones internas del capital, manifiestas en su “productividad” devastadora y su “escasez” crónica en tiempos de problemas económicos.

(2) El segundo factor de importancia de la dinámica de la expansión posbélica del capital, es el tambaleante desarrollo del complejo militar/industrial, que igual se deterioró, a pesar de los decididos esfuerzos del Estado por expandir su poder, o al menos de mantenerlo intacto bajo las circunstancias de “estrechez” y recortes.

Irónicamente, el hecho mismo de que se pueda formular el problema de este modo –a saber, como un llamado a incrementar y mantener el gasto militar *a expensas* de los servicios sociales y de la actividad económica que los sostiene– indica que estamos aquí ante una contradicción estructural fundamental. Porque, en el pasado, los muy promocionados “encadenamientos tecnológicos” que vienen de los desarrollos militares y sus profundos efectos beneficiosos sobre la industria del consumo le servían de evidente justificación ideológica/económica al derroche militar; en añadidura a la habilidad del complejo militar/industrial para estimular el desarrollo económico en su conjunto gracias a su inmensa demanda de los recursos materiales y humanos disponibles –y a primera vista aparentemente ilimitados– a la que originalmente ayudó a multiplicar.

Lo que sí nunca le pasó por la mente a los estrategas de la expansión posbélica del capital fue que podría sobrevenir el momento en que ya no se pudiese sostener por más tiempo la multiplicación de esa demanda desperdiciadora y, por consiguiente, habría que

escoger entre el gasto militar y el gasto “de consumo”. Dadas algunas leyes y contradicciones internas del capital “avanzado”, era preciso seguir el camino abierto por el complejo militar/industrial, a prueba de saturación y autoconsumidor, independientemente de las potenciales complicaciones que, de hecho, parecían ser inexistentes cuando era posible dar por descontada la autoexpansión sin trabas del capital.

Los cambios que ocurrieron bajo esas circunstancias equivalían, sin duda alguna, a una “reestructuración de la economía” tan poderosa, profundamente arraigada, de largo alcance y englobadora en su condición, que su intensidad e impacto no tienen paralelo en la historia del capital desde la revolución industrial misma. Concebir, entonces, una mera “reestructuración de la economía” gracias a la simple reversión de esta tendencia y la transferencia de recursos del complejo militar/industrial a la utilización socialmente productiva, parece constituir una subestimación demasiado grande de las dificultades, incluso en términos estrictamente económicos. Por no mencionar las complicaciones políticas/militares implicadas en el intento de recortar en la forma drástica requerida, así como de mantener bajo control a partir de allí y para siempre, la fuerza de tan poderoso adversario.

(3) La industrialización del “Tercer Mundo”, no obstante su obvia subordinación a los requerimientos e intereses del capital occidental, alcanzó proporciones significativas en la configuración global del capital durante los años de la posguerra, especialmente en las dos últimas décadas.

Por supuesto, esa industrialización no tuvo jamás la intención de satisfacer las necesidades del pueblo hambreado y socialmente desposeído de los países envueltos en ella, sino la de proporcionar canales despejados a la exportación de capital y generar niveles de sobreganancia antes inimaginables, bajo la ideología de la “modernización” y la eliminación del subdesarrollo. Sin embargo, debido al ostensible tamaño de los recursos materiales y humanos así activados por el capital, el impacto general de esos desarrollos no podía ser me-

nos que fenomenal, en lo tocante a la producción total de ganancias en el marco global del capital. Porque, a pesar de todo el palabrerío unilateral en torno a la “dependencia”, por no mencionar el blabla obscenamente hipócrita en torno a la “ayuda para el desarrollo”, el capital occidental se había vuelto mucho más dependiente del “Tercer Mundo” –por la materia prima, la energía, los canales del capital y la sobreganancia ávidamente repatriada– de lo que éste lo era de él.

Naturalmente, igual en este contexto que en cualquier otro, el proceso subyacente solamente podía ser caracterizado como el avance a saltos del capital, de contradicción en contradicción, en conformidad con la insoluble contradictoriedad de su naturaleza más profunda. Porque el capital cobra su dinámica original de la determinación interior de su naturaleza para superar los obstáculos con los que se tropieza, sin importar su tamaño, *desplazando* al mismo tiempo algunas contradicciones de importancia. Pero sólo puede hacerlo para finalizar con la *regeneración con creces de sus contradicciones*, en una escala incomparablemente mayor que aquella que en primer término había dado origen al proceso de desplazamiento en cuestión.

Por consiguiente, sin importar cuán viciada y cínicamente manipulada haya sido la industrialización neocapitalista del “Tercer Mundo” en su gestación y ejecución, inevitablemente adquirió también su propio impulso dinámico y local, que condujo a una contradicción definitivamente inconciliable entre la *dinámica local* y el *propósito “metropolitano”* original. Esto asumió la forma del establecimiento de poderosas unidades de producción cuya existencia misma acrecienta las expectativas de una guerra comercial incontrolable, además de causar la quiebra y el cierre estructural definitivo de ramas enteras de industrias de trabajo intensivo en las “metrópolis” avanzadas, en el interés general explosivamente contradictorio –generador de desempleo– del capital occidental expatriado.

No es éste el lugar para entrar en los detalles de tales desarrollos. Sin embargo, en el presente contexto hay que enfatizar que las complicaciones competitivas que surgen de esa dinámica, con sus

repercusiones potencialmente muy destructivas en el núcleo del “capital avanzado”, no representan en modo alguno la suma total de las dificultades y contradicciones de esos conjuntos de relaciones. Debemos añadirles las crecientes contradicciones internas de las propias “economías en desarrollo”: el derrumbe hoy, ya tan demasiado obvio, de las muy promocionadas “estrategias de desarrollo” y el correspondiente frenazo a las tasas de expansión locales, originalmente bastante espectaculares. (Como en Brasil y México, por ejemplo).

Todos estos factores no pueden más que recalcar las insuperables dificultades que enfrenta cualquier esfuerzo destinado a “reestructurar la economía”, tal y como se presentan bajo esa dimensión crucial del capital global. Porque no hay otra forma de considerar el problema de la reestructuración que no sea de manera globalizadora, en todo el sentido de la palabra. Ello porque en el mundo contemporáneo nos vemos confrontados con una red de *dependencias recíprocas* desconcertantemente compleja y contradictoria en una escala global, con problemas y exigencias que se multiplican y constantemente se intensifican en cada área en particular y que están actualmente más allá de cualquier “centro” singular, no importa cuán poderoso y “avanzado” sea.

4.2 Alternativas a los “imperativos económicos” dominantes

Así, la cuestión de la “reestructuración de la economía” –vista en relación con sus principales dimensiones internas e internacionales– se define como:

(1) La necesidad de generar un *tipo de productividad nueva* sobre las ruinas de la subordinación desperdiciadora y destructiva a la que el capital somete las fuerzas y energías productivas de la sociedad, para sus propias necesidades malsanas de autoexpansión. En el mismo contexto, esta exigencia implica también generar una reserva adecuadamente ampliable de fondos y recursos, en armonía con el nuevo tipo de productividad, en lugar de una que la restrinja

y potencialmente la paralice, ya que la absurda sobreproducción/escasez del capital hoy día le pone necesariamente una camisa de fuerza al modo de productividad vigente.

(2) El desafío de instituir una alternativa viable al complejo militar/industrial. Esto se presenta como

- (a) la necesidad de hallarle una solución económica a la ley totalmente destructiva del capital que le dio origen en primera instancia: la *tasa de utilización decreciente*, que tiende a la tasa cero; y
- (b) la creación de las condiciones políticas de la seguridad colectiva y del desarme mundial, en paralelo al establecimiento de un nuevo marco institucional de relaciones entre los Estados, bajo el cual el complejo militar/industrial pierda su justificación y legitimación interesadas.

(3) La institución de una relación radicalmente nueva y genuinamente equitativa con el “Tercer Mundo”, sobre la base de un reconocimiento positivo de las dependencias recíprocas y las obligadas indeterminaciones en un mundo cuyos constituyentes sociales/económicos ya no se pueden mantener ni aislados entre sí ni estructuralmente subordinados el uno al otro, si queremos presenciar un desarrollo global sostenible. Un problema del cual, y no sorpresivamente, esfuerzos como el “Reporte de la Comisión Brandt” ni siquiera arañan la superficie (por no mencionar el menosprecio con el que el *establishment* gobernante al que una vez pertenecieron los propios autores, los acoge para echarlos luego a un lado). Sin embargo, aquí tenemos que encarar un problema de suma importancia al que, triste y bastante incomprensiblemente, los socialistas occidentales le han dedicado demasiada poca atención.

Considerada en esos términos, la tarea de “reestructurar la economía” resulta ser primordialmente *política/social* y no *económica*.

Por supuesto, todos los objetivos sociopolíticos tienen sus obligadas *implicaciones económicas*: una regla de la cual representaría en verdad una muy rara excepción el cumplimiento del objetivo de “reestructurar

la economía” sin una intervención económica considerable en el nivel apropiado. Sin embargo, decididamente las cosas no son a la inversa –es decir, no nos estamos viendo ante un desafío primordialmente económico con algunas *implicaciones políticas* más o menos serias, como a menudo se teoriza– sino que el asunto es: cómo romper el círculo vicioso de las “férreas determinaciones” del capital al que ningún mecanismo económico conocido ha podido aportar una respuesta.

Si, por consiguiente, por “reestructurar la economía” se entiende por igual “reestructurar la sociedad” en su conjunto –“de arriba a abajo”, como sugirió una vez Marx– no puede haber desacuerdo con ese objetivo. Pero es preciso seguir insistiendo en que la resistencia y los obstáculos que hay que superar en el transcurso de la realización de tal objetivo están condenados a seguir siendo primordialmente políticos/sociales por todo el período histórico de la transición, cuyo objetivo es ir *más allá del capital* a fin de crear las estructuras sociales/económicas de la “forma histórica nueva”.

Las épocas de grandes crisis económicas abren siempre una brecha considerable en el orden establecido, pues ya no puede seguir cumpliendo las promesas que le servían de justificación incuestionable. Tales brechas pueden ser ensanchadas, al servicio de la reestructuración social, o ciertamente cerradas por un período de mayor o menor duración, en interés de la continuada supervivencia del capital, dependiendo de las circunstancias históricas generales y de la relación de fuerzas en la arena política y social. Dada la dimensión temporal del problema –es decir, la escala temporal relativamente larga de la producción de resultados económicos significativos, bajo la extrema urgencia de la crisis– solamente una iniciativa *política* radical puede salvar la brecha: un hecho que acrecienta en gran medida el poder de la acción política bajo tales condiciones. (Las teorías que exageran la “autonomía” de la política –hasta el punto de predicar o implicar de manera irreal su *independencia* efectiva– tienden a generalizar las características válidas para la fase inicial de una crisis de magnitud, pero no bajo circunstancias normales).

Sin embargo, puesto que las manifestaciones *inmediatas* de la crisis son *económicas* –desde la inflación hasta el desempleo, y desde la quiebra de la industria y las empresas comerciales locales hasta una guerra comercial general y el potencial colapsamiento del sistema financiero internacional– la presión que se origina sobre la base social vigente tiende inevitablemente a definir la tarea inmediata en términos de hallar respuestas *económicas* urgentes al nivel de las propias manifestaciones de crisis, mientras se dejan intactas sus *causas sociales*.

Así, la definición económica de lo que *se necesita* hacer y de lo que *se puede* hacer bajo las circunstancias de la reconocida “emergencia económica” –desde “apretarse el cinturón” y “aceptar los sacrificios necesarios” hasta “crear empleos reales”, “inyectar nuevos fondos de inversión”, “incrementar la productividad”, etc.– impone las *premisas sociales* del orden establecido (en nombre de los imperativos puramente *económicos*) sobre la iniciativa política socialista, potencialmente favorecida por la crisis antes de su impensada readopción del horizonte social/económico del capital. Como resultado, el potencial reestructurador de la política revolucionaria se ve anulado al disiparse en el curso de una lucha contra tareas económicas definidas con estrechez –invariablemente a expensas de sus propios partidarios– dentro del marco de las viejas premisas sociales y determinaciones estructurales, para así terminar, como cosa de cruel ironía, con la revitalización del capital contra las intenciones originales.

4.3 *El momento histórico de la política radical*

La dificultad estriba en que el “momento” de la política radical está limitado estrictamente por la naturaleza de las crisis en cuestión y las determinaciones temporales de su desenvolvimiento. La brecha abierta en tiempos de crisis no se puede dejar abierta para siempre, y las medidas adoptadas para cerrarla, desde los primeros pasos en adelante tienen su lógica propia y su impacto acumulativo en las intervenciones subsiguientes. Más aún, tanto las estructuras socioeconómicas existentes como su correspondiente marco de

instituciones políticas tienden a actuar en contra de las iniciativas radicales por su misma inercia en cuanto el peor momento de la crisis es superado, y con ello se hace posible sopesar de nuevo “la línea de menor resistencia”. Y nadie puede considerar a la “reestructuración radical” como la línea de menor resistencia, puesto que por su propia naturaleza ella implica necesariamente la sublevación y el desconcertante panorama de lo desconocido.

Ningún logro económico inmediato puede ofrecer una salida de este dilema y prolongar así la duración de la vida de la política revolucionaria, puesto que tales logros económicos limitados –hechos dentro de los confines de las viejas premisas– actúan en la dirección contraria, al mitigar los síntomas de crisis más apremiantes y, como resultado, reforzar el viejo mecanismo reproductivo sacudido por la crisis.

Como lo testifica ampliamente la historia, a la primera señal de “recuperación” la política es puesta de regreso a su papel tradicional de ayudar a sostener y fortalecer las determinaciones socioeconómicas vigentes. La pretendida “recuperación” misma, alcanzada sobre la base de las “motivaciones bien probadas”, actúa como la justificación ideológica evidente en sí misma para retornar al papel subordinado de rutina de la política, en sintonía con el marco institucional dominante. Así, la política radical no puede más que acelerar su propia defunción (y por consiguiente acertando, en lugar de alargándolo, como debería, el “momento” favorable de una mayor intervención política) si consiente en definir su propia cobertura en términos de metas económicas limitadas, que de hecho son necesariamente dictadas por la estructura socioeconómica establecida en crisis.

Por paradójico que pueda sonar, lo único que puede prolongar el momento de la política radical es una autodeterminación radical de la política. Si se quiere que ese “momento” no se vea disipado bajo el peso de las presiones económicas inmediatas, habrá que encontrar la manera de extender su influencia bastante más allá del punto culminante de la crisis misma (el punto culminante, o sea cuando por lo

general la política radical tiende a hacer valer su efectividad). Y dado que la duración temporal de la crisis en sí no puede ser prolongada a voluntad— ni debería serlo, ya que la política voluntarista, con su “estado de emergencia” manipulado artificialmente, sólo puede intentarlo a su propio riesgo, alienando con ello a las masas populares en lugar de asegurándoles su sostén— la solución sólo puede surgir de la exitosa conversión del “tiempo efímero” en *espacio perdurable* mediante la reestructuración de los poderes y las instituciones de toma de decisiones.

Para ponerlo de otro modo, la política radical se ve favorecida sólo *temporalmente* por las crisis, que, pasado cierto punto, con la misma facilidad se pueden volver en su contra. Es decir, pasado cierto punto o bien su éxito económico revitaliza al capital, o su fracaso en generar la mejoría económica esperada socava dramáticamente su propio mandato y su pretensión de legitimidad.

Así, para coronar su objetivo original, en el punto culminante de la crisis la política radical debe transferir sus aspiraciones —en forma de poderes de toma de decisión efectivos a todos los niveles y en todas las áreas, incluida la economía— al cuerpo social mismo, del cual emanarían subsiguientes exigencias materiales y políticas. Ésta es la única manera como la política radical podría sostener su propia línea de estrategia, en vez de militar en contra de ella.

Tal transferencia del poder político, junto con su implantación en la estructura sociopolítica misma, resulta factible tan sólo en tiempos de grandes crisis estructurales: es decir, cuando las premisas tradicionales del metabolismo social/económico dominante no solamente *pueden* sino que además *deben* ser cuestionadas.

Dada la división social del trabajo existente, este cuestionamiento no puede surgir en primer lugar en ninguna otra parte que en la “arena política propiamente dicha” (Marx). Si, no obstante, el cuestionamiento permanece atrapado dentro de los confines de las formas estrictamente institucionales de la acción política, está destinado a ser derrotado por el resurgimiento de la inercia económica y política/institucional del pasado.

La alternativa para no resultar atrapado de ese modo es utilizar los potenciales críticos/liberadores inherentes al momento históricamente favorable a la política socialista, para convertir sus objetivos radicales en una dimensión duradera del cuerpo social en su conjunto. Y hacerlo mediante la afirmación y difusión de su propio poder transitorio a través de una efectiva transferencia del poder a la esfera de la *actividad autónoma de las masas*.

El fracaso en seguir conscientemente ese curso de acción no puede sino transformar la posibilidad más o menos real de la derrota en certidumbre autoimpuesta. Por eso el objetivo de “reestructurar la economía” necesita tanto de condicionamientos. Porque en nuestro contexto presente, su verdad más íntima se revela como la necesidad de una *reestructuración radical de la política misma*, mediante la cual la realización de los objetivos económicos socialistas se torne primero en factible, al menos. De aquí la urgencia de complementar la política parlamentaria/institucionalizada desarrollando áreas y formas de *acción extraparlamentaria*.

La ofensiva socialista no puede ser llevada hasta su conclusión positiva a menos que la política radical consiga prolongar su momento y pueda así implementar las políticas que la magnitud de sus tareas requiere. La única manera, sin embargo, como se puede prolongar y extender el momento histórico de la política radical —es decir, sin recurrir a soluciones dictatoriales, contrarias a los intereses originales— es fusionando el poder de toma de decisiones políticas con la base social de la que éste ha sido alienado por tan prolongado tiempo.

Alcanzar este fin requiere de la creación de un modo de acción política nuevo y una nueva estructura de intercambios —con genuina orientación y determinación de masas— sociales/económicos y políticos. Por eso una “reestructuración de la economía” verdaderamente socialista puede ser procedente tan sólo si está en la más estrecha conjunción con una *reestructuración de la política con orientación de masas* como su precondition necesaria.



V

**Bolívar y Chávez:
el espíritu de una
determinación radical**

1. “Plumas llevadas por la tormenta”

En el verano de 2005 Venezuela conmemoró el Bicentenario del Juramento de Simón Bolívar, pronunciado en presencia de su insigne maestro, Simón Rodríguez, –un hombre que más tarde en París y mucho antes que Marx, frecuentó las sociedades socialistas secretas y no volvió a Sur América hasta 1823.

El juramento de Bolívar tuvo lugar el 15 de agosto de 1805, en las afueras de Roma. Ya el propio sitio, la colina del Monte Sacro, que ambos habían escogido para tan solemne ocasión, indicaba la naturaleza del compromiso histórico del joven Bolívar. Porque fue precisamente en la colina de Monte Sacro, donde, veintitrés siglos antes, tuvo supuestamente lugar la protesta de los plebeyos rebeldes, comandada por Sicinio, contra los patricios de la antigua Roma. En aquel tiempo se dijo que la rebelión del populacho romano había sido sofocada gracias a la retórica de ese notorio pilar del orden establecido, el senador Menenius Agrippa, quien predicaba, la para siempre familiar máxima de las clases predominantes, según la cual el pueblo “no está destinado a gobernar” y por tanto debía aceptar de buena gana “su lugar en el orden natural de la sociedad”. En firme desafío a este discurso de resignación que exitosamente han impuesto las inicuas relaciones de poder en todo lugar, el joven Bolívar expresó en Monte Sacro su determinación de dedicar su vida a luchar hasta conseguir derrotar la dominación colonial en su propia parte del mundo. Estas fueron sus palabras:

Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor, y juro por mi patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español.

Bolívar nunca vaciló en este compromiso radical que se expresa en su juramento, ni siquiera en las circunstancias más adversas. Los años venideros le hicieron ver que había que hacer cambios fundamentales no sólo en las relaciones internacionales de poder políticas y militares, sino que para erradicar exitosamente el dominio colonial, había que cambiar, más profundamente, el orden social existente. Esos cambios sociales radicales incluían la liberación de los esclavos a la que su propia clase se oponía con vehemencia. Debido a esta inquebrantable insistencia en la *igualdad*, hasta su querida hermana llegó a considerarlo “loco”.

Bolívar llamó a la igualdad “*la ley de las leyes*”, agregando que “*sin ella perecen todas las libertades, todos los derechos. A ella debemos hacer los sacrificios*”. Y así lo profesó inflexiblemente. Y para probar con hechos la validez de estos principios y creencias profundamente sostenidos, no dudó ni un instante en liberar a todos los esclavos de sus propias fincas, resuelto como estaba a dar la más amplia base social posible a la lucha por una completa e irreversible emancipación de ese orden colonial tan profundamente enraizado. En su magnífico discurso al Congreso de Angostura, en febrero de 1819, singularizó la liberación de los esclavos como el más fundamental de todos sus propios decretos y órdenes, diciendo:

Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o la revocación de todos mis estatutos y decretos; pero imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República.

Y esto lo hizo varias décadas antes de que el tema vital y humano de la emancipación de los esclavos apareciera y parcialmente

se asentara en Norteamérica. Ni en la mente y mucho menos en los corazones de los Padres Fundadores de la Constitución de los Estados Unidos, existió nunca la menor preocupación por poner fin al inhumano sistema de esclavitud, del cual ellos mismos eran directos beneficiarios. El terrible legado de esta fatídica omisión continuó asentándose en diferentes formas a lo largo de los siglos, manifestándose de una manera más trágica en nuestros días, como pudimos presenciarlo en Nueva Orleans con los sucesos del huracán Katrina en agosto-septiembre 2005.

Como un contrapeso necesario no sólo a la “Santa Alianza”, que incluía también a España, sino mucho más importante, a la creciente ambición imperial de los Estados Unidos de Norteamérica, Bolívar trató de constituir una duradera Confederación de naciones latinoamericanas. No debe sorprender, sin embargo, que los esfuerzos que dirigiera hacia ese objetivo resultasen, no sólo frustrados, sino totalmente anulados por el cada vez más poderoso país del Norte y sus aliados.

Mostrando una gran visión respecto a las tendencias predominantes en el desarrollo histórico, que llega hasta nuestros días, Bolívar se vio finalmente obligado a concluir que “*los Estados Unidos de Norteamérica parecen destinados por la providencia para plagar la América de miseria a nombre de la Libertad*”. Como todos sabemos, los discursos de George Bush y ahora de Obama –independientemente de quien los escriba– están sazonados con la untuosamente recitada palabra “Libertad”. Lo único que ha cambiado desde los días de Bolívar, es que hoy los Estados Unidos claman estar destinados por la misma divina providencia para intervenir como les plazca, “en nombre de la Libertad”, no sólo en América Latina sino en el mundo entero, empleando para ello los más violentos medios de agresión militar contra aquellos que osen oponerse a sus imperiales designios globales.

Incluso los Obispos Anglicanos condenaron, en un documento hecho público el 19 de septiembre de 2005, tal presunción de rectitud y de destino providencial como principios orientadores de la política

exterior de los Estados Unidos, aun cuando –de manera comprensible pero errónea– la atribuyen a la influencia del Fundamentalismo Cristiano. Comprensiblemente, porque sobre esas bases ellos podrían lanzar *ex officio* una condena autoritaria sobre esa posición “teológicamente mal concebida”. Pero erróneamente, porque esta orientación de la política extranjera de las clases dirigentes de los Estados Unidos se remonta históricamente hasta los días de Simón Bolívar, si no antes. Y para aquellos que simplemente deseen atribuir todo esto al Partido Republicano, sería aconsejable recordarles que fue el Presidente Demócrata Bill Clinton, quien arrogantemente declaró, cuando estuvo en el cargo y con el apoyo unánime de su gobierno, desde su Secretaria de Estado, Madeleine Albright, (quien se mantuvo repitiendo el mantra clintoniano) hasta el Secretario Laborista Robert B. Reich⁷², que había “*una sola nación necesaria: los Estados Unidos de Norteamérica*”. Bajo este supuesto, proclamado nada más y nada menos que por una figura gubernamental como el dos veces elegido presidente Bill Clinton y sin la más mínima preocupación por la democracia y la libertad, las otras naciones deberían ser condenadas por la “única y sola nación necesaria” por sus aspiraciones totalmente inaceptables de tomar decisiones soberanas, así como por ser culpables de un “*pandemonio étnico*”, en palabras del Senador demócrata, Daniel Patrick Moynihan.⁷³

La “ley de leyes” de Bolívar, la igualdad legal, fue considerada por éste absolutamente indispensable para la constitución de una sociedad políticamente sustentable contra los poderes que internamente tendieran a interrumpir su desarrollo potencial y que, asimismo, trataran de violar e incluso anular su soberanía en sus relaciones internacionales. Bolívar insistió en que la “desigualdad física” debía ser contrarrestada infaliblemente bajo toda circunstancia, porque se

72. El Secretario del Trabajo de Clinton, Robert B. Reich –antiguo profesor de la Universidad de Harvard– abogó por una enérgica adopción por parte de su propio país del “*nacionalismo económico positivo*”. Ver su libro, *El Trabajo de las Naciones: un Diseño para el Futuro*, Simon & Schuster, Hemel Hempstead, 1994, p. 311.

73. Moynihan proclamó de una manera autoritaria que la democracia no es “una opción universal para todas las naciones”, en su libro, *Pandemonio: Etnicidad en las Relaciones Internacionales*, Oxford University Press, 1993, p. 169.

trataba de una “injusticia de la naturaleza”. Y fue lo suficientemente realista para admitir que la igualdad legal no podría lograr corregir la desigualdad física más allá de cierto punto y de un modo limitado.⁷⁴ Ni siquiera cuando las medidas legales introducidas por los legisladores fueran de un significado social fundamental, como en efecto ocurrió con la liberación de los esclavos.

Lo que necesariamente se requería para hacer realmente viable el orden social dado era la transformación de todo el tejido social, más allá incluso de medidas como la emancipación legal de los esclavos. No sorprende, entonces, que buscando a tientas las soluciones requeridas para las cuales los tiempos históricos no habían llegado todavía, Bolívar encontrara gran hostilidad incluso en aquellos países latinoamericanos a los que rindió inigualables servicios y por los que fue honrado en ese tiempo con el título único de *Libertador*. De allí que, a pesar de lo intolerable que hoy parezca, tuviera que pasar sus últimos días en trágico aislamiento.

En cuanto a sus adversarios en los Estados Unidos de Norteamérica, quienes se sintieron amenazados por el despliegue de su ilustrada concepción de la igualdad –tanto respecto a las políticas internas como a la conducción de las relaciones entre Estados– estos no dudaron en condenarlo y catalogarlo como “*el peligroso loco del Sur*”.

Con un notable *sentido de la proporción*: una virtud absolutamente indispensable para cualquiera y especialmente para las grandes figuras políticas que tengan el privilegio, en nuestras sociedades, de tomar decisiones que afecten profundamente la vida de incontables personas, Bolívar dijo de sí mismo que era “*una pluma llevada por la tormenta*”. Este tipo de juicio sobre el propio papel en la sociedad no podría ser más extraño para los apologistas del orden social y político establecido, a quienes les gustaría hacer imposible cualquier cambio significativo en la institución, ya sea producido por tormentas sociales o de manera gradual, a pesar de los elogios que a veces se hacen de esta última. Más aún, esas

74. “*La igualdad legal es indispensable donde hay desigualdad física, para corregir en cierto modo la injusticia de la naturaleza.*”

personas están invariablemente comprometidas en la fútil tarea de tratar de *deshacer* los cambios que ya se han asentado en el curso del desarrollo histórico. Así, continúan empeñados en negar que puede haber *causas* reales y de profundo arraigo detrás de esas erupcionantes tempestades políticas y sociales que llevan en sus alas, como “plumas” bolivarianas, figuras políticas que insisten con pasión radical en la necesidad de cambios sociales fundamentales. Y cuando nuestros incurables apologistas no pueden ya cerrar sus ojos ante el hecho de la irrupción periódica de tormentas sociales, prefieren atribuirlo a la “*irracionalidad*”, a la aceptación por parte de la muchedumbre de un “*populismo absurdo*” y cosas semejantes, pretendiendo con ello dar una respuesta racional al desafío que se supone deben encarar, cuando en realidad huyen del problema mismo. Tienen que hacerlo así, porque no poseen el menor sentido de la proporción, ni podrán nunca obtenerlo.

En este mismo espíritu, el ampliamente difundido semanario “*The Economist*”, de Londres, rehúsa darle significado a la expresión “Revolución Bolivariana”, a pesar de que el liderazgo político de Venezuela, en conjunción con sus sólidas referencias al proyecto inacabado de la era de Simón Bolívar, está comprometido en poner en marcha una transformación de largo alcance en el país. De hecho, se trata de una transformación que continúa reverberando a lo largo del continente, y que genera simpatizantes significativos en otras partes de América Latina. Con un propósito deliberadamente insultante, “*The Economist*” pone siempre un sarcástico entrecorillado en la palabra “*Bolivariano*” –como si todo lo Bolivariano debiera ser considerado en sí mismo evidentemente absurdo– en lugar de abordar seriamente los problemas mismos, los cuales deseosamente trata de anular sin ningún argumento. Se supone que las comillas se toman el trabajo de refutar, bajo la forma de una descalificación *a priori*, el desarrollo en curso en América del Sur, pretendiendo suministrar de esta peculiar manera una prueba irrefutable de ello. Sin embargo, lo único que los editores de “*The Economist*” pueden probar mediante el uso repetitivo y penoso de sus sarcásticas comillas, es su propia y venenosa estupidez. Estando totalmente al servicio de los intereses de

las esferas gobernantes de los Estados Unidos, como autodesignados propagandistas del rito anual de la Cumbre Económica que se celebra en Davos, parecen pensar aún hoy que Bolívar no fue más que un “*peligroso loco del Sur*”. En el mismo espíritu en que tratan también de caracterizar (y perentoriamente desechar) a todos aquellos que están determinados a traer su proyecto hasta el presente.

Sin embargo, la verdad del asunto es que los logros duraderos y radicales sólo pueden ser construidos *acumulativamente* y de manera consciente y sostenida, bajo la apropiación significativa de una tradición progresiva que preceda los intentos en curso, y que se mantenga apuntando en la misma dirección, a pesar de todas las adversidades. Ni la naturaleza de lo que pueda ser verdaderamente construido sobre esa base, y por tanto positivamente apropiado, ni la dirección total y a largo plazo del desarrollo histórico de la humanidad en sí mismo, pueden ser escogidas arbitrariamente. Nuestro universo social está desbordado por inmensos problemas, tanto respecto a la siempre creciente ola de explosivas desigualdades heredadas del pasado, como respecto a la creciente e insostenible intromisión del modo de reproducción metabólica social del capital en la naturaleza, que nos amenaza con un desastre ecológico. Estas son las razones por las cuales los intentos reaccionarios y conservadores de revertir la dirección del tiempo histórico están destinados a fracasar a la larga, puesto que son *estructuralmente incapaces* de producir logros acumulativos, sin importar los éxitos que puedan imponer temporalmente en la sociedad –debido a las predominantes pero siempre más *inestables* relaciones de poder, que implican cada vez más y más formas represivas de control, incluso en países tradicionalmente democráticos– al costo de grandes sufrimientos infligidos a centenares de millones de personas. Ni la invasión, ni la represión intensificada pueden hacer su supuesto trabajo indefinidamente. Puesto que ambas son a la larga prodigal y catastróficamente inútiles. Los tremendos problemas de nuestro universo social deben ser confrontados, más tarde o más temprano, en sus dimensiones *sustantivas*, en oposición al *camuflaje formal de democracia y libertad*, con el cual estamos todos familiarizados.

Como todos sabemos muy bien, las tormentas históricas que arrastran plumas como Simón Bolívar, pueden temporalmente extinguirse sin cumplir la promesa original. Los objetivos propuestos incluso por las más distinguidas figuras históricas, pueden ser realizados sólo cuando llega verdaderamente su tiempo, tanto en sentido objetivo como subjetivo. A pesar de su trágico aislamiento final, la contribución de Bolívar para resolver algunos de los más grandes desafíos de su tiempo, y de una manera claramente identificable también de los nuestros, es monumental, así como fue la de José Martí en Cuba quien siguió sus huellas. No podemos triunfar sin construir conscientemente sobre el legado que ellos nos han dejado como tarea para el futuro, redefinido en el presente de acuerdo con las circunstancias predominantes. En sus llamados al pueblo, en algunas ocasiones vitales, Bolívar puso de relieve su convicción de que *“El día de la América ha llegado, y ningún poder humano puede retardar el curso de la naturaleza, guiado por la mano de la Providencia.”* Hacia el final de su vida tuvo que reconocer que, trágicamente, el día de la América que había vislumbrado, no había llegado todavía.

El principal impedimento a este respecto fue el agudo contraste entre la unidad política de los países latinoamericanos defendida por Bolívar y los constituyentes profundamente conflictivos y opuestos de su microcosmos social. Dado el hecho de que los microcosmos sociales estaban desgarrados por antagonismos internos, los más nobles y elocuentes llamados a la unidad política sólo podían funcionar mientras la amenaza representada por el adversario colonial español fuera aguda. Pero por sí sola, esta amenaza no podía remediar las contradicciones internas del microcosmos social dado. Ni tampoco la situación podía ser radicalmente alterada por la previsoría identificación, por parte de Bolívar, del nuevo peligro citado anteriormente. Expresamente, que “los Estados Unidos de Norteamérica parecen destinados por la Providencia a plagar la América de miseria a nombre de la Libertad”. Un peligro aún más fuertemente subrayado, en el mismo espíritu, por José Martí sesenta años más tarde.⁷⁵ Ambos fueron tan realistas en

75. Ver José Martí, “Discurso”, pronunciado en el Hardman Hall de Nueva York, el 10 de octubre de 1890, y “La Verdad sobre los Estados Unidos”, *Patria*, 17 de abril de 1884.

sus diagnósticos de los peligros, como generosos al abogar por una solución ideal para los graves problemas de la humanidad. Bolívar, cuando propuso una manera de reunir a todas las naciones de la humanidad en un conjunto armonioso en el istmo de Panamá, convertido en capital de nuestro globo, del mismo modo en que *“Constantino quiso hacer de Bizancio la capital del antiguo hemisferio”*;⁷⁶ y Martí, cuando insistió en que *“patria es humanidad”*.

Pero cuando estos ideales fueron formulados, los tiempos históricos todavía apuntaban en la dirección opuesta: hacia la aterradora intensificación de los antagonismos sociales y del horrendo derramamiento de sangre de dos guerras mundiales surgidas de aquellos antagonismos. Más aún, la concomitante amenaza que pesa sobre nuestros días es más grande que nunca antes. En verdad, es *cualitativamente* mayor, porque lo que está en juego hoy en día es nada menos que la propia supervivencia de la humanidad. Naturalmente, eso no hace obsoletos en sí mismos los ideales largamente defendidos. Muy al contrario, sólo hace resaltar su creciente urgencia. No obstante, es tan cierto hoy como lo fue en tiempos de Bolívar que no se puede encarar el funcionamiento sostenible del *macrocosmos* social de la humanidad sin vencer los antagonismos internos de sus *microcosmos*: las células constitutivas conflictivas y opuestas de nuestra sociedad bajo el modo de control metabólico social del capital. Ya que un macrocosmos cohesionado y socialmente viable es solamente concebible sobre la base de las correspondientes y humanamente gratificantes células constitutivas de las relaciones interpersonales.

Hoy las circunstancias históricas son fundamentalmente diferentes en relación a los tiempos de los triunfos de Bolívar y de su trágica derrota final. Son diferentes en tanto el interviniente desarrollo social e histórico ha puesto en la agenda la realización de los objetivos anteriormente negados, en un doble sentido. Primero, abriendo la *posibilidad* de instituir un macrocosmos potencialmente armonioso a escala *global*, más allá de los conflictos devastadores de las pasadas

76. “Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio.”

confrontaciones entre Estados que tuvieron que culminar en los saqueos del imperialismo. Es ésta la posibilidad que el Foro Social Mundial está tratando de enfatizar con su recurrente llamado: “*Otro mundo es posible*”. El segundo aspecto de la misma proposición es inseparable del primero, removiendo la vaguedad de todo discurso que esté confinado sólo a la *posibilidad*. Pues si la *posibilidad* en cuestión no indica un grado de *probabilidad* y de *necesidad*, no puede significar nada en lo absoluto. En nuestro presente contexto el cohesivo y globalmente sustentable macrocosmos social defendido –en agudo contraste con toda la deseosamente promovida pero irrealizable propaganda capitalista sobre la “globalización” neoliberal– es inconcebible sin definir teóricamente y articular prácticamente las células constitutivas del intercambio social de una *manera genuinamente socialista*.

Es así como la *necesidad* y la *posibilidad* se combinan en una unidad dialéctica en el universo social históricamente específico de nuestros días. *Posibilidad*, porque sin vencer las determinaciones estructurales de los antagonismos irreconciliables del capital –frente al cual se ha levantado el proyecto socialista en el curso del desarrollo histórico de la humanidad– es bastante fútil soñar siquiera con instituir un universo social globalmente sostenible. Y *necesidad* –no una especie de fatalidad mecanicista, sino una necesidad literalmente vital e irreprimible– porque la aniquilación de la especie humana es nuestro destino si en el curso de las pocas décadas venideras, no logramos la *erradicación total del capital* de nuestro establecido modo de reproducción metabólica social. La lección principal de la implosión soviética es que solamente podemos esperar la restauración capitalista si la definición de socialismo en términos de echar fuera el Estado capitalista no es substituida por la tarea mucho más fundamental y difícil de erradicar el capital del orden social entero.

Es prácticamente imposible comprometerse hoy con la gran tarea histórica de la erradicación del capital, orientada positivamente hacia un futuro sustentable, sin activar todos los recursos del espíritu de una *determinación radical*, en sintonía con los requerimientos de

nuestra época, como Bolívar lo hizo, de la manera que pudo, bajo las circunstancias de su tiempo. Es realmente cierto que el tiempo ha llegado para el logro de los objetivos Bolivarianos en su más amplia perspectiva, tal como lo ha estado defendiendo el Presidente Chávez desde hace tiempo. Es por esto que los propangandistas del capital que usan el término *Proyecto Bolivariano* sarcásticamente entre comillas, sólo pueden quedar, ellos mismos, como tontos. La *Continuidad Histórica* no significa repetición mecánica sino *renovación creativa* en el sentido más profundo del término. De esta manera, decir que ha llegado el tiempo para el logro de los objetivos Bolivarianos, en el espíritu de que estos deben actualizarse bajo nuestras propias condiciones históricas con toda su intensificada urgencia y su significación claramente identificable también para el resto del mundo, significa precisamente que debe dársele un sentido *socialista* a las transformaciones radicales encaradas, si es que realmente nos importa institucionalizarlas. Los discursos y entrevistas más importantes del presidente Chávez –en los que pone de relieve la dramática alternativa entre “*Socialismo o Barbarie*” – ponen todo esto muy en claro hoy día.⁷⁷

La tarea de una renovación radical no se reduce de ninguna manera a América Latina. Los movimientos sociales y políticos de la izquierda europea, así como los de Norteamérica, están también en la necesidad de una importante revalorización de sus estrategias pasadas y presentes, en vista de sus dolorosas derrotas en las últimas décadas. El fermento político y social claramente identificable surgido en América Latina, que se remonta a los tiempos de la Revolución Cubana y que se manifestó durante décadas en muy variadas partes de ese continente, no sólo en Venezuela, tiene mucho que decir sobre la pregunta fundamental: “¿*qué debe hacerse?*”. Precisamente por esa razón debemos abrir nuestros ojos y expresar nuestra solidaridad con

77. Ver en particular: “Hay que ir organizando un gran movimiento continental”, discurso pronunciado en la Universidad Nacional de Asunción, República de Paraguay, el 20 de junio 2005, y “La Revolución Bolivariana y la construcción del socialismo en el siglo XXI,” pronunciado en Caracas el 13 de agosto 2005. Para una importante entrevista reciente, ver Manuel Cabieses: “¿Qué diferenciaría al socialismo del siglo XXI de aquel socialismo que se derrumbó? / ¿Dónde va Chávez?”, publicada en *Punto Final*, No. 598, el 19 de agosto de 2005.

la renovación creativa de la tradición Bolivariana en Venezuela de las dos últimas décadas. Desafortunadamente, se conoce demasiado poco del reciente pasado de este movimiento fuera de América Latina, a pesar de la directa relevancia que algunos de sus mayores principios tienen para todos nosotros. Por ello, antes de volver al asunto de las perspectivas de desarrollo de nuestros días, en la sección final de este artículo, reimprimo en la siguiente sección, sin incorporar ningún cambio, lo que escribí en 1993 sobre el proyecto bolivariano, cinco años antes de las decisivas elecciones presidenciales de Venezuela⁷⁸, y que fue publicado en el otoño de 1995, en el capítulo 18 de *Más allá del capital*: “Actualidad histórica de la ofensiva socialista”⁷⁹.

2. La crítica radical de la política por Hugo Chávez en 1993

La crítica al sistema parlamentario desde una perspectiva radical no comienza con Marx. La encontramos ya poderosamente expresada en el siglo XVIII en los escritos de Rousseau. Partiendo de la tesis de que la soberanía pertenece al pueblo y que por lo tanto no puede ser alienada legalmente, Rousseau también argumentó que, por la misma razón, no puede ser legítimamente transformada en ninguna forma de abdicación representativa:

Los diputados del pueblo no son, pues, ni pueden ser sus representantes; sino simplemente sus servidores y como tal no pueden llevar a cabo ninguna acción definitiva. Toda ley que no sea ratificada en persona por el pueblo es nula y vacía –de hecho, no es una ley. El pueblo inglés cree ser libre, pero está muy equivocado; sólo es libre durante la elección de los miembros del Parlamento. Pero tan pronto como estos son

78. El 6 de diciembre de 1998, Hugo Chávez Frías fue elegido Presidente de Venezuela en la primera vuelta de las elecciones, con un resonante 56,24% de los votos. De modo que todos los otros candidatos, en conjunto, tuvieron que contentarse con no más del 43,76% de los votos restantes.

79. Las páginas reimprimadas aquí constituyen la Sección 18.4.3 de *Más allá del capital*. La sección 18.4 del capítulo 18 se titula “La necesidad de contrarrestar la fuerza extra-parlamentaria del capital”, pp. 709-712 de la primera edición en inglés; pp. 815-819 de la edición en español (*Más allá del capital*); y pp. 827-831 de la versión en portugués de Brasil (*Para além do capital*).

elegidos, la esclavitud los domina y se convierten en nada. El uso que el pueblo hace de los breves momentos en que disfruta de la Libertad, hace en verdad que merezca perderla.⁸⁰

Al mismo tiempo, Rousseau también subrayó el importante punto de que aunque el poder legislativo no pueda divorciarse del pueblo ni aún a través de la representación parlamentaria, las funciones administrativas o “ejecutivas” deben ser consideradas bajo una luz muy diferente. Así, expresó:

en el ejercicio del poder legislativo, el pueblo no puede ser representado; pero, en lo que toca al poder ejecutivo, el cual es sólo la fuerza que se aplica para hacer efectiva la ley, éste puede y debe ser representado.⁸¹

De esta manera Rousseau, quien ha sido sistemáticamente tergiversado y abusado por los ideólogos “democráticos”, incluso por los del “jet set socialista”, porque insistió en que *“la libertad no puede existir sin igualdad”*⁸² –lo que, en consecuencia, descartaría incluso la forma más factible de representación como una jerarquía necesariamente discriminatoria-desigual– había propuesto un ejercicio mucho más practicable del poder político y administrativo que el que se le atribuye, o del que en efecto es acusado de realizar. Significativamente, en este proceso de tergiversación tendenciosa, dos de los principios fundamentales importantes de la teoría de Rousseau, utilizables también por los socialistas en una forma convenientemente adaptada, han sido descalificados y arrojados por la borda. Pero la verdad del asunto es que, por un lado, el poder de la toma de decisiones fundamentales nunca debe estar divorciado de las masas populares, tal como lo demostró de manera conclusiva la verdadera historia de horror del sistema del Estado soviético, cuya burocracia estalinista arremetió contra el pueblo del modo más autoritario, en nombre del socialismo. Al mismo tiempo, por el otro lado, el

80. J. J. Rousseau, *El contrato social*, Everyman Edition, p.78.

81. *Ibid.*, p.79.

82. *Ibid.*, p.42.

cumplimiento de funciones específicas administrativas y ejecutivas en todos los dominios del proceso reproductivo social, puede ser en efecto *delegado* a miembros de la comunidad dada, con tal de que esto se haga bajo reglas autónomamente establecidas y controladas adecuadamente en todos las etapas del proceso de la toma de decisiones sustantivas por los productores asociados.

De allí que las dificultades no residen en los dos principios básicos en sí mismos, tal y como fueron formulados por Rousseau, sino en la manera en que deben ser relacionados con el control material y político del capital sobre el proceso metabólico social. Para el establecimiento de una forma socialista de toma de decisiones, en acuerdo con los principios tanto del poder inalienable de determinar las reglas (esto es, la “soberanía” del trabajo, no como una clase particular, sino como la condición universal de la sociedad), como de delegar roles y funciones específicos bajo reglas bien definidas, flexiblemente distribuidas y apropiadamente supervisadas, se requeriría entrar y reestructurar radicalmente los antagónicos dominios materiales del capital. Un proceso que tendría que ir más allá de lo que puede ser exitosamente regulado por consideraciones derivadas del principio de Rousseau sobre la inalienable soberanía popular y su corolario delegatorio. En otras palabras, en un orden socialista el proceso ‘legislativo’ tendría que ser fusionado con el proceso de producción mismo, de tal manera que la necesaria *división horizontal del trabajo* –discutida en el Capítulo 14 en *Más allá del capital*– debería ser complementada por un sistema de coordinación autodeterminada del trabajo, desde los niveles locales hasta los globales. Esta relación se encuentra en agudo contraste con la perniciosa *división vertical del trabajo* del capitalismo, la cual es complementada por la “separación de los poderes” en un alienado “sistema democrático político” que es inalterablemente sobreimpuesto a las masas trabajadoras. Pues la división vertical del trabajo bajo el régimen del capital afecta necesariamente e infecta incurablemente, también cada faceta de la división horizontal del trabajo, desde las más simples funciones productivas hasta los más complicados procesos de balance de la jungla legislativa. Esta última es una cada vez más densa jungla legislativa no sólo

porque sus indefinidamente múltiples reglas y sus constituyentes institucionales deben jugar su rol vital de mantener firmemente bajo control las reales o potencialmente desafiantes conductas del trabajador, con plena vigilancia sobre las limitadas disputas laborales, así como sobre la salvaguarda del dominio total del capital en la sociedad en general; sino porque también deben, de algún modo, reconciliar en cualquier sección temporal particular de los procesos históricos en desarrollo –hasta el punto en que tal reconciliación sea de hecho viable– los intereses separados de la pluralidad de capitales con la incontrolable dinámica de la totalidad del capital social, que tiende hacia su autoafirmación final como una entidad global.

En una reciente coincidencia con la crítica de Rousseau sobre la representación parlamentaria, Hugo Chávez Frías, líder de un movimiento radical de Venezuela –el Movimiento Bolivariano Revolucionario (MBR-200)– escribe en respuesta a la crisis crónica del sistema sociopolítico de su país:

Con la aparición de los partidos populistas el sufragio fue convertido en una herramienta para adormecer con el fin de esclavizar al pueblo venezolano en nombre de la democracia. Por décadas los partidos populistas basaron sus discursos en innumerables promesas paternalistas destinadas a diluir la conciencia popular. Las alienantes mentiras políticas pintaban una ‘tierra prometida’ a alcanzar a través de un jardín de rosas. Lo único que los venezolanos tenían que hacer era ir a las urnas electorales, esperando que todo se resolviera sin el mínimo esfuerzo popular... Así el acto del voto fue transformado en el principio y el fin de la democracia.⁸³

El autor de estas líneas ocupaba, entre todas las figuras públicas, el segundo lugar más alto en la estima popular en Venezuela (siguiendo a Rafael Caldera), abarcando todas las esferas de la vida, bien por encima de todos los aspirantes políticos partidistas. Por lo que bien podía ganar fácilmente el alto cargo público si así lo hubiera

83. Hugo Chávez Frías, *Pueblo, sufragio y democracia*, Ediciones MBR 200, Yare, 1993, pp.5-6.

querido en ese momento, lo cual refuta el argumento habitual de que quienes critican el sistema político existente, lo hacen por su incapacidad para cumplir con los arduos requerimientos de unas elecciones democráticas. De hecho, Hugo Chávez, al momento de escribir estas palabras (en 1993), rechazaba el “canto de sirena” de los formadores de opinión política –quienes trataban de pacificar al pueblo diciendo que no había necesidad de preocuparse por la crisis, porque sólo quedaba muy “poco tiempo” para ir a nuevas elecciones–, aunque por muy diferentes razones. Así, apunta que mientras el habitual consejo político clama por “un poco más de paciencia” hasta la elección prevista en unos pocos meses, *“cada minuto nacen centenares de niños en Venezuela cuya salud está en peligro por la carencia de alimentos y de medicinas, mientras se roban billones del tesoro nacional, y al final, lo que queda del país es chupado hasta la médula. No hay razón por la que se deba creer en una clase política que le ha demostrado a la sociedad que no tiene ninguna voluntad para instituir ningún cambio.”*⁸⁴ Por esta razón, Chávez contrapone al existente sistema de representación parlamentaria la idea de que *“El pueblo soberano debe transformarse a sí mismo en el objeto y el sujeto del poder. Esta opción no es negociable para los revolucionarios.”*⁸⁵ En cuanto al marco insitucional dentro del cual este principio debería ser realizado, lo proyecta en la vía del cambio radical.

El poder electoral del Estado Federal se convertirá en el componente político-jurídico a través del cual los ciudadanos serán los depositarios de la soberanía popular, cuyo ejercicio permanecerá, a partir de entonces, realmente en las manos del pueblo. El poder electoral se desplegará enteramente sobre todo el sistema sociopolítico de la nación, estableciendo los canales para una verdadera distribución policéntrica del poder, desplazando el poder desde el centro hasta la periferia, incrementando así el poder efectivo en la toma de decisiones y en la autonomía de las comunidades y

84. *Ibid.*, p.9.

85. *Ibid.*, p.11.

municipalidades particulares. Las Asambleas Electorales de cada municipalidad y estado elegirán Consejos Electorales, los cuales poseerán un carácter permanente y funcionarán en absoluta independencia con respecto a los partidos políticos. Estos serán capaces de establecer y dirigir los más diversos mecanismos de la Democracia Directa: asambleas populares, referenda, plebiscitos, iniciativas populares, vetos, revocación, etc. ... De esta manera el concepto de democracia participativa cambiará de tal forma que la democracia, basada en la soberanía popular se constituya a sí misma como la protagonista del poder. Será precisamente hasta estos extremos que debemos llevar los límites del avance de la democracia Bolivariana. En ese momento estaremos muy cerca del territorio de la utopía.⁸⁶

El que tales ideas puedan ser hechas realidad o permanecer como ideales utópicos, no puede ser decidido dentro de los confines de la esfera política. Pues esta última requiere en sí misma del tipo de transformación radical que presagia, desde el inicio, la perspectiva del “debilitamiento del Estado”. Ninguna condena del vacío paternalismo parlamentario es demasiado agudo en Venezuela, en donde en muchas partes del país, casi *el noventa por ciento de la población* muestra su “rebeldía contra el absurdo del voto a través de la abstención electoral”,⁸⁷ contra las prácticas políticas tradicionales y el uso apologético legitimatorio en el cual es puesto “el sistema electoral democrático”, reclamando falsamente para el sistema la incuestionable justificación de un “mandato conferido por la mayoría”. Así como tampoco puede ser seriamente defendido el hecho de que la alta participación electoral es, en sí misma, prueba de que realmente existe un democrático consenso popular. Después de todo, en algunas democracias occidentales el acto de votar es obligatorio y puede, en efecto, agregarle, en su valor legitimatorio, no más que las formas extremas de un abstencionismo abiertamente crítico o pesimísticamente resignado. No obstante, la medida de validez para someter el

86. *Ibid.*, pp.8-11.

87. *Ibid.*, p. 9.

sistema representativo parlamentario a una necesaria crítica radical, es el emprendimiento estratégico del ejercicio de la “soberanía del trabajo” no sólo en sus asambleas políticas, y no importa cuán *directas* puedan ser con respecto a su organización y al modo de toma de decisiones políticas, sino en la autodeterminada actividad vital productiva y distributiva de los individuos sociales en cada dominio singular y en todos los niveles del proceso metabólico social. Es esto lo que traza la línea de división entre la revolución socialista que es socialista en su *intento* –como la Revolución de Octubre de 1917– y la “*revolución permanente*” de efectiva transformación socialista. Pues sin la progresiva y en última instancia completa transferencia de una real toma de decisiones reproductiva y distributiva a los productores asociados, no puede haber esperanza para los miembros de una comunidad postrevolucionaria de transformarse a sí mismos en el *sujeto* del poder.

3. Perspectivas de desarrollo

Como podemos ver en las citas tomadas de la última sección de *Pueblo, Sufragio y Democracia*, la continuidad del llamado a una transformación socialista sostenible en nuestros días, en el espíritu de un compromiso radical, es de lo más extraordinario. Y con toda razón. Ya que después de tantas luchas y tantos sacrificios ofrecidos en el mundo entero, a lo largo de los siglos, por la causa de la emancipación humana, es hoy más enfáticamente cierto que nunca antes –en medio de la profunda crisis estructural del sistema del capital que amenaza nuestra supervivencia– que “El pueblo soberano debe transformarse a sí mismo en el objeto *y en el sujeto* del poder. Esta opción *no es negociable* para los revolucionarios”. Una verdad firmemente asentada por Hugo Chávez Frías en ese folleto de 1993, cinco años antes de su elección a la Presidencia.

Sin esa transformación, en el sentido más profundo y perdurable del término –lo que significa nada menos que la necesidad de adquirir, por parte de los individuos sociales, el *control consciente* sobre sus

condiciones de existencia– el antiguo orden de dominación jerárquico está destinado a reafirmarse a sí mismo incluso contra las mejores intenciones del cambio radical. Esto es lo que pone en la agenda histórica con innegable urgencia el tema del socialismo del siglo veintiuno. Una forma de socialismo en la cual –y a través de la cual– el pueblo puede no sólo *convertirse en* sino también *permanecer como* el sujeto soberano del poder en todo dominio. Sólo de esa manera es posible encarar exitosamente los inmensos desafíos y los crecientes peligros de nuestro tiempo. Definitivamente, no puede haber otra manera.

El fermento social e intelectual en América Latina promete más para el futuro en este respecto, que lo que podemos encontrar en este momento en los países capitalísticamente avanzados. Esto es comprensiblemente así, porque la necesidad de un cambio verdaderamente radical es mucho más apremiante en América Latina que en Europa y en Estados Unidos. Ya que las soluciones eternamente prometidas de “modernización” y “desarrollo” probaron ser promesas vacías y para la gente que se encontraba como destinatario final de las políticas realmente adoptadas, un completo fracaso. De esta manera, mientras se mantiene cierto que el socialismo como alternativa social del orden reproductivo debe calificar como una aproximación universalmente viable, que abarque también las áreas capitalistas más desarrolladas del mundo, incluyendo los Estados Unidos, no podemos pensar este problema en términos de una secuencia de tiempo en la cual una futura revolución social en los países capitalistas avanzados, debería preceder a cualquier posibilidad de cambio radical en cualquier otra parte. Nada más lejos de ello. Pues dada la masiva inercia generada por los intereses adquiridos del capital en los países capitalistas privilegiados, junto con la complicidad consensual de los laboristas reformistas en su autoservido desarrollo, un levantamiento social desencadenante es mucho más probable en un futuro no muy distante en América Latina que en los Estados Unidos y la Europa occidental, con implicaciones de largo alcance para el resto del mundo.

En una entrevista, en enero de 2003, el diario brasileño nacional *Folha de São Paulo*, me preguntó: “¿Cuál es su opinión sobre los

paralelos trazados entre Luis Ignacio Lula da Silva y otros líderes latinoamericanos, como Fidel Castro y Hugo Chávez?” Esta fue mi respuesta:

Los paralelos son de largo alcance, a pesar de las obvias diferencias entre las circunstancias bajo las cuales estos líderes radicales vinieron a ocupar su presente posición como cabezas de sus respectivos gobiernos. Los paralelos son dominantes, pues todos ellos subrayan enérgicamente que toda América Latina está en necesidad de un cambio más profundo y verdaderamente radical... A la arrolladora victoria del Presidente Lula siguió –de ninguna manera inconexamente– el clamoroso colapso de todas las formas de acomodación en Argentina; un país considerado por largo tiempo como un modelo insuperable para América Latina. Y cuando hablamos sobre los tres líderes radicales: Lula, Fidel Castro y Chávez, no debemos olvidar al Presidente Allende, quien también intentó introducir un cambio radical en su país, y tuvo que morir por ello. Sin duda, aquellos que rehúsan considerar la propia idea de un cambio significativo, continuarán tratando de borrar el tiempo de los líderes radicales latinoamericanos que aparezcan en el escenario histórico. Pero igualmente más allá de la duda, tales líderes están destinados a levantarse una y otra vez, en tanto las profundas razones sociales e históricas que motivaron su aparición no hayan sido atendidas debidamente.

Evidentemente, podemos agregar ahora a la lista de líderes latinoamericanos radicales el nombre de Evo Morales, quien ha sido elegido a la Presidencia de Bolivia mediante una masiva votación en las elecciones de diciembre de 2005. Su campaña fue seguida con una gran expectativa por las masas populares largamente explotadas de su país, especialmente porque prometió llevar adelante una *Revolución Bolivariana* de largo alcance. El apoyo aplastante que recibió sobre la base del programa prometido, es en sí mismo una clara indicación del fuerte deseo que existe en

Bolivia de un cambio radical. Naturalmente que, bajo la luz de los dolorosos desengaños pasados en otras partes de América Latina, está por verse cuán lejos Evo Morales puede llegar a cumplir las expectativas de su pueblo, bajo, indudablemente, circunstancias muy difíciles que no deben ser ignoradas por nadie. Pero cualquiera que sea en este caso el resultado, de lo que podemos estar absolutamente ciertos es de que a medida que pasa el tiempo, más y más líderes políticos radicales estarán llamados a dar la cara en diferentes partes del continente latinoamericano, incluyendo los países en los cuales las fuerzas radicales han sufrido grandes desengaños en el pasado reciente, como resultado de la actitud acomodaticia de sus gobiernos a los dictámenes políticos y financieros de los Estados Unidos. Estos líderes están llamados a salir adelante en respuesta a la crisis cada vez más profunda tanto de sus sociedades como del sistema del capital global en general; y con el inevitable compromiso de instituir una alternativa viable incluso contra el obstruccionismo más hostil que pueda venir del exterior, así como contra los graves problemas estructurales que hayan heredado del pasado en sus propios países. Sólo la articulación y la intensificación de una alternativa radical, anclada en las extensas masas populares, con una inflexible estrategia que exija una transformación verdaderamente profunda de la sociedad puede prometer un camino que esté fuera del actual y demasiado obvio amasijo paralizante de contradicciones.

Naturalmente, sería ilusorio esperar un desarrollo lineal ascendente en este particular. Debemos asumir sobriamente el hecho de que los adversarios del socialismo tienen enormes recursos a su disposición para proteger el poder profundamente afianzado del capital. Esta es la dimensión *negativa* del gran desafío histórico que debemos enfrentar. Al mismo tiempo, los requerimientos *positivos* de un éxito duradero, tiene un peso mayor. Pues la elaboración de estrategias socialistas viables, así como la exitosa articulación y consolidación de las correspondientes formas de organización, tanto en el plano interno como en el internacional, constituyen un desafío fundamental para el futuro. Debido a estas razones, no importa cuán grande

sea la necesidad de soluciones positivas y cuán prometedores sean los logros iniciales, no puede excluirse la ocurrencia de verdaderos contratiempos y de recaídas aún mayores.

En Brasil, el ala radical del movimiento de la clase trabajadora, tanto en las uniones comerciales como en los partidos políticos, desempeñó un papel crucial a la hora de poner fin a la dictadura militar patrocinada por los Estados Unidos hace ya dos décadas. De esa manera, también inspiró algunos movimientos radicales en otras partes de América Latina. Aún más, posteriormente el PT alcanzó un trascendental éxito electoral con el ascenso de Luis Ignacio Lula da Silva a la Presidencia. Pero aún así, a pesar de algunos logros innegables y tangibles en algunas áreas, el orden largamente establecido del capitalismo en Brasil, ha logrado mantener firmemente el control del total de los procesos de reproducción societal, marginando a sus oponentes también en la política, para gran desilusión de las fuerzas populares en todo el país. Comprensiblemente, por esto, los militantes socialistas en Brasil se ven forzados hoy a argumentar que aún hay un largo camino que recorrer antes de que las restricciones heredadas de la izquierda histórica organizada –que tiende a ser confinada en *todo* país capitalista a un espacio político y a un rol completamente compatible con el modo de operación del viejo orden– puedan ser consideradas como significativamente alteradas y, mucho menos, superadas de manera perdurable.

Pero aún así, a pesar de todos los contratiempos identificables y potenciales, sería un error dibujar un retrato pesimista respecto a las perspectivas de los desarrollos totales, que conciernen a la continuada viabilidad (o no) del sistema capitalista en su totalidad. Pues es muy importante subrayar que a pesar de los éxitos desconcertantes del capitalismo en las dos últimas décadas en diferentes partes del mundo, especialmente en las antiguas sociedades del “socialismo realmente existente”, las fuerzas que trabajan por la institución de un orden social radicalmente diferente han encontrado manifestaciones alentadoras en varios lugares del “patio trasero geopolítico” de los Estados Unidos, incluyendo no sólo a Venezuela, sino también a los militantes que continúan desafiando los mayores y desiguales obstáculos que aún favorecen el orden establecido en Colombia.

Más aún, es también de una gran significación el que los movimientos sociales radicales en diferentes partes del mundo, no importa cuán débiles puedan ser en el momento presente, están determinados a sacudir las limitaciones organizacionales, históricamente generadas pero anacrónicas hoy en día, de la izquierda política tradicional. Ya que no pueden seguir aceptando la fácil explicación de que el fracaso de algunas apreciadas estrategias del pasado, junto a la correspondiente implosión experimentada por el movimiento socialista, fue accidental o simplemente un asunto de traiciones personales. Conscientes de que bajo las presentes circunstancias se hace necesario un reexamen crítico –y autocrítico– de algunas importantes asunciones estratégicas y organizacionales del pasado, estos movimientos se han comprometido con un doloroso, pero necesario proceso de reorientación de sus fuerzas. Y están tratando de hacerlo para poder ser capaces de implementar en acción no sólo la necesaria negación de lo existente, sino también la positiva dimensión de una *alternativa hegemónica* sostenible. Es importante hacer hincapié en esta circunstancia para contrarrestar la ubicua propaganda del orden establecido, que continúa proclamando su triunfo permanente sobre sus antiguos adversarios socialistas.

Cuando la primera ministra Margaret Thatcher –la devota partidaria ideológica y política del neoliberalismo en Gran Bretaña– logró derrotar la larga huelga de un año de los mineros británicos, al desplegar implacablemente contra los huelguistas todos los recursos económicos y políticos del Estado capitalista, con la nada negligente ayuda del mismo Partido Laborista (a pesar de que en ese momento éste se encontraba aún en la oposición), se jactó de haber “*despedido al socialismo para siempre*”. Esta afirmación fue una ridícula presunción, aunque pareciera haber sido confirmada por la ávida transformación capitulatoria del Partido Laborista Británico en el “Nuevo Laborismo”: el “amigo de los negocios” en palabras de sus propios líderes, o preferiblemente de los Grandes Negocios. En realidad, el avance relativamente fácil del neoliberalismo desde 1970 en adelante, no fue simplemente un fenómeno británico, sino un irrefrenable desarrollo internacional que se extendió de una u otra manera sobre todo el planeta.

Lo que es más importante de subrayar a este respecto es que la despiadada aplicación de los principios fundamentales del neoliberalismo virtualmente en todas partes –incluso de manera sorprendente en las sociedades del “socialismo realmente existente”, como fueran llamadas una vez– no era en lo absoluto la manifestación de la irresistible revitalización y permanentemente asegurada salud del capitalismo en dirección al futuro. Al contrario, la misma se hizo necesaria ante el comienzo de la *crisis estructural* del sistema, debido a los *márgenes peligrosamente estrechos* de una sostenible relación *capital–expansión*. A esa cualitativamente nueva crisis estructural, el capital sólo pudo responder asumiendo una postura cada vez más agresiva.

Consecuentemente, en el curso de su desarrollo durante las últimas tres décadas, el capitalismo tuvo que recuperar con garras las “concesiones” que el Estado Benefactor había otorgado previamente al trabajador –por las cuales no tuvo que pagar nada en lo absoluto al momento de constituirse el Estado Benefactor, ya que las presuntas “concesiones” fueron parte y una parcela de la dinámica de la imperturbable y altamente provechosa relación capital–expansión del período de postguerra. Esta redefinición de la orientación estratégica del orden establecido fue, en el espíritu del insensible neo-liberalismo, la puesta en práctica de las políticas cada vez más explotadoras y represivas dictadas por el giro duramente autoritario del capitalismo y su cínica justificación ideológica.

En efecto, lo que hace mucho peor estos hechos para los devotos del capitalismo, es que ya no es posible en lo absoluto clamar que a través de su postura abiertamente autoritaria el neoliberalismo haya logrado realmente solucionar la crisis estructural del sistema, abriendo con ello las puertas a una nueva fase de saludable expansión, tal como repetidamente se prometió pero nunca se realizó. El hecho de que en años recientes los poderes dominantes del capitalismo global tuvieran que llegar tan lejos como tener que emprender las más agresivas y catastróficamente inútiles aventuras, incluyendo la práctica de desatar guerras genocidas –cínica e hipócritamente en nombre de la “democracia y de la libertad”– para las cuales no

parece haber “*ninguna salida estratégica*”⁸⁸ (para usar las palabras moderadamente críticas de incluso los partidarios del sistema), demuestra el fracaso total de los remedios aplicados y el significativo empeoramiento de la misma crisis.

Otra dimensión del mismo problema concierne directamente las perspectivas del desarrollo del trabajo como estructura antagónica del capital. En contraste a todo lo dicho sobre la llamada “integración de la clase trabajadora”, en realidad encontramos la total distorsión de la –indudablemente cumplida– capitulación del *liderazgo político* tradicional de los trabajadores como la necesaria y por siempre inalterable integración de la *clase trabajadora en sí misma*: esto es, como la irreversible integración de la única fuerza social capaz de ofrecer una alternativa hegemónica al dominio del capital. Un dominio que no es ya sostenible –debido a sus crecientemente destructivas determinaciones internas– a largo plazo.

Reconocidamente, la transformación capitulatoria del Partido Laborista Británico en el “Nuevo Laborismo” no fue de ninguna manera un fenómeno aislado. Algunos partidos que una vez estuvieron más a la izquierda que el Laborista Británico –por ejemplo los Partidos Comunistas Italiano y Francés– sufrieron en el mismo período un destino igualmente negativo. Los apologistas del orden establecido celebraron tales metamorfosis de la misma manera en que saludaron la exitosa imposición del neoliberalismo en todas partes. Es decir, como la esperada evidencia de la perdurable revitalización del sistema capitalista y, consecuentemente, del triunfo incuestionable de la afirmación, arbitrariamente proclamada, de que “*no existe alternativa*”.

88. Bien al contrario, en tanto las siempre nuevas expediciones militares que pretenden resolver supuestas crisis a través de las desvergonzadamente agresivas “*guerras preventivas*” –emprendidas contra países que van desde Irán y Siria a Corea del Norte y otros que han sido arbitrariamente señalados como integrantes del llamado “eje del mal”– son repetidamente defendidas por los más reaccionarios líderes políticos del poder hegemónico global imperialista, presionados por sus aún más extremistas “muchachos de trastiendas”, que de esa manera proyectaban ilusoriamente pero sobre todo absurdamente, como beneficiosa y necesaria solución la dictatorial imposición de un modo de acción que sólo podía agravar los problemas del sistema al punto de ocasionar una catastrófica explosión global.

Sin embargo, no puede haber una lectura más miope de estos eventos y desarrollos, que se levantan y caen a la vez. La propia evidencia histórica apunta en dirección opuesta, no a pesar de, sino, paradójicamente, precisamente por el hecho de que en muchos países las fuerzas dominantes tradicionales de la izquierda se subordinaron ellas mismas sin reservas a los dictámenes del capital en crisis estructural. Pero la verdad, por más incómoda que sea para los defensores del orden existente, es que aun la adaptación más esclavizante del liderazgo tradicional de los trabajadores –carente de una estrategia viable propia desde aquel vacío slogan de “socialismo evolucionario” del ya lejano siglo pasado y ahora reveladoramente abandonado– sigue siendo incapaz de remediar la situación. En este sentido, la verdad más perturbadora es que bajo las presentes circunstancias históricas nada parece funcionar, incluso en el más corto plazo, sin la intensificación de la agresividad socioeconómica del capital y su directa extensión hacia un *estado de violencia creciente*.

Lo que realmente sucedió con la imposición del neoliberalismo, con la más activa contribución del propio reformismo laboral en varios países –en Gran Bretaña ya con el principal ministro de asuntos económicos del Partido Laborista durante el gobierno de Harold Wilson, Dennis Healy, quien instituyó la primera ronda de salvajes políticas neoliberales mucho antes que Margaret Thatcher– fue la irrevocable eliminación de la “gran ilusión” según la cual *el acomodo de las clases y la reforma gradual* eran las únicas respuestas a los graves problemas *estructurales* de la sociedad.

Proyectar la solución necesaria de esta manera –esto es, postulando la eliminación de los graves *defectos estructurales* del sistema del capital por medio de ajustes graduales temporalmente posibles y coyunturalmente limitados– fue, por supuesto, una *contradicción en términos* desde el mismo comienzo. Naturalmente, esta circunstancia selló el destino del “socialismo evolucionario”, aunque tomó un largo tiempo antes de que las promesas de esta perspectiva mistificadora tuvieran que ser abiertamente abandonadas, incluso por sus mismos propugnadores. Así como hoy es dolorosamente obvio, también a

través del humillante fracaso de las más acomodaticias estrategias del reformismo laboral nunca antes vistas en la historia, que en realidad el acomodo de las clases y la reforma gradual no fueron en absoluto la respuesta a los crecientes y serios problemas *sistémicos* de la *estructura social* establecida. Ni podrían serlo nunca.

La causa radical del neoliberalismo agresivo es el margen peligrosamente estrecho entre la inalterable expansión del capital y el crecimiento moderador de conflictos, y en consecuencia la habilidad cada vez más constreñida del sistema para manejar sus principales problemas estructurales sin aventuras destructivas, no obstante la activa complicidad del anterior reformismo laboral del lado del capitalismo neoliberal. Todo esto subraya la severidad de la crisis de nuestro tiempo y la absurdidad total de hablar de “despedirse del socialismo para siempre”. Ya que la inalterable *expansión del capital* –en conjunción con el *crecimiento moderador de conflictos*– y el incuestionable *servil acomodo* del reformismo laboral al dominio del capital son dos caras de la misma moneda.

Una vez vez que el camino hacia la inalterable y sostenible expansión del capital se vea limitada, y en última instancia, bloqueada por la profundizada crisis estructural del sistema, la principal fuerza motivadora para el voluntario auto-acomodo del trabajo está destinada a debilitarse a medida que los hechos comiencen a asentarse. Esto es así, aun si al comienzo de tal espiral en descenso el liderazgo del reformismo laboral –que nunca tuvo otra concepción de las mejoras socioeconómicas que la agradecida aceptación de la mano benevolente del capital, de una tajada más grande de la “torta creciente” de la sociedad: una torta proverbial que había sido ciegamente asumida como si fuera “eternamente creciente”– trate de hacer todo lo posible para mitigar las consecuencias negativas y, en última instancia, desestabilizadoras del fracaso del capitalismo para “producir bienestar”. Adopta así una posición humillantemente obsequiosa y sin reservas hacia el capital, en la vana esperanza de contribuir exitosamente a la revitalización del sistema y a su funcionamiento saludable. Y hace esto bajo el profano espíritu de que “no existe alternativa” para mantener el orden socioeconómico y político establecido. Naturalmente, bajo tales circunstancias, se recita

una y otra vez el manido viejo mantra del “Keynesianismo de izquierda”. Pero no hay nada que pueda conferirle a esto realidad.

De esta manera, tanto la permanencia del neoliberalismo (frecuentemente asociada con la grotesca pseudo teoría que predica el feliz “fin de la historia” en el bienvenido momento de la llegada del neoliberalismo) como la proclamada absoluta necesidad del eterno auto-acomodo del trabajo, no son más que *ilusiones ópticas* desorientadoras, proyectadas en mucho para la conveniencia del orden establecido. Estas se encuentran reforzadas temporalmente desde dos direcciones. Por un lado, por el entendible abrazo positivo del recién encontrado interlocutor ideal del neoliberalismo: el trabajo capitulante. Y, por el otro lado, la necesidad del trabajo auto-acomodable ante un adversario míticamente engrandecido (poderoso pero “razonable” y benevolente), promovido al *status* de verdadero “compañero”, quien es ahora respetuosamente descrito como “productor de riquezas”, a pesar del creciente parasitismo de su actual dimensión dominante: la especulación financiera del capital. Todo esto hecho por el reformismo laboral para justificar ante sus seguidores electorales su abierta complicidad con la perpetuación del orden severamente explotador tal cual es, sin sentirse hasta ahora ni siquiera avergonzado por haber abandonado sus anteriores aspiraciones reformistas de “un cambio gradual” hacia el otrora prometido orden equitativo alternativo, sobre la base, hoy más vaciamente proclamada, de que “*no puede existir ninguna alternativa*”.

En realidad, sin embargo, la necesidad vital de una *alternativa hegemónica* al dominio del capital, ha aparecido ya en la agenda histórica. Pues todas las modalidades conocidas de adaptación reformista, a lo largo de ciento treinta años de historia (desde los tiempos del “Programa Gotha”), no han logrado causar el menor impacto duradero en las graves contradicciones e inhumanidades del sistema del capital. Este estado de cosas podría mantenerse, no obstante los antagonismos e inhumanidades del sistema, en tanto el capital pueda imponerse –cuando puede, con la ayuda de logros productivos, cuando no, con la fuerza bruta– como el incuestionado controlador de la reproducción societal. Pero esto es precisamente lo que está convirtiéndose en algo extremadamente problemático en

nuestro tiempo. Extremadamente problemático en verdad, en parte porque incluso la postura más autoritaria del capital, acompañada por el reformismo laboral que ahora se acomoda al mismo de manera totalmente sumisa, no ha logrado producir la prometida saludable expansión económica. Y aún más significativamente, porque los agresivos desarrollos aventureros en proceso, han puesto de relieve, de manera inequívoca, la peligrosa deriva del capital hacia la destrucción de la humanidad, movida irracionalmente por el interés de la supervivencia a todo costo del orden reproductivo establecido, al cual el capital no puede verdaderamente *concebir*, ni mucho menos *conceder*, ninguna alternativa.

Siguiendo la “línea de la menor resistencia”, dejarse llevar por esto es siempre, por definición, mucho más fácil que luchar por instituir una alternativa hegemónica realmente factible. Pues esto último requiere no sólo un compromiso activo con la causa escogida por los participantes, sino también su aceptación de los posibles sacrificios. Esa es la gran ventaja de nuestros adversarios, por ello debemos subrayar la importancia vital de la elaboración e implementación de estrategias políticas y sociales viables que contrarresten la significativa ventaja posicional de la inercia institucionalizada. Ya que la necesaria eliminación de las desorientadoras ilusiones ópticas arriba mencionadas –a saber, la absoluta permanencia del neoliberalismo y del beneficioso auto-acomodo del trabajo a éste– no es posible, por una parte, sin la plena conciencia de cuán grande es en nuestros días el interés de asegurar la supervivencia de la humanidad, y, por la otra, sin un compromiso práctico con la requerida transformación fundamental del orden social existente en su totalidad, en el espíritu de una *determinación radical*.

El ajustar aquí y allá, en nuestro tiempo, no conduce absolutamente a ninguna parte. Sólo puede reforzar la ventaja posicional de aquellos que están ahora en el control del históricamente anacrónico sistema del capital. En otras palabras, contrarrestar con éxito las mistificaciones de la invencibilidad neoliberal, activamente sustentada por el trabajo acomodaticio, no es simplemente una cuestión

de iluminación ideológica. La batalla no puede ser ganada sólo en el terreno de la persuasión política, puesto que consistentemente las convicciones críticas a menudo coexisten con la impotencia práctica. Un éxito duradero sólo es posible a través de la movilización organizacionalmente sostenible de la gran masa del pueblo para la realización de una *alternativa hegemónica abarcadora* al modo establecido de reproducción social metabólica.

El espíritu de determinación radical es hoy inseparable de un compromiso firme –como lo requiere la necesidad de confrontar los peligrosos desarrollos históricos– con la institución de la prevista alternativa hegemónica al creciente dominio aventurero y destructivo del capital. Es por esto que el presidente Chávez ha subrayado repetidamente tanto la inevitabilidad en nuestro tiempo del dilema de *socialismo o barbarie*, como la correspondiente necesidad de comprometerse con la única manera posible de una acción exitosa: una sostenida *ofensiva estratégica*, dada la magnitud y la urgencia literalmente vital de esta tarea histórica. En su intervención de enero 2003 en el Foro Social Mundial, en Porto Alegre, advirtió acertadamente contra la perjudicial tentación de dejar que los encuentros mundiales de los principales movimientos sociales emergentes, se conviertan en *eventos folclóricos* anualmente ritualizados. Y repitió la misma advertencia en enero de 2006 en el Foro Social Mundial en Caracas, insistiendo en que esa transformación de los movimientos sociales potencialmente radicales en un “*encuentro turístico/folclórico sería terrible, porque estaríamos sencillamente perdiendo el tiempo y no estamos para perder el tiempo ... Creo que a nosotros no nos está dado el pensar en los siglos futuros ... no estamos para perder el tiempo, se trata de salvar la vida en el planeta, se trata de salvar la especie humana. ... cambiando el rumbo de la historia, cambiando el mundo.*”⁸⁹

En este sentido, para cumplir con el radical nuevo desafío histórico de nuestro tiempo, que pone en cuestión la propia supervivencia de la humanidad, el original proyecto Bolivariano es necesariamente modificado en dos de sus dimensiones fundamentales. En el primer aspecto, el cambio cualitativo requerido afecta directamente la

89. Hugo Rafael Chávez Frías, *Discurso de Cierre del VI Foro Social Mundial* 27 de enero, 2006.

importante cuestión de la *igualdad* y, en el segundo, debe atender el dilema no resuelto por incluso los más radicales pensadores políticos de la Ilustración, incluyendo a Rousseau (quien fue de muchas maneras un modelo insuperable para el mismo Bolívar) . A saber: ¿cómo vencer sobre una base duradera –o al menos cómo llevar hacia un sostenible común denominador para un inevitable período de transición– a los intereses conflictivos y potencialmente desintegradores que funcionan en la sociedad?.

Está de más decir que estas dos dimensiones fundamentales de una solución históricamente factible para los grandes dilemas de la humanidad –que aparecieron en sus primeras formulaciones utópicas miles de años antes de la Ilustración, pero que permanecieron siempre frustradas y marginadas aún desde esos tempranos días– están firmemente entrelazadas. Pues es impensable superar las contradicciones potencialmente más perturbadoras, en verdad explosivas, y los intereses mutuamente exclusivos perpetuados por la largamente establecida y antagónica estructura social, sin encontrar una solución viable –en sentido *sustantivo*– al actual e históricamente intratable problema de la igualdad, del cual cada forma (en principio reversible) de edicto legal sólo llega a rasgar la superficie. Y viceversa: es inconcebible encontrar una solución *sustantiva* y, por tanto, *legalmente no-reversible*, al problema seminal de la *igualdad*, sobre la cual descansan todos los otros encomiables valores sociales –según las memorables palabras de Bolívar “de todas las libertades a todos los derechos”, incluyendo la justicia– sin relegar permanentemente al pasado histórico los conflictos y los antagonismos necesariamente generados y reproducidos de una forma u otra por las *sustantivas* (y no sólo legalmente codificadas) relaciones sociales, estructural y jerárquicamente atrincheradas y salvaguardadas.

En el sentido más profundo de los problemas en juego, las dos dimensiones fundamentales de los grandes dilemas de la humanidad son una y la misma, distinguibles parcialmente porque así fueron tratadas en el discurso político del pasado. Y, aún más importante, deben ser distinguidas con el propósito de elaborar una solución,

prácticamente realizable así como duradera –y ahora históricamente tanto posible como necesaria– a las explosivas contradicciones de la sociedad. Hoy, sin embargo, a la luz de los desengaños pasados, debemos tener en cuenta el gran y complicado hecho de que en su sustancia más interna, ellas son inseparables. Ya que fue debido a la pasada indiferencia –socialmente determinada– hacia su inseparabilidad sustantiva que incluso las más nobles intenciones de superar las violaciones a la igualdad a través de las reformas legislativas (las cuales pueden ser necesarias como un primer paso vital en determinadas circunstancias históricas)⁹⁰, pero dejando al mismo tiempo las atrincheradas *jerarquías estructurales sustantivas* en su lugar en la sociedad, tuvieron que sufrir más tarde o más temprano cambios mayores.

A este respecto tenemos que recordar que para Bolívar la igualdad era “*la ley de leyes*” porque “sin igualdad todas las libertades, todos los derechos, perecen. A ella debemos hacer los sacrificios.” Definir el problema de esta manera era el llamado directo de Bolívar al espíritu de ilustración y moralidad de sus compañeros legisladores. Tal como caracterizó a los dos requerimientos cardinales de una forma de legislación políticamente viable, en su Discurso al Congreso de Angostura: “*Moral y luces son los polos de una República; moral y luces son nuestras primeras necesidades.*” Si bien esta fue una formulación indudablemente válida de algunos vitales principios políticos guías en el marco social dado, la manera en la que Bolívar define el problema de la igualdad como una *igualdad legalmente promulgada*, dependiente de la visión ilustrada y la simpatía moral de sus compañeros legisladores (muchos de ellos de hecho con muy poca disposición a hacer los sacrificios necesarios), impuso, inevitablemente, estrictas limitaciones, aun bajo la propuesta radical de Bolívar. En efecto, las calificaciones expresadas por él en alguna ocasión⁹¹, indicaban, al menos por implicación, su conciencia de

90. Por ejemplo, cuando un líder político es llevado a la posición de encabezar el gobierno de su país mediante un proceso electoral – que será seguido por el establecimiento una Asamblea Constitucional– y no por una abarcante revolución social y política. Basta reflexionar a este respecto en el contraste entre Venezuela y Cuba.

91. Como cuando se dirigía a una asamblea de soldados de esta manera: “¡Soldados!

los límites sociales de los niveles de igualdad realmente logrados. Después de todo, aun la emancipación legal de los esclavos podía ser posteriormente anulada por una variedad de alternativas pseudo-contractuales tramadas legalmente, que conservaban cínicamente muchas características de la anterior esclavitud, incluyendo el arreglo brutalmente esclavizante del llamado “contrato por obligación”; por no mencionar el *sustantivo triunfo de la esclavitud a sueldo* en todas partes, glorificada en los anales de la economía política liberal como “trabajo libre”. Y otro sobrio comentario: bajo las circunstancias que prevalecían durante el tiempo de Bolívar en América Latina, incluso el grado de radicalismo social o político por él defendido probó ser demasiado para muchos de sus contemporáneos.

En lo que respecta a la *igualdad sustantiva*,⁹² su realización es indudablemente la tarea histórica más grande y difícil de todas. En consecuencia, un real avance en la dirección de una igualdad sustantiva sólo se hace posible cuando las *condiciones materiales objetivas* de su realización –incluyendo la *potencialidad productiva positiva* históricamente lograda de la sociedad– se encuentren apropiadamente relacionadas con el nivel de ideas y valores. Estos últimos bien pueden ser llamados las *condiciones espirituales* para superar las antiquísimas jerarquías sociales estructuralmente bien ancladas por miles de años; jerarquías sociales que han sido reforzadas por la cultura aún más problemática de la *desigualdad sustantiva*, presente incluso en los escritos de algunos de los más grandes intelectuales de la burguesía progresista. Dadas las circunstancias descritas, el éxito es alcanzable sólo si se cumplen históricamente algunas condicio-

Vosotros lo sabéis. *La igualdad, la libertad y la independencia* son nuestra divisa. ¿La humanidad no ha recobrado sus derechos por nuestras leyes? Nuestras armas, ¿no han roto las *cadena de los esclavos*? *La odiosa diferencia de clases y colores*, ¿no ha sido abolida para siempre? Los bienes nacionales, ¿no se han mandado repartir entre vosotros? ¿La fortuna, el saber y la gloria no os esperan? ¿Vuestros méritos no son recompensados con profusión, o *por lo menos por justicia*?” Ver pp. 76-77 de Vol. 2. de Felipe Larrazábal, *Vida y escritos del Libertador*.

92. Ver “El Desafío del Desarrollo Sostenible y la Cultura de la Igualdad Sustantiva”, conferencia pronunciada por mí en la “Cumbre de la Deuda Social y la Integración Latinoamericana” en el Foro Cultural de los Parlamentos Latinoamericanos, realizado en Caracas, Venezuela, Julio 10-13, 2001; publicada en *Monthly Review*, Vol. 53, No. 7, Diciembre 2001, pp. 10-19.

nes vitales. Por un lado, la “distribución equitativa de la miseria”, en la ausencia de requerimientos materiales favorables, no puede ser sostenida socialmente como una condición de normalidad por ningún lapso de tiempo. Al mismo tiempo, por otro lado, el pretendido logro de la “abundancia material” –esto es, el mito pernicioso de la “sociedad afluyente”– no puede resolver absolutamente nada si en la concepción que los individuos tienen del avance productivo, está ausente, por cualquier razón, una genuina dedicación a una solidaridad mutuamente beneficiosa (con sus valores asociados), independientemente de cuán alto pueda ser en las circunstancias dadas el nivel disponible del saber científico y tecnológico. Ya que en la ausencia de valores que permitan el completo desarrollo de una rica individualidad, en lugar de la competitividad antagónica dominante de hoy en día, toda abundancia material fetichísticamente celebrada es transformada invariablemente en una *escasez* que nunca puede ser eliminada, y por ello, el autojustificado círculo vicioso de un “progreso” derrochador dirigido hacia la conversión irracional de una siempre mayor *potencialidad productiva* a una *realidad destructiva*, puede proseguir sin restricciones hasta que una catástrofe global lo detenga.

Este es el punto donde podemos ver la línea de demarcación que nos separa del pasado, en el cual la preocupación por la igualdad sólo podía ser vista, incluso por los más ilustrados estadistas, como un objetivo político legalmente definido (y confinado). Este debió ser también el caso cuando los problemas en juego implicaban importantes connotaciones sociales, como la liberación formal –pero de ninguna manera la verdadera emancipación socioeconómica– de los esclavos. La novedad radical de nuestras condiciones de existencia en la presente época histórica, es que no puede haber un éxito perdurable en la lucha por la supervivencia de la humanidad sin el establecimiento de un *orden social* basado en una *igualdad sustantiva* como principio central orientador, en el campo tanto de la *producción* como de la *distribución*. Esto es así debido a la incorregible naturaleza destructiva del capital que en nuestros tiempos afecta cada una de las facetas de nuestra vida, y que va desde el

despilfarro irresponsable de metas productivas orientadas hacia la ganancia, hasta la degradación suicida de la naturaleza, así como la irreversible explotación de sus vitales recursos productivos, y desde la deshumanizante producción en masa de “gente excedente”, en la forma de desempleo crónico, hasta las variedades más extremas de aventurismo militar actuales, junto con la justificación atroz de nada menos que el uso de armas nucleares por parte de la nación imperialista dominante: los Estados Unidos, utilizada no sólo retrospectivamente, como en la imperdonable acción contra los pueblos de Hiroshima y Nagasaki, sino de una manera más siniestra, también hacia el futuro. En este sentido, la tradicional defensa hecha por las personificaciones del capital de “pensar lo impensable” –en su espíritu auto-congratulatorio que resalta las virtudes de una “producción destructiva” cumplida exitosamente– encuentra su realización definitiva en una forma en la cual *contemplar y amenazar la destrucción de la humanidad*, absurdamente en el interés de la supervivencia a todo costo del sistema socioeconómico reinante, es *legitimado* como un necesario *objetivo estratégico* por la más poderosa formación estatal del capital.

En la raíz de todas estas manifestaciones destructivas encontramos imperativos insuperables que surgen de las autoperpetuadas *jerarquías estructurales* del orden establecido, las cuales excluyen necesariamente cualquier *alternativa racional* comprensiva al modo de control metabólico social del capital. Naturalmente, consideraciones sobre la *igualdad sustantiva* no pueden ser concebibles dentro del marco de toma de decisiones del capital cuando los fundamentos se encuentran en juego. Esto hace que la crisis estructural de nuestro sistema de control reproductivo social, especialmente aguda en la presente coyuntura social, indica al mismo tiempo la única manera posible de superarla. Ya que las determinaciones destructivas del orden establecido, que aparecen en todas partes en una escala devastadora con una gravedad no concebible antes, llaman ahora a un *cambio estructural* fundamental en el interés de la supervivencia de la humanidad.

Debido a que la *desigualdad impuesta estructuralmente* es la característica definitoria más importante del sistema del capital,

sin la cual no podría funcionar ni un solo día, la institución del requerido *cambio estructural fundamental* hace necesario producir una *alternativa sustantivamente equitativa* como el único modo futuro viable de control metabólico social. Más aún, puesto que concebiblemente no puede haber una tarea más alta para los seres humanos que asegurar y salvaguardar la supervivencia y el avance positivo de la especie humana, la posibilidad de instituir un orden plenamente humano de *igualdad social sustantiva* –que, bajo las presentes condiciones, no es una *posibilidad abstracta*, sino una *necesidad vital*– justifica que por esta razón las fuerzas dedicadas a esta gran tarea histórica, puedan perseguir la realización de su objetivo con una total racionalidad a su favor, y en la seguridad de una plena justificación de los valores defendidos por ellas en su lucha contra el imperialismo, el monopolio y la opresión, en agudo contraste con sus adversarios. Verdaderamente, vivimos en una época que puede ser llamada el choque de los imperativos, mas no de ninguna manera “el choque de civilizaciones”. Pues la confrontación crítica de nuestro tiempo se afirma a sí misma como el imperativo de crear un orden social equitativo y sostenible –esto es, un orden que sea históricamente sostenible precisamente debido a su determinación más interna como equitativo en todas sus dimensiones sustantivas–, como contrario a los imperativos insuperables del capital de una autopreservación destructiva. En vista de la naturaleza de los problemas involucrados y de la urgencia de su búsqueda, nunca ha habido una perspectiva remotamente comparable de hacer realidad la antigua defensa de la igualdad sustantiva como determinación primaria del intercambio humano.

En este sentido también las razones para la pregunta crónicamente no resuelta de cómo superar en forma duradera los intereses conflictivos y potencialmente desintegradores que están presentes en la sociedad, deben ser reexaminadas. La respuesta dada en el pasado aun por los más ilustrados estadistas, incluyendo a Bolívar, fue la de *equilibrar* políticamente las diversas fuerzas sociales, para así “mantener el *equilibrio* no sólo entre los miembros del

Gobierno, sino también entre las diferentes fracciones que constituyen nuestra sociedad”.⁹³ Al final, dicha estrategia terminó por volverse frágil aun dentro de sus propios términos de referencia, resultando en convulsiones periódicas y regresos en su marco político, a pesar del hecho de que lo que estaba en juego concernía sólo a la redefinición parcial y a la redistribución de la *participación relativa* de las diversas fuerzas sociales dentro de las relaciones de poder estructuralmente dadas. Sin embargo, los parámetros jerárquicos estructurales del orden social dado no fueron en sí mismos cuestionados. Al contrario, tuvieron que ser tomados como tales por los principios orientadores de “*balance*” y “*equilibrio*”. Por contraste, hoy, el cuestionamiento radical de los parámetros estructurales del sistema social establecido está a la orden del día. Pues, evidentemente, incluso los más hábiles balanceos políticos de las fuerzas sociales bajo el régimen del capital, no pueden emprender la tarea de instituir el requerido *cambio estructural fundamental*, no importa cuán aguda sea su necesidad, como es el caso hoy en día. Es por esto que sólo la búsqueda consistente del objetivo de establecer un orden social de igualdad sustantiva puede responder al desafío histórico de nuestro tiempo, bajo las condiciones de la irreversible crisis estructural del sistema del capital.

Como vimos anteriormente, hacia el final de su vida Bolívar se vio forzado a reconocer que, trágicamente, el día de la América, tal como él lo había vislumbrado, no había llegado todavía. Hoy la situación es muy diferente, debido a un número de importantes determinaciones. En otras palabras, “el día de la América” de Bolívar ha llegado en el sentido de que las antiguas condiciones de dominación casi colonial de América Latina por parte de los Estados Unidos no puede ser perpetuadas en el futuro. En este aspecto, los intereses de una soberanía nacional política y socioeconómicamente efectiva de los países de América Latina, coincide plenamente con el necesario impulso de superar las injusticias nacionales en todas partes, puesto que la largamente predominante dominación

93. “mantener el *equilibrio*, no sólo entre los miembros que componen el Gobierno, sino entre las diferentes fracciones de que se compone nuestra sociedad.”

nacional de muchos países por unos pocos poderes imperialistas, ha llegado a ser un irremediable anacronismo histórico.

Esta nueva condición histórica no puede ser deshecha por el hecho de que los antiguos poderes imperialistas, y sobre todo por el más poderoso de todos ellos, los Estados Unidos, estén tratando de retroceder las ruedas de la historia y *recolonizar* el mundo. Su designio para tal fin es ya visible en la forma en que han emprendido recientemente algunas devastadoras aventuras militares bajo el pretexto de la así llamada “guerra contra el terror”. En efecto, la nueva panacea de los más agresivos poderes es que el haberse embarcado en lo que equivaldría de hecho a una descarada aventura de recolonización –en África y Asia sureste, así como en América Latina– es luego presentado por ellos como la condición esencial del éxito de su cínicamente correcta “guerra contra el terrorismo internacional” en “el nuevo orden mundial”. Pero están destinados a fracasar en esta empresa.

En el pasado, muchos intentos dirigidos a rectificar justificables injusticias nacionales fueron desviados por la búsqueda de estrategias chauvinistas. Ya que, dada la naturaleza de los problemas en juego, los reprimidos intereses *nacionales* no podían prevalecer a expensas de los objetivos sociales viables de algunas otras naciones, violando con ello las necesarias *condiciones internacionales de completa equidad* de las relaciones entre los Estados. De esta manera, la visionaria validez histórica del proyecto Bolivariano, urgiendo por la unidad estratégica y la igualdad de los países Latinoamericanos no simplemente frente a los Estados Unidos, sino dentro del marco más amplio de una esperada y armoniosa asociación internacional entre todos (ver nota 5), no puede ser más clara. En efecto, al hacer efectiva su unidad política y social basada en la solidaridad, los países Latinoamericanos pueden hoy jugar un rol pionero en interés de toda la humanidad. Ninguno de ellos puede alcanzar aisladamente el éxito, aun negativamente, contra su poderoso antagonista de Norteamérica, pero juntos pueden mostrarnos un camino hacia adelante de manera ejemplar. Ya que sólo la renovación históricamente apropiada así como la

búsqueda consistente de una estrategia que sea capaz de llevar las dimensiones nacionales e internacionales de intercambio social a un positivo común denominador en todas partes, en el espíritu de la determinación radical, puede resolver la grave crisis estructural de nuestro orden social.



VI

La importancia de la planificación y la igualdad sustantiva⁹⁴

94. Del capítulo 8 de István Mészáros, *Social Structure and Forms of Consciousness*, volumen 1: *The Social Determination of Method*, Boitempo Editorial, Sao Paulo; Monte Ávila Editores, Caracas; y Monthly Review Press, Nueva York, 2010.

1. La “mano invisible” y la “astucia de la razón” como supervisores providenciales del capital, ilusamente postulados

La planificación ocupa un lugar sumamente importante entre las categorías de la teoría socialista. Ello contrasta abiertamente con el sistema del capital en el que –debido a la determinación *centrífuga* interna de sus microcosmos productivos y distributivos– no hay campo de acción real para la planificación en el sentido cabal del término. En ese sentido, se define como una *planificación abarcante procurada a conciencia* de la producción y la distribución, que al mismo tiempo va mucho más allá de las limitaciones de la coordinación *técnica/tecnológica*, sin importar cuán ampliamente basada esté.

Naturalmente, los grandes pensadores que conceptuaron al mundo desde la perspectiva del capital se daban cuenta de que en su descripción del orden reproductivo establecido faltaba algo *esencial*, sin el cual éste no podría ser sustentado sobre una base permanente, ni mucho menos calificar para ser idealizado como el sólo y único modo natural de reproducción metabólico social de la humanidad, como ellos lo declaraban.

Así, como una invención tardía sorprendente pero absolutamente misteriosa, introdujeron la idea de la “mano invisible” (Adam Smith), “el espíritu comercial” (Kant) y “la astucia de la razón” (Hegel).

Se suponía que esa misteriosa entidad *supraindividual*, independientemente de cómo se la llamase, lograría lo que en una sociedad humana, estructurada de una manera no antagónica, sería cumplido por una *planificación abarcante* libremente determinada. Y se suponía que la agencia *supraindividual* proyectada desempeñaría la tarea

de la coordinación y dirección general incomparablemente mejor, por definición, de lo que podrían soñar los individuos particulares. Porque en las concepciones formuladas desde la perspectiva del capital había que satisfacer dos condiciones *inconciliables*.

Primero, la *conservación* del mito de la economía política de la “sociedad civil” (abstraída del Estado capitalista), con su adversariedad *individual*, belicosidad y conflictos insolubles (como conviene al “madero retorcido” de Kant, con el que supuestamente la Providencia, la determinada por la naturaleza o la Divina, hizo a los individuos particulares). De aquí que no sea posible que a los individuos particulares se les confíe la vital tarea de asegurar la ordenada cohesión de la actividad reproductiva en una escala social, sin la cual el nuevo orden económico se caería a pedazos.

Y la segunda condición que había que satisfacer era la producción de la cohesión social general. Ese proceso fue planteado contradictoriamente en forma de una reafirmación de lo que los pensadores en cuestión consideraban que eran las determinaciones ontológicas objetivas de la “sociedad civil”, insuperablemente conflictiva. Así, presentaron la solución imaginaria a la insuperable conflictividad de la sociedad civil en forma de una transubstanciación del intercambio *negativo* de la adversariedad egocéntrica particularista como tal, en los beneficios *positivos* para la *totalidad* que se suponía surgirían de los propios conflictos; de donde, en palabras de Hegel, gracias a un avance milagrosamente “dialéctico”, “el *egocentrismo subjetivo* se convierte en satisfacción de las necesidades de *todos los demás*”, como ya vimos decretarlo al gran filósofo alemán. Ese tipo de transmutación beneficiosa de lo negativo en positivo, que se realizaría de manera postulada pero jamás explicada o demostrada, era celebrado por los pensadores que veían el mundo desde el punto de vista del capital, como la armonización *ideal* del proceso de reproducción social en su totalidad. Sólo una agencia supraindividual –llámese la “mano invisible” de Adam Smith, el “espíritu comercial” de Kant o la “astucia de la razón” de Hegel– podría lograr esa *conciliación ideal* de lo *inconciliable*.

Así, la proyección de la agencia supraindividual en lugar del requerido órgano social de la *planificación abarcante*, como si hubiese sido instituida en realidad por los individuos *sociales* (y no egocéntricamente aislados) libremente asociados, podía crear la *apariencia* de solución del problema real desde el punto de vista de la economía política. Pero hasta para crear nada más esa apariencia se hacía necesario hacer pasar, primero, al *antagonismo social fundamental* de la sociedad *de clases* capitalista como conflictividad estrictamente *individual* prevaleciente en la “sociedad civil” eternizada. Y segundo, se hacía necesario también caracterizar el propio *objeto* del conflicto estipulado, al que la gente tenía que enfrentarse, simplemente como cosa del *disfrute individual* perteneciente a la esfera del *consumo*, y por consiguiente, *cuantitativamente* extensible, en palabras de Hegel, a “todos los demás”. De esa manera, a la *división jerárquica del trabajo*, determinada *clásicamente e impuesta estructuralmente* –que constituye la base real del antagonismo fundamental inconciliable y en definitiva explosivo del sistema del capital– se la podía dejar en su mismo lugar de antes en la sociedad. Y, paradójicamente, esa tergiversación *dual* del problema estaba justificada en grado notorio, en el sentido de que era consistente en la teoría.

Era consistente en la teoría precisamente como distorsión dual. Porque, desde la perspectiva del capital, resultaba necesario tergiversar, por una parte, la naturaleza real del insuperable antagonismo de *clases* –profundamente inherente al marco *estructural* históricamente establecido de la sociedad, y que, precisamente por inherente, requería para su solución del cambio radical de ese marco– como conflictos puramente *individuales* en la “sociedad civil” (concebida para ese propósito), cuya conciliación no exigiría ningún *cambio estructural* en la sociedad realmente existente; y, por otra parte, era necesario también describir tendenciosamente el objeto del conflicto real: la confrontación histórica acerca de dos modos de *producción* alternativos hegemónicos, incompatibles, como un simple problema de *consumo* individual cuya magnitud se podía aumentar mediante el valor de cambio fácilmente cuantificable del proceso de reproducción

autoexpansionista del capital. Esos dos importantes aspectos de las determinaciones estructurales del sistema del capital estuvieron siempre estrechamente interconectados. Así, optar por uno de ellos desde la perspectiva del capital, en sintonía con la exclusión absolutamente necesaria de cualquier idea de cambio estructural en el modo de producción establecido, acarrea el requerimiento de abarcar también al otro: es decir, el confinamiento de todos los ajustes remediales factibles a la esfera del consumo individual. En ese sentido, realmente no podía existir ninguna manera alternativa de formarse un concepto de los problemas sobre el tapete desde el punto de vista de la economía política del capital. Porque resultaría inconcebible instituir en el mundo realmente existente la alternativa histórica requerida –es decir, la futura planificación inevitablemente abarcante del proceso de reproducción– sin superar *cualitativamente* sobre una base sustentable la *división del trabajo* jerárquica, hoy *estructuralmente* impuesta, mediante una *organización del trabajo* manejable a conciencia en el sistema orgánico comunal.

Pero incluso la misteriosa entidad supraindividual no podía superar el carácter *post festum* de la planificación: el único tipo de planificación factible dentro del marco incurablemente fetichista del control metabólico social del capital. Porque las *funciones correctivas* concebidas en ese sistema, a través de la operación del mercado idealizado, no podrán calificar para el verdadero sentido de planificación de dos maneras importantes. Primero, porque sólo pueden ser *retroactivas*, en respuesta a errores de cálculo y fallas percibidos y reconocidos –aunque a regañadientes– “pasada la fiesta”. Y segundo, porque por la naturaleza misma de su modalidad retroactiva sólo pueden ser *parciales*, sin ninguna percepción de las conexiones y ramificaciones potencialmente de largo alcance de las instancias particulares reconocidas. En consecuencia, la necesaria *previsión general* –una vital característica definitoria de la planificación abarcante procurada a conciencia, en el sentido apropiado del término– no podía jugar papel alguno en ella. Porque el prerrequisito obligatorio para la realización de esa característica vital es la superación real de la *adversariedad*, no sólo sobreponiéndose, bajo las circunstancias

históricas dadas, a los *intereses creados* establecidos, necesariamente disociadores, sino además *previniendo* su reconstitución en el futuro gracias al apropiado *cambio estructural* en la sociedad.

La concepción económico-política del mundo, que *tenía* que idealizar la adversariedad de los intereses creados “egotistas” en sus manifestaciones *individualistas* en la “sociedad civil”, a fin de poder desviar (más o menos concientemente) la atención de –y “de rebote” legitimarlos y eternizarlos– los intereses creados *afanzados estructuralmente* del control reproductivo social del capital, el que basado a su vez en esos intereses creados productores de antagonismos de clase, no tenía manera concebible de satisfacer las condiciones requeridas para la realización de previsiones planificadoras generales, ni siquiera como una misteriosa ocurrencia remedial tardía. Eso explica también por qué –incluso bajo las condiciones de los desarrollos monopolísticos seguidos globalmente, sin importar cuán grandes puedan ser las corporaciones gigantes transnacionales nacidas gracias a la concentración y centralización del capital en avance irresistible– la pretendida solución racionalizadora de ese defecto fundamental del sistema del capital sólo podía producir una “planificación” *post festum, parcial* y en gran medida técnica/tecnológica, sin la proclamada capacidad para remediar los antagonismos estructurales subyacentes.

Naturalmente, no es posible concebir un proceso de planificación socialista genuino sin derrotar al fetichismo de la mercancía, con su perversa *cuantificación* de todas las relaciones y actividades productivas humanas. Para ser realmente significativos, los criterios de la planificación socialista tienen que ser definidos en términos *cualitativos*, en el sentido de no simplemente mejorar la viabilidad productiva de los procesos económicos generales, sino también enriquecer directamente, en términos humanos, la vida de los individuos sociales particulares. Era en ese sentido que Marx hablaba acerca del “ser humano rico” y de la “necesidad humana rica”, en contraste con la concepción fetichista de la riqueza y la pobreza que tiene la economía política. Porque, como ya hemos visto antes, él insistía en que “El ser humano *rico* es simultáneamente el ser humano

en necesidad de una totalidad de actividades de vida humanas: el hombre en el que su propia realización existe como una carencia interior, como necesidad".⁹⁵

Por eso el sistema comunal tenía que autodefinirse en términos del intercambio de *actividades*, en oposición directa al intercambio de mercancías bajo el dominio del capital. Porque el fetichismo de la mercancía prevalece en el orden metabólico social del capital de manera tal que las mercancías se *imponen* sobre la *necesidad*, midiendo y legitimando (o negando insensiblemente su legitimidad) la necesidad humana. Es eso lo que estamos acostumbrados a ver como el horizonte normativo de nuestra vida diaria. La alternativa objetiva es tener sujetos los productos mismos a algunos criterios de evaluación sensatos, sobre cuya base ellos serían producidos en respuesta a una necesidad real, y sobre todo de acuerdo con la necesidad básica de los individuos de una *actividad de vida humanamente satisfactoria*. Sin embargo, puesto que dicha consideración no puede entrar en el marco de la contabilidad de costos capitalista, porque la organización y el ejercicio de la actividad de vida humanamente satisfactoria constituye una preocupación inherentemente *cualitativa* (cuyos jueces sólo pueden ser los propios individuos sociales), ni siquiera se espera que pensemos que las actividades pertenecen a la categoría de necesidad. Naturalmente, menos aún se espera que concibamos la posibilidad de adoptar las medidas prácticas necesarias a través de las cuales podríamos reconfigurar el intercambio social productivo sobre una base *cualitativa*, en armonía con los objetivos que, como productores libremente asociados, fijaríamos nosotros mismos a fin de gratificar y desarrollar a plenitud nuestras necesidades genuinas y realizar nuestras aspiraciones.

El punto importante en este respecto es que si definimos la planificación de esa manera *cualitativa*, en su correlación vital con la necesidad humana, como debemos hacerlo, ella adquiere una relevancia directa en la vida de cada individuo. Porque nos encontramos aquí con una relación de reciprocidad dialéctica entre la dimensión

social general y la dimensión individual de la planificación. Ninguna de las dos puede funcionar sin la otra. La reciprocidad en cuestión significa que, por una parte, en estrecha consonancia con el papel que la planificación tiene que cumplir en el proceso de reproducción social general, también desafía simultáneamente a los individuos para la creación de una vida con *significado* propio, al grado más alto posible, como los *sujetos reales de su actividad de vida*. Los reta a darle sentido a su propia vida como "*autores*" reales de sus propios actos, en conjunción con las potencialidades en desarrollo de su sociedad, de la que ellos mismos constituyen parte integral y activamente contribuyente. Y la reciprocidad tiene que prevalecer también en otro sentido. Porque sólo si los individuos sociales se convierten en sujetos reales de su actividad de vida y asumen libremente su responsabilidad, como autores reales de sus propios actos en la empresa social general, sólo en esa forma puede el proceso de planificación general perder su lejanía respecto de los individuos particulares —ya no reacios— que ahora puedan identificarse plenamente con los objetivos y valores generales de su sociedad. De esa manera, nada podría estar más alejado de la concepción burocrática de la planificación, impuesta a los individuos desde arriba. Por el contrario, mediante la reciprocidad dialéctica de la planificación definida cualitativamente, la conciencia individual y la social pueden unirse realmente en interés del avance humano positivo. Ciertamente, es así como se hace posible construir un orden metabólico social alternativo en una escala históricamente sustentable. Y es eso lo que le confiere su verdadero significado a la planificación como principio vital de la empresa socialista.

2. La larga gestación histórica de las categorías de la teoría socialista

Muchas de las categorías de la teoría socialista que prevén una solución en positivo a los problemas aparentemente inmanejables de la humanidad tuvieron un largo período de gestación. En algunos casos fueron propugnadas hace ya miles de años, incluida la idea de una vida comunal, pero fueron impedidas de acercarse siquiera a su

95. Marx, *Economic and Philosophic Manuscripts of 1844*, pp. 111-2.

posible realización, en parte debido a que faltaban las condiciones del desarrollo productivo requerido, y en parte por los antagonismos tenazmente persistentes del intercambio a todo lo largo de la trayectoria general de las sociedades clasistas. Porque la explotación y dominación de la inmensa mayoría del pueblo por parte de una pequeña minoría no la inventó el capital. Éste sólo perfeccionó una variedad particular de dominación económica, política y cultural impuesta estructuralmente, que se hizo valer en su tendencia general en una escala global, en contraste con los predecesores más particularistas y mucho menos eficientes del sistema del capital.

Esto hace mucho más difícil el desafío de la transformación socialista viable. Porque las mejoras solamente parciales, que dejan en su lugar el marco de desigualdad estructural establecido desde hace tanto tiempo, son lamentablemente inadecuadas, como sucedió con regularidad en el cambio de una sociedad clasista a otra en el pasado. Ni tampoco es factible hoy día separar a conveniencia los “estratos históricos” de dominación explotadora atendiendo, con la vana esperanza de un éxito en todas las dimensiones, nada más a los relativamente recientes a través de los mecanismos legales escogidos. Tuvimos que aprender una lección muy amarga al respecto en el transcurso del siglo XX. Pues se demostró ser totalmente insuficiente “expropiar a los expropiadores” –los capitalistas privados– mediante medidas de legislación estatal, instituidas en las sociedades poscapitalistas de tipo soviético para el anunciado objetivo de emancipar al trabajo.

Aquí, sin que quepa mayor duda al respecto, se hace necesario el logro del más alto nivel de productividad bajo las condiciones del desarrollo socialista, a fin de satisfacer la necesidad humana negada en escala masiva en el transcurso de la historia. Comprensiblemente, entonces, todo llamado, por bien intencionado que sea, a una distribución equitativa de la miseria, en ocasiones propugnada sinceramente en el pasado, sólo puede evidenciar su carácter autoderrotista. Como ya se subrayaba enérgicamente en *La ideología alemana*, “este desarrollo de las fuerzas productivas (...) constituye una premisa práctica absolutamente necesaria, porque sin él las privaciones, las carencias,

simplemente se generalizarán, y con la carencia la lucha por las necesidades se reiniciará, y necesariamente se restaurará el viejo negocio asqueroso”.⁹⁶ Hoy, en contraste con las precarias condiciones del pasado más remoto, a veces ingenuamente idealizado en las teorías utópicas, es posible conquistar los requerimientos productivos de la emancipación humana. Pero deben ser *conquistados* derrocando radicalmente el sistema productivo desperdiciadora y destructivamente articulado del capital, antes de que las potencialidades hoy factibles puedan ser convertidas en realidades válidas para el propósito de la transformación emancipadora.

En los albores de la época moderna, una de las aspiraciones históricas que apuntaban en dirección a una futura transformación socialista tenía que ver con la cuestión de la actividad productiva misma. Un pensador sumamente original y radical del siglo XVI, Paracelso –uno de los modelos históricos del “espíritu faustiano” de Goethe– escribió que “La manera apropiada reside en el trabajo y en la acción, en hacer y producir, el hombre perverso no hace nada”.⁹⁷ Según él, había que adoptar al trabajo (*Arbeit*) como el principio ordenador de la sociedad en general, hasta el grado incluso de confiscarle la riqueza a los ricos ociosos a fin de obligarlos a llevar una vida productiva.⁹⁸ Sin embargo, la realización de esos principios orientadores siempre depende de las condiciones históricas reales y de la manera en que los cambios proyectados son sustentables en el marco general de la sociedad. Por consiguiente, nada tenía de sorprendente que Marx criticara acremente el enfoque adoptado por el “comunismo burdo e insensato”⁹⁹ respecto a ese problema. Señalaba que en ese burdo enfoque “La categoría de *trabajo* no se elimina, sino que se *extiende a todos los hombres*. La relación de la *propiedad privada* persiste como la relación de la *comunidad* con el *mundo de las cosas*”.¹⁰⁰ Así, el postulado totalmente insostenible del “comunismo burdo” era la

96. *MECW*, vol. 5, p. 49.

97. Paracelso, *Selected Writings*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1851, p. 176.

98. Paracelso, *Leben un Lebensweisheit in Selbstzeugnissen*, Reclam Verlag, Leipzig, 1956, p. 134.

99. Marx, *Economic and Philosophical Manuscripts of 1844*, p. 99.

100. *Ibid.*

conservación del alienante sistema de la propiedad privada, mientras imaginaba estarlo derrocando al extender la condición del trabajo a todos los hombres. De esa manera, en contradicción consigo misma, “la comunidad es sólo una comunidad de *trabajo*, y una igualdad de los *salarios* pagados por el capital comunal: la *comunidad* como el capitalista universal. Ambos lados de la relación son elevados a una universalidad *imaginada*: el *trabajo* como un estado en el que cada persona queda ubicada, y el *capital* como la universalidad y el poder reconocidos de la comunidad”.¹⁰¹

La extensión de la *actividad productiva* a todos los miembros de la sociedad constituye, por supuesto, un principio vital de la organización socialista de la sociedad. Pero no podíamos imaginárnosla como la imposición del trabajo –heredada del modo de reproducción social del capital– con sus *determinaciones salariales fetichistas/cuantificadoras desde arriba*, ni aunque plantease la (jamás realizada) “igualdad de los salarios”. Lo que le faltaba insalvablemente a la concepción del “comunismo burdo e insensato” era comprender la *differentia specifica* de las condiciones *históricas* bajo las cuales había que hacer los cambios, y la necesidad de la superación de las relaciones antagónicas entre el capital y el trabajo, mediante la *abolición* sustantiva de la propiedad privada bajo las circunstancias, y no para su acrecentamiento imaginario. A los postulados del comunismo burdo les faltaban esos requerimientos objetivos, y sin ellos resultaba imposible dar los pasos necesarios hacia la emancipación del trabajo de la única manera *cualitativa* factible. Porque en el único sentido en que una concepción del trabajo cualitativamente diferente –como *actividad productiva autodeterminada*– se podría extender (y se debería extender) a todos los miembros de la sociedad, es en la visión positiva antes citada de los individuos sociales libremente asociados “*en necesidad de una totalidad de actividades de vida humana*”,¹⁰² que cumplirían sus tareas determinadas autónomamente en comunidad con los demás sobre la base de su necesidad *interior*, su *necesidad* real.

101. *Ibid.* El subrayado es de Marx.

102. Marx, *Economic and Philosophic Manuscripts of 1844*, pp. 111-2.

Igualdad es otra categoría de relevancia socialista fundamental, con un período de gestación histórica muy prolongado. Comprensiblemente, está en estrecha conexión con la cuestión de la actividad productiva genuinamente autosatisfactoria en la vida de los individuos. Sin duda, originalmente fue concebida como una igualdad *sustantiva*. Porque se le propugnó como un tipo de relación humana apropiada para disminuir significativamente las restricciones y contradicciones discriminatorias, y con ello enriquecer la vida de los individuos no sólo en términos materiales, sino también como resultado de la introducción de un mayor grado de equidad y justicia en sus intercambios con los demás. Por supuesto, en esas preocupaciones había también un obvio aspecto *clasista*, y se argumentaba a favor de la eliminación de algunas medidas y normas preestablecidas y osificadas de sometimiento y subordinación. Postulaba el mejoramiento de las condiciones generales del bienestar en la sociedad, gracias a un manejo de sus problemas más comprensivo y menos conflictivo, en contraste con las posteriores *marchas atrás* que, todo lo contrario, aseveraban que cualquier intento de propagación de la igualdad terminaría ineludiblemente en *nivelación hacia abajo*, y por consiguiente traería consigo la creación de *conflictos insuperables*.

Las acusaciones descalificadoras a priori que afirmaban la necesaria conexión entre la introducción de un mayor grado de igualdad sustantiva y la “*distribución equitativa de la miseria*” constituían una manifestación típica de esa línea de enfoque, y reflejaban la relación de fuerzas realmente existente, abrumadoramente a favor del inicuo orden establecido. El brutal exterminio de la secreta “Sociedad de los Iguales” de François Babeuf fue también una clara indicación de cuán negativamente estaba sellado el destino de quienes presionaban por una igualdad sustantiva, con el afianzamiento de las nuevas formas de desigualdad en la secuela de la Revolución Francesa. El orden socioeconómico estabilizado del capital, que aseguraba firmemente la *subordinación estructural* de la clase trabajadora sometida, no podía brindarle espacio de acción a nada que no fuesen las medidas de igualdad estrictamente *formal*, más restringidas y limitadas a la legitimación del sometimiento “*contractual*” de los trabajadores a

los intereses materiales dominantes. Es así como una de las grandes promesas del movimiento de la Ilustración terminó sus días como el lejano recuerdo de una noble ilusión.

No obstante, éste no es en modo alguno el final del cuento. Porque con la aparición del trabajo organizado en la escena histórica, con sus pretensiones de ser el portador de una alternativa hegemónica viable de orden socioeconómico, político y cultural, el tema de la igualdad sustantiva se reabrió de manera radicalmente diferente. Fue reabierto en forma de la aseveración, no de la *igualdad de clases* sino de la necesidad de ponerle punto final a la *desigualdad de clases en sí*, mediante la instauración de una *sociedad sin clases*. En consecuencia, el tema quedó definido en esa forma revivida como la propugnación más enfática de la *igualdad sustantiva*. Y no se trata de un *desiderátum*. Porque el hecho es que en cualquier otra forma el orden social socialista previsto resultaría impracticable. En otras palabras, en este respecto la alternativa es que o bien la idea de instituir un orden metabólico social cualitativamente diferente –sin clases– tiene que ser abandonada como una ilusión insostenible, como ocurrió con las grandes ilusiones del movimiento de la Ilustración, o de lo contrario tiene que ser articulada en la práctica y firmemente consolidada en todos sus aspectos fundamentales como una sociedad sustentable también a largo plazo y basada en la *igualdad sustantiva*.

3. El papel clave de la igualdad sustantiva en el desarrollo de la “conciencia de sí misma (autoconciencia) positiva de la humanidad”

Las razones para presentar el asunto en forma de esa dura alternativa son absolutamente obligantes. Porque las acusaciones hechas en contra de los que insisten en su preocupación por la realización de la igualdad sustantiva –de insalvables “idealistas” y “soñadores utópicos” que están atados a las reminiscencias de una ilusión de la Ilustración– no sólo resultan ser una moda conveniente, aunque en verdad también lo sean. Es que este tipo de crítica –de hecho muy agresiva sea que se dé tras un rostro sonreído, o tras un puño de hierro

bajo guante de terciopelo– tiene aspectos mucho más graves. Porque, en su falaz apologética del orden establecido, aparenta no estar en la necesidad de probar y substanciar su posición de rechazo categórico, asumiendo a favor propio que una vacía referencia descalificadora a un pasado presuntamente enterrado para siempre (el imperdonablemente ilusorio movimiento de la Ilustración), convierte a cualquier prueba en algo absolutamente superfluo: un recurso metodológico preferido al servicio de la justificación de lo injustificable.

De esa manera, un espacio vital que en la práctica es de controversia teórica de suma importancia, es decretado arbitrariamente “fuera de la cancha”, a cuenta de simplemente estar en conexión con una tradición intelectual que en su época trató de responder genuinamente a algunos graves problemas y entuertos del orden social establecido, si bien resultó incapaz de hacerlo sin postular sus propias ilusiones para resolverlos. El hecho de que el pasado descalificado –descartado en el interés más o menos camuflado de descalificar el presente– pertenezca a la larga *gestación histórica* de una preocupación *socialmente irreprimible*, y que una crítica legítima de la Ilustración debería investigar *por qué* sus soluciones tuvieron que ser de muchas maneras ilusorias, debido a las *determinaciones clasistas subyacentes*, no pueden siquiera ser mencionados. Porque lo que hay que ocultar a la vista es la circunstancia de que el propio tema de la igualdad le concierne al principio orientador estratégicamente crucial de la *necesaria transformación cualitativa* del orden establecido insostenible, aunque el imperativo de la superación radical de ese orden, orientado por el principio de la *igualdad sustantiva* y no formal, sólo pueda ser formulado en la presente etapa del desarrollo histórico en forma de nuestra cruda alternativa. Pues al descalificar apriorísticamente toda preocupación por la igualdad, ellos pueden fácilmente hacer lo mismo con todos los otros principios orientadores fundamentales de una transformación socialista de la sociedad sustentable y estrechamente vinculada con los requerimientos de la igualdad sustantiva.

Redefinir las condiciones fundamentales del modo alternativo históricamente viable de reproducción metabólica social, en concordancia con el principio de la igualdad sustantiva, constituye una

parte esencial de la estrategia socialista. Porque la igualdad sustantiva no es nada más *uno* de los muchos principios orientadores de la empresa socialista., sino que ocupa una posición *clave* dentro del marco categorial general de la alternativa hegemónica del trabajo al orden reproductivo social establecido. Porque casi todo el resto de los principios orientadores vitales de la estrategia socialista sólo pueden adquirir su *significado pleno* en conjunción estrecha con el requerimiento de la igualdad sustantiva. No en un sentido *absoluto*, por supuesto, ya que no se podría aseverar ni una primacía *estructural* ni una precedencia *histórica* a favor de la igualdad sustantiva en contraposición a las demás características definitorias importantes de la estrategia socialista, dado que lo que nos interesa aquí es un conjunto de interrelaciones y determinaciones recíprocas dialécticas. No obstante, como pronto veremos, la igualdad sustantiva ocupa la posición de *primus inter pares* (es decir, la posición del “primero entre iguales”) en esa compleja relación de reciprocidad dialéctica, que no sólo resulta *compatible* con, sino que es también *requerida* por la correlación dialéctica en cuestión, históricamente en desenvolvimiento y recíprocamente enriquecedora. Los demás principios orientadores categoriales no son *menos importantes o más obviabiles*, sino *más específicos* y ligados al contexto que la igualdad sustantiva. Para ponerlo en términos más explícitos, todos guardan una conexión bastante directa con la igualdad sustantiva, pero no necesariamente entre ellos, salvo por sus complicadas mediaciones indirectas entre sí. Por eso la igualdad sustantiva puede, y debe, ocupar la posición de *primus inter pares* en un complejo general del desarrollo estratégico del que *ninguno* de los otros puede ser omitido, ni ciertamente pudiese siquiera ser excluido temporalmente en aras de la conveniencia.

Están también las principales clases en las que las categorías y principios orientadores particulares de la empresa estratégica socialista pueden estar temáticamente relacionados unos con otros: (1) la cuestión de los *antagonismos* estructuralmente insuperables del orden establecido, y la vía alternativa hegemónica de organizar la reproducción metabólica social; (2) los principios operativos reque-

ridos para la realización de la forma históricamente sustentable de actividad *productiva* en el orden alternativo hegemónico; y el tipo de *distribución* en armonía con esa clase de reproducción social; (3) la relación entre los principios categoriales de *negación –vis-à-vis* el orden metabólico social del capital dominante– y la articulación *inherentemente positiva* de la alternativa histórica; y (4) la conexión categorial entre los *valores* dominantes de la sociedad heredados, junto con la definición en positivo de las alternativas propugnadas, así como la revaloración de la relación entre la *conciencia individual y la conciencia social*, incluido el espinoso tema de la “falsa conciencia”. En las cuatro clases la conexión de las categorías y principios orientadores particulares con la igualdad sustantiva es muy clara.

(1) Una de las razones más obligantes del por qué el orden alternativo hegemónico del trabajo es sustentable sólo sobre la base de la institución y la subsiguiente consolidación de la igualdad sustantiva, es que la *adversariedad* –endémica en el sistema de dominación y subordinación del capital, dividido antagonicamente y afianzado estructuralmente, que en nuestro tiempo asume formas particularmente destructivas –no puede ser superada de manera permanente sin ella. Los mecanismos *formales* de las sociedades, incluidas aquéllas con una tradición democrática muy larga y muy vastamente difundida, virtualmente nada pudieron lograr al respecto. Por el contrario, en los tiempos recientes se movieron en la dirección opuesta, con recortes gravemente institucionales de incluso las libertades constitucionales y civiles más elementales, en creciente escala. Evidentemente, la relación no sólo entre la humanidad y la naturaleza, sino también entre los Estados y las naciones, así como entre los individuos particulares, tiene que estar *mediada* en todas las formas de sociedad concebibles. Peligrosamente para el futuro de la humanidad, el sistema del capital es incapaz de funcionar de otra manera que mediante la imposición –por los medios más violentos cada vez que resulte necesario, incluidas las guerras mundiales potencialmente catastróficas– de *formas y modalidades de mediación antagonicas* (a través de la estructura clasista discriminatoria y jerárquica, y de

la fuerza ejercida por el estado capitalista). Sólo sobre la base de la igualdad sustantiva se hace posible concebir las necesarias formas de mediación *no antagónicas* entre los seres humanos en todos los niveles, de una manera históricamente sustentable. Es importante también insistir en este contexto en que lo que está en juego no es cuestión de determinaciones sociales abstractas, que se pueden imponer desde arriba a la manera de las formas heredadas de la toma de decisiones autoritaria, típica del modo de control metabólico social del capital. Puesto que las decisiones tomadas directamente afectan la vida de *cada individuo particular*, la mediación no antagónica, a través de su participación activa en el vital campo productivo material, político y cultural, sólo es concebible sobre una base significativamente *consensual*, y no ficticiamente “tácita”, vacíamente formal o arbitrariamente fabricada. Y eso subraya una vez más la relevancia de la igualdad sustantiva.

(2) El desafío histórico concerniente al modo de *producción y reproducción social* establecido se manifiesta claramente en nuestro tiempo en relación con algunos aspectos fundamentales. En ninguno de ellos los problemas subyacentes podrían ser conceptuados en términos sociales genéricos, porque no pueden ser abstraídos de los *individuos* sociales particulares, con sus necesidades y motivaciones *cualitativas* que piden soluciones apropiadas en ese mismo sentido. Puesto que el entrar en detalles en esas materias resultaría demasiado largo, en el contexto presente sólo es posible enumerarlas brevemente.¹⁰³ Al respecto, ya hemos visto uno de los principios operativos claves de la alternativa socialista, concerniente a la *planificación* en el sentido apropiado del término, en oposición a sus inviables variedades *post festum* bajo las condiciones sociohistóricas hoy prevaletes. Es necesario añadirle a esa preocupación vital algunos aspectos igualmente importantes, conectados con una cantidad de principios orientadores socialistas que deben arraigarse profundamente, a fin de sustituir el orden reproductivo desperdiciador del capital por la

103. He estudiado esos problemas en considerable detalle en mi libro *El desafío y la carga del tiempo histórico*, Vadell Hermanos Editores, Caracas 2008. Ver en particular el Capítulo 6: “La teoría económica y la política: más allá del capital” (pp. 181-206), y el Capítulo 9: “El socialismo en el siglo XXI” (pp. 249-354).

alternativa hegemónica del trabajo. Esas preocupaciones se pueden reconocer en la relación, tratada a menudo de manera irrealista, entre *escasez* y *abundancia*, al igual que en la manera como la categoría de *necesidad* humana, definida cualitativamente, se confunde de manera tendenciosa con los *apetitos artificiales* capitalistamente convenientes, al servicio de la producción de mercancías, que les pueden ser impuestos de forma manipuladora a los individuos. En el mismo contexto es importante también examinar de manera crítica los criterios válidos de la *economía* productiva realmente sustentable, inseparable de la demanda significativa y absolutamente necesaria de que se *economice* (crucial también en relación con la cuestión de la derrota de la escasez), junto con la perenne propugnación socialista de un manejo del proceso de reproducción social en concordancia con los criterios cualitativos del *tiempo disponible*; en contraste con la tendencia *autoexpansionista* desperdiciadora e irresponsable del capital –seguida ciegamente sin importar lo peligrosas que puedan resultar las consecuencias de la incontrolable expansión del capital impuesta a la sociedad en nombre del casi mítico “crecimiento beneficioso”– y su relación con la cosificada contabilidad del tiempo, cuantificadora y necesariamente constreñidora del sistema.

Obviamente, el funcionamiento exitoso del principio orientador de la producción y la distribución en un orden socialista avanzado –“de cada quien de acuerdo con su *capacidad*, a cada quien de acuerdo con sus *necesidades*”– resulta inconcebible sin la aceptación conciente y la promoción activa de la igualdad sustantiva por parte de los individuos sociales. Pero debería estar igualmente claro que la definición y el funcionamiento *cualitativos* del *tiempo disponible* –la fuente potencial de la riqueza real (y no estrictamente mercantilizada) tanto del nuevo orden social en general como de los “individuos sociales ricos” en su sentido marxiano– tiene un sentido dual. Por una parte, significa el tiempo disponible total de la sociedad en su conjunto, racionalmente planificado y asignado a los propósitos escogidos, en lugar de ser dictados por las meras determinaciones económicas de la procura explotadora del tiempo mínimo provechoso por parte del capital. Pero el otro sentido de tiempo disponible no es

menos importante. Ni siquiera se le puede imaginar sin la contribución totalmente consensual de su actividad de vida significativa por parte de los individuos particulares; como se analiza en el contexto de la planificación genuina. Y una condición necesaria para convertir esas potencialidades en realidad, de la que tanto depende para que el orden alternativo resulte históricamente sustentable es, de nuevo, la adopción conciente de la igualdad sustantiva por parte de todos los involucrados.

(3) Naturalmente, el orden alternativo de la sociedad no puede ser instituido sin *negar* exitosamente en el mundo real el modo de reproducción metabólica social profundamente afianzado del capital. En ese sentido, la *negación* constituye una parte esencial de la empresa socialista bajo las circunstancias históricas prevaletentes. Ciertamente, en sus implicaciones inmediatas no es simplemente negación sino, de manera inevitable, al mismo tiempo “*la negación de la negación*”. Porque el adversario social impone su norma en forma de la negación, no sólo de la realidad, sino incluso de la más remota posibilidad de emancipación humana. Es por eso que la tarea inmediata tiene que ser definida en la literatura socialista como la “negación de la negación”. Sin embargo, tal definición negativa del desafío socialista está muy lejos de ser capaz de cumplir el mandato histórico en cuestión, porque continúa estando en *dependencia* de lo que trata de negar. Para poder tener éxito en el sentido histórico previsto, el enfoque socialista debe autodefinirse en términos *inherentemente positivos*. Marx lo dejó absolutamente claro cuando insistía en que “El socialismo es la conciencia de sí mismo positiva del hombre que ha dejado de estar mediado a través de la anulación de la religión, al igual que la *vida real* es la realidad positiva del hombre, que ha dejado de estar mediado a través de la anulación de la propiedad privada”.¹⁰⁴ Un orden social que siga dependiendo del objeto de su negación, no importa cuán justificado esté en sus términos históricos generales, no puede ofrecer el campo de acción requerido por el “ser humano rico”, cuya riqueza se dice que surge de

104. Marx, *Economic and Philosophic Manuscripts of 1844*, p. 114. El subrayado es de Marx.

su actividad de vida significativa “como una carencia interior, como *necesidad*”: una determinación inherentemente *positiva*. Porque la definición negativa del propio escenario social en el que deben actuar los individuos de manera continua, obligadamente *prejuzgaría* y *contradeciría* –gracias a su propia negatividad– las *metas* y los *objetivos* que se espera fijarán *autónoma y libremente* los propios individuos en un orden histórico *abierto*. Más aún, también en términos sociales generales, no es posible imaginar el requerimiento de una *mediación no antagónica* de la relación de la humanidad con el orden natural, así como la apropiada regulación de los intercambios *cooperativos* de los individuos sociales particulares entre sí, en términos de la negación de la negación. La característica definitoria vital de la única modalidad viable del orden histórico alternativo es la *automediación*. Pero postular la automediación de manera negativa constituiría también una incongruencia. Naturalmente, sobre la base de esas importantes condicionantes, ya casi resulta innecesario añadir que el principio orientador y operativo de la igualdad sustantiva es un constituyente necesario del *socialismo como “conciencia de sí misma positiva” de la humanidad*.

(4) Los valores necesariamente heredados del modo de control metabólico social del capital, con su feroz cultivo de cuanto parezca concordar con el imperativo práctico del sistema de dominación y subordinación estructuralmente afianzada, resultan totalmente inadecuados para la realización de los objetivos del orden socialista. Pudimos ver antes de qué manera y hasta qué grado los ideales alguna vez propugnados –como los de libertad, fraternidad e igualdad, por ejemplo– tenían que verse vaciados por completo de su antiguo contenido en el transcurso de la fase descendente del desarrollo del capital. Toda conexión con la tradición ilustrada de la burguesía progresista tenía que ser rota, como en realidad lo fue, y las referencias a la “libertad” y la “democracia” son utilizadas hoy día cínicamente al servicio de los propósitos políticos estatales y genocidas militares que son opresivos, y con frecuencia hasta muy brutalmente violentos, a pesar de su presentación hipócrita. El deliberado cultivo y difusión de la falsa conciencia por la ideo-

logía dominante, gracias a su monopolio virtual de los medios y mecanismos de comunicación de masas, reforzado en gran medida por las prácticas dominantes del orden productivo fetichista del capital, entra en el mismo cuadro. Comprensiblemente, entonces, la alternativa radical del orden histórico nuevo tiene que ser articulada consistentemente también en el campo de los valores. Uno de los requerimientos principales en este respecto es que todos los valores propugnados, y no sólo la igualdad, tienen que surgir del desenvolvimiento real de la práctica social y deben ser definidos en términos *sustantivos*. Constituía una característica capital de las concepciones del orden reproductivo del capital, incluso en su fase ascendente del desarrollo, el que – debido a las inextirpables divisiones y contradicciones *de clase* del sistema– la dimensión sustantiva fuera puesta en segundo plano y en su lugar se ofreció la definición *formal* de los valores positivos. En este respecto baste recordar el tratamiento que le dio Kant a la cuestión de la *igualdad*.¹⁰⁵ Obviamente, el valor de la *libertad* requiere de tanta determinación sustantiva de su naturaleza en el orden reproductivo socialista como el de la *igualdad*. Lo mismo vale para *solidaridad*, *cooperación* y *responsabilidad*, por nombrar tan sólo algunos de los valores más importantes en el orden alternativo hegemónico del trabajo. Todos esos conceptos, en compañía del de igualdad y libertad, se podrían reducir a su esqueleto formalizado, como de hecho lo fueron, y además característicamente transfigurados, cuando se les propugnaba incluso en el pasado capitalista progresista. En el marco socialista adquirirán su legitimidad sólo si se les adopta como valores y principios orientadores en su genuino –y sumamente importante– sentido sustantivo. Otro aspecto vital de ese problema es que las determinaciones de valor del orden socialista no pueden prevalecer positivamente a menos que la conciencia individual y la social sean reunidas apropiadamente en la práctica social. Y ello será posible sólo si los individuos sociales particulares, como productores libremente asociados, pueden realizar autónomamente

105. Ver Kant, “Theory and Practica Concerning the Common Saying: This May Be True in Theory But Does Not Apply to Practice”, en Carl J. Friesrich (ed.), *Immanuel Kant’s Moral and Political Writings*, Random House, Nueva York, 1949, pp. 417-8.

los valores en cuestión, en su realidad sustantiva. Esa es la única manera de evitar el peligro del “restablecimiento de la ‘sociedad’ como una abstracción enfrentada al individuo”, para recordar la advertencia de Marx.

La reflexión categorial del antagonismo social desde la perspectiva del capital siempre fue problemática, y ha venido empeorando con el paso del tiempo. Naturalmente, existen varias razones poderosas para ello. Así, en cualquier intento de hallar soluciones permanentes para esos asuntos, se hace necesario subrayar el papel clave de la práctica social transformadora. Como lo hemos dicho antes, los dualismos y dicotomías de la tradición filosófica poscartesiana nacieron de una práctica social determinada, abrumadas con el peso de sus problemas insolubles. Eran las conceptualizaciones representativas de *antinomias prácticas* hondamente arraigadas. Pensar en resolverlas de manera teórica, simplemente por medio de la adopción de un marco categorial diferente, hubiese sido totalmente irreal. Es verdad, por supuesto, que no es posible concebir la práctica revolucionaria sin la contribución de la teoría revolucionaria. Sin embargo, la primacía le pertenece a la práctica emancipadora misma. No podemos anticipar de un modo distinto la solución de los difíciles problemas, entrelazados de tantas maneras, como hemos analizado en esta sección, sin prever la institución de un orden social alternativo a partir del cual las *antinomias y contradicciones prácticas* del modo de reproducción social del capital sean efectivamente eliminadas.



VII

**Una crisis estructural
del sistema¹⁰⁶**

106. *Socialist Review*, January 2009. Entrevista concedida a Judith Orr y Patrick Ward.

La clase dominante siempre se sorprende con las crisis económicas y habla de ellas como si fuesen aberraciones. ¿Por qué cree usted que las crisis son inherentes al capitalismo?

Oí recientemente a Edmund Phelps, ganador del Premio Nobel de Economía en 2006. Phelps es un tipo nekeynesiano. Estaba, por supuesto, glorificando al capitalismo y presentando los problemas actuales apenas como un contratiempo, diciendo que “todo lo que debemos hacer es traer de vuelta las ideas keynesianas y la regulación”.

John Maynard Keynes creía que el capitalismo era ideal, pero quería regularlo. Phelps reproducía la grotesca idea de que el sistema es como un compositor de música. Puede tener algunos días malos, de pereza en los cuales no puede producir, pero si usted lo mira globalmente verá que es maravilloso. Piense en Mozart —él debió haber tenido también algún mal día. Así es el capitalismo en crisis, como los días malos de Mozart. Quien crea esto debería hacerse examinar la cabeza. Pero Phelps, en lugar de hacerse examinar, ganó un premio.

Si nuestros adversarios tienen ese nivel de pensamiento —lo cual ha sido demostrado ahora, tras un periodo de 50 años, y no sólo un resbalón accidental de un economista premiado— podríamos decir, “qué alegría, qué bajo es el nivel de nuestro adversario”. Pero con ese tipo de concepciones usted acaba en el desastre que experimentamos todos los días. Nos hemos hundido en una deuda astronómica. Las deudas reales en este país (Inglaterra) deben ser contadas en trillones.

Pero el punto importante es que se han practicado orgías financieras como resultado de la crisis estructural del sistema productivo. No es un accidente que el dinero haya inundado de modo tan alegre el sector financiero. La acumulación de capital no podría funcionar adecuadamente en el ámbito de la economía productiva.

Estamos hablando de una crisis estructural del sistema. Se extiende por todas partes e incluso quebranta nuestra relación con la naturaleza, minando las condiciones fundamentales para la supervivencia del género humano. Por ejemplo, cada poco tiempo se anuncian algunas metas para disminuir la contaminación. Incluso tenemos un ministerio de la energía y del cambio climático, que en verdad es un ministro del aire caliente, porque no hace nada, aparte de ponerse metas. Pero la meta nunca se alcanza, ni siquiera se aproximan a ella. Ésta es una parte integral de la crisis estructural del sistema y sólo soluciones estructurales pueden sacarnos de esta terrible situación.

Usted ha descrito a los Estados Unidos como un imperialismo de tarjeta de crédito (credit-card imperialism). ¿Qué quería decir con eso?

Cito al senador norteamericano George McGovern en la guerra de Vietnam. Él dijo que los EE UU habían conducido la guerra de Vietnam como si lo hubieran hecho con una tarjeta de crédito. El reciente endeudamiento de EE UU los está amargando ahora. Ese tipo de economía sólo avanza mientras el resto del mundo les puede sustentar su deuda.

Los Estados Unidos están en una posición única porque ha sido el país dominante desde el acuerdo de Bretton Woods. Es una fantasía que una solución neokeynesiana y un nuevo Bretton Woods resolverían cualquiera de los problemas actuales. El dominio que Estados Unidos formalizó sobre Bretton Woods inmediatamente después de la Segunda Guerra era económicamente realista. La economía norteamericana estaba en una posición mucho más poderosa que cualquier otra economía del mundo. Bretton Woods estableció

todas las instituciones económicas internacionales vitales basándose en el privilegio de Estados Unidos. Todavía sigue habiendo el privilegio del dólar, a través del Fondo Monetario Internacional, las organizaciones comerciales, el Banco Mundial, todo estaba bajo la dominación de los Estados Unidos, y así permanece todavía.

No se puede hacer como que esto no existe. Usted no puede fantasear con reformarlo todo y plantear ligeras regulaciones aquí y allá. Imaginar que Barack Obama va a abandonar la posición dominante de la que Estados Unidos goza –apoyada por la dominación militar– es un error.

Karl Marx llamó a la clase dominante “banda de hermanos que guerreaban”. ¿Usted cree que la clase dominante va a trabajar unida, internacionalmente, para encontrar una solución?

En el pasado el imperialismo implicó a varios actores dominantes que aseguraron sus intereses a expensas de dos horribles guerras mundiales en el siglo XX. Las guerras parciales, no importa lo horribles que sean, no pueden ser comparadas al realineamiento del poder y de la economía que produciría una nueva guerra mundial.

Pero imaginar una nueva guerra mundial es imposible. Por supuesto que todavía hay algunos lunáticos en el campo militar que no negarían esa posibilidad. Pero significaría la destrucción total de la humanidad.

Tenemos que pensar en las implicaciones de todo esto para el sistema del capital. Era una ley fundamental del sistema que si una fuerza no podía ser asegurada por la dominación económica, entonces se recurriría a la guerra.

El imperialismo global hegemónico se ha alcanzado y ha funcionado con bastante éxito desde la Segunda Guerra Mundial. ¿Pero ese tipo de sistema es permanente? ¿Es concebible que no surjan contradicciones en el futuro?

Desde China se han apuntado algunas pistas de que ese tipo de dominación económica no puede avanzar indefinidamente. China no será capaz de seguir financiando eso. Las implicaciones y las consecuencias para China son muy significativas. Deng Xiaoping dijo una vez que no importa el color del gato –si es capitalista o socialista– siempre y cuando coja al ratón. ¿Pero y si, en lugar de la feliz cacería del ratón se termina en una horrenda plaga de ratones de desempleo masivo? Eso ya está ocurriendo en China.

Esas cosas son inherentes a las contradicciones y a los antagonismos del sistema del capital. Por lo tanto, tenemos que pensar en resolverlos de una manera radicalmente diferente, y la única manera es una genuina transformación socialista del sistema.

¿No existe la posibilidad de que alguna parte de la economía mundial se desacople como resultado de esta situación?

¡Imposible! La globalización es una condición necesaria del desarrollo humano desde que la extensión del sistema capitalista se volvió claramente visible. Marx ya teorizó sobre esto. Martin Wolf, del *Financial Times* se ha quejado de que hay muchos pequeños, insignificantes Estados que causan problemas. Argumenta que es necesario una “integración jurisdiccional”, en otras palabras, una completa integración imperialista –un concepto fantasioso. Se trata de una expresión de las contradicciones y antagonismos indescifrables de la globalización capitalista. La globalización es una necesidad, pero la forma en que se hará posible, realizable y sostenible es la de una globalización socialista, en base a principios socialistas de igualdad real.

Aunque no es concebible ninguna segregación de la historia mundial, eso no significa que en cualquier fase, en todas partes del mundo, haya uniformidad. Se están desarrollando cosas muy diferentes en América Latina, en comparación con Europa, por no mencionar lo que ya señalé sobre China, el Sudeste Asiático y Japón, que está sumergido en problemas más profundos.

Vamos a recordar un poco. ¿Cuántos milagros tuvimos en el periodo de la posguerra? El milagro alemán, el milagro brasileño, el milagro japonés, el milagro de los cinco Tigres Asiáticos. Es gracioso que todos esos milagros se hayan convertido en la más trivial y terrible realidad. El denominador común de todas esas realidades es un endeudamiento y fraude desastrosos.

El responsable de un fondo de inversión fue presuntamente enuelto en un fraude de 50 mil millones de dólares. General Motors y otras compañías pedían al gobierno norteamericano solamente 14 mil millones de dólares. ¡Qué modestos! Deberían haberles dado 100 mil millones. Si un fondo de seguro (*hedge*) capitalista puede organizar un fraude de 50 mil millones, debe poder conseguir todos los fondos posibles.

Un sistema que opera en esta forma tan moralmente podrida no puede sobrevivir, porque es incontrolable. La gente admite que no sabe como funciona. La solución no es desesperarse, pero hay que controlarlo en nombre de la responsabilidad social y de una radical transformación de la sociedad.

La tendencia inherente del capitalismo es exprimir a los trabajadores tanto como sea posible, y eso es lo que están intentando hacer los gobiernos en la Gran Bretaña y en Estados Unidos.

Lo único que pueden hacer es mediar en el recorte de los salarios de los trabajadores. La principal razón por la cuál el Senado rechazó inyectar 14 mil millones de dólares en las tres mayores compañías de automóviles es que no podían conseguir un acuerdo sobre una drástica reducción de los salarios. Piense en el efecto de eso y en las obligaciones que esos trabajadores tienen –por ejemplo, pagar pesadas hipotecas. Pedirles que sencillamente pasen a recibir la mitad de sus sueldos generaría otros tipos de problemas en la economía –de nuevo, la contradicción.

Capital y contradicciones son inseparables. Tenemos que ir más allá de las manifestaciones superficiales de esas contradicciones, a sus raíces. Se consigue manipularlas aquí y allí, pero volverán como una venganza. Las contradicciones no pueden esconderse debajo de la alfombra indefinidamente, porque la moqueta, ahora, se está convirtiendo en una montaña.

Usted estudió con Georg Lukács, un marxista que se remonta al periodo de la Revolución Rusa y más allá.

Trabajé con Lukács siete años, antes de dejar Hungría en 1956 y seguimos siendo amigos íntimos hasta su muerte, en 1971. Coincidíamos y por eso quise estudiar con él. Sucedió que cuando llegué para estudiar con él, lo estaban atacando de forma muy feroz y abiertamente en público. No podía aguantar aquello y lo defendí, lo que me generó todo tipo de complicaciones. Así que dejé Hungría, había sido designado por Lukács profesor en la universidad, enseñando estética. La razón por la cual dejé el país fue precisamente porque estaba convencido de que lo que estaba pasando era una diversidad de problemas muy fundamentales que el sistema no podría resolver.

Desde entonces intenté formular e investigar esos problemas en mis libros. En particular, en “La Teoría de la alienación en Marx” y “Más allá del Capital”. Lukács acostumbraba decir, correctamente, que sin estrategia no se puede tener táctica. Sin una perspectiva estratégica de esos problemas usted no puede tener soluciones para el día a día. Entonces intenté analizar a fondo los problemas, porque no pueden ser tratados sencillamente en el nivel de un artículo que sólo relate lo que está sucediendo hoy, aunque haya una gran tentación de hacer eso. En lugar de esto, el problema se ha de presentar desde una perspectiva histórica. Vengo publicando desde que mi primer ensayo sustancial apareció, en 1950, en un periódico literario en Hungría y desde entonces trabajo tanto como puedo. En

la medida de nuestros modestos medios, aportamos nuestra contribución para cambiar las cosas. Es lo que he intentado hacer a lo largo de toda mi vida.

¿Qué piensa usted de las posibilidades de cambio en este momento?

Los socialistas son los últimos en minimizar las dificultades que entraña una solución. Los apologistas del capital, tanto si son neokeynesianos u otros, tan solo generan soluciones simplistas. No pienso que podemos considerar la crisis actual de la misma manera que lo hicimos en el pasado. La crisis actual es profunda. El director sustituto del Banco de Inglaterra ha admitido que ésta es la mayor crisis económica en la historia de la humanidad. Agregaría solamente que no es sólo la mayor crisis económica en la historia humana, sino la crisis más grande en todos los sentidos. Las crisis económicas no pueden ser separadas del resto del sistema.

El fraude y la dominación del capital y la explotación de la clase trabajadora no pueden continuar por siempre. Los productores no pueden ser puestos constantemente y para siempre bajo control. Marx argumenta que los capitalistas son personificaciones del capital. No son agentes libres; están ejecutando imperativos del sistema. Entonces, el problema de la humanidad no es tan sencillo como vencer a una banda de capitalistas. Cambiar un tipo de personificación del capital por otro, sólo llevaría al mismo desastre antes o después de que hayamos terminado con la restauración del capitalismo.

Los problemas que la sociedad está enfrentando no surgieron en los últimos años. Tarde o temprano tienen que ser resueltos y no, como plantean los economistas ganadores del Premio Nobel, fantaseando en el interior del sistema. La única solución posible está en una reproducción social basada en el control por parte de los productores. Esa fue siempre la idea del socialismo.

Hemos alcanzado los límites históricos de la capacidad del capital para controlar la sociedad. No pienso sólo en los bancos y las instituciones financieras, aunque ellos no puedan controlarla, sino en el resto. Cuando las cosas van mal nadie se hace responsable. De tanto en tanto los políticos dicen: “Yo acepto la total responsabilidad”, ¿y qué ocurre? Que son glorificados. La única alternativa posible es la clase obrera, que es la productora de todo lo necesario para nuestra vida. ¿Por qué no deberían ellos controlar lo que producen? Siempre enfatiqué en mis libros que decir no es relativamente fácil, pero tenemos que encontrar una dimensión positiva.

VIII

**Las tareas que nos aguardan:
Entrevista concedida a *Debate
Socialista* en marzo de 2009**

En Más allá del capital usted analiza la continua profundización de la crisis estructural del capital y la posibilidad de la destrucción de la humanidad relacionada con ella. ¿Indica la presente crisis económica global un cambio cualitativo en esa dirección?

La explosión global de la crisis estructural del capital

La crisis actualmente en desenvolvimiento es en verdad muy grave y en un sentido importante, diferente a la de estas últimas décadas. Sin duda, sigue siendo la misma crisis *estructural* que hemos venido experimentando desde finales de la década de los 60 o el inicio de la de los 70, pero es diferente en el sentido de que ahora la crisis *salió al descubierto globalmente con gran ímpetu*. Siempre estuve convencido de que los sucesos de mayo de 1968 en Francia formaban parte integral del obligado arranque de esa crisis estructural. A finales de 1967 –en una conversación con mi querido amigo Lucien Goldman, que en esos días todavía creía, como Marcuse, que el “capitalismo organizado” había logrado resolver los problemas del “capitalismo de crisis”– expresé mi convicción de que nos aguardaba la más grave de las crisis. Porque el llamado “capitalismo organizado” no resolvía ninguna crisis. Por el contrario, argumentaba yo en ese momento, la crisis a la que nos encaminamos tendrá que resultar incomparablemente más grave incluso que la “Gran Crisis Económica Mundial de 1929-1933”, en vista de su carácter verdaderamente global. Tendrá que ser global, he insistido desde entonces, en el sentido real del término por primera vez en la historia. Establecía allí un abierto contraste entre la *crisis estructural* del sistema del capital prevaleciente *epocalmente* en nuestro tiempo y las crisis económicas *cíclicas* y *coyunturales* del pasado. Las crisis *cíclicas* de ocurrencia

periódica continuarán siendo un rasgo prominente del *desarrollo coyuntural capitalista* hasta tanto el capitalismo sobreviva. Pero en nuestra propia época histórica se da un tipo de crisis mucho más fundamental, combinada con las crisis cíclicas bajo el capitalismo, que afecta a *todas las formas concebibles del sistema del capital como tal*, no sólo al capitalismo. La crisis estructural se hace valer en forma de una *activación de los límites absolutos del capital como modo de reproducción metabólica social*. Es por eso que el tipo soviético de sistema del capital –que no debe ser confundido con la extracción *primordialmente económica* del plustrabajo como *plusvalor* bajo el capitalismo, puesto que operaba sobre la base de la extracción *abrumadoramente política* del *plustrabajo*– tenía que derrumbarse bajo las contradicciones del desarrollo en intensificación global. Esto hay que enfatizarlo hoy con la mayor firmeza posible, precisamente a fin de evitar algunos de los engaños más dolorosos y sus correspondientes callejones sin salida del pasado, cuando encaremos los grandes desafíos de nuestro futuro.

En *Más allá del capital* escribí que

el “modo de desarrollarse” de la crisis estructural “se podría llamar *reptante* –en contraste con las erupciones y derrumbes más espectaculares y dramáticos del pasado– aunque agregando la salvedad de que no se pueden excluir convulsiones más vehementes o violentas en cuanto atañe al futuro; es decir, cuando a la compleja maquinaria ahora involucrada activamente en el “manejo de la crisis” y en el “desplazamiento” de las crecientes contradicciones se le acabe la gasolina.¹⁰⁷

Las dramáticas manifestaciones de nuestra presente crisis –desde la multiplicación de las llamadas “*huelgas de gato salvaje*” (i.e. *huelgas no autorizadas por los sindicatos*) en las regiones de mayor avance capitalista hasta los *disturbios por la comida* en más de 35 países, reportados nada menos que por una autoridad del *establishment* como el semanario londinense *The Economist*– indican que

107. *Más allá del capital*, Capítulo 18, Sección 2. Vadell Editores, p. 784.

las respuestas de las grandes masas del pueblo, gravemente afectadas por la que ya dejó de ser una crisis *financiera* fácilmente manipulable, pueden refutar enfáticamente las autocomplacientes consejas apologeticas del capital del pasado reciente. Porque se esperaba que el pueblo trabajador, atrapado por los límites acomodaticios de sus organizaciones defensivas –los sindicatos y partidos reformistas, de orientación estrictamente salarial– se comportara como “tierno minino”, y no como “*gato salvaje*”. Las llamadas “huelgas no autorizadas” (y las huelgas de solidaridad asociadas a ellas) fueron puestas fuera de la ley en Inglaterra por la brutal legislación thatcherista y, reveladoramente, esas leyes antisindicales no sólo fueron mantenidas (a pesar de algunas promesas preelectorales en sentido contrario), sino que además se vieron empeoradas por el gobierno “neolaborista”.

Así, la presente crisis es diferente en el sentido de que empieza a producir respuestas radicales desafiantes en una escala considerable. Y ese proceso está muy lejos de haber alcanzado su clímax. Al mismo tiempo, las medidas adoptadas con dudosos resultados por los gobiernos capitalistas dominantes –equivalentes a la *nacionalización de la bancarrota capitalista* gracias a la alucinante suma de *multibillones de dólares*– constituyen también clara evidencia de que no hay cosa más idiota que describir la presente crisis como tan sólo otra crisis cíclica tradicional del capitalismo productivamente insuperable, que será barrida del camino en uno o dos años, como los “campeones contratados del capital” (en palabras de Marx) la siguen caracterizando todavía hoy.

La crisis que se desarrolla con toda gravedad en nuestra época histórica es *estructural* precisamente en el sentido de que no puede ser barrida del camino ni siquiera gracias a los muchos *billones* de las operaciones de rescate del Estado capitalista. Así, la crisis estructural del sistema cada vez más profunda, junto con el fracaso demostrable de las medidas remediales intentadas en forma de aventurerismo militar y financiero en una escala antes inimaginable, hacen que el peligro de la autodestrucción de la humanidad resulte mayor que nunca. Porque tales peligros no pueden más que multiplicarse cuando las formas e instrumentos de control tradicionales

a disposición del orden establecido no logran cumplir con su tarea. No resulta sorprendente, entonces, que la potencia imperialista hoy dominante, los Estados Unidos, reclamen abiertamente el “derecho moral” a emplear armas nucleares cada vez que ella así lo decida, incluso contra países no nucleares.

¿Es posible una solución capitalista para esta crisis (con medidas neokeynesianas como la regulación y el proteccionismo)? ¿Cuál es su opinión acerca de algunas declaraciones gubernamentales (como las de Lula) de que resulta posible mantener a algunos países desconectados del desbarajuste?

En lugar de las ilusiones neokeynesianas: la ofensiva estratégica de las fuerzas antisistémicas

Una de las ilusiones comprensibles pero en definitiva autoderrotistas de las que debemos guardarnos es la de cualquier forma de *neokeynesianismo*, incluido el llamado *keynesianismo de izquierda*. Los llamados a revivirlo hoy resultan comprensibles, porque se corresponden con *la línea de menor resistencia* a la que las personificaciones del capital pueden llegar a acceder *temporalmente* bajo las circunstancias de una crisis de envergadura. Bajo tales circunstancias las personificaciones del capital están deseosas de emplear medidas intervencionistas de Estado keynesianas para la *reestabilización de su sistema*, y hacerlo hasta cuando puedan revertir de un todo sus “*concesiones*” y regresar al *status quo ante*.

En ese sentido los voceros destacados del capital están hoy llamando abiertamente a la *nacionalización de algunos bancos importantes*, y están también comprometidos en la implementación de esa propuesta en una forma que convenga a sus intereses. Ciertamente, en Inglaterra han instituido en estos días una forma muy hipócrita de “nacionalización” de casi todos los grandes bancos (totalmente en quiebra). Los voceros del capital agregan desvergonzadamente al mismo tiempo que “en su debida oportunidad los bancos públicamente recapitalizados serán devueltos de nuevo al sector privado”.

Lo pueden decir abiertamente porque ya habían “nacionalizado” la quiebra capitalista antes (en Inglaterra inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, a gran escala), y “reprivatizado” todos los elementos principales de la nacionalización de la posguerra luego de haberlos engordado apropiadamente con los generosos recursos de los fondos públicos. Y confían en que podrán volver a hacer el mismo truco una vez que la crisis haya pasado.

Sin duda, los voceros del capital no están errados del todo en su disposición “prokeynesiana”. Es así porque dependerá primordialmente de las organizaciones de la clase trabajadora el que ese tipo de enfoque de sus adversarios pueda prevalecer o no al final. Porque incluso una crisis histórica de envergadura no puede cumplir de manera espontánea la difícil tarea de la requerida acción organizada, estratégicamente viable y combativa del movimiento laboral. La presente situación no resulta ser, en modo alguno, única al respecto. Las oportunidades históricamente promisorias para una transformación radical tan necesitada no sólo pueden surgir de tiempo en tiempo, sino también se pueden perder. Sobre ese particular escribí en un artículo publicado por primera vez en Brasil en 1983 y reimpresso en la Parte 4 de *Más allá del capital*, que

Las épocas de grandes crisis económicas abren siempre una brecha considerable en el orden establecido, que ya no puede lograr cumplir las promesas que le servían de justificación incuestionable. Tales brechas pueden ser ensanchadas, al servicio de la reestructuración social, o ciertamente cerradas por un período de mayor o menor duración, en interés de la continuada supervivencia del capital, dependiendo de las circunstancias históricas generales y de la relación de fuerzas en la arena política y social. (...)

Sin embargo, puesto que las manifestaciones *inmediatas* de la crisis son *económicas* –desde la inflación hasta el desempleo, y desde la quiebra de la industria y las empresas comerciales locales hasta una guerra comercial general y el potencial colapso del sistema financiero internacional– la presión que se origina sobre la base social vigente tiende inevitablemente

a definir la tarea inmediata en términos de hallar respuestas *económicas* urgentes al nivel de las propias manifestaciones de crisis, mientras se dejan intactas sus *causas sociales*.

Así, la definición económica de lo que *se necesita* hacer y de lo que *se puede* hacer bajo las circunstancias de la reconocida “emergencia económica” –desde “apretarse el cinturón” y “aceptar los sacrificios necesarios” hasta “crear empleos reales”, “inyectar nuevos fondos de inversión”, “incrementar la productividad”, etc.– le impone las *premisas sociales* del orden establecido (en nombre de imperativos puramente *económicos*) a la iniciativa política socialista potencialmente favorecida por la crisis, antes de su impensada readopción del horizonte social/económico del capital. Como resultado, el potencial reestructurador de la política revolucionaria se ve anulado al disiparse en el curso de una lucha contra tareas económicas definidas con estrechez –invariablemente a expensas de sus propios partidarios– dentro del marco de las viejas premisas sociales y determinaciones estructurales, para así terminar, como cosa de cruel ironía, con la *revitalización del capital* contra las intenciones originales. (...)

Así, para coronar su objetivo original, en el punto culminante de la crisis la política radical debe transferir sus aspiraciones –en forma de *poderes de toma de decisión* efectivos a todos los niveles y en todas las áreas, incluida la economía– al cuerpo social mismo, del cual emanarían subsiguientes exigencias materiales y políticas. Ésta es la manera como la única política radical podría sostener su propia línea de estrategia, en vez de militar en contra de ella.

Tal transferencia del poder político, junto con su implantación en la estructura sociopolítica misma, resulta factible tan sólo en tiempos de *grandes crisis estructurales*: es decir, cuando las premisas tradicionales del metabolismo social/económico dominante no solamente *pueden* sino que además *deben* ser cuestionadas. (...) Si, no obstante, el cuestionamiento permanece atrapado dentro de los confines de las formas estrictamente institucionales de la acción política, está destinado a ser derrotado por el resurgimiento de la inercia económica y política/institucional del pasado.

La alternativa para no resultar atrapados de ese modo es utilizar los potenciales críticos/liberadores inherentes al momento históricamente favorable de la política socialista para convertir sus objetivos radicales en una dimensión duradera del cuerpo social en su conjunto. Y hacerlo mediante la afirmación y difusión de su propio poder transitorio a través de una efectiva transferencia del poder a la esfera de la *actividad autónoma de las masas*.¹⁰⁸

Vivimos en un período histórico de crisis estructural fundamental que ciertamente podría abrir una brecha considerable en el orden establecido, porque ese orden ya no sigue siendo capaz de proporcionar los bienes que le servían de justificación –durante demasiado largo tiempo indiscutida– en el pasado. También hoy, los remedios neokeynesianos para la crisis actualmente en desarrollo tan sólo podrían rellenar la brecha, revitalizando temporalmente al capital en pro de su supervivencia continuada, como ya sucedió en el período posbélico de la expansión del capital keynesiana. Así ocurriría inevitablemente, sin importar cuán subjetivamente bienintencionadas pudiesen ser las intenciones de las personas –en contraste con las cínicamente calculadoras personificaciones intervencionistas del Estado del capital– que siguen propugnando políticas “keynesianas de izquierda” de “reforma social redistributiva” intentadas con anterioridad y, desde el punto de vista de la clase trabajadora, definitivamente fracasadas.

Reveladoramente, bajo las circunstancias presentes de la crisis del capital en dramático desarrollo, los trabajadores son inducidos –en Inglaterra por sus propios representantes sindicales, para no mencionar a “su” Nuevo Partido Laborista– a acceder a “apretarse el cinturón” y “aceptar los sacrificios necesarios”, incluidos no solamente la congelación de los salarios durante dos años sino, además, recortes salariales importantes –en pro de la reestabilización del sistema, con la promesa vacía de alguna mejora en la “poscrisis”

108. “Radical Politics and Transition to Socialism”, *Beyond Capital*, pp. 949-951. *Para além do Capital*, pp. 1076-78. *Más allá del capital*, 1095-98. Publicado por primera vez en *Escrita Ensaio*, Año V, Nº 11-12, Sao Paulo, 1983.

futura. En el espíritu de esa línea defensiva del enfoque laborista, las oportunidades para instituir un cambio estratégicamente viable se pierden siempre, con referencia a la “fuerza de las circunstancias”. En el mejor de los casos, se le deja todo a un futuro por el que se espera genéricamente, y que no podrá llegar nunca si las oportunidades tangibles de incluso una crisis social/económica monumental se dejan pasar de hecho, gracias al amoldamiento adoptado.

En verdad, las “reformas redistributivas” postuladas en vano (incluidas sus variedades keynesianas de izquierda) jamás funcionaron –y jamás podrían hacerlo– dentro de los confines estructuralmente atrincherados del sistema del capital. En este respecto se ha prometido tanto, y tantas veces, sin nunca mantener nada. Todo lo contrario. Como resultado, hasta uno de los más acérrimos apologistas del orden establecido, Martin Wolf, Redactor Adjunto del Financial Times londinense, tuvo que admitir que la desigualdad entre los países más ricos y los más pobres del mundo creció dramáticamente en el período de la modernización y globalización capitalista. “Hoy día esa relación está en algo así como setenta y cinco a uno. Hace un siglo era aproximadamente diez a uno. Dentro de medio siglo, podría llegar a ser muy fácilmente de ciento cincuenta a uno”.¹⁰⁹ Y este siglo del incremento de la desigualdad realmente se ha dado en una escala asombrosa, a pesar de las promesas eternamente repetidas de avanzar en dirección a su eliminación, o al menos a una reducción significativa. Este siglo entero incluyó ochenta años de propuesta keynesiana de acción remedial de envergadura. Porque la pura verdad del asunto es que, en contraste con las fantasías nekeynesianas, necesitamos un cambio estructural fundamental, y no la “reposición de las tumbonas” reformistas sobre la cubierta del Titanic. Por la misma razón del fracaso inevitable en ausencia de un verdadero cambio estructural, no soy menos escéptico en cuanto a la idea de una “desvinculación”, de lo que lo soy respecto al keynesianismo del pasado o del presente. No podemos creer seriamente que

109. Citado en la p. 397 de *The Challenge and Burden of Historical Time*. En portugués en la p. 346 de *O desafio e o fardo do tempo histórico*, Boitempo, Sao Paulo, 2007. En español en la p. 387 de *El desafío y la carga del tiempo histórico*, Vadell Hermanos, Caracas, 2008.

el grito “paren el mundo, quiero bajarme” pueda generar la solución requerida. La globalización capitalista, independientemente de lo pernicioso que resulta ser de tantas maneras diferentes, es tanto la realidad como la necesidad objetiva del desarrollo histórico del sistema del capital, inseparable de sus determinaciones estructurales más profundas como modo de control reproductivo social, establecido durante mucho tiempo. Ya en 1848, en el Manifiesto Comunista, Marx y Engels habían puesto de relieve la tendencia dinámica de ese sistema a la intrusión global.

Así, la “desvinculación” sólo podría funcionar, en el mejor de los casos, como una medida defensiva temporal, aun en el caso de un país de dimensiones continentales como Brasil. El grave problema que nos encara en la presente coyuntura de la historia no es la tendencia objetiva a la integración económica global de la humanidad, sino el carácter antagónico y cada vez más destructivo de la globalización monopolista/imperialista estructuralmente determinada, la sola y única factible para el capital. Para el sistema del capital es ése el único tipo de globalización apropiada. Eso significa que lo que está sobre el tapete bajo las presentes condiciones de grave crisis estructural del capital, no es simplemente una manera de idear algunas medidas defensivas/protectoras contra la dominación financiera de los principales países capitalistas. Ello equivaldría tan sólo a una defensividad bastante ingenua, de la que cabría esperar apenas que brindase alguna limitada salvaguarda “reguladora” contra los “excesos” criticados, mientras se sigue estando dentro del mismo marco operacional del orden establecido. Que no podría tener éxito, porque el punto de desafío tarde o temprano ineludible, es la transformación radical de las incorregibles determinaciones sistémicas del capital como modo de control social en última instancia autodestructivo. En consecuencia, aun si fuese del todo factible el funcionamiento de un territorio “desvinculado”, en ausencia del cambio sistémico fundamental, éste correría más temprano que tarde el mismo destino que el resto del mundo.

Naturalmente, la combinación regional de las fuerzas antisistémicas de Latinoamérica es asunto muy diferente. No sólo puede ser

propugnada legítimamente, sino también proseguida con decisión libre de acomodamientos. Pero una estrategia así no puede ser descrita en los términos defensivos insustentables de la “desvinculación”. Porque su éxito o fracaso dependerá precisamente de su capacidad de contrarrestar militantemente –en forma de una ofensiva estratégica interna y con base firme, y no desde un “afuera” imaginario– el curso de acción destructivo que nace obligadamente de las determinaciones sistémicas del capital. De esa manera, la estrategia en cuestión iría mucho más allá en desafío de los límites del sistema financiero capitalista global, que ha sido dominado, durante mucho tiempo, por los Estados Unidos, en sostén de su deuda de proporciones astronómicas cada vez mayor y sustentada por el resto del mundo.

Usted dijo recientemente que los Estados Unidos estaba llevando a la práctica un imperialismo de tarjeta de crédito. ¿Qué quiso decir con eso? ¿Cuáles serán, en su visión, los cambios económicos y políticos en la configuración imperialista global después de esta crisis?

Economía monopolista e imperialismo de tarjeta de crédito

El imperialismo de tarjeta de crédito de los Estados Unidos no es nuevo. El senador MacGovern lo criticó, aunque sin emplear la misma expresión, ya en tiempos de la guerra de Viet Nam, diciendo que “hemos estado financiando esa guerra con una tarjeta de crédito”. Hoy día la diferencia está “solamente” en que hasta ahora las sumas implicadas, en el lado inexorablemente creciente de la deuda del imperialismo de tarjeta de crédito de los Estados Unidos, resultan verdaderamente astronómicas. Y a pesar de todo eso, las guerras imperialistas de los Estados Unidos siguen siendo financiadas sin restricciones, ignorando el hecho de que dichas guerras no pueden ser sostenidas económicamente sin que el resto del mundo pague por ellas, incluida –en el más irónico de los sentidos y haciendo sin duda que Mao Tse-Tung se revuelque en su tumba– la China del presente. Nada más esta última anda ya por la tónica de mucho más allá del billón de dólares.

El presidente Obama anunció recientemente que va a *reducir en un 50 % los 1.3 billones* anuales de déficit presupuestario de los Estados Unidos durante los cuatro años de su primer período presidencial. Y, curiosamente, le solicitó al Congreso, en el mismo momento en que se comprometía a la deseada reducción en un 50 %, que le aprobara, para el primer año de su actual período presidencial, *un déficit de 1.7 billones de dólares!* ¿No es acaso un gran comienzo para el cumplimiento de la promesa presidencial de Obama? ¡Especialmente en vista del hecho de que el déficit presupuestario del gobierno de los Estados Unidos constituye tan sólo *una* de las *tres* dimensiones crónicas de la –hasta difícil de imaginar– deuda norteamericana, sumado al endeudamiento masivo tanto *corporativo* como *individual!*

También en este respecto resulta claramente visible que nos abruma la carga de algunos *problemas sistémicos* fundamentales que no se pueden resolver dentro de los confines del *sistema del capital*. Porque el imperialismo no es simplemente una cuestión de las *relaciones políticas interestatales* –junto con sus guerras asociadas– que la humanidad pudiese dejar atrás gracias a la “buena voluntad” de algunos “*políticos iluminados*”. Por el contrario, la forma hoy dominante de imperialismo hegemónico global constituye una *necesidad sistémica del capital* objetiva en nuestra época del desarrollo histórico. Así, resulta absolutamente *incorregible* dentro del marco del sistema del capital como tal. El hecho de que en el presente no nos veamos envueltos en otra *Guerra Mundial* se debe a la circunstancia igualmente incorregible de que una guerra como ésa destruiría a la humanidad misma, y dejaría al planeta apto sólo para las cucarachas.

Pero nadie debería considerar que la prevención de una guerra global devastadora bajo el capitalismo globalizado sea una *certeza*, si no eliminamos las *causas sistémicas* hondamente arraigadas de la eventualidad de dicha guerra. Porque, como asunto de registro histórico, la humanidad nunca inventó ninguna maquinaria destructiva que no emplease en caso de ira en una escala proporcional a su potencial.

De hecho, continúan las habladurías abiertamente belicistas en los círculos militares estadounidenses, junto con los decretos gubernamentales asociados, acerca de la necesidad –y también el supuesto “derecho moral”– de emplear armas nucleares, rehusándose a abandonar el pretendido “derecho a usar de primeros las armas nucleares”, incluso contra potencias no nucleares, *anticipada* y no sólo *preventivamente*, a pesar del llamamiento público de 1.800 científicos norteamericanos preocupados, incluidos un buen número de ganadores del Premio Nobel, dirigido a la Administración Bush en el otoño de 2005.¹¹⁰ Y el presidente Obama no ha hecho declaración alguna en contrario. En verdad su Secretaria de Estado, Hillary Clinton, declaró durante su campaña por la candidatura presidencial que ella no se echaría atrás si había que emplear armas nucleares contra Irán. Más aún, aproximadamente una década antes, en los círculos militares norteamericanos más agresivos se señalaba no simplemente a Irán, sino también a China, como objetivo futuro de una guerra necesaria, dotada con el armamento “apropiado” que, por supuesto, no podía ser otro que el nuclear. De igual modo, como reveló el general Musharraf en una entrevista por televisión en Washington, el antiguo Subsecretario de Estado norteamericano Armitage lo había amenazado con que Pakistán “*sería devuelto a la edad de piedra a punta de bombas*”, si su gobierno se negaba a obedecer las órdenes de los Estados Unidos. Una amenaza cuya realización resultaría absolutamente imposible en un país del tamaño de Pakistán sin el empleo de armas nucleares.

Es importante subrayar aquí que la forma potencialmente más mortífera del imperialismo hegemónico global, que se hace valer implacablemente en nuestro tiempo, es inseparable en el plano reproductivo material de la presente fase histórica del *desarrollo económico monopolístico* y de la *centralización del poder* correspondiente. Esa inseparabilidad de las dos dimensiones pone de relieve

110. Ver la documentación de esos problemas en “The Structural Crisis of Politics”, Capítulo 10.3 de mi libro: *The Challenge and Burden of Historical Time*, en especial las pp. 399-406; en portugués, las pp. 347-354 de *O desafio e o fardo do tempo histórico*; en español las pp. 389-398 de *El desafío y la carga del tiempo histórico*.

una vez más que los antagonismos explosivos son *sistémicos* y sólo pueden ser superados mediante el cambio radical del propio sistema del capital. En consecuencia, algunas de las peores *manifestaciones* de la crisis financiera global pudiesen ser aminoradas, o hasta puestas temporalmente bajo control, pero no así *la crisis estructural misma*. Ésta está destinada a permanecer con nosotros, y a hacer erupción una y otra vez, de una forma más o menos dramática, hasta tanto las *determinaciones estructurales* fundamentales del sistema del capital no sean cambiadas radicalmente.

Por consiguiente, sólo podemos referirnos a la condición “*después de la crisis*” en un sentido muy limitado. Porque los *antagonismos inherentes* al sistema económico monopolístico bajo la dominación norteamericana –con niveles cada vez peores de *producción destructiva* que ponen directamente en peligro incluso a las condiciones de la naturaleza de las que depende la supervivencia humana en nuestro domicilio planetario– se harán valer como antes, a pesar de toda la *falsía gubernamental* en sentido contrario (descrita hoy como la “*revolución industrial verde*”). Igualmente, la *base material* del aventurerismo político y militar del imperialismo hegemónico global no se va a evaporar gracias a la fuerza, ni incluso de la retórica presidencial más elocuente.

No hay que olvidar que el desastroso estado del sistema financiero global resulta ser la manifestación de la presente fase del desarrollo del monopolismo y el imperialismo, en igual grado que las guerras que hoy se libran –y las venideras– con inmenso desperdicio material e ilimitados sacrificios humanos para el lado más débil. Nadie niega la prominencia de los Estados Unidos en sus guerras imperialistas, aunque tanto la de Irak como la de Afganistán son descritas modestamente por los propagandistas del orden dominante como tan sólo “*guerras conducidas* por los Estados Unidos”, en lugar de *impuestas*. (E impuestas les son, también, a los llamados “aliados voluntarios”). Ellas manifiestan a las claras el nivel de *centralización del poder* al que se ha llegado actualmente en el terreno político y militar de las relaciones interestatales. Sin embargo, se pasa convenientemente por alto, a causa de la

subordinación cómplice de los “aliados voluntarios” que declaran ser “países democráticos soberanos del Mundo Libre”, que en el terreno económico y financiero global prevalece el mismo tipo de *centralización del poder*. Esto lo demuestra a las claras la *reacción en cadena internacional* causada por el colapso hipotecario y bancario en Norteamérica. Y esa relación se corresponde con la misma dominación norteamericana general en la presente fase histórica de los desarrollos económicos monopólicos en escala global. El Subsecretario de Estado del presidente Clinton, Strobe Talbot, dejó casi brutalmente en claro en una reunión sostenida en Londres, que la moción para una mayor unidad europea es aceptable para los Estados Unidos “*siempre y cuando no amenace la preeminencia global norteamericana*”.¹¹¹

En vista de su inseparabilidad estructuralmente determinada y su *poder recíprocamente reforzador*, el monopolismo y el imperialismo tienen que ser remitidos al pasado, como las características incorregibles del *sistema del capital como tal* en su fase contemporánea del desarrollo, si es que la humanidad ha de sobrevivir. Sólo en ese caso podríamos hablar con pleno sentido acerca de la condición propugnada y anhelada de “*después de la crisis*”.

Durante los años noventa vimos a parte de la inteligencia izquierdista y parte de la izquierda militante adoptar la visión de que el papel de la clase trabajadora había cesado e incluso que ya el trabajo no era punto central en un análisis global. ¿Qué piensa de esa visión? ¿No la niega, en cierto modo, la presente crisis con su reducción del empleo masiva?

La irracionalidad de la “reducción de personal” (“down-sizing”) en la era del “capital financiero monopolista”

Decir “adiós a la clase trabajadora” es fundamentalmente erróneo, sea cual sea la motivación que pueda estar detrás. La versión acomodaticia de esa visión está basada en una concepción totalmente errada

111. Citado de la p. 131 de mi libro *The Challenge and Burden of Historical Time*; en portugués, p. 117 de *O desafio e o fardo do tempo histórico*; en español p. 133 de *El desafío y la carga del tiempo histórico*.

del trabajo y su papel en la estrategia socialista. Tiende a identificar el concepto de clase trabajadora con los trabajadores manuales, para concluir falsamente, a partir de su propia falsa premisa, que –en vista de los innegables desarrollos tecnológicos característicos del “capitalismo avanzado”– la clase trabajadora pierde su relevancia en la transformación social, refutando así la teoría de Marx.

Sin embargo, hasta la afirmación acerca de la gran disminución de la clase de los trabajadores manuales resulta totalmente equivocada si se la considera en su escenario global, en vez de restringirla ciegameamente al “capitalismo avanzado”. Porque en los últimos cincuenta años el número total de trabajadores manuales ha aumentado significativamente en la fuerza laboral, gracias a la criminal reducción de costos, incluso en medidas de seguridad elementales en la “transferencia de industrias de humo de chimenea” al llamado “Tercer Mundo”, que produce accidentes catastróficos como el que presenciamos en Bhopal, India.

Sin embargo, el aspecto de importancia central en todo este asunto es muy diferente. Conciérne no a los varios estratos sociológicos que integran la totalidad de la clase trabajadora, tanto internamente en cualquier país en particular como internacionalmente en el orden global del capital, sino a la fuerza general del trabajo– es decir, en términos teóricos estratégicamente vitales, su categoría general– como la única alternativa hegemónica factible al modo de reproducción social del capital. Porque a la lógica del capital, cada vez más destructiva, que rige con absoluto autoritarismo todo nuestro sistema de reproducción metabólica social –para el que, en palabras de sus voceros con militante conciencia de clase, como la Primera Ministra conservadora inglesa Margaret Thatcher, “no hay alternativa”– hay que oponerle (y tiene que ser sólo de manera efectiva) en términos globales, de modo que abarque todos los aspectos de la vida humana, la lógica del trabajo emancipadora y autoemancipadora, productivamente viable e históricamente sustentable, instituida por la totalidad del trabajo, y no sólo por algún sector o estrato sociológico en particular.

En su tiempo Marx hablaba de la “proletarización” (no de la “laborización manual”) en desarrollo irresistible que tenía lugar en la sociedad capitalista. Dicha proletarización afectaba a todas las categorías de la fuerza laboral, y resultaba en la pérdida del control, incluso sobre los aspectos más limitados de su vida, que alguna vez los individuos pudiesen haber tenido en algunos ramos de actividad de “cuello blanco” y “servicio”. Esa pérdida del control se evidenció inequívocamente en los desarrollos del siglo XX, como lo demuestra la total inseguridad que domina todos los tipos de gente de trabajo en nuestros propios días. Marx contrastaba esa proletarización alienante con los poderes que surgen de la lógica autoemancipadora del trabajo, extendida a todos los miembros de la sociedad en su capacidad de tomadores de decisiones sustantivamente iguales y genuinos sobre todos los aspectos vitales de su vida, y en contra de la práctica seudodemocrática de legitimar el “autoritarismo en el lugar de trabajo” del capital y la “tiranía del mercado”, echando una vez cada cuatro o cinco años un trozo de papel en la urna electoral. La institución exitosa y el desarrollo constante de orientación positiva de esa alternativa hegemónica del trabajo al orden incurablemente inicuo del capital, continúa siendo para nosotros el principio orientador también en nuestra propia época histórica del desarrollo. Porque la pretendida “no alternativa” al orden reproductivo social impone el tipo de incontrolabilidad y destructividad devastadoras, que experimentamos hoy bajo las circunstancias de nuestra crisis socioeconómica global.

A comienzos de marzo de 2009 se hizo público que en los Estados Unidos el número de desempleados aumentó en el solo mes de febrero en 651.000: una cifra pasmosa bajo cualquier patrón. Curiosamente, la bolsa de valores recibió la noticia con un suspiro de alivio. Y más curiosamente aún, los apologistas ex officio del sistema –tanto financiero como político– comentaron que ese resultado de la bolsa de valores (temporalmente mejorado y poco después revertido) era prueba de que la “recesión ha tocado fondo” y por consiguiente, podremos ver aparecer de nuevo los “brotes verdes del renacer”. La pretendida “prueba” no era, de hecho, nada de eso. Por el contrario,

el breve auge de la bolsa de valores era la reacción inconsciente –una especie de reflejo de Pavlov capitalista– en sintonía con la visión insensible y degradante que celebra la expulsión de las masas del pueblo del proceso del trabajo como la bienvenida señal de la “reducción” y la correspondiente mejora de la rentabilidad.

Los apologistas en cuestión no parecen darse cuenta de que, (1) una reducción de 651.000 personas al mes en los Estados Unidos no podría resultar sustentable durante largo tiempo aun bajo la mejor de las circunstancias económicas globales, y (2) que en este preciso momento no estamos viviendo en absoluto bajo la mejor de las circunstancias económicas globales, sino bajo las de una crisis económica global sin precedentes. Más aún, como regla general la reducción constituye una estrategia absurda para el sistema del capital en su conjunto. Porque sólo es sustentable como la excepción que por cierto tiempo les imponen las unidades más poderosas del capital a las más débiles, pero que resulta totalmente inviable para asegurar la salud del sistema en su totalidad. Como materia de las determinaciones sistémicas internas es contradictoria en sí misma. Va en perfecto acuerdo con la naturaleza del capital como orden reproductivo social con contradicciones insolubles. Porque el capital necesita a los trabajadores, no sólo para el propósito de una producción rentable, sino además como consumidores productores de ganancia. La “reducción” generalizada, como panacea “racionalizadora” general, resulta ser absolutamente irracional. Si se hace extensible a toda la fuerza laboral como totalidad, desembocará en el derrumbe del capitalismo mismo, como resultado de una acumulación del capital totalmente fracasada, debido a la ausencia de la producción rentable que sólo puede ser realizada en la necesaria escala amplia mediante el consumo de masas productor de ganancia. El mundo de la especulación financiera aventurera, y la remuneración casi astronómica de los banqueros recientemente puesta de relieve en los escándalos de la crisis financiera global, no pueden proporcionar un poder adquisitivo tan siquiera remotamente sustentable que sea alternativo a la fuerza laboral hoy brutalmente “reducida”.

Los periodistas de finanzas empezaron de pronto a utilizar la expresión “la economía real” con notoria frecuencia. Con anterioridad habían proclamado que la parte más importante de la economía “moderna” la constituía el sector financiero “que se arriesgaba valientemente” y parecía estar en capacidad de producir una expansión del capital ilimitada. Y, por supuesto, no existía remuneración que se pudiese considerar demasiado elevada para semejante “arriesgarse valientemente”, aunque la expansión del capital producida de esa manera, mediante la especulación financiera aventurera y los “excesos” bancarios incontrolables, resultase ficticia en alto grado, si no definitivamente fraudulenta. La facilitó en gran medida la relación simbiótica corruptísima entre el propio sistema financiero y el estado capitalista creador de una jungla legal, favorable a los requerimientos del capital financiero especulador y aventurero.

Ahora, repentinamente, el concepto de la “economía real” se vuelve de nuevo digerible, sin siquiera identificar la conexión causal entre el desastre creado en el sistema financiero global y el relegamiento totalmente irresponsable del trabajo productivo real a un campo que, en los libros de la “ciencia económica”, debe ser “reducido” interminablemente y, así, “rebajado a su mínima expresión”. Porque el devastador aventurerismo especulador en el mundo de las finanzas, en nuestra época de “capital financiero monopolista”,¹¹² se debió en grado muy significativo al fracaso de la acumulación del capital requerida en el campo productivo y la concomitante transferencia del capital al sector financiero aventurero-especulador, en el que un solo capitalista –Bernie Madoff, el antiguo director de la NASDAQ– pudo apropiarse fraudulentamente de la inmensa suma de sesenta y cinco millardos de dólares.¹¹³ Pues

112. Ver a este respecto el muy penetrante libro de John Bellamy Foster y Fred Magdoff, *The Great Financial Crisis: Causes and Consequences*, Monthly Review Press, Nueva York, 2009.

113. Sesenta y cinco millardos es la cifra que se publicó al día siguiente de su juicio. Antes se aludía a “solamente” cincuenta millardos. Sin embargo, lo que resulta mucho más importante en este asunto es que el caso Madoff constituye apenas la “punta del iceberg”, como lo revela también el desenmascaramiento del imperio financiero fraudulento de “sir” Alan Stanford, que operaba principalmente en Latinoamérica. También resulta inconcebible que tales aventuras fraudulentas descomunales puedan ser operadas por unos cuantos individuos aislados. A estas alturas de los tiempos nadie

ha llegado la hora de pagar por los pecados del pasado, como suele decirse, como resultado de la aguda contradicción entre la actividad productiva real y las finanzas parasitarias.

La gravedad de la presente crisis global la subraya el hecho, sistémicamente muy relevante, de que no se puede concebir ninguna solución para ella sin ponerle remedio de manera sustantiva –sobre una base permanente, y no mediante la fianza insostenible de la quiebra capitalista en la banca y los seguros– a la evasión del capital del campo productivo, debida al fracaso crónico de la acumulación del capital en ese campo en la escala requerida. Un fracaso dramáticamente puesto también recientemente de relieve por la cercana (y potencialmente total) quiebra de las gigantes compañías fabricantes de automóviles de Norteamérica, desde la Ford hasta la General Motors y la Chrysler. Así, la importancia vital del trabajo productivo en nuestra propia etapa del desarrollo histórico es mayor que nunca, sin importar la fuerza con que puedan tratar de negarlo las personificaciones del capital y sus intelectuales “campeones alquilados”, en nombre del “capitalismo avanzado”.

¿Cuál es su evaluación de las alternativas al capital de los años noventa? ¿Y las de hoy día? ¿Abre la presente crisis nuevas posibilidades para la clase trabajadora y el proyecto socialista?

Los problemas sistémicos hondamente arraigados piden remedios estructurales

La Primera Ministra Margaret Thatcher no sólo popularizó el arrogante eslogan según el cual “*no hay alternativa*” para la agresiva variedad neoliberal y monetarista del dominio del capital, sino que alardeó también –luego de la derrota de la huelga de un año de duración de los mineros ingleses, gracias a la represión estatal y grandemente facilitada por la activa complicidad del Partido Laborista de Neal Kinnock– de que ella había “*hecho partir al socialismo para siempre*”. Su autoengaño pareció confirmarse no sólo por la manera como pudo “hacer negocios con el señor

podría atribuirle una cifra confiable a las cantidades realmente involucradas –y encubiertas por toda clase de intereses creados– en una escala global.

Gorbachov”, como ella misma lo expresó en elogio del presidente soviético y secretario del Partido, sino también por la transformación totalmente acomodaticia del Partido Laborista inglés en el “Nuevo Laborismo” de Tony Blair.

Ya la década de los 80 había marcado el éxito del neoliberalismo agresivo –y socialmente regresivo– en todo el mundo. Hoy, muchos comentaristas, de manera totalmente unilateral, señalan a la “*desregulación*” como la causa de los problemas financieros globales, proponiendo al mismo tiempo el remedio epidérmico de planificar un “sistema regulador financiero global”. Sin embargo, evaden la pregunta altamente embarazosa: ¿por qué, en primer lugar, se produjo la desregulación masiva del sistema financiero global, bajo la dominación norteamericana, y cuáles son las probabilidades de éxito del sistema regulador vagamente proyectado si las poderosas determinaciones estructurales que están en las raíces del sistema hoy criticado –que jamás se mencionan siquiera– no son alteradas radicalmente de una manera causalmente sustentable?

La desregulación en Inglaterra –un país alguna vez al frente de la *Revolución Industrial* del mundo, pero más recientemente un reino cuyo sector financiero fue inflado grotescamente, y ahora (al menos por el momento) totalmente desinflado– anduvo de la mano con un grado aterrador de *desindustrialización* en los 80 y los 90. Bajo esas circunstancias los políticos y los “capitanes de la industria”, junto con los banqueros, desmantelaron una gran proporción de la economía productiva, desde la construcción de barcos a la ingeniería y a la producción automovilística, con la justificación autoengañadora de que la “economía del valor agregado moderna”, el sector de servicios y las finanzas internacionales representaban la “vanguardia del progreso”. Prácticas similares se adoptaron también en otros “países capitalistas avanzados” al transferir no sólo las “industrias de chimeneas” sino también algunas otras ramas de la actividad productiva de trabajo intensivo al “Tercer Mundo” sobreexplotado, con la absurda racionalización ideológica de que ahora vivimos en la “sociedad industrial posmoderna”.

Tristemente, en las décadas de los 80 y 90, extendiéndose también a la primera década del siglo XXI, la izquierda internacional en su totalidad acompañó esas transformaciones. Ello se evidenció no sólo por el derrumbe del sistema de tipo soviético, bajo Gorbachov, sino también por el cambio capitulador en la perspectiva adoptada por algunas notorias figuras pertenecientes antes al maoísmo occidental y, más prominentemente aún en términos del tamaño de su representación electoral, por los partidos socialdemócratas y laboristas en todo el mundo. Así, en un discurso pronunciado el Día de los Inocentes en 1995, Tony Blair –el líder del “Nuevo Partido Laborista” que ejerció el cargo de Primer Ministro en Inglaterra durante toda una década, entre 1997-2007– declaró que el nuevo partido, que había abandonado ya todos sus antiguos compromisos transformadores y retirado de su Constitución la Cláusula 4, que pedía la propiedad pública de los medios de producción, era ahora “el Partido de los negocios y la industria modernos”. En ese momento, dos años antes de la victoria electoral de Blair, escribí que de esa manera el “Nuevo Laborismo”, que pretendía ser todavía el partido de la clase trabajadora, iba a construir una “victoria pírrica”; pero la pregunta está destinada a permanecer entre nosotros: “¿durante cuánto tiempo permitirá la clase del trabajo que la traten como en el Día de los Inocentes, y hasta cuándo puede ser seguida la estrategia de capitular ante las grandes empresas, más allá de la venidera pírrica victoria electoral?”¹¹⁴

A la luz de la crisis global en desarrollo y profundización, sólo los tontos podrían negar que las estrategias del neoliberalismo fracasaron miserable y devastadoramente. Al mismo tiempo, por supuesto, las respuestas acomodaticias de la izquierda también fracasaron. Así, la respuesta a la segunda parte de su pregunta no puede ser otra que: “depende”. Por una parte, no puede haber duda de que –dada la gravedad de la crisis global, y el salvajismo de las medidas que tienen que adoptar las personificaciones del capital en contra de la clase trabajadora en sus intentos por resolverla, en agudo contraste con los billones de alivio invertidos en el rescate de la quiebra financiera

114. Citado de la p. 730 de mi libro *Beyond Capital*, Londres, 1995; en portugués, p. 851 de *Para além do capital*, Boitempo, Sao Paulo, 2002; en español, p. 840 de *Más allá del capital*.

capitalista (por el que tendrá que pagar de una manera u otra la clase trabajadora, incluida la necesidad de soportar la carga de una inflación masiva que con toda probabilidad aparecerá en un futuro no muy distante)– el caso es que se abren nuevas posibilidades para la clase trabajadora y para los que se siguen manteniendo fieles al proyecto socialista, para una transformación estructural radical del orden establecido. Sin embargo, se trata tan sólo de posibilidades y en modo alguno de certezas, a pesar de la gravedad sin precedentes de la crisis. Depende de la capacidad y la determinación de las fuerzas socialistas comprometidas formular una estrategia abarcadora y organizarse de acuerdo con ella, extendiendo su influencia de una manera radicalmente mejorada a las grandes masas del pueblo, en pro de la realización de esa estrategia.

La única certeza es que los amoldamientos reformistas del pasado no podrán tener éxito sobre una base permanente. La presente crisis es demasiado profunda para eso. Tan sólo una transformación estructural radical, que afecte irreversiblemente a los parámetros sistémicos del orden establecido, puede ofrecer una solución sustentable. Pero a pesar de eso, en tiempos de una crisis de envergadura la tentación a optar por “la línea de menor resistencia” resulta comprensible y tiene amplia difusión. Hoy, la ya mencionada aceptación de la congelación de los salarios por dos años e incluso de reducciones salariales significativas, junto con el llamado de los dirigentes sindicales y políticos a “apretarse el cinturón”, apuntan en esa dirección. También la relativa facilidad con la que es posible imponerles nuevas medidas masivas de desempleo “reductor” –por ejemplo el ya citado aumento de 651.000 en febrero en los Estados Unidos– señala el mismo problema. La sapiencia remedial gubernamental, proclamada a bombo y platillo a través de los medios controlados casi monopólicamente por la ideología dominante, habla de una “regulación” (completamente ficticia), que se va a establecer sobre las ruinas de las “desregulaciones” agresivas del pasado. La tentación de concederle credibilidad a esa “sapiencia reguladora” está muy acorde con la línea de menor resistencia. Sin embargo, el resultado aliviador de la crisis de la “regulación” hoy prometida no puede ser sino temporal. Los problemas

estructurales hondamente arraigados sólo pueden ser solucionados gracias a medidas estructurales radicales. En ese importante sentido las fuerzas socialistas tienen hoy todo el derecho de pedir una nueva apertura de su visión emancipadora. Pero las posibilidades de esa nueva apertura sólo pueden ser convertidas en la realidad del cambio sistémico efectivo, mediante la dedicación apasionada al duro trabajo de la organización y la educación llevadas a cabo estratégicamente.

En Socialismo o barbarie usted hacía énfasis en que en el siglo XXI una nueva articulación entre los sindicatos y los partidos de los trabajadores resultaría completamente diferente de la del siglo XX. ¿Cuál sería el papel del sindicato y cuál el del partido, qué tareas programáticas harían posible la victoria sobre el capital?

Los intereses sectoriales y la solidaridad de clase

Quizá el principio más exitoso de la sociedad dominante en el curso de la historia clasista, inventado por los romanos mucho antes del comienzo del capitalismo, ha sido y lo sigue siendo, divide et impera, divide y vencerás. Ciertamente, las perjudiciales divisiones en las filas de las clases trabajadoras son dolorosamente evidentes, tanto en lo interno, en cada país en particular, como más allá de las barreras entre los Estados.

Lo que convierte a ese problema en particularmente difícil de superar es que esas divisiones no prevalecen tan sólo en el campo político, sino que caracterizan a la sociedad en su conjunto. Es eso lo que explica realmente por qué el pernicioso principio “divide y vencerás” ha podido tener, a primera vista, un éxito asombroso a lo largo de incontables siglos de historia clasista. Si no fuese por las ramificaciones sociales hondamente arraigadas de ese problema, la persuasión política iluminadora de los individuos, de los que simplemente se dice que están engañados por la ideología dominante –como a menudo se representa el asunto en el discurso político, incluso en la izquierda– podría, en este caso, remediar la situación por sí sola. Al adoptar esa línea de enfoque,

se tiende a pasar por alto, y hasta a desestimar por completo, algunas diferencias objetivas de peso que tienen interés material y cultural, junto con sus manifestaciones en el plano institucional y organizacional, que entonces se suman a los problemas en lugar de facilitar su eliminación.

Cité en el pasado los números impactantes –mas en modo alguno excepcionales– que decían que en la empresa automovilística Ford, de Filipinas, los obreros de la línea de montaje recibían como pago por hora veinticinco veces menos de lo que percibían sus hermanos sociales por el mismo trabajo en las plantas de la Ford en Detroit. Como un ejemplo más reciente de esas enormes diferencias en el ingreso, podemos recordar que algunos operadores de grúas que cargan containers en los barcos en la costa oeste de los Estados Unidos ganan anualmente alrededor de 160.000 dólares, mientras miles de millones de personas en el mundo tienen que sobrevivir de alguna manera (si lo hacen) con menos de dos dólares diarios. Se necesitaría incluso mucho más que la mejor forma de “clarificación ideológica” para resolver esas divisiones del interés entre las grandes masas de gente subordinada al dominio del capital, incluidos sus sectores más privilegiados. El creciente desempleo en la actualidad, bajo el impacto directo de la crisis global en desenvolvimiento, no puede más que subrayar la gravedad de ese problema. Un problema que no es posible vencer sin la adopción de una estrategia socialista radical y la correspondiente forma de acción industrial y política organizacionalmente sustentable.

La gran dificultad en este respecto es la paralizante contradicción entre las demandas y presiones inmediatas, a menudo legítimas, y el marco estratégico abarcante en el que deben ser llevadas a cabo. Estoy totalmente de acuerdo con Fernando Silva, quien recientemente escribió que

Las luchas salariales y las acciones sectoriales son importantes para despertar la conciencia de clase, pero si no están apuntaladas por un proyecto de poder político, de superación del capital y su régimen, por más radicales que sean, se esfu-

man en enormes gastos de energía que en general pueden ser relativamente tolerados y asimilados (así como contenidos y reprimidos) por el sistema, si no avanzan para cuestionar el orden, el poder y la propiedad del capital.¹¹⁵

Las estratificaciones existentes tienen no sólo sus raíces históricas, sino frecuentemente también su fuerza de apoyo adicional en el papel más –o, en el lado más débil, menos– importante cumplido por los distintos estratos bajo las circunstancias dadas en el proceso de reproducción del capital. Esos factores de complicación objetivos no pueden ser ni ignorados ni superados en un corto espacio de tiempo, sin importar cuánto se desee hacerlo. El desarrollo histórico está caracterizado por la relación compleja entre la continuidad y la discontinuidad. Sólo podemos ignorar eso a riesgo propio.

Pero reconocer la relación dialéctica entre la continuidad y la discontinuidad, la cual no puede ser dejada de lado, no debería significar que nos amoldemos abandonando los principios a la presión de lo inmediato, que se autoperpetúa. Ello sería a expensas del marco abarcador estratégicamente necesario, en el que la contradicción paralizante surgida de las estratificaciones más inicuas y los intereses inmediatos, podría ser resuelta en el vital interés general de la realización de la alternativa hegemónica al orden reproductivo social cada vez más destructivo del capital. Porque a la larga ni los constituyentes más privilegiados de las estratificaciones establecidas resultan en modo alguno inmunes al impacto devastador de la crisis estructural del capital. La difícil situación del desempleo creciente como resultado de la crisis global, que afecta gravemente a todas las categorías del trabajo, es bastante elocuente al respecto.

En nuestro propio tiempo ya no es posible seguir manteniendo la articulación defensiva del movimiento de la clase trabajadora –característica del siglo XX– si queremos hallarle soluciones histó-

115. Ver el artículo de Fernando Silva “Crise mundial recoloca necessidade de projeto de poder dos trabalhadores”, publicado el 25 de noviembre de 2008.

ricamente sustentables a la crisis cada vez más profunda del sistema del capital. La articulación organizacional divisoria entre el “brazo industrial” (los sindicatos) y el “brazo político” (los varios partidos) del movimiento de la clase trabajadora, necesariamente fracasó en el cumplimiento del objetivo estratégico general del movimiento socialista previsto originalmente. Porque al consentir en restringir la acción industrial a las mejoras de salario limitadas (e ineludiblemente divisorias/estratificadoras), que significaban la renuncia institucional/organizacional a la necesidad vital de adquirir el control sobre las empresas reproductivas mismas, por una parte, y por la otra al limitar la acción política de los partidos de la clase trabajadora a objetivos reformistas integrables que encajasen bien dentro del marco reproductivo del capital, ambos brazos perdieron su potencial poder para la transformación social cualitativa. Los imperativos reproductivos del capital y sus dictados correspondientes pudieron prevalecer con todos sus alardes políticos de “democracia parlamentaria”.

Esa democracia condenaba por definición –al prohibirle al “brazo industrial”, como tabú absoluto, cualquier participación en la acción política directa, e igualmente prohibirle como tabú absoluto al “brazo político” de la clase trabajadora llevar adelante el objetivo de tomar el control de las empresas industriales en una escala abarcante– al movimiento laboral a mucho más de un siglo de carencia de poder. Porque una vez que se descarta el control radical de la dimensión material de la reproducción social, como realmente ocurrió, el poder a disposición de la clase del trabajo subordinada tiene que ser estrictamente marginal, y restringido a mejoras extremadamente limitadas que tienen que ser integrables (y son realmente integradas) dentro de los parámetros estructurales del orden establecido, e incluso idealizadas en nombre de la “política real”.

Uno de los aspectos más agudos de ese problema en medio de la presente crisis global, que requiere de solución urgente en el interés de obtener el control sobre las peligrosas determinaciones de la incontrolabilidad del capital, tiene que ver con la cuestión de la responsabilidad. Por su naturaleza más profunda el orden socioeconómico del capital es un sistema de irresponsabilidad institucionalizada en el

plano social general. Como sistema de intereses especiales en competencia está en capacidad de asignarle responsabilidad solamente a campos parciales limitados, pero no a la sociedad como un todo, que tiene que estar dividida adversarialmente y manejada sobre la base material, política y cultural de las mediaciones de segundo orden antagónicas del capital. Como era de esperar, los jefes de gobierno declararon recientemente que ninguno de ellos podía hacerse responsable por lo que había pasado y continúa pasando hoy, porque la crisis es global. Y eso absuelve a todos los principales tomadores de decisiones del capital –con la excepción de los irónicamente pocos criminales, como Madoff, que son capturados con las manos en la masa– de su grave responsabilidad en la imposición de inmensos sufrimientos a las grandes masas del pueblo.

Sin embargo, resulta del todo imposible concebir una solución viable para nuestra crisis global sin asumir la plena responsabilidad por los desarrollos en marcha, especialmente en un sistema globalmente interconectado y necesariamente en interacción. Pero, por supuesto, las personificaciones del capital, siguiendo los imperativos de su sistema de lógica perversa, jamás podrían hacer eso en interés de la sociedad en su conjunto. Sólo la alternativa hegemónica del trabajo, como modo de reproducción social planificado abarcadoramente y por ende históricamente sustentable, es capaz de responder a esa necesidad urgente bajo las condiciones de nuestra crisis sistémica cada vez más grave.

Al mismo tiempo hay que acentuar también que la responsabilidad sin poderes de toma de decisión reales sólo puede ser una imposición desde arriba, y por consiguiente impracticable incluso a corto plazo, y más aún en una escala histórica. El derrumbe de las sociedades de “socialismo realmente existente” –debido en gran medida a la renuencia de su fuerza laboral controlada políticamente desde arriba– ofrece evidencia trágicamente conclusiva de ello. Ni tampoco resulta posible creer que una gran intensificación de las autoritarias medidas de control capitalistas, sin duda hoy cada vez más propugnadas en algunas partes, pueda resolver ese problema sobre una base permanente. Los intentos devastadoramente fallidos adoptados en el

pasado –desde el fascismo de Mussolini y el nazi-fascismo de Hitler a las varias dictaduras bajo el patrocinio de los Estados Unidos en Latinoamérica, incluidos Brasil y el Chile de Pinochet– refutan con toda claridad la viabilidad de esos proyectos.

La articulación defensiva del movimiento laboral en el siglo XX resultó en grandes impedimentos también en ese respecto. Porque la muy necesitada solidaridad entre los miembros de la clase trabajadora para asumir la responsabilidad histórica, inseparable de su alternativa hegemónica al orden dominante, se ve socavada por el obligado carácter divisorio de la acción restringida primordialmente a la mejora de intereses sectoriales. El capital pudo así poner a actuar a algunos sectores de su adversario de clase en contra de los demás, y con ello debilitar grandemente el poder emancipador general de la clase trabajadora como una totalidad, en la cual la plena solidaridad de clase seguía siendo una remota esperanza en el horizonte. Sin embargo, sin solidaridad de clase y la visión estrechamente asociada de una amplia alternativa estratégica al orden existente, no hay posibilidad de cumplir con la responsabilidad requerida para superar la aguda crisis estructural del sistema.

En consecuencia, la necesidad de remitir al pasado la defensividad, el divisionismo y la procura primordial de intereses sectoriales, constituye la condición absolutamente vital para hacernos capaces de asumir la responsabilidad urgentemente requerida, sin la cual ninguno de los aspectos fundamentales de la crisis estructural global en desarrollo puede ser resuelto, en cumplimiento de la alternativa histórica abaricante del trabajo, estratégicamente viable. Y, naturalmente, ello es inconcebible sin la solidaridad de clase adoptada con fervor y compartida a plenitud, como el modo apropiado de funcionamiento de la reproducción metabólica social cualitativamente diferente del trabajo. Poderes de toma de decisión reales, compartidos sobre una base sustantivamente equitativa entre todos los miembros trabajadores de la sociedad, en el espíritu de la solidaridad de clase y la responsabilidad libremente asumida: éstas son las características definitorias de la alternativa hegemónica del trabajo, en abierto contraste con la lógica incurablemente destructiva del sistema del capital de nuestro tiempo.

En ese sentido, los sindicatos y los partidos de la clase trabajadora tienen que ser combativamente industriales y políticos al mismo tiempo. Su éxito emancipador es factible sólo si su principio orientador fundamental es el cambio omniabarcante en el marco de la reproducción social. Porque incluso las demandas y preocupaciones inmediatas limitadas, sólo se pueden realizar sobre una base permanente dentro del previsto marco estratégico abaricante de la alternativa hegemónica del trabajo. Es ésa también la condición necesaria para la solución de nuestra presente crisis de proporciones realmente omniabarcantes. Las negociaciones salariales y el regateo político a la defensiva, en la fracasada tradición del amoldamiento reformista sólo pueden agravar nuestra crisis global.

¿Cuál sería la acción de los instrumentos políticos de la clase trabajadora en los movimientos clasistas? ¿Y cuál sería su relación con las instituciones del Estado, como los gobiernos y los parlamentos?

¿Cómo podrían los sindicatos y los partidos de los trabajadores ayudar a mejorar la conciencia anticapitalista, y cómo podrían ayudar al renacimiento de la conciencia socialista, especialmente en los países imperialistas?

La alternativa histórica del trabajo al orden social del capital

En este contexto tenemos que recordar a Marcuse, a quien considero un verdadero camarada, a pesar de las diferencias. Porque él identificó algunos desafíos importantes que debemos afrontar, si bien las explicaciones que ofreció eran cuestionables.

Dos de sus preocupaciones más hondas, formuladas en el período de posguerra de expansión del capital sin mayores disturbios, resultan directamente relevantes aquí. Son inseparables la una de la otra. La primera era su convicción de que el capitalismo había logrado resolver sus crisis del pasado, y nos enfrentábamos ahora al poder más desconcertante aún del capitalismo organizado, en lugar del capitalismo de crisis. La segunda era una compañera afín

a la primera, y explicaba de manera significativa para él incluso, el éxito del “capitalismo organizado”. Afirmaba que la clase trabajadora misma había terminado por integrarse al sistema capitalista que había salido de la crisis, lo que, por consiguiente, hacía necesario pensar en algún sujeto histórico alternativo –como sus “marginados” y el movimiento estudiantil– como el requerido actor del cambio. Lamentablemente, luego de las grandes decepciones que tuvo que sufrir en sus expectativas, vinculadas al papel del proyectado “marginado” emancipador, se vio forzado al final de su vida a adoptar una perspectiva totalmente pesimista, como quedó conceptualizado en su libro sobre La dimensión estética.

Como sabemos por nuestra propia experiencia histórica, el éxito del “capitalismo organizado” era coyuntural, y se extendió tan sólo a lo largo del período de reconstrucción y expansión del capital de la posguerra, y sus logros “capitalistas del bienestar”, aplicados a un número muy limitado de países capitalistas occidentales. Como consecuencia, la crisis tenía que regresar tarde o temprano, y con creces, en vista de los antagonismos globales inconciliables del capital.

Sin embargo, el otro desafío identificado por Marcuse presentaba un problema mucho más difícil. Porque las señales y los impedimentos paralizantes de la integración de la clase trabajadora parecían predominar en todos los países capitalistamente avanzados, y se propagaban también al llamado “Tercer Mundo” con el proceso de expansión industrial dominado por el capital transnacional. Los tentáculos asfixiantes del capital financiero internacional, dominado también por los grandes países capitalistas, sobre todo los Estados Unidos y su papel privilegiado en la conducción del FMI, el Banco Mundial y las organizaciones del comercio global, agregaron una importante dimensión a ese proceso regresivamente integrador.

Pero la interrogante por dilucidar era: ¿está integrado realmente al sistema el trabajo mismo, como la única alternativa hegemónica viable al orden social del capital? Porque si la respuesta fuese un enfático sí, como pensaba Marcuse, en ese caso la perspectiva pesi-

mista era ineludible, trayendo consigo la desesperanza para todos quienes alguna vez creyeron en la realización de la alternativa histórica propugnada.

Es ese el contexto en el que el papel de los gobiernos y los sindicatos de la clase trabajadora requiere de examen crítico, junto con el marco político del Parlamento. Porque este último sigue estando dominado implacablemente por la fuerza extraparlamentaria del capital, que aparenta ser un interlocutor parlamentario genuino, y reduce así a los partidos reformistas y los ocasionales gobiernos de la clase trabajadora a la carencia total de poder a través de la ejecución de las “reglas del juego parlamentario”. La división autoderrotista en “brazo político” y “brazo industrial” prescrita por las reglas del juego parlamentario, constituyó la representación institucional más efectiva de ese proceso de desarme real.

Habiendo perdido su poder material para instituir el cambio sistémico a través de la acción transformadora industrial y política estructuralmente significativa, el liderazgo político y sindical reformista de la clase trabajadora tenía que integrarse sin duda al sistema, divorciándose de la clase trabajadora en aras de la promoción de los intereses del “comercio y la industria modernos”, como lo subrayaban claramente las palabras de Tony Blair antes citadas. Y, reveladoramente, esa integración autodesarmadora del liderazgo no se limitó a los partidos reformistas. La lógica del mismo escenario operacional, bajo el dominio extraparlamentario del capital, en su debida oportunidad arrastró consigo también a los mayores partidos comunistas de Europa Occidental, el italiano y el francés.

La propia clase trabajadora, como sujeto controlador de la alternativa hegemónica al dominio del capital no puede ser integrada al sistema. Porque para poder hacer eso, los antagonismos estructurales tendrían que ser eliminados permanentemente del orden reproductivo social del capital. Sin duda, a la clase trabajadora se le puede privar temporalmente de su liderazgo con conciencia de clase; se le puede silenciar y hasta paralizar por un período histórico más o menos prolongado. Pero ella no puede aceptar el modo de reproducción social

antagónico, destructivo –y en última instancia autodestructivo– del capital como su condición de existencia “natural” y permanente. Por eso, la rearticulación radical del movimiento socialista, en oposición a su liderazgo integrado, constituye un desafío ineludible de nuestro tiempo. Sin eso resulta inconcebible evaluar apropiadamente siquiera los aspectos vitales de nuestra presente crisis global, por no mencionar el resolverlos sobre una base permanente.

Ello significa que hay mucho que comenzar de nuevo, sobre la base de la genuina participación de las masas, en el espíritu de la proposición original de Marx que pedía el desarrollo de una “conciencia de masas comunista”. La fuerza extraparlamentaria destructiva del capital no puede ser derrotada mediante una respetuosa conformidad a las reglas de juego parlamentario. Se requiere de la movilización extraparlamentaria de la acción de masas combativa en apoyo a las fuerzas políticas radicales de la clase trabajadora activas en el parlamento.

Todo eso implica también un cambio importante en la orientación del “brazo industrial” de la clase trabajadora. Brasil ha logrado desarrollar un movimiento radical de gran importancia, con hondas raíces en las masas populares, los sin tierra del MST. Un movimiento que lleva a cabo sus propias iniciativas y se niega a integrarse al orden dominante. La mayor expansión y fortalecimiento de esos movimientos con base en las masas y estratégicamente conscientes constituye una gran esperanza para nuestro futuro. De igual modo, uno de los más grandes desafíos que nos aguardan es la movilización organizacionalmente asegurada de los incontables millones de desempleados, cuyo número está destinado a hacerse mucho mayor en el futuro. La orientación sectorial tradicional del “brazo industrial” no podía notar siquiera su existencia, y mucho menos prestarle la atención requerida –remedialmente efectiva– a su situación devastadora.

Las cosas no se pueden dejar como están en el presente. No sólo porque es moralmente reprensible hacerlo, sino también porque la movilización radical de los millones de desempleados –y en términos globales varios millardos– ofrece potencialmente una

importante fuerza adicional al movimiento socialista. La solidaridad constituye tanto un valor socialista vital como una gran fuente de poder emancipador. La alternativa hegemónica del trabajo no puede prevalecer contra el capital sin una solidaridad plena en sus propias filas. A los trabajadores en los países capitalistas dominantes les puede tomar más tiempo aprender esas lecciones históricas que a sus hermanos y hermanas en el resto del mundo. Pero deben aprender, y así lo harán, bajo el ineludible impacto de la crisis estructural que se profundiza. Existen señales esperanzadoras que apuntan en esa dirección, como ya hemos mencionado, incluso en los países más privilegiados.

Para nosotros, un elemento importante en la evaluación de la izquierda brasileña del siglo XX es su desprecio trágico por una educación marxista profunda. ¿Cuál es, en su visión, el lugar de los estudios marxistas en un partido de los trabajadores? ¿Qué armas alternativas podríamos emplear en la lucha ideológica por la conciencia de los trabajadores?

Es inconcebible un movimiento político radical sin la autoeducación creativa de sus miembros

El abandono de la educación marxista prevalece desafortunadamente también en los países capitalistamente avanzados. Ello es debido no sólo al poder institucionalizado de la ideología dominante, que rige a los medios de comunicación casi completamente, sino también a la tradición política reformista que se amolda al orden dominante. La única educación política relevante para los partidos reformistas en la actualidad es el proceso preparatorio electoral de la “campaña” de puerta en puerta, el funcionamiento de los llamados “grupos focales” de los “estudios de la opinión pública” de ridícula estrechez mental, y los “giros” de la información y la falsa información, con el propósito de desorientar sistemáticamente (y a menudo cínicamente) a la población, mientras se conserva el apoyo electoral para los gobiernos parlamentarios. La función primordial

de esos gobiernos está restringida hoy a constituir la “fachada de relaciones públicas” electoralmente vendible de los imperativos destructivos del capital.

Cuando recordamos la historia del movimiento socialista, el contraste es impactante. Porque en sus etapas iniciales el papel que se le asignaba a la educación política era en efecto de suma importancia. Por poner un solo ejemplo, Rosa Luxemburgo no fue sólo una gran líderesa revolucionaria de la clase trabajadora, sino también una maestra de alta dedicación en los órganos educativos del Partido, que escribió algunas de sus obras más importantes –en economía marxista y teoría política– con el propósito de desarrollar una conciencia socialista militante. Actividades similares caracterizaron la vida de la mayoría de los partidos socialdemócratas –y por supuesto comunistas– durante varias décadas desde el momento de su fundación.

El escandaloso consenso acerca del eslogan sin sentido de “no hay alternativa”, y la asociada degradación de la actividad política al nivel de “crear una amplia alianza electoral”, ha logrado ponerle fin a todo eso y destruir al final, como sabemos, incluso a los partidos comunistas occidentales más importantes. Fue así como ocurrió que Bettino Craxi, el líder del una vez radical Partido Socialista, el Partido de Pietro Nenni, tuvo que huir de su país y pasar sus últimos años de vida en Túnez, para evitar ser sometido a prisión por corrupción, mientras su amo y señor, Silvio Berlusconi, podía ser elegido no una sino tres veces para el cargo de Primer Ministro en Italia. Precisamente en Italia, donde el Partido de Antonio Gramsci representó una vez una fuerza política combativa interesada en un cambio radical.

Obviamente, ninguna de las tareas emancipadoras vitales puede ser realizada sin un cambio fundamental en ese respecto. Ningún partido puede autocalificarse de radical sin dedicarse, con sostenida determinación, al trabajo de la educación política radical. Si no seguimos un plan estratégico abarcante que nos pueda permitir abordar las demandas inmediatas y los objetivos transformadores

más distantes, estaremos condenados a permanecer a merced de la crisis global. ¿Pero cómo podríamos seguir ese plan estratégico abarcante sin la conciencia política y teórica requerida por las grandes masas del pueblo para explicar y comprender las tareas que nos aguardan?

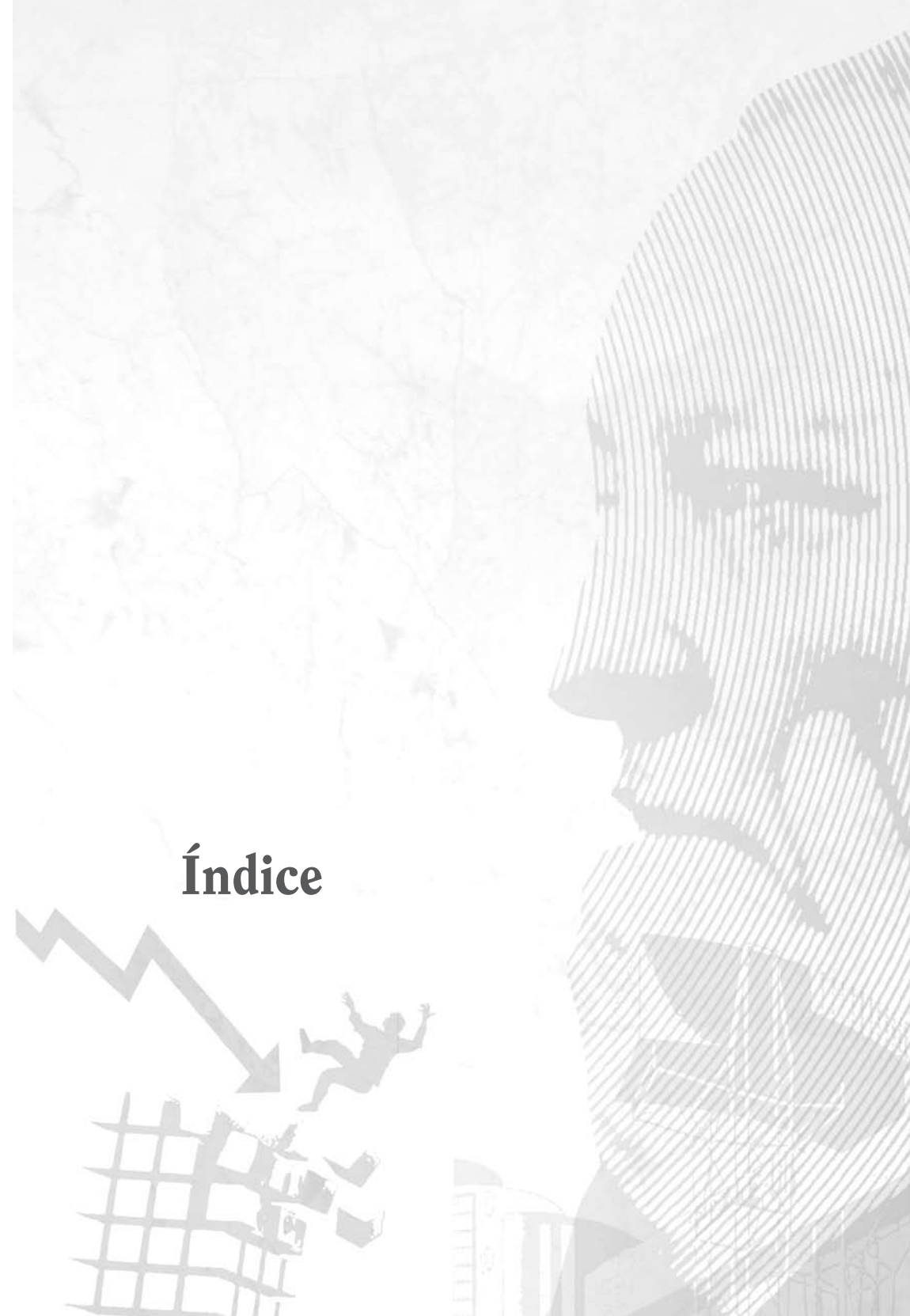
Una educación así no sería ningún tipo de ejercicio académico político “imparcial”, pero tampoco de política sectaria igualmente estéril, en donde los individuos tengan que aprender lo que los “expertos” y “autoridades” han puesto en los libros ante ellos. Algunos notorios seminarios de partidos autoritarios funcionaron sobre esa base en el “socialismo realmente existente”, con efectos contraproducentes. La educación política sólo puede ser exitosa si en verdad involucra a la gente como su desarrollo en marcha de la conciencia socialista, adecuado a las tareas y desafíos necesariamente cambiantes. La mejor forma de educación es la autoeducación, dentro de un marco de camaradería/cooperación a dedicación combativa. La gente realmente se apropia de una manera positiva de lo que es puesto a su alcance para que lo transforme en algo suyo, cuando se ve involucrada directamente, como parte integral, en un proceso interactivo con significación.

Un partido político socialista radical, dedicado a la realización tanto de las demandas inmediatas como de la transformación emancipadora abarcante a largo plazo, constituye un marco perfectamente adecuado para ese tipo de autoeducación creativa. Porque tiene el compromiso de presentarle a sus miembros, y por intermedio de ellos a la sociedad en su conjunto, tanto las tareas tangibles que se deben abrazar activamente, compartidas sobre una base sustantivamente equitativa por todos los miembros del partido, como al mismo tiempo algunos de los instrumentos estratégicos más importantes para el cumplimiento de las tareas asumidas. Es esa la única manera como la tan necesitada educación política de nuestro tiempo puede contribuir significativamente a la solución de la presente crisis, dentro de una perspectiva socialista general.

El modo como es empleada la expresión “partido de masas” resulta con frecuencia inapropiado. Significa en realidad no sólo la total ausencia de la participación activa de la gente en la solución de sus problemas, sino incluso la carencia de pertenencia organizacional al partido en cuestión. El número real de miembros del pretendido “partido de masas” del “Nuevo Laborismo” en Inglaterra es totalmente insignificante. Nadie podría hablar de una educación política asociada con ese tipo de partido, en ningún sentido significativo del término. El único sentido en que esos partidos son “de masas” (y por supuesto hay muchos de ellos en nuestro mundo actual) es su dudosa función legitimadora de proporcionar el número de personas requerido electoralmente –y aun eso a veces sólo en una proporción escandalosamente baja de apenas 1/3 del número total del electorado– como carne de cañón electoral. Ese hecho tan embarazoso marca una distancia astronómica de la educación y la consciencia política que alguna vez caracterizó incluso a los partidos socialdemócratas y laboristas reformistas.

Así, la necesidad de una educación política apropiada que involucre a las grandes masas del pueblo es hoy mayor que nunca, en medio de nuestra crisis estructural global. Pero, tal y como están las cosas, convertir en realidad la necesidad real de una educación política radical resulta impensable sin el desarrollo de un movimiento radical de lealtad de masas genuina, que sea organizacionalmente coherente, al contrario de la manipulación de los individuos como carne de cañón electoral hoy prevaeciente. Y esa relación vale también en sentido inverso. Porque resulta impensable establecer un movimiento político radical de masas genuino sin la obra emprendida e instituida con fervor de una educación política vital. Y esto, a su vez, resulta factible sólo si se une exitosamente al “brazo industrial” del trabajo con su “brazo político”, en el espíritu de un proyecto emancipador omniabarcante, lo cual implica la necesaria radicalización del movimiento sindical todavía primordialmente reformista.

Índice



Índice

	Introduccion	7
I	La crisis en desarrollo y la pertinencia de Marx	21
	1. Confianza y falta de confianza	23
	2. Una tríada pseudo hegeliana	25
	3. La nacionalización de la bancarrota capitalista	31
	4. El incumplimiento de los Estados Unidos no tiene nada de inconcebible	39
II	La crisis actual	45
	1. Admisiones sorprendentes	47
	2. La afirmación de la hegemonía de los Estados Unidos	51
	2.1. <i>“Extraterritorialidad”</i>	51
	2.2. <i>La ventaja industrial del secreto militar</i>	53
	2.3. <i>Las presiones por el intercambio directo aplicadas por los poderes legislativo y ejecutivo de los Estados Unidos</i>	54
	2.4. <i>El verdadero problema de la deuda</i>	55
	2.5. <i>El antagonismo político que emerge de la penetración económica de los Estados Unidos</i> ...	57
	3. La falsa ilusión del “declive de los Estados Unidos como potencia hegemónica”	61
	4. La versión oficial de una “sana expansión económica”	63

Postdata 1995: El significado de los “lunes negros” (y de los miércoles)	65		
III La necesidad del control social	71		
1. Los condicionales contrafácticos de la ideología apologética	74		
2. Capitalismo y destrucción ecológica	79		
3. La crisis de la dominación	83		
4. De la “tolerancia represiva” a la defensa liberal de la represión	95		
5. “La guerra, si los métodos normales de expansión fallan”	100		
6. La aparición del desempleo crónico	105		
7. La intensificación de la tasa de explotación	108		
8. Los “correctivos” del capital y el control socialista	111		
IV Política radical y transición al socialismo: Reflexiones en el centenario de Marx	117		
1. El significado de <i>Más allá del capital</i>	121		
2. Las condiciones históricas de la ofensiva socialista	124		
3. La necesidad de una teoría de la transición	127		
4. La “reestructuración de la economía” y sus precondiciones políticas	134		
4.1 <i>La dinámica de los desarrollos de la posguerra</i>	134		
4.2 <i>Alternativas a los “imperativos económicos” dominantes</i>	139		
4.3 <i>El momento histórico de la política radical</i>	142		
		V Bolívar y Chávez: el espíritu de una determinación radical	147
		1. “Plumas llevadas por la tormenta”	149
		2. La crítica radical de la política por Hugo Chávez en 1993	160
		3. Perspectivas de desarrollo	166
		VI La importancia de la planificación y la igualdad sustantiva	189
		1. La “mano invisible” y la “astucia de la razón” como supervisores providenciales del capital, ilusamente postulados	191
		2. La larga gestación histórica de las categorías de la teoría socialista	197
		3. El papel clave de la igualdad sustantiva en el desarrollo de la “conciencia de sí misma (autoconciencia) positiva de la humanidad”	202
		VII Una crisis estructural del sistema	213
		VIII Las tareas que nos aguardan: Entrevista concedida a <i>Debate Socialista</i> en marzo de 2009	223
		La explosión global de la crisis estructural del capital	225
		En lugar de las ilusiones neokeynesianas: la ofensiva estratégica de las fuerzas antisistémicas	228
		Economía monopolista e imperialismo de tarjeta de crédito	234

La irracionalidad de la “reducción de personal” (“down-sizing”) en la era del “capital financiero monopolista” ...	238
Los problemas sistémicos hondamente arraigados piden remedios estructurales	243
Los intereses sectoriales y la solidaridad de clase	247
La alternativa histórica del trabajo al orden social del capital	253
Es inconcebible un movimiento político radical sin la autoeducación creativa de sus miembros	257



Otras obras de István Mészáros

Otras obras de István Mészáros

Satire and Reality, Szépirodalmi Könyvkiadó, Budapest 1955.

La rivolta degli intellettuali in Ungheria, Einaudi 1958.

Attila József e l'arte moderna, Lerici 1964.

Marx's Theory of Alienation, Merlin Press 1970.

The Necessity of Social Control, Merlin Press 1971.

Aspects of History and Class Consciousness (ed.), Routledge 1971.

Lukács's Concept of Dialectic, Merlin Press 1972.

Neocolonial Identity and Counter-Consciousness: The Work of Renato Constantino (ed.), Merlin Press, 1978.

The Work of Sartre: Search for Freedom, Harvester Wheatsheaf 1979.

Philosophy, Ideology and Social Science, Harvester Wheatsheaf 1986.

The Power of Ideology, Harvester Wheatsheaf 1989.

Beyond Capital: Toward a Theory of Transition, Merlin Press 1995.

L'alternativa alla società del capitale: Socialismo o barbarie, Punto Rosso, 2000.

Socialism or Barbarism: From the "American Century" to the Crossroads, Monthly Review Press, 2001.

A educação para além do capital, Boitempo Editorial 2005.

O desafio e o fardo do tempo histórico, Boitempo Editorial 2007.

The Challenge and Burden of Historical Time, Monthly Review Press 2008.

Social Structure and Forms of Consciousness:
vol. 1, *The Social Determination of Method*,
Monthly Review Press 2010.

vol. 2, *The Dialectic of Structure and History*,
Monthly Review Press 2010.

Más allá del Capital, Vadell Hermanos Editores, 2001.

Socialismo o Barbarie. La alternativa al orden social del capital. Caracas 2005.

El desafío y la carga del tiempo histórico. El Socialismo en el Siglo XXI. Clacso / Vadell Hermanos Editores, 2008.

SOBRE LA CRISIS ESTRUCTURAL DEL CAPITAL

La caída del sistema financiero en el 2008 representa sólo la punta del iceberg. Esta larga crisis estructural del tardío capitalismo oligopólico comenzó en los años 70, acompañada por la crisis de la hegemonía de los EEUU. Aparentemente la misma fue "superada" por algún tiempo, entre 1990 y 2008, gracias a la profundización de un nuevo patrón de globalización imperialista, basado en el despliegue del control militar del planeta por los EEUU y sus aliados subalternos de la OTAN, y en el comienzo de una guerra interminable contra las naciones del sur. El financiamiento representó el talón de Aquiles de ese sistema y, por lo tanto, no sorprende que la crisis pasara a una nueva fase a través de una caída financiera. Mientras el dominante sistema de poder capitalista está buscando encontrar exclusivamente soluciones para "salir de la crisis" y restaurar el dominio de los oligopolios, es de esperarse que las víctimas, es decir las clases sociales lato sensu y los pueblos del sur, desarrollarán sus luchas en la perspectiva de "salir del capitalismo en crisis", abriendo así la larga transición de un capitalismo global a un socialismo global. Esto requiere un entendimiento creativo del marxismo. El importante libro de Mészáros ayudará a profundizar los debates sobre estos temas. Estoy convencido de que todos aprenderemos muchísimo de él.

Samir Amin



 Gobierno
Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Comunicación y la Información

Venezuela

AHORA ES DE TODOS